



La
ciudad
de las
sombras

Victoria Álvarez

Ilustraciones de Lehanan Aida



Lectulandia

En 1923, Helena Lennox tiene diecisiete años y un único deseo: sustituir las calles de Londres por una vida de aventuras y excavaciones en tierras lejanas. En consecuencia, cuando sus padres se marchan a la India para investigar la desaparición de unos arqueólogos, ella decide acompañarlos... unos días después y a escondidas. Son muchas las leyendas que circulan en torno a la ciudad fantasma de Bhangarh, pero Helena nunca ha creído en las supersticiones. No obstante, el príncipe Arshad de Jaipur (sí, ese que odia a los ingleses) le insiste en que se equivoca: Bhangarh está maldita y al anochecer, cuando el palacio real se tiñe de oscuridad, todo el que se adentra en sus muros desaparece sin dejar ni rastro.

En su recorrido por la exótica India de los años veinte, Helena se ve envuelta en una investigación en la que solo una verdad parece salir constantemente a la luz: nadie regresa de la ciudad de las sombras.

Lectulandia

Victoria Álvarez

La ciudad de las sombras

Helena Lennox - 01

ePub r1.0

Titivillus 01.07.2018

Título original: *La ciudad de las sombras*

Victoria Álvarez, 2017

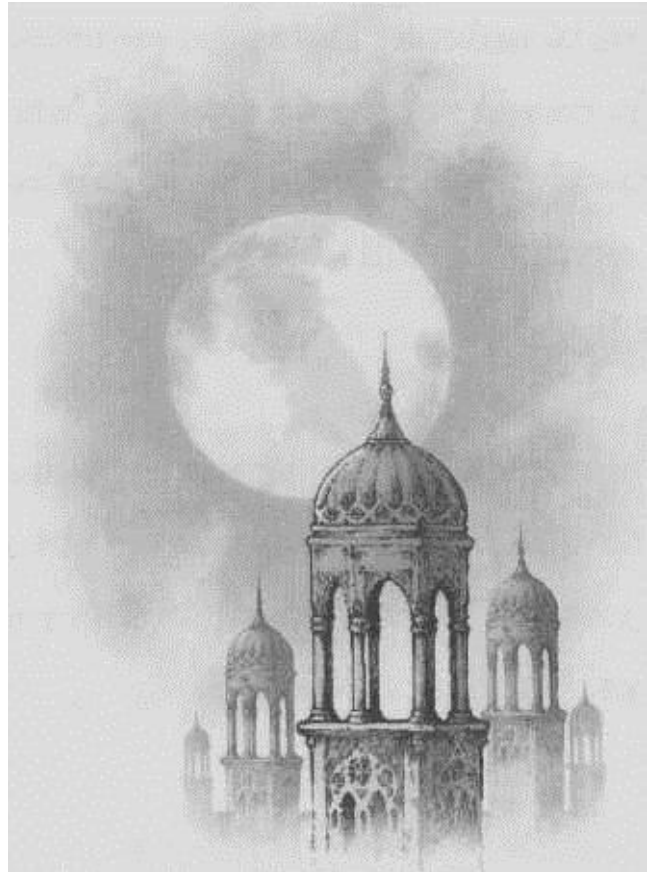
Ilustraciones: Lehanan Aida

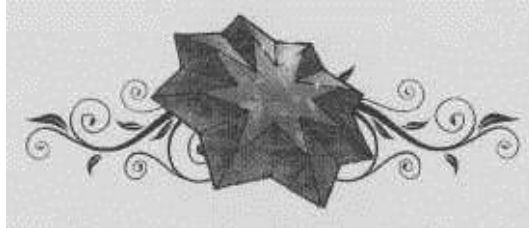
Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para mi madre





La India —un centenar de Indias— susurraba fuera bajo la luna indiferente, pero en aquel instante la India les parecía una y exclusivamente suya, y recobraron su perdida grandeza al oír lamentar su desaparición, y volvieron a sentirse jóvenes al recordárseles que la juventud se esfuma.

E. M. Forster

Aún hoy, meses después del regreso, cuando acerca con cuidado las yemas de los dedos a la nariz, puede percibir el aroma inconfundible del incienso y de las infinitas especias asiáticas.

Elisa Vázquez de Gey

Prólogo

Cuando uno de los editores de Brown & Wilkes me llamó para avisarme de que la biógrafa pasaría unos días en El Cairo, mi primer impulso fue correr a los establos para fugarme a algún oasis remoto antes de que diera conmigo. Era una de las tardes más agobiantes de aquel octubre de 1985 que parecía resistirse a decir adiós al verano, y los ventiladores colocados sobre los muebles de mimbre, pese a haber escogido la casa por ser una de las más frescas de la ribera oriental, no conseguían mantener a raya el calor.

—Sinceramente, Brown, no entiendo a qué viene tanto interés —protesté mientras me pasaba una mano por la húmeda frente—. Si esa mujer se hubiera molestado en pisar un archivo, habría encontrado cientos de fotografías mejores que las que me está pidiendo.

—Ruth solo quiere que se implique un poco más, Helena —me contestó Brown en un tono que pretendía sonar conciliador—. Estoy seguro de que no le dará problemas. Solo tendrá que acogerla unos días, hasta que haya resuelto todas sus dudas, y cuando sepa...

—¿Todas sus dudas? —no pude evitar exclamar—. ¡Llevo desde enero colgada de este maldito teléfono para ayudarla a rellenar las lagunas que le faltan! ¡Si hubiera sabido la cantidad de problemas que da una biografía, habría preferido que el mundo me olvidara!

La respuesta de Brown fue echarse a reír de buena gana, y eso me hizo comprender que estaba perdida. «Lo único que le interesa es que el dichoso libro salga a la luz en la fecha prevista —pensé mientras colgaba de mal humor y me quedaba observando, con los brazos cruzados, el trasiego de los turistas que regresaban de las pirámides—. Lástima que sea demasiado tarde para echarme atrás. Esa Ruth parece inasequible al desaliento».

De modo que cuando quise darme cuenta la tenía metida en casa: una joven de unos treinta años (a mis casi ochenta, me parecía una cría), con mucho pelo cardado y unos ojos llenos de rímel que le daban un aspecto más alucinado que dramático. Reconozco que me sorprendió comprobar, cuando nos sentamos por primera vez en la veranda de la salita que daba al Nilo, hasta qué punto se estaba tomando en serio la investigación. En los últimos meses había recopilado, subrayado y anotado cientos de artículos acerca de las excavaciones que había llevado a cabo desde que era una adolescente; había devorado estudios arqueológicos en los que me dedicaban capítulos de los que nunca había oído hablar, tenía cuatro cintas VHS repletas de reportajes de televisión y, para mi horror, se había entrevistado incluso con mi prima Chloë, quien le dio material de sobra para crear la que Ruth esperaba que fuera «la única biografía que descubra a la mujer tras el mito».

—Me temo que estás confundiéndote —recuerdo que repliqué tras servirme una taza de café negro preparado por Laila, mi asistente—. Los arqueólogos consagramos nuestras vidas a desentrañar mitos. Habría que ser realmente estúpido para dejarse convertir en uno.

—No trate de enredarme con sus tretas —repuso ella, en absoluto intimidada por mi brusquedad—. Llevo tanto tiempo persiguiendo su sombra que podría decir que la conozco casi tan bien como a mí misma. No he venido a mendigar respuestas, lo que quiero es...

—Pruebas que te ayuden a separar la mentira de la verdad. Supongo que en eso no nos diferenciamos demasiado. —Con un suspiro resignado, dejé la taza en la mesita y me puse en pie para dirigirme hacia la alacena de madera taraceada del rincón—. Me parece que por aquí tengo algunas cosas que pueden servirte, aunque todas relacionadas con mis investigaciones. Olvídate de los álbumes familiares; no vas a meter las narices en ellos.

—Por eso no se preocupe: su prima fue de lo más generosa cuando la visité —repliqué la condenada muchacha con una sonrisa—. Esa fotografía suya en un columpio a los seis años es adorable.

«Chloë, vas a acordarte de esto». De mala gana, saqué una caja de lata colocada en el cajón inferior y la llevé conmigo a la mesita, sobre la que caían algunos haces de sol que las palmeras no conseguían interceptar. Abrí la tapa para ir extrayendo una pila tras otra de recortes de periódicos, algunos tan antiguos que el papel crujía entre mis dedos.

—Tendrás que practicar un poco de arqueología si quieres poner algo de orden en este caos. Pero, como parece conocerme tan bien, sabrás cuáles suelen ser mis métodos...

—¿Es la avioneta con la que participó en la Segunda Guerra Mundial? —quiso saber Ruth, mirando uno de los recortes—. Caray, me la imaginaba más... menos cochambrosa.

—Ten un poco más de respeto por las antigüedades, mocosa —rezongué—. ¡Por si lo has olvidado, con este trasto cochambroso les pateé el trasero a Hitler y sus chicos!

—Descuide, pienso escribir un capítulo entero sobre ese episodio, aunque no tenga que ver con la arqueología. —Ruth fue examinando las fotografías hasta que dio con otro recorte, perteneciente a un amarillento ejemplar de la *Pall Mall Gazette*, que le llamó la atención. Supe de inmediato de cuál se trataba, aunque estuviera observándolo del revés: en él aparecía un grupo de cinco personas posando en el elegante salón de una mansión de Oxfordshire, a ambos lados de un sarcófago ocupado por una momia colocada de pie.

—Eso es de septiembre de 1923 —expliqué tras darle un sorbo a mi café—. Tenía diecisiete años y medio y acababa de volver con mis padres de Egipto, donde habíamos pasado cuatro años realizando una excavación arqueológica patrocinada

por mi tío, lord Oliver Silverstone.

—Sí, también tengo notas sobre eso. Me imagino que esta era la momia de Ptahmai, el sacerdote al que desenterraron. —Ruth señaló con un dedo el cadáver colocado en el sarcófago—. Ah, y esa de ahí es su prima. ¡Habría podido reconocerla en cualquier parte!

No pude evitar sonreír ante el rostro risueño y regordete de Chloë, que por aquel entonces era una *flapper* de dieciocho años con la cabeza tan llena de rizos rubios como de pájaros.

—Realmente encantadora, una anciana adorable que no hacía más que reírse de las ocurrencias de sus nietos. —La joven me miró de reojo—. Otras deberían aprender de ella.

—Me gusta ser una cascarrabias —repuse—. Me encanta poder decirle a la gente lo que pienso y que nadie se atreva a replicarme. Estaba deseando hacerme vieja solo por eso.

Sacudiendo la cabeza, Ruth regresó al estudio de la fotografía. Me di cuenta de que estaba observando a tío Oliver, que posaba con una mano sobre el hombro de Chloë.

—Tengo casi todos sus libros —dijo, señalándolo también a él—. Es buenísimo, uno de mis autores preferidos. No era su tío aunque lo considerara como tal, ¿verdad?

—Bueno, mi padre y él se querían como hermanos, así que nunca me importó que no existieran auténticos lazos de sangre entre nuestras familias. Eran amigos desde la juventud y la Primera Guerra Mundial los unió aún más. Mi padre, de hecho, estuvo a punto de perder la vida por salvar la de tío Oliver durante el derrumbe de una trinchera.

—Por eso su tío solía usar un bastón —comentó Ruth. Hizo algunas anotaciones en un cuaderno por el que yo había acabado sintiendo más desconfianza que por una serpiente y, tras darse unos golpecitos en el labio con el lapicero, cogió el recorte para mirarlo más de cerca—. A estos dos los conozco de sobra; podría llenar un museo con fotografías suyas.

De pie a la izquierda del sarcófago, mis padres dirigían a la cámara dos sonrisas idénticas que aún en ese momento, más de sesenta años después, me hicieron sonreír también a mí, porque recordaba el secreto que escondían. Mi padre llevaba un esmoquin que le sentaba curiosamente bien, aunque su abundante pelo oscuro, siempre revuelto, estropeaba un poco el efecto. Mi madre, en cambio, parecía estar tan a sus anchas como siempre; ninguna mujer podría haber lucido mejor un vestido de Worth tan espectacular como aquel, más apropiado para el estreno de una ópera que para un acontecimiento académico como el que nos ocupaba esa tarde. Los delicados encajes acentuaban el tono moreno de su tez, sobre la que resaltaban siete lunares tan oscuros como sus ojos y su pelo, recogido en un elaborado moño. Y a su izquierda, medio oculta por una cortina...

—Ah, aquí tenemos al alma de la fiesta —se burló Ruth mientras yo fruncía el

ceño por encima de mi taza de café—. Con esa cara podría haber asustado incluso a la momia.

—Siempre he sido la dulzura personificada —le aseguré, aunque la verdad era que estaba en lo cierto: la malencarada Helena de diecisiete años, atrapada en un vestido de seda que su madre le había obligado a ponerse, parecía a punto de morder al fotógrafo—. En cualquier caso, esa sesión estaba demostrando ser un auténtico suplicio...

—Pues espero que después pudiera disfrutar de un merecido descanso. Sus padres y usted se lo habían ganado a pulso tras haber pasado tanto tiempo excavando a pleno sol.

Abrí la boca para contestarle, pero no llegué a hacerlo. Como si alguien acabara de destapar un perfume que hacía años que no olía o me hubiera dado a probar algo que había sido mi comida preferida de la infancia, el recorte de la Pall Mall Gazette abrió de repente las compuertas de unos recuerdos en los que hacía muchos años que no pensaba.

Me acordé, por ejemplo, de cómo aquel vestido de seda había acabado desgarrado pocas semanas más tarde, en una tierra aún más lejana que el valle del Nilo. De un rayo de sol que se iba apagando poco a poco, abandonándome en una penumbra en la que me acechaban algo más que sombras. De un cuchillo curvado en mi mano, hundiéndose en el estómago de un hombre, y de la sangre que me había empapado los dedos mientras él me miraba de un modo que me había hecho sentir, por primera vez, como una asesina...

Tardé un rato en darme cuenta de que Ruth me estaba hablando, aunque no podía procesar nada de lo que me decía. Una expresión confundida había aparecido en su rostro.

—Oiga, Helena, ¿no se encuentra bien? ¿Necesita descansar un rato antes de que...?

—No —me apresuré a contestar—, no hay ningún problema. Es solo que en ocasiones aún me cuesta asimilar, cuando pienso en ellas, algunas de... de las cosas que he hecho.

Mientras hablaba estiré los dedos posados sobre mi regazo, casi temiendo que la sangre que los había manchado esa noche pudiera reaparecer. «Aunque seguiría dando lo que fuera a cambio de poder regresar a ese momento —me dije. Miré de nuevo aquel rostro de piel morena, herencia de la sangre turca de mi madre, al que en ocasiones aún me parecía entrever en los espejos—. Sin embargo, no cambiaría nada de lo que hice. No sabiendo hasta qué punto esas semanas marcarían el resto de mi vida».

—Creo que las dos estábamos equivocadas —comenté por fin—. En realidad, sí hay una historia que me apetece contarte, aunque puede que no te atrevas a ponerla por escrito.

Capítulo 1

El fogonazo de magnesio me deslumbró tanto que durante unos segundos no pude hacer más que parpadear. Mientras la estancia emergía poco a poco de la niebla artificial, tan espesa como la que habíamos dejado atrás en Londres, continué oyendo al fotógrafo:

—Ahora unas cuantas más de este grupo, sin cambiar de postura... Señorita Lennox, haga el favor de dar un paso al frente; parece un fantasma espiándonos desde las sombras.

—Esa espalda —murmuró mi madre, y me dio un golpecito a la altura de los riñones.

Me enderecé lo mejor que pude, reprimiendo un gruñido. Puede que para alguien como ella, con sus elegantes vestidos de encaje y sus labios pintados de carmín, esos reportajes fueran una experiencia agradable, pero yo contaba los minutos que faltaban para que acabara. Me sentía completamente ridícula posando ante la multitud reunida en el salón de Silverstone Hall, al lado de aquel sarcófago en el que un sacerdote egipcio debía de estar preguntándose cómo la humanidad se había vuelto tan estúpida.

Hubo una segunda ronda de fotografías a la que se sumó *sir* Frederic Kenyon, el anciano director del Museo Británico para el que trabajaban mis padres, y después llegó el momento que todos los historiadores, diplomáticos y aristócratas estaban aguardando.

—Creo que a Gideon le encantaría poder acompañar su crónica con una imagen del desenvolvimiento —dijo el fotógrafo cuando los invitados nos rodearon entre murmullos expectantes—. Traten de formar un semicírculo alrededor de la mesa para aparecer todos, por favor. Dick, mira a ver si puedes redirigirme la luz; esa ventana es muy traicionera.

—Con cuidado, con cuidado —ordenó Kenyon mientras sus ayudantes sacaban a la momia de su sarcófago—. ¡No olviden que tiene tres mil trescientos años de antigüedad!

—¡Uf, qué asco! —susurró mi prima Chloë—. ¡No quiero ni imaginarme cómo olerá!

En cuanto pudo se escabulló con unas señoras cargadas de diamantes que también parecían habérselo pensado mejor. El personal del museo colocó a la momia sobre una mesa de mármol que tío Oliver había mandado disponer en el centro del salón, al lado de un aparador en el que habíamos dejado nuestros útiles arqueológicos. Cuando todos se hubieron apartado, mi padre seleccionó un pequeño bisturí y se lo alargó a mi madre.

—Todo tuyo —le dijo sonriendo—. No vendrá mal comenzar con tu toque

femenino.

Ella le dedicó una mirada cómplice que supe perfectamente a qué obedecía. Había sido mi madre quien unos meses antes, la noche en que conseguimos acceder por fin a la cámara sepulcral, había hundido un escalpelo en el pecho de Ptahmai para arrancarle el escarabeo de oro que los embalsamadores habían colocado sustituyendo a su corazón.

Claro que de eso no se hablaría en ninguna de las entrevistas. Tras ponerse unos guantes, mi madre comenzó a deslizar el bisturí con una precisión de cirujano por las vendas que recubrían los pies de la momia, abriéndose camino a través de las capas de lino que mi padre iba retirando para dejar el cuerpo al descubierto. Mientras tanto, yo recogía en una bandeja las docenas de diminutos amuletos colocados entre las vendas: escarabeos, ojos de Horus, llaves de la vida y figurillas de dioses de turquesa y lapislázuli.

Con cada trozo de lino arrancado aumentaba la expectación, que desembocó en un emocionado rumor cuando mis padres acabaron de desnudar el rostro de la momia. Hice un esfuerzo por no sonreír; el bueno de Ptahmai se parecía bastante a Kenyon, con unos pómulos tan enjutos como los suyos pese a carecer de su solemne bigote. Precisamente fue Kenyon el primero en aproximarse, examinando el cadáver con los ojos entornados.

—Fascinante —musitó—. Está mejor conservado de lo que cabría esperar de un sacerdote. En especial de uno de Atón al que se persiguió por hereje después de morir.

—Esa fue, en nuestra opinión, la razón de que lo trasladaran a escondidas desde la necrópolis de Amarna hasta una tumba sin terminar del Valle de los Reyes —corroboró mi padre—. Se estaban produciendo tantas represalias contra los partidarios de Akenatón que los familiares de Ptahmai debieron de tomar esta decisión para proteger sus restos...

—Pero no lo consiguieron del todo, al parecer. —Kenyon señaló el agujero abierto en el pecho de la momia, rodeado por jirones de carne oscura y reseca—. Alguien le arrancó el escarabeo del corazón que le permitiría renacer en el Mas Allá. Es curioso que la momia haya sido violada pese a que, según ustedes, los sellos de la tumba estuvieran intactos.

Lo dijo de un modo que me hizo mirar ansiosa a mi padre. Por un momento temí que no supiera cómo salir del apuro, pero por suerte mi madre acudió rauda en su auxilio:

—Es exactamente lo mismo que contestó Lionel cuando se lo comenté. Le hemos dado bastantes vueltas y, aunque aún no estamos del todo seguros, creemos que quizás la momia fue profanada durante ese traslado desde Amarna. No sería extraño que alguno de los trabajadores, a pesar de las supersticiones, sucumbiera a los cantos de sirena del oro.

—No, desde luego que no —repuso el director del museo—. He escuchado toda

clase de historias sobre saqueadores en mis sesenta años, y no todos eran del Antiguo Egipto.

Uno a uno, los demás invitados se acercaron con prevención a la momia. Mientras mi padre departía con ellos, mi madre y yo nos apartamos para quitarnos los guantes y lavarnos las manos en una palangana. Un par de rizos rebeldes habían escapado de mis horquillas y mi madre aprovechó para recolocármelos, sin prestar atención a mis quejas.

Aquel era uno de los pocos rasgos que teníamos en común. Ella era toda curvas seductoras, mientras que yo había heredado los miembros musculosos de mi padre. Aun así, eso no me preocupaba lo más mínimo. Con él todo resultaba mucho más sencillo.

—Por fin te han dejado libre —le dijo mi madre cuando se reunió con nosotras, tras haberse zafado como buenamente pudo de los invitados—. No ha habido problemas, ¿no?

—En absoluto. —Él la besó en una mejilla, rozándole la frente con el pelo alborotado en el que, desde hacía unos cuantos meses, había empezado a aparecer un remolino de canas—. Por un momento pensé que Kenyon no las tenía todas consigo, pero he de reconocer que tu hipótesis acerca de la profanación de la momia ha sonado de lo más convincente.

—De nada —contestó mi madre, y entornó con malicia sus ojos negros—. Creo que podrías invitarme a algo en agradecimiento. No diría que no a una copa de champán.

Había un criado rondando por esa parte del salón que no dejaba de lanzar miradas de aprensión a la momia tumbada sobre la mesa. Mi padre le hizo un gesto para que se nos acercara, cogió dos copas para mi madre y para él y, ante mi regocijo, otra más para mí.

—¿De dónde son esos tipos? —pregunté después de que hubiéramos brindado por nuestro éxito, y señalé a los fotógrafos que seguían merodeando por allí.

—De la *Pall Mall Gazette*, por supuesto —respondió mi madre—. Me encargué de avisarles yo misma ayer por la mañana. La verdad es que parecieron encantados con la invitación.

—Juraría que la mansión es de tío Oliver, no nuestra —le recordé, aunque ella no se inmutó—. ¿Significa eso que el acuerdo que cerrasteis en Egipto sigue estando en vigor?

—Mientras las noticias sobre Ptahmai continúen generando beneficios, nos interesa que las cosas sigan como están —dijo mi padre—. La exclusividad de los reportajes sobre la excavación a cambio de un generoso porcentaje de las ventas es un trato más que justo.

—Y eso teniendo en cuenta que las noticias publicadas en estos meses solo han sido la obertura —añadió mi madre—. Ahora es cuando dará comienzo el auténtico espectáculo.

—Dudo que a los otros reporteros enviados a Egipto por sus periódicos les haya hecho gracia ese acuerdo —comenté—. ¿Creéis en serio que conviene enemistarse con el *Tintes*?

—Todo es publicidad, sobre todo la polémica. —Mi padre señaló con el mentón mal afeitado a un hombre que estaba entrevistando en ese momento a uno de los ayudantes de Kenyon, cuaderno en mano—. Ese debe de ser el tal Gideon, el reportero de la *Pall Mall*.

—Oh, divino —contestó mi madre, y curvó sus labios rojos—. Ahora seguidme con vuestra sonrisa más encantadora. Quiero cambiar los mármoles de los baños este otoño.

Y se alejó con un balanceo de caderas que hizo que todas las cabezas masculinas se volvieran a su paso como girasoles. Mi padre apuró su copa antes de seguirla con aire divertido, pero yo me aparté con discreción para confundirme con la multitud. No estaba dispuesta a desperdiciar uno de nuestros momentos de gloria con esa clase de tonterías.

Mi prima Chloë, para escándalo del personal del Museo Británico, había decidido encender una radio para tratar de animar un poco la velada, y en ese instante bailaba desafortadamente el charleston con lord Cedric Castlemaine, un muchacho recién salido de Eton con el que planeaba tener una docena de críos. De tío Oliver no había ni rastro, pero cuando empezaba a preguntarme dónde se habría metido, reparé en que los criados habían dejado una bandeja de canapés sobre un bargueño. No dejaba de resultar extraño teniendo en cuenta la razón de ser de la velada, pero aproveché que mi madre no estaba mirando para agarrar unos cuantos, sin dejar de atender a lo que sucedía a mi alrededor.

Conocía Silverstone Hall como la palma de mi mano. Había vivido en la mansión desde 1914 hasta 1918, mientras mi padre y tío Oliver luchaban contra los alemanes en las trincheras francesas del Somme. Al principio me había acompañado mi madre, pero cuando a los dos años de empezar la guerra hirieron a mi padre, decidió alistarse también ella como enfermera para poder estar a su lado. Por entonces Chloë y yo éramos demasiado pequeñas para comprender a qué se estaban exponiendo; la madre y la hermana de tío Oliver preferían no contarnos nada sobre las trincheras, el servicio de Silverstone Hall había recibido las mismas instrucciones y la campaña de Oxfordshire parecía estar, en nuestras mentes de nueve años, a medio mundo de distancia de aquel agujero en el que más tarde nos enteramos de que las ratas, los piojos y la disentería casi habían logrado acabar con más soldados ingleses que los mismísimos fusiles alemanes.

—Creo que a la señora Russell le aliviará saber que sus canapés han sido un éxito, después de todo —oí decir de improviso, cortando el hilo de mis recuerdos—. Se ha pasado la semana quejándose de que el pobre Ptahmai les quitaría el apetito a nuestros invitados.

Casi me atraganté, lo que hizo que tío Oliver se riera entre dientes y me atrajera

hacia sí para darme un beso en la frente. A sus cuarenta y cuatro años seguía siendo uno de los hombres más guapos que había conocido, con sus cálidos ojos marrones, un poco melancólicos, y el pelo castaño que llegaba hasta los hombros de su elegante esmoquin.

—No se te ocurra contárselo a mamá —le advertí—. Ya sabes lo que diría: «Si comes tanto, te convertirás en una foca; no vas a poder entrar en ese vestido; no es elegante...».

—Tranquila, tu secreto está a salvo conmigo. Lo único que espero es que te hayas limpiado bien las manos; no quiero ni pensar en los parásitos que habría en esas vendas.

—Llevaba puestos unos guantes. —Alcé una mano para mostrarle los dedos—. Somos muy escrupulosos con eso, sobre todo cuando hay gente de la prensa rondando por ahí.

—Precisamente acabo de ver a tus padres de lo más entretenidos con el periodista de la *Pall Mall Gazette*. Espero que Chloë no se entere de que están entrevistando a todo el mundo o creará que esta es su oportunidad para convertirse en una estrella del celuloide.

—Descuida, también está ocupada. La encontrarás siguiendo la estela del charleston.

Le mostré el pequeño grupo que empezaba a formarse en torno a mi prima, que agitaba feliz los brazos y los flecos de su vestido rosa. Tuve que admitir que estaba realmente bonita; su compañero de baile no podía quitarle los ojos de encima.

—¿Ese es el famoso lord Castlemaine, el nieto del duque de Berwick? —inquirió mi tío.

—El mismo. Conociendo a Chloë, apuesto a que te habrá contado tantas cosas de él que podrías escribir una novela solo con un par de ramas de su árbol genealógico.

—Yo no lo habría expresado mejor —rezongó mi tío—. ¿Crees de veras que van en serio?

—Ya les han puesto nombre a cada uno de tus nietos, si te interesa saberlo —contesté, lo que provocó que me mirase con estupefacción—. Ya saben incluso cómo van a llamarse los tres gatos que tendrán en casa: *Wellington*, *Nelson* y *Pitt*. Yo diría que sí, van en serio.

—Santo Dios. —Ambos nos quedamos mirando cómo Chloë, sin dejar de reír, giraba sobre sus talones agarrada a la mano del joven—. No parece haber escapatoria, ¿verdad?

—Es un buen chico —le aseguré—. Un poco inocente, si quieres que sea sincera, y no tan responsable como habrías deseado... pero creo que la hace feliz, tanto como ella a él.

—Bueno, supongo que podría ser peor —musitó mi tío con un suspiro. Al cabo de unos segundos se volvió hacia mí, sonriendo a regañadientes—. ¿Y qué ocurre contigo, Helena la Aventurera?

—Soy un espíritu libre, lo sabes de sobra —dije con una sonrisa maliciosa—. Dame un *firman* que me permita pasarme la vida excavando en Egipto y quédate con todos los jóvenes lores de Inglaterra. Así Chloë podrá tener recambios cuando se canse de Cedric.

—Cada día que pasa te pareces más a tu padre —contestó tío Oliver, y sacudió la cabeza con incredulidad—. Aunque, por lo que tengo entendido, él no pensaba solo en la arqueología a tu edad. Con diecisiete años ya estaba hecho un auténtico rompecorazones.

«Y habría seguido siendo así si mamá no se hubiera cruzado en su camino», pensé, esforzándome por encontrar otro tema de conversación. La verdad era que mis únicas experiencias con chicos habían sido un par de besos a hurtadillas con los sobrinos de unos arqueólogos amigos de mis padres que me habían dejado bastante decepcionada. La atracción tenía que ser mucho más que eso, había decidido unos meses antes; algo más que el roce de unos labios titubeantes y una mano recorriéndome torpemente la espalda.

—Me imagino que querrán pasar juntos todo el tiempo que puedan —proseguí—. No creo que tengan muchas oportunidades de verse cuando Chloë empiece a estudiar en ese instituto suizo para niñas ricas... el Monte No Sé Cuántos, me parece que se llamaba...

—¿El castillo de Mont-Choisi? —Tío Oliver se volvió de nuevo hacia mí, ahora con tanta brusquedad que me extrañó—. Tenía que haber imaginado que te habría hablado de ello.

—Fue lo primero que hizo cuando bajé del tren. Está de lo más entusiasmada con lo de las clases de baile, de etiqueta... —Hice una mueca de aburrimiento—. Tendremos que armarnos de paciencia cuando regrese en Navidades empeñada en contárnoslo todo, si es que los Castlemaine no la invitan a su mansión. —Entonces me percaté de que tío Oliver seguía mirándome, y eso me hizo fruncir el ceño con extrañeza—. ¿He dicho algo malo?

—No —se apresuró a contestar él—, nada. Es solo que... será duro separarme de Chloë. Desde que su madre murió dándola a luz, hemos sido uña y carne.

—Pero siempre ocurre así; también yo tendré que marcharme de casa algún día —le respondí, sin poder ocultar mi desconfianza—. ¿Estás seguro de que eso es todo lo que...?

—Será mejor que vayamos a comprobar cómo les va a tus padres. Si los dejamos a sus anchas demasiado tiempo, les darán material a los de la *Pall Mall* para un año entero.

Y diciendo esto, me ofreció caballerosamente su brazo para conducirme de regreso con Ptahmai y el resto de invitados, aunque no pude evitar darme cuenta de que nuestra charla acerca de Mont-Choisi había arrojado una sombra de culpabilidad sobre su rostro.

Capítulo 2

No pudimos marcharnos de la propiedad de los Silverstone hasta media tarde, y para cuando estuvimos de vuelta en Londres la ciudad se hallaba envuelta en una lluvia tan densa que apenas se distinguía nada a dos metros de distancia. Aparcamos el coche delante de nuestra casa, una de esas viviendas de Bloomsbury con escalera y foso que parecen sacadas de una novela de Jane Austen, y entramos en el abarrotado vestíbulo.

—Cielos, no recordaba que siguiéramos tan atrasados con el equipaje —dijo mi madre, tratando de abrirse camino entre los baúles a medio desembalar—. Esto es una leonera...

—Y tú, una exagerada —le contestó mi padre mientras cerraba la puerta—. Después de haber comprobado cómo eran los egipcios, mi concepto de desorden ha cambiado mucho.

—Ni siquiera en las tumbas egipcias hay tantos trastos tirados por todas partes. Si un ladrón se nos colara a través de una ventana, no sabría ni por dónde empezar a robar.

—Puede que no estuviera todo tan desordenado si alguien no se hubiera vuelto loca en el bazar de Khan El-Khalili comprando docenas de esos dichosos frasquitos de cristal.

—Los frasquitos eran absolutamente necesarios. Te recuerdo, Lionel, que en estos momentos somos la comidilla de Londres, nos guste o no. Tenemos que asegurarnos de causar una buena impresión a quienes se acerquen a saludarnos. —Entonces mi madre se dio cuenta de que me estaba escabullendo escaleras arriba procurando no hacer ruido y alzó la voz para advertirme—: Eso también va por ti, ¡nada de dejar la ropa tirada por ahí!

—No sabía que las visitas tuvieran que subir a mi cuarto —solté de mal humor, pero me di prisa en alcanzar mi habitación antes de que se le ocurriera ordenarme algo más.

Me había olvidado de apagar la lámpara de la mesilla antes de marcharnos y eso fue lo que me salvó de morder la alfombra, porque allí también había maletas a medio deshacer por doquier. Tras desprenderme de los tacones con un par de patadas, me quité el vestido de seda azul y me puse una cómoda falda y una blusa adornada con un lazo. También me deshice de las horquillas, con un suspiro de alivio, y sacudí mi espesa cabellera antes de recogérmela en una coleta. Estaba a punto de arrojar el vestido sobre la cama cuando me lo pensé mejor: la montaña de ropa sucia empezaba a alcanzar proporciones faraónicas y sabía demasiado bien de qué era capaz una madre furibunda.



Al doblar unos pantalones viejos de mi padre que me ponía para excavar, reparé en que seguían teniendo arena dentro del dobladillo. Aquello me hizo sentir una súbita nostalgia, como si el hogar en el que me encontraba, el Londres al que acababa de regresar, no fuera más que una mentira y mi auténtica casa siguiera estando junto al Nilo. De pie en medio del dormitorio, paseé la mirada por el papel pintado con diminutas rosas de té y me pregunté cuánto tiempo transcurriría hasta que nos fuésemos de nuevo. Añoraba de una manera casi dolorosa azucarar a uno de nuestros caballos hacia Gizeh, sentarme entre las palmeras de la ribera opuesta a las pirámides

y observar cómo el sol se hundía detrás de aquellos titanes, sin tener que dar explicaciones a nadie sobre por qué estaba despeinada y mi ropa, plagada de arrugas. Si Egipto había sido un sueño de libertad, Londres prometía ser una jaula; una muy elegante, reflexioné al dirigirme al salón por la escalera adornada con vidrieras, pero una jaula al fin y al cabo.

Al entrar me di cuenta de que mi padre se había quedado corto: mi madre no había comprado docenas de frasquitos, sino centenares. Casi no quedaba ni una sola superficie sin cubrir por esos diminutos prodigios de cristal soplado. Tuve que apartar un par de ellos para sentarme sobre la mesa que había ante una de las ventanas mientras mi madre, que había bajado un poco antes que yo con el cabello suelto y envuelta en un batín, daba vueltas en el diván a algo que identifiqué como un gran escarabeo dorado.

—¿Qué vas a hacer con el corazón de nuestro amigo Ptahmai? —pregunté, y alargué una mano para coger un montoncito de crujientes papiros—. ¿Usarlo como pisapapeles?

—No seas tonta —me contestó ella, inspeccionándolo con atención—. Ahora mismo lo guardaré en la caja fuerte con las demás cosas. Si vamos a quedarnos con una reliquia de tres mil trescientos años, tenemos la responsabilidad de velar por ella.

—Pues más vale que tío Oliver no te vea hacerlo. Es la persona más honrada con la que nos hemos topado nunca y, si descubre lo que nos traemos entre manos...

—No tiene por qué suceder si los tres mantenemos la boca cerrada. Y si aun así te sientes culpable —continuó mi madre, y dejó el escarabeo sobre la mesita baja—, piensa que le estamos ocultando todo esto por su bien. No queremos que se disguste, ¿verdad?

—Tu madre tiene razón —coincidió mi padre mientras entraba en el salón—, aunque sospecho que a estas alturas Oliver nos conoce demasiado bien. Puede que sea inocente, pero no estúpido. Simplemente, prefiere hacer como que no ve lo que no le gusta tener que ver.

Sacudí la cabeza con resignación, alisando con cuidado uno de los papiros. Era una pequeña imitación comprada en Khan El-Khalili de una pintura funeraria, pero se me acababa de ocurrir que me ayudaría a paliar la nostalgia colocarla sobre mi escritorio.

—Hablando de antigüedades —mi padre se apoyó en el respaldo del diván—, antes de la apertura oficial de la tumba, algunas piezas del ajuar debieron de caer por accidente en mi bolsillo. No sé cómo pudo suceder algo así, con lo cuidadosos que somos siempre...

—¡Lionel! —exclamó mi madre cuando puso ante sus ojos un objeto brillante, como un cascabel con el que tratara de tentar a un gato. Parecía un brazalete de oro con adornos de pasta de vidrio—. ¡No me puedo creer que lo hayas hecho sin que yo me diera cuenta!

—No entiendo a qué te refieres. Ya te he dicho que fue un accidente. —Y

cogiéndole la mano, le puso el brazalete antes de besarla en la boca—. Ahora luce muchísimo mejor.

—Estoy aquí —me quejé desde la mesa, aunque no me prestaron la menor atención.

—Tú sí que sabes seducir a una mujer —ronroneó mi madre—. Ni cajas de bombones ni ramos de rosas... Nada como una joya robada a una momia egipcia para hacernos caer rendidas a vuestros pies. —Y dicho esto, le agarró de la corbata para que se agachara más, inclinado aún sobre el respaldo—. Seguro que se me ocurrirá cómo agradecértelo...

—¡Sigo estando aquí! —exclamé más molesta—. Dios, no sé qué me da más rabia, si tener que aguantaros así o discutiendo a voces por cualquier tontería. Por si lo habéis olvidado, os recuerdo que esa noche quise acompañaros a prepararlo todo para la apertura de la tumba y no me dejasteis por miedo a que me llevara cualquier cosa antes de que redactáramos el inventario. ¿Qué clase de ejemplo le estáis dando a vuestra hija?

—El mejor, teniendo en cuenta que esto te divierte tanto como a nosotros —dijo mi padre, acercándose a la mesa—. De todas formas, ¿temías que me hubiera olvidado de ti?

Al alargarme una mano, vi que había algo en su palma: un pequeño objeto azul verdoso de aproximadamente las mismas dimensiones que un chelín.

—¿Es para mí? —pregunté casi sin voz, y lo cogí con cuidado. Observé que era un escarabeo más pequeño que el falso corazón de Ptahmai, tallado en una turquesa con un par de alas extendidas a ambos lados. «El símbolo de Ra —pensé emocionada mientras le daba la vuelta. Había jeroglíficos en la parte de atrás—. Un amuleto protector contra el mal...».

—¿Qué es eso? —inquirió mi madre desde el diván, estirando el cuello—. ¿Un colgante?

—Creo que se trata de la pieza suelta de un collar. Debió de rodar por el suelo junto con el resto de abalorios cuando derribamos la puerta de la cámara sepulcral. —Mi padre se volvió hacia mí, sonriendo ante mi expresión extasiada—. En el Museo Egipcio de El Cairo tienen cientos de piezas parecidas, algunas de mucho más valor. Lo más probable es que hubiera acabado en una caja, de modo que para eso es mejor que lo conserves tú.

—¡Gracias! —Le eché los brazos al cuello con tanta brusquedad que casi lo hice caer y él me estrechó contra sí—. ¡Voy a limpiarlo ahora mismo para ponerle un cordón!

—Puedes dejártelo por fuera de la blusa en nuestra próxima visita al museo —se burló mi madre—. Claro que también podrías entregarlo, si eres tan recta como tu tío...

En vez de contestarle, besé a mi padre en la mejilla antes de subir corriendo a mi cuarto para recoger un pequeño equipo de arqueología que me habían regalado.

Mientras barría con un pincel los granos de arena incrustados en las muescas de la turquesa, mis padres abrieron un *bourbon* y se acomodaron en el diván para brindar por Ptahmai y sus tesoros. Fuera, al otro lado del cristal, las farolas de Londres parecían temblar en medio de la lluvia como cientos de luciérnagas atrapadas en frascos. Desde allí se oía el bullicio de los automóviles que recorrían Great Russell Street y los cascos ocasionales de algún caballo. Acabé de deslizar un cordón por el agujero del colgante para ponérmelo al cuello y me disponía a enseñárselo a mis padres cuando alguien tiró de la campanilla.

—Deben de ser esos pesados de los Harrington —rezongó mi padre—. Ya he perdido la cuenta de las veces que nos han invitado a cenar desde que hemos regresado.

—Os dije que íbamos a estar de lo más solicitados ahora que nos quieren tanto en los periódicos —contestó mi madre, con los pies descalzos sobre las rodillas de él—. Ve a echar un vistazo, Helena. Si la señora Harrington trae otra tarta, puedes decirle que aún estamos demasiado ocupados con la mudanza, pero que nos la comeremos en su honor.

Toqueteando el colgante antes de esconderlo dentro de mi ropa, salí al vestíbulo y acerqué un ojo a la mirilla. Al otro lado de la puerta, debajo de un paraguas que parecía demasiado pequeño para su robusta figura, aguardaba un caballero que debía de rozar la cincuentena. Llevaba un bigote de morsa del mismo tono de gris que su ropa de *tweed*.

Definitivamente no era uno de los Harrington, aunque tardé un momento en caer en que la última vez que lo había visto, antes de marcharnos a Egipto, había sido en el Museo Británico. Eso me hizo desandar mis pasos tan deprisa que casi me resbalé.

—Antes de abrir la puerta, creo que deberíais esconder un par de cosas. Es ese tipo que tiene un despacho en el museo al lado del de Kenyon... Constant o Constantine...

—¿Richard Constable, el ayudante del director? —se sorprendió mi padre—. ¿Qué le ha traído hasta aquí sin su superior? Que yo sepa, no tenemos tanta relación como para...

—Ni idea, pero no deberíamos dejarle en la calle. Está cayendo el diluvio universal.

Sin cruzar una palabra, los dos se incorporaron para ocultar a toda prisa cualquier objeto que pudiera parecer sospechoso. Mi padre colocó un par de cojines sobre unas figuras de alabastro, mi madre se quitó el brazalete para guardarlo en una caja que había en la repisa de la chimenea y, cuando ya nos dirigíamos al vestíbulo, mi padre se fijó en que el escarabeo de oro seguía en la mesita. «¡Pssss!», le oí decirle a mi madre antes de lanzárselo, y ella lo agarró como pudo, con una mirada escandalizada, y lo colocó en el armario de la cristalería. Solo entonces acudimos a abrir la puerta.

—Señor Lennox. —El pobre señor Constable parecía un náufrago a esas alturas, pero estrechó su mano con una sonrisa—. Me alegro mucho de que esté de vuelta.

—Un placer verle de nuevo, Constable. Pase antes de que pueda ahogarse; hoy hace una tarde de perros. —Mi padre cerró tras él—. Sentimos haberle hecho esperar.

—Estábamos tan atareados ordenando nuestras cosas que no oímos la campanilla hasta hace un segundo —sonrió mi madre. Echó hacia atrás la pesada melena negra que caía sobre su batín de seda—. Espero que no le escandalice nuestro desastrado aspecto...

Constable le aseguró que estaría encantadora con cualquier cosa que se pusiera, lo que me hizo arquear las cejas. Sabía que mi madre le gustaba desde que la conoció, pero el rubor con el que le dio su paraguas y su abrigo no pudo ser más pueril.

—No he tenido tiempo de hablar aún con Kenyon —añadió después—, pero doy por hecho que la reunión de esta mañana en la mansión de lord Silverstone habrá sido un éxito.

—Como poco, nos ha asegurado un nuevo reportaje a doble página —dijo mi padre.

—La gente se vuelve loca con esos acontecimientos. —Constable sacudió la cabeza—. Es una suerte que cada vez se realicen de una manera más científica. Recuerdo que hasta hace relativamente poco se desenvolvían momias egipcias hasta en los teatros de variedades...

—La verdad es que nos extrañó no verle por allí —comentó mi madre—, aunque me imagino que estaría ocupado con ese asunto del que quiere hablarnos. No habría venido a visitarnos de improviso si no se tratara de algo que le tuviera muy nervioso, ¿no es así?

—Usted siempre tan perspicaz —musitó Constable. Echó un vistazo a los baúles que abarrotaban el vestíbulo—. No se preocupen, no les robaré más que unos minutos. Si les parece bien, podemos hablar en el salón sobre lo que Kenyon me ha encargado que les...

—No. —Mi madre se apresuró a agarrarle de un brazo, dedicándole la clase de sonrisa con la que la había visto derretir a una docena de hombres al mismo tiempo—. Creo que estaremos más cómodos en el despacho. Por lo menos, allí tendremos dónde sentarnos.

Por suerte para nosotros, Constable era una criatura cándida que no encontró nada sospechoso en el modo en que lo condujimos escaleras arriba. Cuando mi madre empujó la puerta, nos recibió una vaharada de calor; supuse que habría encendido la chimenea para acabar de colocar los montones de libros desperdigados sobre los muebles. Mientras abría las puertas de cristal del balcón, mi padre invitó a Constable a sentarse en una de las butacas de cuero marrón, haciendo lo propio en la situada al otro lado del escritorio.

—Estábamos tomando un *bourbon* cuando llamó, pero no nos importará acompañarle. —Mi madre tiró de la puerta abatible de un mueble bar que mi padre había insistido en colocar al lado de la biblioteca, adornada con las primeras estatuillas, vasijas y bronces que habíamos desembalado—. ¿Le apetece un

Cointreau? ¿Una copa de coñac?

—Un coñac estaría bien —contestó Constable. Después se quedó observando cómo apartaba unos mapas para sentarme en el sofá—. Cómo ha crecido la niña. Me imagino que estarías deseando regresar a Inglaterra para reencontrarte con tus amigas, ¿verdad?

—No se hace una idea —repuse—. Por cierto, espero que le gustase la traducción de los textos de la tumba que les enviamos por correo postal. Fui yo quien se encargó de ella.

Vi cómo mi madre me echaba una mirada severa desde el espejo del mueble bar. Medio minuto después se reunió con nosotros, le alargó una copa a Constable, otra a mi padre (mucho menos llena, para decepción suya) y encendió la lámpara que había encima del escritorio. Los cristales rojos y dorados cobraron vida de repente, haciendo relucir las gafas de nuestro invitado y la condecoración de guerra de mi padre colgada de la pared.

—No quiero entretenerles demasiado, así que iré al grano. —Después de dar un sorbo al coñac, Constable sacó del bolsillo de su chaleco una fotografía en sepia que colocó sobre el escritorio—. Supongo que conocerán a James y Henry Brandeth, ¿verdad?

—Claro que sí —le contestó mi madre, y cogió la pequeña cartulina. Dos hombres con salacots nos sonreían desde ella, uno de unos setenta años, con el pelo y el espeso bigote de un blanco inmaculado, y el otro de aproximadamente la edad de mis padres—. Hemos coincidido a menudo en el despacho de su superior, pero desde que nos marchamos a excavar a Egipto no hemos intercambiado más que tres o cuatro cartas con ellos.

—Conocí a Henry Brandeth en el Somme, mientras luchábamos en la misma trinchera contra los alemanes —explicó mi padre—. No es demasiado hablador, pero pasamos buenos ratos jugando a las cartas con nuestros hombres. Ahora que lo pienso, aún me debe dinero...

—Entonces, ¿no han vuelto a tener noticias tuyas desde hace tiempo? —preguntó el ayudante del director—. ¿No les han escrito informándoles sobre sus últimas actividades?

—¿Acaso deberían haberlo hecho? —quiso saber mi madre, y se sentó en el brazo de la butaca de mi padre—. ¿Han probado a ponerse en contacto directamente con ellos?

—Nada nos gustaría más, señora Lennox, pero me temo que no es posible. No hasta que sepamos qué les ha pasado a los Brandeth para desaparecer de la noche a la mañana.

Esto hizo enarcar las cejas a mi padre y fruncir el ceño a mi madre. Constable dejó escapar un suspiro, aunque su expresión revelaba que no le sorprendían sus reacciones.

—Si he de ser sincero, esperaba que esta visita arrojara algo de luz al respecto,

pero me temo que ustedes no están más al tanto de la situación que los demás arqueólogos a los que hemos visitado. No son los únicos que les han perdido la pista.

—¿Los Brandeth, desaparecidos? —inquirió mi padre—. ¿Están seguros?

—Puede que simplemente no los hayan localizado por no estar en Inglaterra —dijo mi madre, mirando de nuevo la fotografía—. Usted sabe mejor que nadie que esta clase de vida es muy azarosa; uno está todo el tiempo subiéndose a barcos y bajando de trenes...

—Me parece que no han comprendido lo que ocurre. No les estoy preguntando por los Brandeth porque no sepamos dónde estaban en el momento de su desaparición. El problema es que sí lo sabemos, pero no entendemos qué está pasando en ese lugar. —Y alzando la vista hacia mis padres, preguntó—: Díganme, ¿han oído hablar de Bhangarh?

Capítulo 3

A juzgar por la extrañeza con la que mi padre me devolvió la mirada, ese nombre le decía tan poco como a mí. Mi madre, en cambio, arrugó pensativamente el entrecejo.

—¿No es una ciudad de la India que está en ruinas? La esposa de uno de nuestros amigos, el señor Westwood, me ha contado algunos rumores acerca de ella.

—Son muchos los que circulan en torno a esas viejas piedras, aunque apenas queden algunos edificios en pie —corroboró Constable—. Bhangarh se encuentra a escasa distancia de Alwar y a unas dos horas en automóvil de Jaipur, una de las ciudades más poderosas de la India. Hace doscientos años era considerada la octava maravilla del mundo, pero la decadencia que se ha apoderado ahora de ese complejo hace que casi resulte irreconocible.

—¿De modo que ahí estaban trabajando los Brandeth antes de esfumarse? —preguntó mi padre—. ¿Qué se les perdió en ese sitio si no queda nada que merezca la pena excavar?

—Sería más correcto decir que no queda nada por excavar, Lennox. La Bhangarh de hoy en día no es más que un montón de cascotes, sin más habitantes que los monos y las serpientes que han construido sus guaridas entre sus cimientos. —Constable se quedó contemplando su coñac con aire pensativo—. Eso es precisamente, en opinión de Kenyon, lo que debió de hacer necesaria la presencia de los Brandeth. Al parecer, estaban tratando de levantar un plano del complejo por encargo de algún mecenas interesado en la ciudad.

—Pues si tenían un mecenas, lo que deberían hacer sería preguntarle a él —intervine yo—. Todavía me acuerdo de la cantidad de papeles que tuvieron que rellenar mis padres cuando su museo nos concedió el *firman* para excavar en el Valle de los Reyes. En los de los Brandeth tiene que aparecer a la fuerza quién es ese tipo y cómo contactar con él.

La incomodidad con la que me miró Constable me hizo sospechar que no debía de estar acostumbrado a que a las adolescentes se les permitiese intervenir así como así en una conversación de adultos. Sin embargo, cuando contestó comprendí lo que sucedía:

—Digamos que... esa información no consta en los documentos de los Brandeth. —Y al reparar en nuestra sorpresa, tuvo que añadir—: Les aseguro que nuestro museo es de lo más riguroso con los trámites burocráticos de sus empleados. Normalmente habríamos revisado al detalle todos los permisos, pero tuvimos tanto trabajo esta primavera que...

—Es decir, que los Brandeth se la han jugado. —Solté un resoplido—. Han cometido una irregularidad que habría pasado desapercibida de no haber sido por su

desaparición.

—Y mientras tanto, nosotros recorríamos El Cairo de punta a punta para recopilar todas las firmas —rezongó mi padre—. ¡Si lo llego a saber, las habría falsificado yo mismo!

—Pero tiene que haber alguien que esté al corriente de lo sucedido —dijo mi madre sin prestarnos atención—. Quizás el Servicio Arqueológico de la India o los ayudantes a los que contrataron los Brandeth... o el propio personal del hotel en el que se alojaron...

—Créame, señora Lennox, lo hemos intentado todo —contestó Constable—. No nos queda ninguna tecla por tocar, pero lo peor es que no nos lo están poniendo nada fácil.

—¿Se refiere a los problemas políticos que atraviesa la India? Hace un par de semanas leí en el periódico que el Partido del Congreso se está mostrando más belicoso en sus reivindicaciones. Pero no imaginaba que el recelo hacia los británicos...

—Esa es otra cuestión —Constable agitó su copa casi vacía—; inquietante, estoy de acuerdo, pero muy distinta de la que nos ocupa. Sé que lo que voy a decirles les parecerá absurdo y que quizá piensen que se me ha subido el coñac a la cabeza, pero lo que está ocurriendo... —Dudó un instante—. En la India se cree que Bhangarh está... encantada desde hace siglos. Por eso nadie se atreve a acercarse a ella.

Si esperaba que esto nos causara alguna conmoción, Constable debió de sentirse muy decepcionado. Mi padre se limitó a guardar silencio unos segundos antes de responder:

—Encantada. —La diversión era tan palpable en su voz que casi me hizo reír—. Como cualquiera de nuestros castillos abandonados. Sí que se ha vuelto británica la India, sí...

—Lo estoy diciendo en serio —insistió Constable, un poco ofendido—. Le aseguro que no se me ocurriría inventarme algo así, Lennox, sobre todo en una situación como esta.

—No se lo tome a mal, es solo que estos temas son nuestra debilidad —soltó mi madre con una sonrisa—. Cuéntenos más cosas: ¿se han producido apariciones entre sus ruinas?

—Unas cuantas, según los rumores locales —Constable parecía indignado—, pero eso no nos parece tan preocupante como lo sucedido con todas y cada una de las personas que se han atrevido a pernoctar dentro del recinto palaciego. Pueden tratar de ponerse en contacto con el Servicio Arqueológico de la India, si es que no se fían de Kenyon y de mí.

—¿Y qué les ha sucedido, si se puede saber? ¿Se han encontrado con un fantasma?

—Han desaparecido, Lennox, exactamente igual que los Brandeth. A todos les ha pasado lo mismo, y por eso el Servicio Arqueológico decidió alertar a la población de

los peligros de visitar el palacio real tras la puesta de sol... por muy atractivos que sean los rumores acerca de los tesoros que hicieron de Bhangarh una ciudad legendaria.

Esto último hizo que la sonrisa burlona se borrara del rostro de mi padre. Ni él ni mi madre pronunciaron palabra, pero no me costó adivinar qué les había hecho cambiar de opinión: puede que la llamada de la aventura sea poderosa, pero la del oro lo es aún más.

—En fin, siento haberles hecho perder el tiempo —siguió nuestro invitado con aire resignado—. Ya le aseguré a Kenyon que no sería sencillo convencer a alguno de nuestros arqueólogos de trasladarse a ese lugar, no solo para dar con los Brandeth, sino para descubrir qué está pasando. Entiendo que con todas estas habladurías ustedes no...

—Al contrario, señor Constable —le interrumpió mi madre—. Nos interesa, y mucho.

El aludido, que acababa de alisar sus pantalones de *tweed* para ponerse en pie, se quedó mirándola como si temiera no haber escuchado bien. Mi madre continuó:

—Personalmente, y creo que mi esposo estará de acuerdo conmigo —se volvió hacia mi padre, que había rodeado su cintura con un brazo—, pienso que su museo demuestra ser una institución con sentido común al no desear abandonar a su suerte a dos de sus mejores investigadores. En principio nosotros no tendríamos problemas en ocuparnos de este asunto, aunque entenderá que primero necesitemos sopesar los pros y los contras...

—Por supuesto —se apresuró a decir Constable, esperanzado—. No es una decisión que convenga tomar a la ligera, en especial cuando han regresado de Egipto hace unos días.

—Yo en cambio pienso que cuanto antes nos pongamos en marcha, mejor —contestó mi padre con una sonrisa sibilina—. De esa manera no nos dará tiempo a entumecernos.

Sus ojos se encontraron disimuladamente con los míos y la mirada que cruzamos me hizo comprender que compartíamos el mismo entusiasmo. No obstante, hasta que Constable no apuró su copa («delicioso, no saben cuánto») y los tres lo acompañamos a la puerta («los esperamos mañana en el museo, entonces») no pudimos hablar con libertad.

—Bueno —comentó mi madre—, parece que seguimos en el candelero, señor Lennox.

—Y con un asunto bastante prometedor, señora Lennox, si dejamos de lado todas esas patrañas sobre almas en pena. La verdad es que hasta ahora no me había planteado la posibilidad de viajar a la India, pero tal vez esta sea la excusa perfecta.

—Es curioso que los Westwood estuvieran al tanto de esto —observé. Mi madre se encaminó de nuevo hacia el despacho, seguida por nosotros—. Quizás Haithani escuchó algunos rumores cuando aún vivía en la India... ¿Cuándo hablaste con ella

de este tema?

—Hace unos cuatro años, poco después de que acabara la guerra. August y ella nos invitaron a quedarnos unos días en su casa mientras terminábamos de amueblar la nuestra.

—Recuerdo que no paraba de llover —dijo mi padre—, pero no esa conversación.

—No me extraña; te pasaste la semana saqueando el mueble bar de August. Lo que Haithani me contó me pareció tan curioso que busqué información en uno de nuestros libros. Sé que no nos lo llevamos a Egipto, así que tiene que estar por aquí.

Había una escalera corrediza en la biblioteca, al lado de un busto de Champollion sobre el que mi padre había colocado su inseparable sombrero de ala ancha. Mi madre se recogió el batín para subirse a ella y examinar los títulos mientras seguía hablando:

—Constable no exageraba: las riquezas de Bhangarh le otorgaron una enorme fama hace algunos siglos, aunque todo eso se haya convertido en cenizas. Parece ser que el emperador Madho Singh I hizo de ella una de las principales ciudades de la India en la época de los mogoles. Era una auténtica cuna de saber, repleta de palacios y templos...

—¿Y qué se supone que pasó para que todo eso acabara hecho pedazos? —pregunté.

—No hay manera de saberlo. Por lo que tengo entendido, Bhangarh fue abandonada antes de que la India pasara a formar parte del Imperio británico hace casi setenta años.

—Algún dios furioso provocó un terremoto que acabó con la ciudad —dijo mi padre, muy serio—. No, eso es poco realista; una estampida de elefantes arrasó con los edificios.

Mi madre le dirigió una mirada reprobatoria sin dejar de rebuscar entre los libros.

—Dudo que los elefantes y los dioses deambularan con tanta libertad por allí. —Sacó un pequeño tomo con tapas de cuero y comenzó a pasar las páginas—. No, más bien creo que debió de ocurrir algo que diezmó a la población. La decadencia de Bhangarh tuvo que producirse después de ser abandonada por los supervivientes, si es que quedó alguno...

—Alguien adulteró el *curry* —continuó mi padre—. Hubo cientos de miles de muertes.

—Un pozo envenenado con extractos de una planta mortal —contribuí—. Demasiado incienso en los pebeteros de un templo; toda la población murió asfixiada en el transcurso de una ceremonia. Una repentina plaga de serpientes, una visita del tigre Shere Khan...

—Oh, parad ya. —Mi madre descendió de la escalera con el libro. *Misterios y leyendas de las civilizaciones actuales*, acerté a leer en el lomo antes de que lo abriera sobre la mesa—. *Voilà* —exclamó, y señaló una fotografía en blanco y negro—. Venid a ver esto.

Me incliné al lado de mi padre, cada vez más intrigada. La imagen que acompañaba a la descripción de Bhangarh era tan lúgubre que me encogió el corazón: un escenario de devastación en el que cada pocos metros, abriéndose camino a duras penas entre las retorcidas ramas de los árboles, asomaban las ruinas de un palacio, de un templo, de un mercado. A esas alturas no eran más que esqueletos de edificios, pero no costaba imaginar cómo había sido su aspecto en la época de esplendor de la que había hablado mi madre.

—Una auténtica pena —reconoció mi padre, apartándose el pelo entrecano—, pero la verdad es que sigo sin comprender qué pintaban los Brandeth allí. ¿Por qué encargaría alguien a dos arqueólogos levantar el plano de un complejo destrozado?

—Pues por los mismos motivos por los que nosotros arrancamos al pobre Ptahmai de su tumba. —Me encogí de hombros—. Para sacar a la luz sus tesoros, los que según el señor Constable se cree que siguen enterrados en Bhangarh. Puede que sus habitantes se esfumaran hace décadas, pero no tiene por qué haber pasado lo mismo con sus riquezas.

Aquello me parecía tan natural que me sorprendió que mis padres se me quedaran mirando como si acabara de descubrir las ruinas de Troya. Después se miraron el uno al otro y mi madre se incorporó con los ojos clavados de nuevo en la siniestra fotografía.

—No es una mala teoría... sobre todo si ese misterioso mecenas de los Brandeth no está tan interesado en la historia como en la caza de tesoros. No sería la primera vez que el rigor científico de unos arqueólogos sucumbe ante el materialismo de sus protectores.

—Deberían aprender de nosotros, que somos un paradigma de honradez —respondió mi padre con solemnidad—. Si esto significa que debajo de esos montones de cascotes se encuentran aún los tronos de los emperadores, con sus piedras preciosas y sus marfiles...

—Esperando a que alguien les dé un mejor uso que los fantasmas. —Sonreí mientras apoyaba una mano en su hombro—. ¿Cuándo decís que iremos a comprar los pasajes?

—Lo antes posible, aunque primero habrá que ultimar los detalles con Kenyon —dijo mi padre, y me devolvió el *gesto*—. Con suerte, los indios estarán tan concentrados en su lucha por la independencia que no repararán en la presencia de tres imperialistas más.

Nuestras risas hicieron que mi madre emergiera poco a poco de sus cavilaciones.

—¿Tres? —repitió con expresión confusa. Miró primero a mi padre y después a mí.

—¿Quieres que se lo propongamos también a Oliver? —Él sonrió—. No me lo acabo de imaginar a lomos de un elefante, pero puede que sea buena idea. Ya hemos tenido ocasión de comprobar lo práctico que es presentarse por ahí en compañía de un lord.

Mi madre aún siguió observándole unos segundos, como cuestionándose si estaría hablando en serio. Después preguntó en un tono muy distinto del que había usado antes:

—Helena, ¿te importaría dejarnos a solas a tu padre y a mí durante unos minutos?

—¿Por qué no puedo quedarme? —me sorprendí—. Estoy tan al corriente del asunto como vosotros, y tú misma has admitido que puedo haber dado en el clavo...

—Eso digo yo, ¿a qué viene ese secretismo? ¿No estamos acaso en el mismo barco?

—Querido. —Aquella era la palabra mágica que siempre lo cambiaba todo. Mi padre cerró la boca de inmediato—. Sé lo que me digo, así que no hagas que esto sea aún más difícil. Helena, vete a tu habitación, por favor. Mañana hablaremos con calma.

—De mañana nada —exclamé. Lina señal de alarma había empezado a sonar dentro de mi cabeza—. ¡Lo que quieras que sepa papá puedes decirlo delante de mí! ¡Sabes que no podrás impedir que me entere, porque vendrá a contármelo en cuanto te des la vuelta!

Mi indignación no hizo más que crecer cuando mi madre, sin inmutarse, me agarró de un brazo para conducirme al corredor. Nunca dejaba de sorprenderme lo fuerte que era.

—Mamá, no pensarás que... ¡No se te ocurra echarme! ¡No tienes ningún derecho!

—Yo diría que sí, jovencita. Ahora haz el favor de comportarte como Dios manda y vete a tu dormitorio. Creo recordar que tienes un montón de ropa revuelta esperándote.

—¡Te he dicho que no voy a marcharme! ¡Quiero enterarme de lo que papá y tú...!

No obtuve más respuesta que el estruendo de la puerta del despacho cerrándose en mis narices. Estaba tan furiosa que le habría dado una patada, pero pasado un momento me lo pensé mejor, me dirigí metiendo mucho ruido al otro extremo del corredor y, tras quitarme las zapatillas de estar en casa, regresé descalza a la puerta. Pero tampoco me sirvió de mucho; acababa de apoyar una oreja en ella cuando mi madre volvió a abrirla.

—¡A tu dormitorio, ahora mismo! —Y al cerrarla, lo hizo echando la llave.

«Maldita sea —pensé, y apreté los puños. De todas las cosas de mi madre que me sacaban de quicio, no había ninguna que odiara más que esa manía de creer que era una cría a la que había que ocultar los detalles más escabrosos—. Bueno, prueba a echar todas las llaves de la casa. He aprendido demasiado bien cómo soléis hacer las cosas papá y tú».

Recogí las zapatillas, me dirigí a mi habitación y, después de arrojarlas debajo del escritorio, abrí de par en par el balcón. La lluvia me azotó la cara al salir, tan desapacible que costaba creer que aún estuviéramos en septiembre. Cuando me hube

asegurado de que no pasaba nadie por Great Russell Street, me até más fuerte el lazo de la blusa para proteger mi amuleto y me encaramé con precaución a la resbaladiza barandilla de hierro.

Mi madre no se había acordado de cerrar las puertas del balcón del despacho; desde allí percibía sus voces, aunque no pasaban de un rumor ahogado. Conteniendo el aliento, me estiré para alcanzar la barandilla situada a medio metro de la mía y, cuando me hube cerciorado de que no me resbalaría, me dejé caer en el mayor silencio al balcón.

Las cortinas ondeaban con la brisa, ocultándome de cualquier mirada indiscreta. Me acurruqué en una esquina, indiferente al aguacero, y entonces oí:

—... todo lo que ha crecido en estos años, aunque aún sigas considerándola una niña. Es perfectamente capaz de cuidar de sí misma, Dora, y nos lo ha demostrado de sobra.

—Aun así, me da la sensación de que los Brandeth están metidos en un asunto de lo más turbio. Puede que Helena no corriera peligro en Egipto, pero esto es muy diferente.

Eso hizo que se me encogiera el estómago. «No serás capaz —pensé con los ojos clavados en las farolas, que continuaban titilando bajo la lluvia—. No te atreverás...».

—¿Y qué propones hacer con ella si no dejamos que venga con nosotros a la India?

—Lo que acabo de decirte: enviarla mientras estamos fuera a algún lugar en el que la eduquen en condiciones. Justo esta mañana he estado hablándolo con Oliver y me ha asegurado que no cree que haya problemas para conseguirle una plaza en el castillo de Mont-Choisi, el instituto en el que Chloë estudiará este año. Helena podría pasar en Silverstone Hall las cuatro semanas que faltan para que comience el curso y...

El nudo de mi estómago se convirtió en una náusea. Fue una suerte que estuviera en el suelo, porque, si siguiera de pie, las piernas habrían dejado de sostenerme. Por eso mi tío parecía tan incómodo al hablar de Chloë; sabía cómo me sentiría al descubrir aquello.

—¿El castillo de Mont-Choisi? ¡Si piensas que voy a quedarme de brazos cruzados mientras unas solteronas reprimidas convierten a nuestra hija en un repollo con lazos...!

—Parece mentira que digas esas cosas. ¡Estaría viviendo y estudiando con Chloë!

—¡Y acabaría convirtiéndose en una segunda Chloë! Ya sabes lo mucho que quiero a esa chiquilla, pero Helena no está hecha de la misma pasta que ella. No aguantaría ni una semana recibiendo clases de etiqueta, de baile, de buenos modales y de todas esas imbecilidades que enseñan allí. La mera idea de que se presente en casa con un pardillo como ese lord Castlemaine al que probablemente Oliver acabe teniendo como yerno...

—Estás haciendo un desierto de un grano de arena. ¡Lo único que quiero es darle las oportunidades que nosotros no tuvimos ahora que por fin podemos permitirnos hacerlo!

—Helena no será nunca como tú —dijo mi padre de repente en un tono mucho más tajante—. Por mucho que te duela, Dora, no se parece a ti. Eso no podrás cambiarlo jamás.

El silencio que siguió a esto fue tan absoluto que por un segundo me pregunté si no habrían cerrado la estancia de golpe. Pero después me llegó el ruido de los pasos de mi madre alejándose hacia la puerta del despacho y el chirrido de la llave en la cerradura.

—Puede que tengas razón, pero tampoco es una versión femenina tuya de diecisiete años. Es increíble que estés tan obsesionado con recuperar tu juventud a través de ella.

—¿Que esté...? —Mi padre parecía desconcertado—. ¿Qué tratas de decirme con eso?

—Que empiezo a sospechar que nuestra hija no es la única que necesita madurar.

La puerta se cerró a sus espaldas, haciendo temblar los cristales. Al cabo de unos segundos, mi padre, murmurando algo que no conseguí entender, se marchó tras ella para hacerla entrar en razón, pero yo no pude moverme: en cuestión de un suspiro, mi mundo entero se había hecho añicos que el aguacero amenazaba con arrastrar a una cloaca.

Capítulo 4

A mis padres no debió de llevarles ni medio segundo darse cuenta, cuando bajé a desayunar con ellos a la mañana siguiente, de que me las había apañado para espiar su conversación. La noche en vela me había dejado pálida como una muerta, y mi expresión debía de reflejar tal conmoción que hasta mi madre pareció sentirse culpable.

—Sabes que nunca haría nada que no fuera por tu bien, aunque aún no seas capaz de entenderlo. Estoy convencida de que dentro de unos años, cuando pienses en esto...

—Lo único que recordaré será que mis padres me quitaron de en medio para que no les estorbara en su mayor aventura —mascullé—. Es curioso que no te quejaras tanto de mi educación cuando traducía sin ayuda de nadie los jeroglíficos de la tumba de Ptahmai.

—Nadie ha dicho que seas una ignorante, Helena. Pero estarás de acuerdo conmigo en que no tiene sentido que a tu edad hables media docena de lenguas muertas como si fueras una auténtica nativa, pero no sepas nombrar más ríos de Inglaterra que el Támesis.

—¡Eso no es verdad! Puedo señalar dónde está el Severn, más o menos, y también conozco el... eh... ese que pasa por Oxford y que tiene nombre egipcio, Hathor o Isis o...

Parecía que mi madre estaba haciendo esfuerzos para no poner los ojos en blanco.

—Impresionante, pero no me harás cambiar de opinión. ¡La última vez que tu tío vino a cenar seguías sin tener claro si el tenedor iba a la izquierda o a la derecha!

—Eso es lo que más te preocupa, ¿no es así? —le espeté más rabiosa—. ¿No poder pavonearte delante de los demás porque tu inculta hija siempre lo estropea todo?

—¿Cómo te atreves a hablarme así? ¿Tanto te cuesta creer que me preocupe por ti?

—También se te veía muy preocupada cuando te marchaste a la guerra con papá. Y apuesto a que te quitaba el sueño lo que me ocurriera mientras estabas con él, ¿verdad?

Mi cólera había acabado desenterrando algo que tenía guardado desde hacía años y que nunca había creído que diría en voz alta. Me di cuenta de inmediato de que había ido demasiado lejos: mi madre se puso de un rojo incandescente bajo sus siete lunares.

—Ni se te ocurra repetir eso —siseó mientras dejaba los cubiertos a ambos lados del plato—. Si me alisté como enfermera fue porque era mi deber. Todos los hombres de Inglaterra se habían marchado al frente, dispuestos a entregar su vida por la causa

en la que creían...

—Lo que me faltaba por escuchar —exclamé—. No seas hipócrita, ¡a ti no te importa lo más mínimo Inglaterra! ¡Ni siquiera tienes una sola gota de sangre inglesa en las venas!

—¡Pero te recuerdo que tu padre estaba a punto de morir! ¡Tenía que cuidar de él!

—¿Queréis parar de una maldita vez, las dos? —estalló él de repente, cogiéndonos por sorpresa. Empuñaba el tenedor con tanta fuerza que casi tenía los nudillos blancos—. ¿Es que nunca conseguiremos ser, al menos por unas horas, una condenada familia normal?

Aquello tuvo la virtud de silenciarnos, aunque las miradas que cruzábamos por encima de nuestros platos no podían ser más asesinas. La mermelada de mi tostada me sabía terriblemente amarga ahora que por fin había descubierto la verdad: mi madre se avergonzaba de mí, por eso quería enviarme a aquella escuela para descerebradas. Al cabo de un par de minutos, mi padre, hastiado de la situación, se puso en pie anunciando que se marchaba al Museo Británico para comunicarle a Constable que aceptaban encargarse de la búsqueda de los Brandeth, y mi madre se apresuró a decir que le acompañaba.

Parecía que el asunto había sido resuelto sin que se me permitiera opinar; no había nada más que pudiera añadir para convencerles de que me llevaran con ellos. Mi única ocupación durante la siguiente semana, en la que mis padres no dejaron de recorrer la ciudad ultimando los preparativos de su viaje a la India, fue contemplar cómo la maleta que mi madre había dejado al lado de mi cama se iba llenando más y sepultaba mis últimas esperanzas bajo vestidos de encaje, medias de seda y zapatillas con plumas.

Finalmente llegó el 7 de septiembre, el día en que habían reservado dos pasajes en un vapor de la compañía P&O que partiría rumbo a Bombay, y los tres nos subimos al coche para encaminarnos antes a la casa que sus amigos los Westwood tenían al norte de Londres. Mis padres habían decidido que Chloë y yo nos quedaríamos una semana con ellos (sospecho que la idea fue de mi padre, para tratar de animarme un poco) hasta que se nos uniera tío Oliver para conducirnos a su mansión, y a principios de octubre nos acompañaría a las dos a Mont-Choisi para que diera comienzo nuestra refinada tortura.

Como era de esperar, Chloë no cabía en sí de gozo desde que se había enterado de que pasaríamos el curso juntas. Ya estaba esperándonos en la entrada cuando mi padre aparcó delante de la casa, una bonita vivienda situada junto al cementerio de Highgate y la rectoría de la que se hacía cargo August Westwood. «¡No me puedo creer que esto esté pasando de verdad!», chilló Chloë, echándome los brazos al cuello mientras August y su esposa Haithani saludaban a mis padres en la puerta. Como iban un poco justos de tiempo, prefirieron no pasar a tomar nada, de modo que la inevitable conversación sobre el viaje y las escalas en Gibraltar, Marsella, Puerto Said y Adén se produjo al aire libre.

—Parece que el tiempo no nos acompañará —comentó mi madre, observando unos nubarrones amarrotados que empezaban a apoderarse del cielo por encima de los tejados de Hampstead—. Sospecho que tendremos bastante marejada durante los próximos días.

—Siempre ocurre lo mismo al atravesar el Golfo de Vizcaya —le contestó Haithani, que había hecho el trayecto a la inversa cuando fue a Inglaterra después de casarse con August en la India. Era aún más alta que mi madre, con el pelo entrecano recogido en un moño y una expresión mucho más seria de lo que era habitual en ella—. Más vale que os desengañéis: no empezaréis a disfrutar de la travesía hasta estar en el Mediterráneo.

—Habrás que armarse de paciencia, entonces. —Mi madre se volvió hacia mí—. ¿Hay alguna otra cosa que necesites? ¿Te ha quedado claro cómo contactar con nosotros desde Suiza?

—Me ha quedado claro que no os importo en absoluto —repliqué—, así que no trates de hacerte la simpática a última hora. Ya os he dicho que nunca os perdonaré por esto.

—De verdad, Helena, en ocasiones eres intratable. Deja de comportarte como una cría y dame un abrazo antes de que nos marchemos. Vamos a estar mucho tiempo sin vernos.

Cada vez más rabiosa, me limité a volverle la espalda con los brazos cruzados. Mi madre aguardó unos segundos hasta que dijo en voz baja «muy bien» y se apartó de mí para despedirse de August y Haithani. Después le tocó a mi padre el turno de acercarse.

—No seas tan dura con ella —me reconvino—. Ya deberías saber que no piensa más que en tu bienestar, aunque sea más testaruda que una mula cuando se empeña en algo.

—¿Y qué vas a hacer tú con tal de apoyarla, decirme que Mont-Choisi es el paraíso?

—¿Me creerías acaso si lo hiciera? —preguntó él, pero no le contesté—. Sé que no soportas que te mientan, de manera que voy a ser sincero contigo. Ahora mismo tienes dos opciones: la de estar amargada durante nueve meses enteros y la de tratar de sacar el máximo partido a la situación, por muy desagradable que parezca en un principio.

—Se nota que alguien ha sido arrastrado a demasiadas recepciones oficiales en contra de su voluntad —repliqué—. ¿Qué pasa, tenías miedo de dormir en el diván si te negabas?

No obstante, no pude resistir el impulso de abrazarle con todas mis fuerzas pese a lo enfadada que seguía estando con ellos. Sabía que iba a echarle terriblemente de menos.

—Tened mucho cuidado, por favor —murmuré a duras penas contra su hombro. Él me estrechó con más fuerza y me acarició la cabeza—. Si os ocurriera algo malo,

yo...

—Cualquiera diría que no nos conoces —contestó mi padre con una sonrisa—. Dudo que Bhangarh pueda sorprendernos después de haber visto tantas cosas en nuestra vida.

—Aun así... bueno, tened cuidado, eso es todo. Necesito que volváis de una pieza para seguir guardándoos rencor. —Me sequé disimuladamente los ojos—. Y traedme algo.

—No te entretengas mucho, Lionel, o perderemos el barco —oímos decir a mi madre desde la puerta del coche—, y no me apetece esperar en Tilbury hasta el viernes que viene.

Poco a poco, mi padre y yo nos separamos para mirarnos, pero los dos éramos tan inútiles a la hora de expresar nuestros sentimientos que él se limitó a revolverme el pelo y yo a esbozar algo que pretendía ser una sonrisa. Mi madre no añadió nada más, pese a que cuando ambos subieron al coche me di cuenta de que mi negativa a despedirme de ella le había dolido mucho más de lo que yo había pretendido. De pie en la entrada de la casa con los Westwood, me quedé observando cómo el vehículo comenzaba a descender la colina en dirección a la estación de Paddington hasta desaparecer detrás de una curva.

Para entonces habían comenzado a caer unos gruesos goterones que no tardaron en convertirse en un auténtico diluvio. Recuerdo que la tarde avanzó con la rapidez de un caracol mientras Chloë trataba de improvisar un entretenimiento tras otro, sin que mi mente dejara de volar más allá de la cortina de agua que nos envolvía para imaginar lo que estarían haciendo mis padres a cada momento: «Ahora estarán subiendo a un tren en Paddington para viajar al puerto... Ya deben de estar embarcando en Tilbury... Dentro de poco el vapor partirá rumbo a la India...». Por si eso fuera poco, a última hora de la tarde los gemelos de los Westwood, Chandra y Bhanu, vinieron para arrojar más leña al fuego.

—¿Es verdad lo que hemos oído comentar hace un rato? —preguntó Chandra cuando mi prima y yo nos sentamos a cenar, antes de que se nos unieran August y Haithani—. ¿La señorita Helena Lennox, tan delicada como una flor, va a ir al castillo de Mont-Choisi?

—Métete en tus asuntos si no quieres que te arree un puñetazo —espeté de mal humor.

—Te dije que era verdad —comentó Bhanu con una sonrisa. Los dos hermanos eran tan morenos como Haithani, pero habían heredado la estatura de su padre; Chloë y yo les sacábamos casi un palmo a pesar de que ya tenían dieciséis años—. ¿Estás emocionada? ¿Expectante? ¿Feliz?

—Yo diría que está aliviada de no haber tenido que renunciar a esa oportunidad por unas semanas espantosas en la India —apuntó Chandra—. Es lo que siempre había soñado.

—Cómo se nota que seguís siendo unos críos —les echó en cara Chloë—. Casi

todas las aristócratas centroeuropeas han estudiado en Mont-Choisi. Nos lo vamos a pasar en grande allí, pero no esperéis cartas nuestras; no creo que nos acordemos ni de que existís.

—Eso es porque vais a estar de lo más entretenidas con las asignaturas que tendréis a partir de ahora —convino Chandra—. Hemos pegado las orejas al cristal de nuestro cuarto mientras tu madre se lo explicaba a la nuestra, Helena. Buenos modales...

—Tú no necesitas eso: amenazar con arrear un puñetazo te abrirá muchas puertas.

—Protocolo, cosa que siempre resulta útil. Ya nos ha dicho un pajarito que se te vio comiendo canapés a dos manos en la recepción de la semana pasada en Silverstone Hall.

—Esta vez no he sido yo, ¡lo juro! —exclamó Chloë cuando le lancé una mirada furiosa.

—Sin olvidarnos de los idiomas, la etiqueta y el baile —puntualizó Bhanu—. Ah, y también esa cosa tan absurda que suele hacerse para aprender a caminar con elegancia...

Y cogiendo un libro de la estantería más cercana, se lo puso sobre la cabeza para tratar de avanzar en línea recta sin que se le cayera. A esas alturas estaba tan rabiosa que no pude contenerme: me levanté para asestarle un empujón con todas mis fuerzas que hizo que el libro golpeará la repisa de la chimenea, tirando sobre la alfombra dos figuras de porcelana. El grito de Chloë y las carcajadas de los otros dos atrajeron de inmediato a Haithani, que no se anduvo por las ramas: les entregó una escoba y un recogedor a los gemelos y a mí me dio un bote de cola para recomponer el pastorcillo menos deteriorado.

—Vamos, no te lo tomes así —siguió Bhanu cuando acabaron de recoger el destrozo—. No te pierdes gran cosa no acompañando a tus padres, si te paras a pensarlo...

—Paseos en elefante, recorridos por el Ganges, la puesta de sol en el Taj Mahal. —Su hermano arrugó la nariz con desdén—. Por no hablar de la comida, que es un auténtico espanto para alguien con un paladar tan exigente como el tuyo. Suerte que nunca te han vuelto loca el picante, las especias exóticas y los pastelitos bien recubiertos de almíbar...

—No les hagas caso —dijo Chloë cuando se marcharon a la cocina sin dejar de reír—. Es solo que no soportarían que pisaras la tierra de sus antepasados antes que ellos.

—Chloë, me voy a morir. —Apoyé la frente en la mesa—. Me voy a morir de pena en Mont-Choisi, de verdad. ¡No voy a ser capaz de llegar viva a junio!

—Exagerada —se burló ella, y me dio unas palmaditas en la cabeza—. Cuando hayan pasado estos meses, volverás la vista atrás y no entenderás por qué no quisiste ir. Vas a regresar convertida en una dama tan sofisticada como tu madre, ¿no estás deseándolo?

Aquel comentario me hizo sentir aún peor. Me acordé de la expresión con la que ella me había mirado antes de que arrancara el coche, una curiosa mezcla de decepción y de culpabilidad, y tuve que morderme la lengua para no decir que nada me apetecía menos que tratar de imitar a mi madre. Sabía desde hacía años que nunca sería más que una mala copia de Theodora Lennox; no necesitaba que nadie me lo recordara.

Mi ánimo no hizo más que empeorar con el paso de las horas, como un reflejo del temporal que no tardó en desatarse sobre la ciudad. Para cuando acabamos de cenar con los Westwood y subimos a nuestro cuarto, el cielo estaba inundado de relámpagos que iluminaban cada pocos segundos el cementerio de Highgate y las esculturas de ángeles posadas sobre las tumbas. Mi aspecto debía de ser tan patético, sentada en pijama junto a la ventana con los ojos perdidos entre los panteones, que Chloë se marchó sin dar explicaciones y regresó un minuto más tarde con una radio tan enorme que apenas podía con ella.

—¿Qué diantres estás haciendo con eso? —me asombré mientras la dejaba en la mesa.

—Echar un poco de sal en esta velada tan sosa —contestó mi prima, y se puso de rodillas para conectar el aparato—. Se la he pedido prestada a Haithani, aunque no le he dicho qué quería sintonizar. No estoy segura de que sea lo que August y ella suelen oír.

—Te advierto que no estoy de humor —le dije, aunque no me hizo caso—. Un poco de *jazz* no me hará olvidar que mis padres me han abandonado como a un chucho sarnoso.

—Eres más dramática que Theda Bara haciendo de vampiresa. No hay nada —dio un par de vueltas a las ruedas—, nada, ¿me oyes?, que no pueda solucionar la BBC. Ah, esto es lo que buscaba. —Una animada melodía inundó nuestro dormitorio—. Y ahora ven aquí.

Sin hacer caso a mis protestas, me agarró de las manos para que me apartara de la ventana y me empezó a dar vueltas por toda la habitación con tanto entusiasmo que al cabo de un rato estaba riéndome a carcajadas. Debió de ser un espectáculo para los fantasmas de Highgate: dos chicas bailando desenfrenadamente el charleston en pijama mientras la música de la Original Dixieland Jass Band hacía vibrar los cristales.

—Chloë, en serio, te adoro —dije cuando al cabo de media hora nos dejamos caer en mi cama, con agujetas en la tripa de tanto reírnos—. ¿Cuál es tu truco para ser siempre tan feliz?

—No tengo ninguno —sonrió—, aunque nunca viene mal un poco de ayuda, sobre todo cuando te propones animar a una amiga deprimida. Lo cual me recuerda —se levantó para acercarse al rincón en el que habíamos dejado nuestras maletas, rebuscando en la suya hasta dar con una botella de *whisky*— que había reservado esto para nosotras.

—Chica mala —exclamé, pero estiré una mano para cogerla—. ¿De dónde la has sacado?

—La compré en el Kit Kat Club la semana pasada, aprovechando que Cedric me llevó a cenar con unos amigos que conocen de maravilla la vida nocturna de Haymarket.

—Eso es una mentira como una casa. Le he oído decir a mi padre que hace un par de meses aprobaron una nueva ley que prohíbe vender alcohol a los menores de edad...

—A los menores de dieciocho años —me corrigió ella, y se atusó afectadamente los cortos rizos rubios—. Este verano dejé de ser una criatura inocente y vulnerable como tú.

—Me honra que hayas decidido compartir tu trofeo conmigo —contesté. Incliné la cabeza para dar un largo sorbo, haciendo después una mueca—. Dios, Chloë, esto sabe a alcohol para desinfectar. Si nos sorprenden así las profesoras de Mont-Choisi, nos darán una patada en el trasero que nos enviará de vuelta a Inglaterra. —Dudé un momento antes de darle un trago aún mayor—. Mete doce de estas en la maleta para facilitarles las cosas.

—No creo que sea tan sencillo conseguir que te expulsen —se rio mi prima—. Ahora que lo pienso, ¿por qué no les decimos a Bhanu y Chandra que vengan a echar un trago?

—A esos dos, ni agua. No pienso dirigirles la palabra después de lo que me han dicho.

—Vamos, Helena, no seas tan rencorosa. Todavía estaremos una semana entera con los Westwood y no tiene sentido que la pasemos poniéndonos malas caras. Además, te recuerdo que la botella es mía; o vas a invitarles ahora mismo o no volverás a probarla.

Protesté durante un buen rato, pero Chloë no dio su brazo a torcer y al final no tuve más remedio que hacerle caso. Me dirigí arrastrando los pies a la habitación de los gemelos, aunque cuando llamé con los nudillos me di cuenta de que estaba vacía; tampoco los encontré en la sala de estar del primer piso. Pensando que quizás se habían quedado en el comedor con un juego de mesa, empecé a bajar descalza la escalera hasta que de repente, al alcanzar el último rellano, un murmullo exaltado me hizo detenerme.

Reconocí de inmediato la voz de contralto de Haithani, más agitada de lo habitual, y después los susurros de August pidiéndole que se tranquilizara. Eso me hizo fruncir el ceño sin despegar la mano de la barandilla. ¿Qué estaba pasando?

—... nada por lo que preocuparnos, estoy seguro. No son precisamente unos críos...

—Eso es lo que me asusta: que por no creer lo que les he contado se vayan a meter en la boca del lobo. ¿Cómo es posible que a estas alturas sigan sin aprender la lección?

De inmediato comprendí qué ocurría: Bhanu y Chandra habían vuelto a hacer de las suyas y sus padres no se ponían de acuerdo sobre la reprimenda que merecían. «Les estaría bien empleado que metiera un poco de cizaña —pensé mientras seguía bajando la escalera—. Eso les enseñaría a no tomarle el pelo a alguien que lo está pasando mal».

—Yo diría que la han aprendido de sobra —oí decir a August cuando estaba a punto de entrar en el comedor. Y luego añadió en voz más baja—: Es cierto que Lionel siempre ha sido temerario, pero ha encontrado el contrapunto que necesitaba en Theodora. Ella es muy inteligente, Haithani; sé que nunca tomaría una decisión precipitada.

Hubo un bufido de respuesta por parte de su esposa, aunque casi no pude oírlo por culpa de la tormenta que arreciaba sobre nuestras cabezas. Me había quedado tan quieta como si unas manos invisibles hubieran surgido de la alfombra para agarrarme los pies.

—No dudo de que sea astuta como ella sola, pero empiezo a pensar que el éxito de la excavación en Egipto se les ha subido a la cabeza a los dos. Es como si pensarán que no van a tener que enfrentarse a nada que no puedan controlar, como siempre han hecho...

—¿Y de verdad estás convencida de que Bhangarh supone un peligro? Después de haber sobrevivido a la guerra, de haber vivido prácticamente en el desierto cuatro años...

—August. —El tono de Haithani era cada vez más bajo, tanto que tuve que acercar la cabeza al marco de la puerta—. Te estoy diciendo que hay algo oscuro en ese lugar, algo retorcido... como un organismo enfermo que se ha dedicado durante siglos a extender su gangrena por cada una de sus ruinas. Nunca te había hablado de esto porque temía que no me creyeras, pero ¿recuerdas lo que te conté sobre un hermano mío llamado Aamir?

—Sí... Que estabais muy unidos cuando erais niños, pero él murió mucho antes de que empezaras a trabajar de enfermera en el hospital de Jaipur.

—Esa historia es cierta, aunque solo en parte. Nuestra casa estaba cerca de la ciudad abandonada y los chicos del vecindario se adentraban de vez en cuando en ella para demostrar su valor. No obstante, esas apuestas siempre concluían antes de la puesta de sol, porque no había un alma que se atreviera a poner un pie de noche en el recinto palaciego de Bhangarh. No hasta que los amigos de Aamir le retaron a hacerlo.

Conteniendo el aliento, asomé la cabeza poco a poco en el comedor. Vi a August sentado en el extremo más alejado de la mesa, contemplando con las cejas enarcadas cómo su esposa, una silueta negra contra la chimenea encendida, apretaba con fuerza las manos.

—Yo estaba con él aquella tarde, pero no conseguí detenerle. Sus amigos se rieron a carcajadas de mí, aunque cuando Aamir se acercó al umbral del palacio

ninguno se atrevió a pronunciar palabra. Aún me parece verlo, envuelto en el resplandor del atardecer... y cómo temblaba, por más que se esforzara por disimularlo. No era más que un niño que se estaba obligando desesperadamente a comportarse como un adulto.

—¿Y qué le pasó? —preguntó August, tan perplejo como yo—. ¿Sufrió un accidente?

—Nunca llegamos a saberlo. Lo estuvimos esperando durante toda la noche, pero Aamir no regresó... Al amanecer, mis padres se presentaron en la ciudad y lo buscaron por todas partes, pero no había rastro de él. Ni un agujero por el que pudiera haber caído ni una mancha de sangre en las salas del palacio... Simplemente, Bhangarh lo devoró.

—Haithani, eso no tiene sentido... ¡Nadie desaparece de esa manera, como si se lo hubiera tragado la tierra! Algo tuvo que pasarle a tu hermano ahí dentro aquella noche.

—¿Crees que no me he devanado los sesos durante años para entenderlo? ¿Que no he estado a punto de regresar a Bhangarh una y otra vez, aunque nunca pudiera reunir el valor necesario para hacerlo? —Haithani se tapó la cara con las manos—. El vecindario se quedó aterrorizado, como te imaginarás, y la desaparición de mi hermano se convirtió en apenas unas horas en otra de las leyendas negras de Bhangarh. Y ahora ese rumor de dos ingleses que se han esfumado, esos arqueólogos que estaban excavando la ciudad...

—¿Le has explicado todo esto a Theodora antes de que se marchara? ¿Saben Lionel y ella que los Brandeth no son los primeros a los que se les pierde la pista en ese lugar?

—Por supuesto que lo he hecho, pero no pareció muy impresionada. «Si las leyendas son ciertas, Bhangarh está repleto de fantasmas», me dijo por teléfono, «y en ese caso no tenemos nada que temer: aún no he oído hablar de ninguno capaz de atacar a los vivos».

—Típico de ella —murmuró su marido—. Me temo que lo único que podemos hacer es confiar en que su buena estrella no les abandone en esta ocasión. Al menos nos queda el consuelo de que no accedieran a llevarse a Helena, por mucho que ella les insistiera...

—¿Por qué crees que Theodora se empeñó en enviarla a Suiza? ¿No te das cuenta de que decidió hacerlo para mantenerla a salvo, aunque no dé mucho crédito a esos rumores?

Un repentino revuelo en lo alto de la escalera me impidió escuchar la respuesta de August. Al alzar la cabeza vi correr a Chloë hacia la buhardilla con una mascarilla en la cara y gritando como una loca, y a Bhanu y Chandra muertos de risa con lo que parecía ser un escorpión de goma. Tuve que esconderme rápidamente en el hueco de la escalera cuando Haithani abandonó el comedor para poner orden, sintiendo cómo la angustia que había estado incubando hasta ese momento se convertía en una piedra

en mi estómago.

Capítulo 5

De modo que los rumores sobre la extraña desaparición de los Brandeth no eran un desvarío del personal del Museo Británico: toda la India daba por hecho que aquella ciudad estaba maldita. La conversación que había escuchado sin pretenderlo me había dejado tan espantada que cuatro horas más tarde seguía tumbada en la cama con los ojos abiertos de par en par. Mientras tanto, la tormenta no había hecho más que empeorar y la habitación que compartía con Chloë, iluminada una y otra vez por los relámpagos, me hacía pensar más que nunca en mis padres y en el océano que estarían atravesando en ese momento, seguramente convencidos de que la marejada sería lo peor a lo que se enfrentarían.

«Es imposible que alguien tan racional como Haithani crea en esas tonterías —me dije, y cambié de postura por enésima vez—. Quizá se quedó tan traumatizada por lo de su hermano que sigue sin poder quitárselo de la cabeza... pero de ahí a pensar que una ciudad en ruinas pueda convertirse en una especie de monstruo, un ente malévolo que atrapa para siempre a quienquiera que ponga un pie en él...». Sabía que se trataba de algo ridículo, pero, por mucho que me lo repetía, no conseguía tranquilizarme.

Tampoco es que hubiera dejado de confiar en el talento innato de mis padres para escapar de los peligros. Los dos siempre habían sido duros de pelar, pero el problema era que en aquella tierra conocida como «el país de los millones de dioses» habría cosas a las que no se habían enfrentado nunca... y, al parecer, no todas tendrían por qué estar vivas. «Mamá está al corriente de que se han producido desapariciones en Bhangarh, pero es posible que Haithani no le haya contado toda la historia de Aamir —pensé mientras daba unos puñetazos a la almohada para ablandarla—. Tal vez tendrían más cuidado si alguien se lo explicara antes de que fuera tarde... Alguien que pudiera seguirles hasta la India...».

Aquella idea, en el fondo, era el imán que atraía todos mis pensamientos. De nada servía que intentara engañarme a mí misma: la aprensión que sentía por lo que pudiera pasarles a mis padres no era nada en comparación con mi deseo de ir tras ellos, aún más acuciante ahora que sabía lo que les esperaba en Bhangarh. «Si hubiera descubierto todo esto a tiempo, antes de que se fueran... ¡Si hubiera conseguido convencerlos a los dos...!».

Estos pensamientos no dejaron de hostigarme durante los siguientes días, en los que los Silverstone y los Westwood se empeñaron en pasearme de una punta a otra de Londres con la obvia intención de distraerme. Para cuando me dirigí una semana más tarde a la estación de Paddington con mi tío y Chloë, la cabeza me zumbaba como si cada una de esas ideas se hubiera convertido en una mosca. Casi no me daba cuenta de dónde ponía los pies mientras los seguía por la amplia estructura de hierro y cristal

parecida a la de un invernadero, tan inundada de humo como si se hubiera colado la niebla en ella.

—Aún falta media hora para que salga el tren de Oxford, así que nos dará tiempo a tomar algo —comentó tío Oliver mientras echaba un vistazo al enorme reloj de tres caras, con los billetes recién comprados en la mano—. Os voy a invitar a la cafetería del Great Western Hotel, en la otra entrada; me han dicho que el Earl Grey que sirven allí es una maravilla.

—Tendríamos que haber venido también con Cedric —se lamentó Chloë, cambiándose la maleta de mano—. No me gustaría que pensara que no es bien recibido en nuestra casa.

—Te recuerdo que le hemos invitado a Silverstone Hall la semana que viene. Vas a tener tiempo de sobra para estar con él antes de instalarte en el castillo de Mont-Choisi.

—¡Espero que las profesoras le permitan venir a visitarme! Dicen que el invierno en Suiza es precioso, y podríamos hacer cosas tan emocionantes como patinar o esquiar...

—Creo que voy a ir a comprarme una revista —murmuré cada vez más desanimada.

—Te pediré un capuchino con cacao, como a ti te gusta —me dijo mi tío. Y después, como si adivinara lo que me ocurría, me dio un beso en la mejilla—. Trata de alegrar esa cara. Ya deberías saber que las mejores aventuras aguardan en los sitios más inesperados.

—¡Tráeme un ejemplar de la *Flapper* si la tienen! —gritó Chloë antes de desaparecer con su padre entre los viajeros, convertidos en fantasmas por el humo de las locomotoras.

Me acerqué arrastrando los pies al puesto de periódicos del andén número uno, en el que dos hombres estaban charlando animadamente con el propietario sobre el estadio de fútbol que acababan de inaugurar en Manchester. Apoyé mi maleta en el suelo para coger un arrugado ejemplar de la *Time and Tide*, la única revista que me gustaba, y me puse a buscar la que me había encargado Chloë, aunque todas las demás me parecieron idénticas: una pasarela de vestidos de charleston, rostros sonrientes peinados a lo bob y noticias sobre actores que pronto se convertirían en dioses en el Olimpo de Hollywood.

Por puro aburrimiento, cogí una revista al azar para echarle una ojeada. Al pasar las páginas me sentí como si ya estuviera en el castillo de Mont-Choisi, compartiendo noches de chicas con mis nuevas compañeras. «Lápices de labios a prueba de besos, la última locura de las neoyorquinas». «Curva aún más tus pestañas con los nuevos rizadores de acero». De ahí sacaba Chloë la mitad de sus temas de conversación, al parecer. «Trucos para echarle el lazo a un pura sangre: de la pista de baile al altar en menos de un mes».

Tardé un rato en darme cuenta de que mi aburrimiento se estaba convirtiendo en

angustia. ¿Era eso lo que me esperaba durante los siguientes nueve meses? ¿Un refinado torno en el que me darían forma día tras día hasta que no quedara nada de la Helena Lennox que cabalgaba desmelenada por el desierto?

—... dentro de cinco minutos y, si queremos estar en Tilbury a tiempo para pasar la inspección de las aduanas, tendremos que darnos prisa —oí decir de repente a mis espaldas.

Al girarme, vi que eran dos mujeres mayores que se dirigían a las taquillas. Las seguí con los ojos hasta que un grupo de viajeros se interpuso entre nosotras, y entonces me volví de nuevo para continuar con mi lectura. «El sueño de toda adolescente moderna: la diadema de plumas perfecta». Poco a poco, dejé las revistas donde las había encontrado mientras una extraña sacudida parecía propagarse por mi estómago.

Como si se encontrara a mi lado, la voz de mi madre resonó con una sorprendente claridad en mis oídos: «No te entretengas mucho, Lionel, o perderemos el barco, y no me apetece esperar en Tilbury hasta el viernes que viene». Alcé la vista hacia los tableros electromecánicos, que indicaban que el tren que conducía al puerto se encontraba en el mismo andén en el que me había detenido; y más allá, aunque aún no humeaba, estaba el que me llevaría a Oxford. ¿Significaba eso que cada viernes salía un barco a la India?

A día de hoy sigo sin estar segura de si fueron mis piernas las que tomaron aquella decisión por mí. Antes de que pudiera comprender lo que hacía, había echado a caminar en pos de las señoras hasta que conseguí localizarlas en la cola de las taquillas. Sentía las manos sudorosas, tanto que no entendía cómo era capaz de seguir agarrando la maleta.

—Un billete para Tilbury, por favor —articulé cuando me tocó—. En el próximo tren.

«¿Qué estás haciendo? —me pregunté mientras cerraba con dificultad mi monedero y recogía el billete—. ¿Qué demonios crees que estás haciendo, Helena Lennox? —me repetí sin parar mientras echaba a correr, con la maleta en una mano y mi salvoconducto hacia la libertad en la otra, por el andén número uno—. Tío Oliver te va a matar. Si es que eres capaz de levantarte del suelo, porque la bofetada que te dará mamá será de órdago».

Cinco segundos más y me habrían cerrado la puerta en las narices. Me encaramé a toda velocidad a la única que quedaba abierta, delante del memorial que Churchill había hecho erigir el año anterior a los empleados caídos en la guerra, y un momento después los pistones cobraron vida. Me lancé contra la pared al ponerse el tren poco a poco en movimiento y, cuando un revisor se acercó para comprobar si me encontraba bien, me deslicé al compartimento más cercano y me acurruqué en el último asiento, rezando para que tío Oliver no hubiera regresado a por mí. Pero no parecía que nadie me hubiera reconocido desde los andenes y, para cuando la serpenteante bestia de humo y de hierro se abrió camino por fin entre los campos anegados por la lluvia, me

atreví a confiar en que tal vez, solo tal vez, podría tener alguna posibilidad de salirme con la mía.

Calculo que el trayecto hasta Tilbury duró cerca de dos horas, pero en mi mente se extendieron durante dos siglos. Fui la primera en precipitarme fuera del tren en cuanto se hubo detenido para buscar un taxi que me condujera lo antes posible al puerto. Este hervía de agitación cuando me adentré en él, como una Babel en la que se hablaban cien idiomas diferentes al mismo tiempo, y una miríada de olores distintos me asaltaba desde todas las direcciones, mezclados con el aroma del río por el que se deslizaban los vapores. Gracias a unos empleados de la White Star Line localicé la oficina de aduanas y corrí hacia ella como alma que lleva el diablo, pasando por debajo de las grúas que cargaban en el interior de los buques grandes redes repletas de maletas y junto a una orquesta que atacaba los primeros versos de «*Come, loose every sail to the breeze*».

Comprar el billete de barco no me supuso mayor problema, pero lograr acceder a él resultó ser otro cantar. Era mucho mayor de lo que me había imaginado, una mole de un blanco immaculado sobre la que las palabras *SS Saraswati* relucían como si hubiesen sido escritas con sangre. En aquel momento estaban embarcando los últimos pasajeros, y el oficial de intendencia que aguardaba en lo alto de la pasarela de primera clase, un tipo de rostro avinagrado que parecía estar deseando encontrarse en otro lugar, buscaba de mala gana sus nombres en la lista que le habían facilitado. Cuando me llegó el turno de entregarle el billete se me quedó mirando fijamente, lo que me hizo ser consciente de lo desastrado que debía de ser mi aspecto. Estaba sudando a mares debido al nerviosismo.

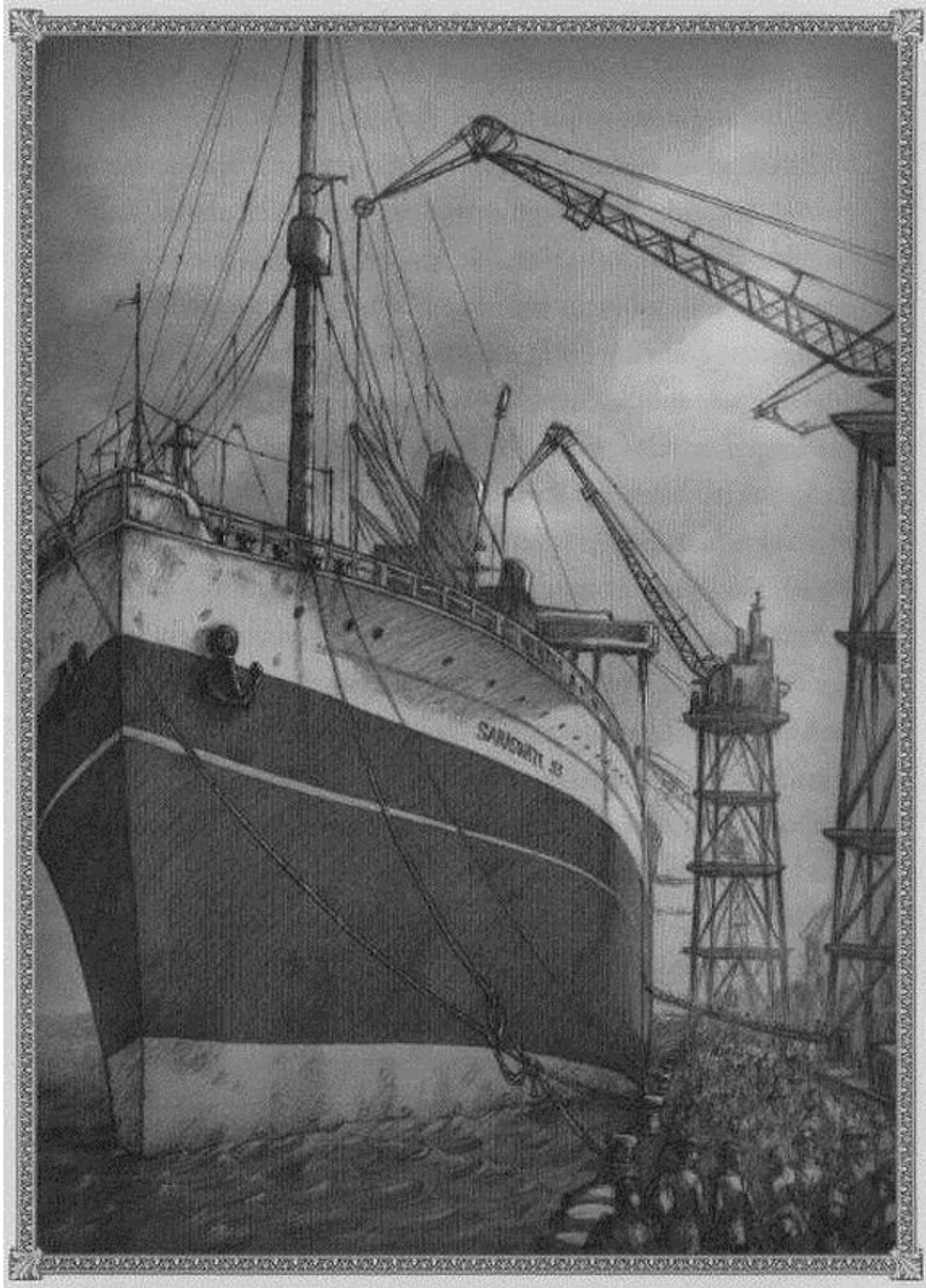
—¿Helena Lennox? —dijo sin quitarme los ojos de encima. Después alzó el billete como para comprobar si era una falsificación—. ¿Me permite ver su pasaporte, por favor?

Con el corazón latiéndome tan fuerte que casi podía oírlo, saqué del bolso lo que me había pedido y se lo entregué. El hombre se tomó su tiempo para inspeccionarlo.

—Alejandría, Roma, Madrid... Es usted una persona de lo más cosmopolita, por lo visto —comentó al cabo de un rato, pasando la última página tatuada de sellos.

—He tenido la suerte de nacer en una familia aficionada a los viajes —repuse. Miré por encima del hombro; un joven se había detenido detrás de mí y una pequeña cola se estaba empezando a formar a sus espaldas—. Oiga, ¿le importaría darse un poco de prisa?

—Supongo que en todos esos viajes la acompañarían sus padres o algún familiar de confianza —siguió el oficial—. Es curioso que no traten de hacerlo, dado que una excursión a Bombay no es precisamente un paseo por el campo y que, según lo que pone aquí —dio un golpecito en la página en la que aparecían mis datos—, nació usted el 21 de marzo de 1906, hace diecisiete años. Aún le faltan cuatro para ser mayor de edad.



De improvisto, mi corazón parecía haber dejado de latir. Abrí y cerré la boca sin poder articular palabra mientras mi interlocutor me devolvía el pasaporte sin contemplaciones.

—Pero... pero no puede impedirme que... que... ¡He comprado este billete yo misma!

—Y el empleado que la atendió ha demostrado ser un lince en lo suyo —replicó—. Que él no se molestara en revisar como Dios manda sus datos no quiere decir que no queden en Tilbury funcionarios responsables. No puedo dejarla embarcar sin un

acompañante.

—Escuche, ¡esto no tiene ni pies ni cabeza! ¡No quiero viajar a la India por placer, sino para resolver un asunto urgente! Tengo que partir como sea, ¿me oye? ¡Hoy mismo!

—Se lo repetiré una vez más, señorita Lennox: no voy a dejarla subir a bordo. Haga el favor de regresar a tierra; lo único que está haciendo es estorbar a los pasajeros.

Habría apostado una mano a que el muy cretino se estaba regodeando. Me sentía tan furiosa que le arranqué el billete inservible de los dedos y, al volverme con brusquedad para abandonar la pasarela, me di de bruces con el chico que aguardaba detrás de mí. El choque fue tan repentino que le hice soltar su maletín sobre las tablas cubiertas de polvo.

—¡Lo siento mucho! —balbució mientras se ponía de rodillas para recoger los libros que habían rodado por todas partes al saltar los cierres—. Ha sido culpa mía, estaba distraído...

—Tranquilo, no pasa nada. —Y me agaché para echarle una mano—. Tome estos dos.

Al darle los últimos libros me di cuenta de que tenían títulos de lo más aburridos relacionados con el Derecho. El chico los recolocó uno a uno dentro del maletín.

—No es que sean novelas de aventuras —se disculpó como si de algún modo me hubiera leído el pensamiento—, pero tres semanas en barco dan para mucho. Hay que aprovechar el tiempo a bordo, en especial cuando conoces de memoria el recorrido...

—Pues espero que lo disfrute —solté de mal humor—. Otros no tendremos esa suerte.

Mi tono debía de ser tan hostil que se me quedó mirando con extrañeza. Tenía el pelo del mismo castaño claro que sus ojos, enmarcados por unas grandes gafas de carey.

—¿Le han puesto algún problema a la hora de embarcar? ¿Puedo ayudarla en algo?

—Lo dudo mucho, a menos que disponga de una pócima mágica que me ayude a envejecer cuatro años antes de que parta el *Saraswati* o que esté dispuesto a... —Me fui callando a medida que una idea, una decididamente atrevida, comenzaba a cobrar forma en mi mente. El joven pareció aún más sorprendido cuando lo agarré de un brazo para apartarle de la pasarela, después de recoger su maletín—. Sé que esto le resultará de lo más sospechoso, pero me haría un favor enorme haciéndose pasar por un pariente mío.

Antes de que pudiera salir de su estupefacción, le coloqué el maletín en la mano y abrí a toda prisa mi bolso. No me había quedado demasiado dinero después de comprar el pasaje, y eso que mis padres me habían dejado bien provista para mi estancia en Mont-Choisi, pero saqué unos billetes y se los alargué procurando no llamar mucho la atención.

—No será más que un minuto, lo que tardemos en subir a bordo. Detesto con toda mi alma el melodrama, pero le aseguro que se trata de una cuestión de vida o muerte...

—Eso salta a la vista —comentó el joven, aún perplejo—. Será mejor que guarde eso.

—¿No es suficiente dinero? —Miré mi monedero con aprensión—. Le ofrecería más si me lo pudiera permitir, pero la verdad es que me quedaría sin blanca durante el trayecto.

—Me refería a que no es necesario que me soborne, aunque parece tener bastante experiencia. —¿Era una sonrisa divertida lo que había aparecido en sus labios?—. Ha dicho que se llama Helena Lennox, ¿verdad? ¿Qué le ocurre, está huyendo acaso de la policía?

—Hoy no, pero me temo que es demasiado largo de explicar. ¿Va a ayudarme o no?

Me observó unos segundos más, como sopesando las probabilidades de que fuera una desequilibrada dispuesta a empujarle por la borda en el momento más insospechado.

—No sabe la suerte que ha tenido de que fuera yo, y no mi padre, quien estaba detrás de usted en la cola de embarque —se limitó a decir antes de conducirme de nuevo hasta la pasarela—. Un abogado de la vieja escuela como él avisaría de inmediato a los aduaneros.

—Un momento —me horroricé—, ¿está diciéndome que he sobornado a un abogado?

—Ha sido un auténtico golpe de suerte que nos encontráramos a tiempo —declaró en voz alta mientras regresábamos junto al huraño encargado—. Si no hubiera abandonado su hotel a primera hora de la mañana, habría recibido la nota en la que le explicaba que pasaría a buscarla a las dos para que embarcáramos juntos. Buenas tardes, Carrow. —Y le entregó a la vez su pasaje y el mío—. Creo que ya conoce a la señorita Lennox, ¿verdad?

—Señor Fielding. —Los ojos del encargado bailaron un momento entre ambos—. No sabía que esta joven fuera una de sus clientes. Su padre no mencionó que fueran a viajar a Bombay con ningún acompañante, y eso que estuvimos hablando durante un buen rato.

—Si uno de los temas que trataron fueron los resultados de las carreras de caballos, no se acordaría ni de que tiene un hijo. —Fielding se echó a reír. Yo me obligué a sonreír, aferrando con tanta fuerza mi maleta que las costuras de las asas se debieron de quedar impresas en mi piel—. La señorita Lennox es hija de uno de nuestros clientes; vive desde hace dos años en Jaipur y mi padre y yo nos hemos comprometido a escoltarla hasta allí.

—No envidio esa misión, si quiere que le diga la verdad —replicó el tal Carrow—. Van a necesitar cuatro pares de ojos para tratar de mantenerla controlada durante

la travesía.

—Entonces es una suerte que ya tengamos tres —dijo Fielding, y se subió las gafas.

Tuve que morderme la lengua mientras Carrow, sacudiendo la cabeza, echaba un vistazo a nuestros pasaportes antes de hacer lo propio con la lista de pasajeros. Cuando hubo encontrado los nombres, no le quedó más remedio que apartarse y Fielding me ofreció galantemente su brazo para internarnos por fin en el caluroso vientre del *Saraswati*.

—Aún no me puedo creer que lo hayamos conseguido —murmuré. Dos mozos indios se acercaron para transportar nuestro equipaje hasta los camarotes y cuando se hubieron marchado, tras juntar las manos en el saludo conocido como *namaste*, salté a los brazos del joven—. ¡No sabe cómo se lo agradezco! ¡Si no fuera por usted, aún seguiría en tierra!

—En realidad no ha sido para tanto —se rio Fielding, rojo como un pimiento—. Pero diría que me debe una buena explicación, así que no piense que va a librarse de mí con tanta facilidad.

Pienso interrogarla cuanto sea necesario durante las próximas semanas.

—Supongo que no tengo escapatoria, al menos hasta que llegemos a Bombay. Lo cual me recuerda algo... Hace un momento le ha dicho a Carrow que se dirige a Jaipur.

—En efecto, mi padre y yo tenemos que hacernos cargo de un asunto importante relacionado con el legado testamentario de una de las principales familias de la ciudad.

—Está visto que este es mi día de suerte. ¡Yo también tengo que viajar a ese lugar!

—¿De veras? En ese caso, no tendrá que preocuparse; nosotros nos encargaremos de sacar los billetes de tren desde Bombay hasta Jaipur. Hemos hecho muchas veces ese trayecto y sabemos cómo funcionan las cosas... o cómo deberían funcionar, lo cual no siempre ocurre en la India. —Hizo un mohín con la nariz—. En fin, creo que debería dejarla sola para reunirme con mi padre antes de que empiece a preguntarse qué me ha pasado.

—Muy bien —asentí con una sonrisa. Y cuando se giró para alejarse, añadí en voz alta—: Aún no me ha dicho cómo se llama mi nuevo abogado. Fielding... ¿qué más?

—Miles —contestó—. Miles Fielding, ¿cómo ha podido olvidarlo? —Y guiñándome un ojo, desapareció entre los camareros cargados de bultos que se apresuraban por el pasillo.

Casi al mismo tiempo, la sirena del *Saraswati* anunció a los cuatro vientos que nos disponíamos a partir. En cuestión de segundos, el corredor estuvo tan atestado que comprendí que no tenía sentido ponerme a buscar mi camarote, de modo que me dirigí a la cubierta lo más rápido que pude. Estaba a punto de ponerse el sol y las olas

que las hélices del barco rizaban como nata montada eran del color del óxido, y el muelle se había convertido en un hormiguero humano que agitaba pañuelos y lanzaba besos a sus parientes mientras la orquesta entonaba para nosotros una última canción de despedida.

De pie en la cubierta de babor, tuve que cerrar los ojos un momento para tratar de convencerme a mí misma de que todo aquello era real. No lo conseguí del todo hasta que el barco, en medio de una algarabía aún mayor, se acabó separando del muelle para comenzar a deslizarse Támesis abajo. Las manos me temblaban sobre la barandilla, pero no era por culpa de los estremecimientos del *Saraswati*; mi pecho se hinchaba más a cada instante y para cuando el puerto se hubo convertido en una cinta oscura, demasiado lejana para reconocer a tío Oliver y a Chloë, en el supuesto de que me hubieran seguido hasta allí, fui consciente de una vez por todas de que lo había conseguido. Había sujetado el timón de mi propia vida y la India me esperaba.

Capítulo 6

Había viajado más veces en barco con mis padres de las que podía recordar, pero hasta entonces me había limitado a dejarme llevar de un lado a otro con una pasividad digna de una sombrerera. Nunca antes había tenido que estar tan pendiente de lo que me rodeaba ni de las nuevas normas que regían aquel microcosmos en el que permanecería sumida durante las siguientes tres semanas. Era un mundo que creía conocer, pero que de repente se me ofrecía desde una perspectiva muy distinta; y ni siquiera la posibilidad de que alguien me descubriera, si es que trascendía lo ocurrido en el puerto, era capaz de enturbiar la embriagadora sensación de libertad que me acompañaba desde la partida.

Los miembros de la tripulación parecían muy correctos y agradables, pero preferí no acercarme demasiado a ellos. Me sentía más tranquila hablando con los lascares, los marineros indios que se afanaban noche y día en cientos de pequeñas tareas destinadas a que nuestra travesía fuera aún más regalada. Ninguno parecía muy interesado en saber si era mayor de edad o no, aunque debieron de dar por hecho que sí, puesto que desde el principio se dirigieron a mí como *memsahib*, que significa «mujer del amo» en hindi. Probablemente imaginaron que era una de tantas jovencitas que se dirigían a la India para contraer matrimonio casi a ciegas con algún soldado inglés. Esto me hizo tanta gracia que me dediqué a propagar la idea por todo el barco, inventándome un romance veraniego con un oficial del regimiento de caballería indio que me esperaba en Jaipur para convertirme en su esposa. Los lascares, como había imaginado, recibieron la noticia con entusiasmo y desde ese momento se dedicaron a mimar aún más al *sundar english kalee ki bhaarat mein badh*, «el hermoso capullo inglés que florecerá en la India».

Mis compañeros de viaje eran otro cantar. Entre las quinientas cincuenta almas anotadas en la *Lista de pasajeros del P&O SS Saraswati* había políticos acostumbrados a que todo el mundo los reconociese, emigrantes australianos que esperaban labrarse un porvenir en el país, maestras de escuela que parecían aterrorizadas, chicas mayores que no habían tenido éxito en el mercado matrimonial y a las que todos solían referirse maliciosamente como «la Flota Pesquera»... Pero también estaban los viajeros indios: plantadores de té y comerciantes que preferían no mezclarse demasiado con el resto del pasaje y hasta el marajá de un pequeño principado cuyo nombre no pude aprenderme, un anciano enorme de aspecto temible rodeado siempre por un séquito de sirvientes.

Los primeros días todo el mundo parecía estar un poco confuso, pero a medida que los pasajeros se fueron relacionando en el comedor comenzaron a fraguarse las primeras amistades. Fue una suerte contar con Miles Fielding desde el principio, porque me ahorró tener que presentarme a personas con las que no me apetecía hablar

de la auténtica razón de ser de mi viaje. Los dos solíamos pasar muchas horas juntos en la cubierta A, paseando de un extremo a otro del barco, jugando a las cartas en el café o nadando en la piscina al aire libre. Llegó incluso a enseñarme a jugar al tenis, aunque sin mucho éxito: a mí no se me daba muy bien y Miles era demasiado miope para golpear la pelota con precisión, lo que a menudo nos hacía desternillarnos de risa.

Me llevé una sorpresa al descubrir que era más joven de lo que había imaginado al asaltarle en la pasarela del *Saraswati*. No tenía más que veintitrés años, seis más que yo, aunque ya se había graduado en Derecho en Cambridge. Hacía poco que había empezado a trabajar con su padre, uno de los abogados más reputados del Jaipur británico al que todo el pasaje conocía y cuya autoridad parecía ser superada solo por la del capitán.

—Desde hace más de cuarenta años, casi todas las familias inglesas importantes de la ciudad le confían sus asuntos, pero también lo han hecho algunas indias —me contó en una de las escapadas que hicimos a tierra firme aprovechando una escala del barco—. Las relaciones no son siempre cordiales con los nativos; de hecho, el legado testamentario del que nos ocuparemos cuando llegemos a Jaipur promete darnos problemas, ya que el beneficiario, el *thakur* Singh, no ha escondido nunca su animadversión hacia Inglaterra.

—Al menos tiene la ventaja de poder servirse de la red de contactos de su padre —le contesté—. No debe de ser fácil ganarse de cero la confianza de dos culturas tan distintas.

—Nunca lo es, con independencia de que uno sea abogado, maestro o doctor. —Y Miles sacudió la cabeza con resignación—. Es un país fascinante, ya lo comprobará usted misma, pero a la vez es... tremendamente contradictorio. A mí todavía me falta mucho por aprender, sobre todo teniendo en cuenta que he pasado casi toda mi adolescencia en Inglaterra con mi familia materna y no sé manejar a los indios tan bien como mi padre.

Tuve que contenerme para no decirle a Miles que esperaba que nunca tratara a los nativos como él. Aunque era amable conmigo, siempre con una condescendencia que me hacía sentir diminuta, el señor Fielding tenía la costumbre de hablar a los lascars como si fuesen una especie situada muy por debajo de la nuestra en la escala evolutiva.

Fue ese día cuando comprendí hasta qué punto Miles se sentía presionado por el precedente marcado por su padre. Dado que el *Saraswati* permanecería atracado todo el día en Puerto Said, le convencí de hacer una excursión a El Cairo para enseñarle las pirámides y almorzar de paso en el Hotel Shepherds, donde me confesó algo increíble:

—En realidad, nunca pensé en convertirme en abogado cuando era niño. Mi sueño era ser actor... Lo digo en serio —añadió cuando enarqué las cejas por encima de mi taza de café *ahwa mazboot*—. ¡Llegué a escaparme de Cambridge en mi primer

año creyendo que en cuestión de un mes estaría interpretando a Romeo y Hamlet en el Teatro Lírico!

—A Romeo no, por favor; siempre me ha parecido un idiota —contesté, y eso le hizo reírse de buena gana—. ¿Por qué abandonó ese sueño? ¿Por presiones de sus familiares?

—Por un padre haciendo este mismo viaje en sentido opuesto para arrastrarme de una oreja fuera del escenario —se resignó Miles—. No quiera saber las cosas que me echó en cara; todo podría resumirse en un «no me he pasado la vida matándome a trabajar por ti para que ahora, por un absurdo capricho de adolescencia, lo eches todo por la borda».

—Eso me suena bastante —murmuré mirando mi café—. Sé lo que es crecer pensando que nunca conseguirás estar a la altura de las expectativas de una madre perfeccionista.

Procuraba no pensar demasiado en lo que sucedería al reencontrarme con mis padres en Jaipur, aunque una parte de mí estaba segura de que mi madre me gritaría hasta quedarse sin voz. Para no quedarme a la zaga en cuanto a la investigación sobre Bhangarh, había deslizado entre la ropa de la maleta el libro de *Misterios y leyendas de las civilizaciones actuales* y me había hecho la tonta cuando mi madre se había vuelto loca buscándolo por toda la casa. Ese tomo fue mi acompañante las tardes en las que a Miles lo reclamaba su padre, acomodada en una tumbona con un refresco mientras observaba las dunas arenosas que el agua lamía desde hacía milenios.

El autor, un tal T. G. Franklin, venía a decir lo mismo que nos había contado mi madre con respecto a la historia de Bhangarh, aunque, teniendo en cuenta el título de la obra, no era de extrañar que diera más importancia al componente misterioso del asunto.

Son muchas las leyendas que circulan en la India acerca del origen de la maldición, pero la más conocida de todas es la de la princesa y el hechicero. Según cuenta la tradición, la hija del último señor de la ciudad se encontraba paseando por el bazar cuando atrajo la atención de Singhia, un poderoso mago. Fascinado por su hermosura, trató de tenderle una trampa ofreciéndole un perfume que la haría sucumbir a sus encantos, pero la princesa era astuta; en lugar de aplicárselo, lo dejó caer al suelo, lo que provocó que una enorme roca rodara hacia el hechicero y aplastara. Se cree que Singhia, con su último aliento, los maldijo a ella, a su estirpe y a su ciudad, de manera que al cabo de unos meses Bhangarh entera había sido masacrada a manos de sus enemigos y la princesa había fallecido durante el ataque a su palacio.

Otras historias resultan menos románticas, aunque en ellas se hable también de maldiciones. Es el caso de la del gurú Balu Nath, quien se había retirado a las colinas de Aravali para alcanzar el samadhi, o estado de trance, mediante sus meditaciones. Cuando el emperador Madho Singh I, subyugado por la belleza de

aquel entorno, expresó su deseo de construir una nueva ciudad al lado de la casa del gurú, este accedió con una única condición: la sombra del palacio real no debía alcanzar nunca su vivienda, como tampoco debían hacerlo las de los demás edificios. Con el paso de los años, no obstante, la prosperidad de Bhangarh cegó tanto al emperador que olvidó la promesa hecha a Balu Nath, de modo que, cuando sus templos y palacios se elevaron sobre el modesto retiro del gurú, la profecía con la que este les había amenazado desencadenó la destrucción absoluta de todo el complejo.

¿Dónde acaba lo histórico y comienza lo legendario? ¿Qué hay de cierto en los rumores que no han dejado de circular por la zona en los últimos dos siglos? Probablemente todas estas leyendas no hagan más que alimentarse unas de otras (no existe raza más supersticiosa que la india, al fin y al cabo), pero es incuestionable que en la actualidad siguen ocurriendo cosas extrañas en Bhangarh. Curiosos que se adentraron después de la puesta de sol en el palacio y nunca regresaron, muchachos que trataron de medir sus fuerzas sin saber a qué se enfrentaban, bromistas deseosos de asustar a sus amigos con historias de fantasmas, sin imaginar que acabarían sumándose a los que moran desde entonces allí... Y mientras nosotros seguimos haciéndonos estas preguntas, Bhangarh continúa desafiándonos como uno de los pocos misterios que la Historia no ha sido capaz de dilucidar, un inmenso mausoleo en el que lo único que sigue creciendo es la selva que ha envuelto a la ciudad en su abrazo.

Todo aquello sonaba de lo más evocador, pero había escuchado tantas historias de fantasmas desde que era niña que las desventuras de la princesa, el hechicero y el gurú casi me hacían bostezar. No ocurría lo mismo con las noticias sobre la gente que había desaparecido, sobre todo después de haber escuchado a Haithani; aún podía recordar el modo en que le temblaba la voz al hablar con August, la angustia con la que se había referido a su hermano Aamir, la culpa que sentía desde entonces por no haber entrado a buscarlo. «Es mucho más sencillo creer en desapariciones de personas de carne y hueso que en apariciones de ectoplasmas —reflexioné recostada en mi tumbona—. Si fuera tan sencillo quedarse anclado a esta dimensión, habría más muertos que vivos en el mundo».

Al pasar distraídamente las páginas, descubrí algo entre ellas: una hoja manuscrita en la que, al desdoblarla sobre mi regazo con curiosidad, reconocí la letra de mi madre. Sabía que cuando le estaba dando vueltas a algo importante tenía la costumbre de anotar todo lo que se le venía a la cabeza, por lo general de una manera tan abstracta que mi padre y yo éramos incapaces de seguir el hilo de sus pensamientos. Sin embargo, en esa ocasión parecía haberse explayado un poco más en sus notas, por suerte para mí.

BIBLIOTECA DEL MUSEO BRITÁNICO:

- Nativos del norte de la India (1907)
- Memorias del Servicio Arqueológico de la India (1919)
- Censo de la India, xxiv. Rajputana y Ajmer-Merwana (1921)

ANTES DE PARTIR:

—Averigua de qué administración depende actualmente Bhangarh y si el gobierno tiene algún interés en ella. ¿Quizás el marajá de Jaipur?

—Habla con el doctor Llewellyn (Hospital de Florence Nightingale) sobre pandemias en la India. Seis brotes en el delta del Ganges en el siglo pasado, propagación hasta Occidente, millones de muertes. ¿Es esta una de las posibles razones de que Bhangarh fuera abandonada?

—Haithani vivía cerca de la ciudad. ¿Conocerá alguna otra leyenda?

EN LA INDIA:

—Los nativos son supersticiosos. Trata de contratar a los ayudantes en Jaipur, no en Alwar. Habrán oído menos historias sobre la ciudad.

—Posibles hoteles: Jai Mahal Palace, Rambagh Palace, Rajputana...

¡IMPORTANTE!

¿Quién les encargó a los Brandeth trazar un plano de la ciudad? ¿Estaba en Jaipur con ellos? ¿Ha hablado ya con el museo sobre su desaparición? Si ya hay un plano de Bhangarh, ¿para qué uno nuevo?

Hasta que no leí esto último, no reparé en que había una segunda hoja entre las páginas del libro. Al desdoblarla, comprobé que se trataba del plano al que se refería mi madre, sacado según lo que ponía en el margen inferior de una colección titulada *Catálogo de mapas de las posesiones británicas en la India y otras partes de Asia*. Allí aparecían todos los edificios de la ciudad (o lo que quedaba de ellos, al menos), y eso me dejó pensativa durante un rato, observando a unos niños que correteaban por la orilla del mar Rojo, por el que habíamos empezado a descender hacía poco. Aunque me fastidiaba tener que darle la razón, era muy probable que mi madre estuviera en lo cierto: si no se conservaban más construcciones en pie, ¿qué sentido tenía enviar allí a los Brandeth?

Di otro sorbo al refresco mientras regresaba a sus anotaciones. Sin saber muy bien por qué, me acordé de lo que August le había dicho a Haithani acerca de mi madre y lo inteligente que era, y aquello hizo que mi ánimo se nublara un poco al ser consciente una vez más de que nunca conseguiría estar a su altura. Sin embargo, antes de que pudiera deprimirme, advertí, al darle la vuelta a la hoja, que había algo escrito detrás.

Helena mencionó que las riquezas legendarias de Bhangarh podrían ser

la razón de que alguien esté interesado en investigarla. Tenemos que averiguar si en algún museo de la India se conservan obras de arte o fragmentos arquitectónicos procedentes de la ciudad. Quizá nos proporcionen información sobre las partes del complejo que ya no están en pie. El mercado negro también serviría. Habla con Lionel.

Esto me sorprendió tanto que me quedé paralizada, a punto de dar un nuevo sorbo al refresco demasiado caliente. Era la primera vez que me encontraba con una prueba de que mi madre se había tomado en serio algo que yo había dicho... Tardé unos segundos en percatarme de que me había ruborizado, y al hacerlo me puse rápidamente en pie para regresar a mi camarote. Había vuelto a asaltarme el recuerdo de su expresión decepcionada antes de marcharse con mi padre de casa de los Westwood. «Nada de eso es culpa mía —me repetí mientras abandonaba la cubierta—. Fue ella quien lo estropeó todo al empeñarse en enviarme a Mont-Choisi. Bueno, ahora puedo demostrarle lo que soy capaz de hacer, aunque me lleven una semana de ventaja en sus investigaciones».

No había hablado de Bhangarh con ningún pasajero (ni siquiera con Miles, pese a que no habría sabido decir por qué), pero a raíz de aquella lectura se me ocurrió que a lo mejor los lascars podrían serme de ayuda. Al fin y al cabo, ¿quién mejor que un nativo a la hora de explicarme qué había de fantasía y qué de realidad detrás de las leyendas locales?

—Nadie lo sabe —me contestó Harish, un muchachito de catorce años que venía a mi camarote a las ocho y media de la mañana con café, zumo y galletas—. Lo que pasó en ese lugar aún continúa siendo un misterio. *Kharaab kismat, memsahib*. Mala fortuna.

—Pero estarás de acuerdo conmigo en que una ciudad no se abandona de la noche a la mañana —le insistí—. Tuvo que suceder algo en Bhangarh que hizo que todos se fueran.

Su única respuesta fue balancear la cabeza de un lado a otro. Durante los primeros días en el *Saraswati* me había desconcertado ese gesto, hasta que Miles me explicó, con una sonrisa divertida, que los indios asentían y negaban haciendo el mismo movimiento.

—¿Sabes si pudo tratarse de alguna enfermedad? —le pregunté—. ¿El cólera, tal vez?

—Nadie se acuerda de eso, *memsahib*, de verdad. Nunca he estado ahí, pero uno de los mozos de la cubierta B me contó que a menudo se oye sollozar a unas mujeres...

El chico en cuestión se llamaba Kishan y, aunque aparentaba ser bastante más tímido que Harish, no se opuso a que este lo condujera hasta mi camarote para hablar del tema.

—Aparecen siluetas blancas en la entrada del palacio —respondió después de que

le explicara lo que quería averiguar—. Yo tampoco he estado en persona, pero un primo mío asegura que distinguió unas formas entre los arcos. Como fantasmas, *saphed bhoot*...

—Creía que nadie puede poner un pie en el palacio sin desaparecer —dije, extrañada.

—Así es, *memsahib*, pero desde fuera se ven cosas... Figuras que se mueven entre las piedras caídas arrastrando sus saris, como si quisieran mantener a raya a los intrusos...

Era curioso que el buen humor de aquellos muchachos, que siempre eran de lo más dicharacheros y estaban encantados de ayudarme con lo que fuera, desapareciera como por ensalmo en cuanto les hablaba de Bhangarh. Lo único que pude hacer fue darle las gracias a Kishan con una sonrisa antes de que se fuera para ocuparse de algo relativo a los ventiladores, aunque la prisa que se dio en escabullirse no pudo ser más sospechosa.

Para entonces había empezado a hacer tanto calor en el *Saraswati* que la mitad del pasaje se pasaba el día en las tumbonas.

Todos habían abandonado la ropa de otoño por prendas más frescas, pero en mi caso no tenía mucho donde escoger; la selección de vestidos que mi madre había metido en mi maleta estaba destinada al invierno suizo y no a aquellas temperaturas infernales. Pensando aún en lo que había conseguido sonsacarle a Kishan, abrí el armario para buscar la blusa más ligera que tuviera y, al desplazar las perchas de un lado a otro de la barra, algo cayó revoloteando sobre los zapatos de abajo.

Me agaché para cogerlo, sorprendida. Era una pequeña tira de papel en la que mi madre había escrito algo, con su caligrafía impecable, antes de guardarla entre mi ropa.

En Suiza hará mucho frío en invierno y ya sabes que siempre te pones mala cuando caminas por la casa sin calcetines. Ten cuidado si no quieres resfriarte hasta la primavera. Hazme caso al menos en esto, por mucho que te saque de quicio que te lo recuerde. Te quiero.

Casi sin darme cuenta, me senté en el borde de la cama sujetando la nota. Debía de haberse escapado de uno de los bolsillos, pero como había colgado las cosas de mala manera no la había visto hasta entonces. «Basta ya —me ordené a mí misma, y me pasé una mano por los ojos. Me ponían furiosa los momentos de debilidad como aquel, sobre todo después de haber estado tan convencida de que yo tenía razón—. No me vengas ahora con estas cosas, mamá. Lo último que quiero es que me hagas sentir aún más culpable».

Faltaba poco para que atardeciera y el sol comenzaba a despedirse con bostezos de oro que se hacían añicos sobre la superficie del mar Rojo. Poco a poco, me tumbé en la cama de latón situada junto al ojo de buey y contemplé cómo los últimos rayos

escalaban la pared hasta acabar desvaneciéndose, preguntándome si mi madre se habría dado cuenta antes que yo de que al menos en cuanto al orgullo, esa venda que nos hacía caminar dando tumbos sin aceptar ninguna mano amiga, no podíamos ser más idénticas.

Capítulo 7

El acontecimiento que el pasaje esperaba con más ansias era la Noche de Arabia, un último gran festejo que, según me explicó Harish, solía tener lugar la primera noche después de haber atravesado el mar Rojo. Durante todo ese día, el *Saraswati* hirvió de expectación, tanto entre los lascars, que se afanaban colocando luces de colores en las barandillas y mesas repletas de dulces, como entre los pasajeros, que no hacían más que probarse un disfraz tras otro. Muchos habían vuelto de los bazares de El Cairo con caftanes y feces comprados para la ocasión; las *memsahibs* inglesas que regresaban a sus hogares, por el contrario, habían considerado que era una buena excusa para presumir de saris delante de sus compatriotas. Imaginando la cantidad de Sherezades que habría a bordo aquella noche, me encerré en mi camarote después del té de las cuatro para tratar de improvisar un disfraz original con las prendas que pude reunir. De ahí la sorpresa de Miles cuando llamó a mi puerta, a eso de las cinco y media, y le di permiso para entrar.

—¡Cielos! —exclamó mientras me volvía hacia él con una sonrisa. Me había puesto los pantalones de mi padre, un pañuelo atado a la cintura, otro alrededor de la cabeza y unas botas que me había prestado el propio Miles—. ¿A quién tengo delante, a Barbarroja?

—Parece que no sabe distinguir a un corsario de otro, marinero de agua dulce —rugí mientras le apuntaba con una espada recortada en un trozo de cartón—. ¡Soy el valiente capitán William Westerley y en cuanto se descuide lo enviaré al fondo del Mississippi!

—Procuraré tenerlo en cuenta —contestó Miles. Sujetó con los dedos otro redondel de cartón negro que me había puesto en la frente con un cordel—. ¿Qué es esto, un parche?

—Bueno, un pirata no es tal si no lleva uno. También necesito un bigote, pero en un momento estaré lista. —Y me volví hacia el lavabo para pintarme dos rizos negros sobre el labio con ayuda de un carboncillo—. ¿Cómo es que todavía no se ha disfrazado, Miles?

—Estaba a punto de hacerlo, pero mi padre me mandó llamar a su habitación para hablarme de cierto asunto y... en fin, digamos que algunas cuestiones apremiantes me han tenido entretenido. —Al mirarle en el espejo, noté que estaba inusualmente serio—. Esa es la razón de que haya venido tan pronto a su camarote. Ya sé que va a ser una velada especial para todos, pero tenemos que charlar con usted de algo importante.

—Eso suena bastante grave —dije sin poder ocultar mi sorpresa—. ¿Ha ocurrido algo?

—No estoy seguro. No, creo que realmente no, pero podría haber sucedido. —Y

con un suspiro, Miles retrocedió hasta la puerta—. Será mejor que venga conmigo para salir de dudas lo antes posible. Mi padre ha dicho que nos estaría esperando en nuestra *suite*.

Como no parecía tener sentido hacer más preguntas, me limité a bajarme el parche antes de acompañarle hasta su camarote, esquivando a los agobiados lascars que corrían de un lado a otro con enormes fuentes de papayas, higos y mangos. A diferencia de mi modesto aposento, el de los Fielding estaba situado en el costado de estribor del barco.

—Siempre reservamos el mismo camarote —me dijo Miles mientras abría la puerta y se apartaba para dejarme pasar—. Los que se encuentran a este lado resultan mucho más frescos cuando se empieza a atravesar el mar Rojo, una precaución que no está de más teniendo en cuenta lo inútiles que acaban siendo esos ventiladores. Padre —saludó mientras cerraba la puerta—, ya estamos aquí. Espero que no te hayamos interrumpido...

—En absoluto —dijo el señor Fielding desde el escritorio situado al fondo de lo que parecía una sala de estar. Farhan, su mozo de confianza, estaba vaciando un cenicero y nos dedicó una sonrisa al marcharse—. Entre, señorita Lennox, por favor, y póngase... —Al mirarme se quedó sin saber cómo seguir—. Hum... ¿cómoda?

—Descuide, no tengo intención de dejarme este bigote —le aseguré. Ese caballero me hacía sentir siempre de lo más inadecuada—. Miles me ha dicho que quería verme...

Fielding asintió con la cabeza y acercó una butaca floreada a su escritorio. Fui a sentarme en ella mientras su hijo me servía un vaso de limonada, momento que aproveché para echar un vistazo a los dormitorios a los que se accedía desde allí. Eran mucho más espaciosos que el mío, en el que apenas había un metro de distancia entre la estrecha cama de latón y el armario. «Seguro que mamá consiguió que les dieran uno de estos».

—He sabido —comenzó el señor Fielding, cuadrando meticulosamente sus papeles sobre el escritorio— que en estas semanas se ha convertido en la comidilla de buena parte del pasaje. Mis conocidos no dejan de preguntarme por usted, aunque no parecen tener del todo claro si viaja a la India para casarse con un oficial de caballería del Séptimo Regimiento o para meterse a monja anglicana en un convento del Himalaya.

—Bueno, quizá me haya excedido adornando la historia. Lo de la monja me salió solo porque estaba hablando con la señorita Wilcox, esa misionera que va a Pune para...

—Desde luego, tiene usted una imaginación admirable, pero debería dejar de cambiar de biografía cada vez que habla con un pasajero nuevo. Si sigue llamando la atención de los demás, se expondrá a que salgan a la luz ciertos detalles que sí son ciertos, como por ejemplo que todavía es menor de edad y que, de no haber sido por mi hijo —miró a Miles, que se había ruborizado—, el oficial de intendencia no le

habría permitido subir a bordo.

Nunca lo había visto tan serio, lo cual era decir mucho tratándose de Fielding. El sol que se colaba en el camarote hacía que su cabello pareciese tan blanco como la nieve.

—Debería saber que en un barco las noticias corren como la pólvora, no solo entre los pasajeros, sino también entre la tripulación —prosiguió—. Quizás esto sea un juego para usted, pero Miles podría tener serios problemas si descubren que la ayudó a fugarse.

—Lo siento mucho, de verdad. —Esta vez fui yo quien se puso roja—. Nunca pretendí causarles tantos problemas, a ninguno de los dos. Si pudiera hacer algo para arreglarlo...

—Descuide, me he encargado personalmente de ello. —El anciano suspiró—. Doy por hecho que no sospecha nada, pero ahora mismo Scotland Yard está siguiendo sus pasos.

—¿Cómo? —Sentí cómo se me secaba la garganta de repente—. ¿Qué está diciendo?

—Al parecer un amigo suyo, lord Silverstone, lleva dos semanas removiendo cielo y tierra para tratar de dar con su paradero. Según tengo entendido, los empleados que le vendieron el billete de tren en Paddington y el pasaje de barco en Tilbury reconocieron la descripción que les hizo de usted. Por eso, la primera noche que pasamos a bordo, el *Saraswati* recibió un mensaje de la Estación Radiotelegráfica de Tilbury dirigido al capitán del barco en el que le informaban de que en él viajaba una menor desaparecida.

—Pero eso... eso no puede ser —dejé escapar—. ¡Si el capitán lo hubiera recibido, me habrían detenido y me habrían hecho desembarcar en la primera escala!

—Ese es el quid de la cuestión —repuso Fielding—. Nunca lo recibió. Digamos que el radiotelegrafista principal, Jack Phillips, tiene familia en la India y hace tiempo que me debe algunos favores. —Se masajeó el puente de la nariz—. No me he molestado en darle explicaciones; simplemente le he pedido que no transmitiera ese mensaje al capitán y Phillips me ha obedecido pese a saber que, de salir esto a la luz, lo pondrían en la calle.

Para entonces se me había formado un pequeño nudo en el estómago. Me quité el parche de cartón en silencio, pensando en la cantidad de problemas que estaba causando por empeñarme en seguir a mis padres. «¿Me perdonará tío Oliver por esto algún día?».

—Por lo menos ahora estamos seguros de que el peligro ha quedado atrás —intervino Miles, que debía de haber leído en mi rostro como en un libro abierto—. La respuesta del *Saraswati* habrá convencido a Scotland Yard de que seguían una pista falsa.

—No es tan sencillo —le advirtió Fielding—. Ese tal lord Silverstone no debe de ser tan fácil de engañar como la policía, porque no ha dado su brazo a torcer. En los

últimos días se han recibido otros tres mensajes parecidos de Gibraltar, Marsella y Puerto Said. Phillips está empezando a ponerse nervioso; este asunto se nos está yendo de las manos.

—¿Y qué va a pedirme entonces que haga? —pregunté cada vez más alarmada—. ¿Que me dirija al puente para confesar delante del capitán lo que he hecho?

—Eso solo complicaría más la situación, y no únicamente para usted. Lo más sensato, si quiere saber mi opinión, sería escribirle una carta a lord Silverstone para que se quede tranquilo, sin mencionar nuestra participación en este asunto, y echarla al correo justo antes de llegar a Bombay. De esa manera le dará tiempo a reunirse con sus padres antes de que la localicen. —Asentí mecánicamente, sorbiendo mi limonada, y al cabo de unos segundos Fielding añadió—: No obstante, me parece que nos hemos ganado el derecho a saber qué es lo que su familia se trae entre manos. Lo último que quiero es descubrir demasiado tarde que estamos ayudándoles con un asunto ilegal.

No parecía haber escapatoria, de modo que me resigné a explicarles lo que había hecho embarcarse a mis padres. Les hablé de la desaparición de dos arqueólogos amigos suyos en Bhangarh, de cómo el Museo Británico les había encargado averiguar qué había sido de ellos y de los extraños sucesos que, según nos habían contado, tenían lugar desde hacía siglos en la antigua ciudad reducida a cascotes. Cuando acabé, los dos Fielding no supieron muy bien qué decir; Miles se limitó a mirarme con los ojos abiertos de par en par mientras el anciano, con la mirada clavada en el ojo de buey de la *suite*, observaba el enjambre de canoas en las que unos muchachos árabes con taparrabos seguían al barco.

—¿De manera que lo que sus padres están haciendo es investigar una ciudad fantasma? —Miles dejó escapar un silbido—. Ahora entiendo por qué no ha querido compartir esta historia con nadie más. Habría hecho salivar de emoción a un periodista.

—Todavía no tenemos claro qué está ocurriendo exactamente —le recordé—. Lo único que mis padres sabían al embarcarse era que los Brandeth habían desaparecido mientras trazaban un plano de Bhangarh y que, según hemos averiguado gracias a una amiga de la familia, con anterioridad ha sucedido lo mismo con otras personas.

Y luego están los rumores que me han contado los lascars, auténticas historias de fantasmas a la india...

—Lo cual les añade un punto extra de morbo y exotismo. Desde luego, no se puede decir que sus padres no tengan agallas, aunque cuando uno piensa en esas cosas a plena luz del día resulta difícil creer que en 1923 sigan existiendo misterios así.

—Resulta imposible —le corrigió su padre, saliendo de su ensimismamiento—, y no tiene sentido perder ni un minuto con las habladurías de los lascars. Si les da pábulo, le contarán tantas supersticiones absurdas que no se atreverá ni a poner un pie en la calle.

—Aun así, parecían muy convencidos de lo que me decían —insistí—. Hablaban de presencias sobrenaturales entre las ruinas... de sombras blancas, *saphed bhoot*, creo que las llamaron, que se arrastran de un lado a otro con sus saris, sollozando sin parar...

—¿*Saphed bhoot*? —se sorprendió Fielding—. No sabía que usted dominara el hindi.

—No lo hago; es solo que mi mozo, un chico estupendo llamado Harish, me ha enseñado unas cuantas frases para cuando llegue a Jaipur. Siempre ha sido de lo más encantador, y por eso me cuesta creer que usted tenga razón al decir que solo intentan...

—Señorita Lennox, conozco bien a los indios, mejor de lo que me gustaría. Nunca encontrará una raza más dependiente de las creencias ridículas que les inculcan desde que están en la cuna. Estamos hablando de gente que no se atreve a pisar la calle el trece de cada mes, que teme que los dioses la castiguen por cortarse las uñas los martes y los jueves, y que pinta de negro la cara de los recién nacidos para que los demonios no los encuentren lo bastante atractivos como para raptarlos. —El señor Fielding enarcó sus pobladas cejas—. Si aún está dispuesta a creer en lo que le cuentan sobre esa ciudad suya, es que es más ingenua de lo que pensaba, al igual que sus padres.

Me obligué a recordar que me había sacado de un buen aprieto para no decirle lo que me parecían sus opiniones. «Este tipo de ingleses es el que hace que nos odien».

—Supongo que en el fondo tiene razón. De todas formas, hasta que me reúna en Jaipur con mis padres no podré saber si detrás de toda esa palabrería hay algo de verdad.

—Nosotros la acompañaremos cuando estemos allí —se ofreció Miles—. No creo que sea complicado dar con ellos, ¿verdad, padre? Casi todos los compatriotas que visitan la ciudad se mueven en los mismos círculos, siempre dentro de los límites del Jaipur inglés.

—Puedes hacerle de guardaespaldas si tanto te apetece —replicó Fielding—, pero me temo que yo estaré demasiado ocupado. No te haces una idea de los problemas que nos va a dar el *thakur* Singh cuando le hablemos de este testamento, Miles. —Dejó escapar un nuevo suspiro y regresó a sus papeles—. En fin, señorita Lennox, creo que eso es todo por ahora. Me imagino que querrá volver a su camarote para acabar de disfrazarse.

Asentí con la cabeza mientras le daba a Miles mi vaso vacío de limonada. Cuando estaba a punto de marcharme con él de la *suite*, no obstante, miré de nuevo a su padre.

—¿Por qué está haciendo esto? —Mi pregunta fue tan inesperada que Fielding se me quedó mirando con sorpresa—. Le estoy muy agradecida por no haberme delatado, no se imagina cuánto, pero al mismo tiempo... no consigo entenderlo. Usted es abogado y...

—Y mi hijo también lo es —repuso el anciano—, y espero que con el paso de los años supere a su padre, como dictan los cánones. Se equivoca si cree que voy a quedarme de brazos cruzados contemplando cómo una única irregularidad da al traste con su carrera.

«Ya veo —reflexioné cuando cerramos la puerta a nuestras espaldas—. Quien hace la ley, hace la trampa. Está visto que tuve la suerte de mi vida al abordar a un letrado».

—Siento haberle hecho pasar este mal trago —se disculpó Miles mientras nos dirigíamos hacia el costado de babor—. A lo mejor tendría que haberle contado desde el principio lo que mi padre acordó con el radiotelegrafista, pero temía que le pareciera una mala idea.

—Si ha servido para evitar que me devolvieran a casa, no seré yo quien se queje. De todas formas, creo que su padre tiene razón: debería escribir a mi tío Oliver antes de que llegemos a Bombay. No me quiero ni imaginar lo preocupado que estará ahora mismo.

—Cuando se haya reunido con sus padres, las cosas serán muy distintas. Es posible que también ellos se pongan furiosos, señorita Lennox, pero cuando se hayan calmado...

—Helena —le interrumpí, y Miles me miró con desconcierto—. Deberías haberme llamado por mi nombre desde el principio, pero este puede ser un buen momento para empezar. —Y le cogí del brazo—. Después de todo, ahora somos cómplices de un crimen.

Eso le hizo reír, subiéndose las gafas de carey que amenazaban con resbalar por su nariz, y durante el resto de la velada ninguno de los dos mencionó Bhangarh de nuevo. A fin de cuentas, era la Noche de Arabia y la celebración no tardó en dar comienzo, y tras unas horas de dulces exóticos, juegos de salón y bailes al ritmo de la orquesta egipcia que tocaba en una tienda improvisada en la cubierta, todos nos sentíamos tan pletóricos que costaba creer que en las profundidades de la India hubiera una ciudad habitada por espectros desde hacía siglos, aquellas *saphed bhoot* que inundaban la noche con su llanto.



Para cuando la fiesta tocó a su fin, estaba a punto de amanecer y los pasajeros que aún no se habían retirado parecían de lo más entretenidos en los rincones oscuros de la cubierta. Pasé al lado de una pareja sumida en una callada contienda amorosa al subir a una de las zonas menos transitadas, donde me encaramé con una botella en la mano a un bote salvavidas. A esas alturas el calor era tan agobiante que los lascars habían sacado nuestros colchones a cubierta para que pudiéramos dormir al aire libre, pero el arreglo no me hacía mucha gracia. Como las mujeres nos acostábamos a un

lado del barco y los hombres al otro, mis compañeras parecían decididas a convertirlo en el momento oficial de los cotilleos, y esa noche lo único que me apetecía era dormir sin que me molestaran.

La verdad era que se me había ido un poco la mano con la bebida, y siempre que eso ocurría me ponía sentimental. Supongo que fue el motivo de que me acordara de mis padres, que habían atravesado una semana antes ese mismo mar, bajo esas mismas estrellas encendidas como carbunclos. Era increíble que brillaran tanto en el desierto; si miraba a través de mi ventana de Londres, no encontraba más que oscuridad. Y empecé a cabecear, con la mirada absorbida por el cielo enjoyado y la botella medio vacía en la mano, cuando me despabiló poco a poco el murmullo de unas voces cercanas.

El acento de los lascars era inconfundible incluso cuando susurraban. Me erguí un poco en el interior del bote, observando desde las sombras cómo un grupo de cinco o seis mozos de la P&O hablaban en la cubierta con las cabezas muy juntas. Habían hecho un alto mientras descolgaban las bombillas, y al moverse uno de ellos reconocí a Farhan, el chico de los Fielding, en el centro del improvisado grupo. Por un momento pensé que estaría quejándose de una reprimenda de sus señores (nunca antes lo había visto con un semblante tan serio, impropio de un lascar), pero al cabo de unos segundos lo oí pronunciar una palabra que me devolvió como una bofetada a la realidad: «Bhangarh».

Aquello acabó de disipar las últimas nieblas del sueño. Fruncí el ceño mientras lo veía sacudir la cabeza en un gesto de impotencia y volverse hacia el mozo que estaba a su lado, que murmuraba algo de lo que solo pude captar dos palabras: de nuevo «Bhangarh», seguida por «Lennox». Increíblemente, continué acurrucada en el interior del bote hasta que los mozos se alejaron hacia la cubierta B, murmurando la única frase completa que fui capaz de retener: «*Shahar unhen mrtyu tak adda hoga*».

¿Significaba eso que Farhan había espiado mi conversación con los Fielding? De haber sido así, ¿qué podía haber escuchado que le hiciera atemorizarse tanto? «Yo ya les pregunté por Bhangarh a sus compañeros y a él», recordé mientras me tendía en el bote y contemplaba las constelaciones con una perplejidad cada vez mayor. Sin embargo, no había mencionado que tuviera intención de visitar aquel lugar; solo había mostrado mi interés por una leyenda local, como si le preguntara a un escocés por los avistamientos de Nessie. «*Shahar unhen mrtyu tak adda hoga*». ¿Era posible que los lascars supieran más, muchísimo más, que las vagas historias que me habían contado?

Casi sin darme cuenta, me adormecí, y lo siguiente que recuerdo es que mi sonriente Harish estaba ante mí con el plato de melón con hielo que nos llevaban de desayuno desde que comenzamos a descender por el mar Rojo. El sol estaba alto en el cielo y el calor volvía a ser espantoso, tanto que me costó incorporarme sobre un codo.

—*Suprabhaat, memsahib* —me saludó Harish con una sonrisa aún mayor que

hizo resplandecer sus dientes. Me tapé los ojos con una mano, sin poder reprimir un gemido.

—... días —fue lo único que conseguí decir—. ¿Has estado buscándome por el barco?

—Sabía que no estaría con las demás chicas en la cubierta. La *memsahib* se aburre oyéndolas hablar de sus cosas. —Era listo, el condenado—. ¿Bebió demasiado en la fiesta?

—Me temo que sí. Ahora entiendo por qué los piratas llevaban esto —mascullé, tirando del cordel de mi parche para que volviera a cubrirme un ojo. Harish me ayudó a salir del bote y me quitó unas serpentinas que se habían quedado enredadas en una de las botas de Miles—. Acabo de recordar algo: ¿qué significa «*Shahar unhen mrtyu tak adda hoga*»?

—¿Cómo dice? —me preguntó el mozo. Su rostro era la viva imagen de la sorpresa.

—No estoy segura de si tiene que ver conmigo, pero anoche, cuando estaba a punto de quedarme dormida, unos compañeros tuyos estuvieron hablando en la cubierta. Me dio la impresión de que era un asunto serio, pero no conseguí retener más que esa frase.

Durante unos segundos, Harish se limitó a mirarme con los ojos muy abiertos. Al agacharse para recoger las serpentinas, noté que se había quedado muy serio.

—Debió de ser un error, *memsahib*. No le dé más vueltas, no merece la pena. —Y al ver que seguía mirándole expectante, acabó añadiendo—: Esa frase significa «la ciudad los perseguirá hasta la muerte», pero no se preocupe... ¿Por qué tendría que ver con usted?

Capítulo 8

Los cinco días siguientes se nos hicieron eternos, tanto por las ganas que teníamos de llegar por fin a la India como por las demenciales temperaturas que empezaron a acompañarnos nada más adentrarnos en el océano Índico. Según me explicó Harish, en su tierra solían referirse a él como «el Charco Negro» y aseguraban que era el dominio del dios Varuna, señor de las aguas y custodio de las almas de los ahogados. Durante esos días me contó otras historias parecidas de los demás dioses, quizás porque se sentía culpable por no haber sido sincero respecto a la conversación de sus compañeros, y me enseñó a petición mía algunas palabrotas en hindi que nos hacían desternillarnos de risa.

El último amanecer me sorprendió acurrucada sobre mi escritorio, ansiosa por ver aparecer de una vez el perfil de Bombay en el horizonte. Cuando el barco emprendió un progresivo viraje para aproximarse al puerto, advertí que las farolas aún estaban encendidas, un collar luminoso que se extendía entre la tierra y el agua como una constelación que alguien hubiera abatido de un disparo. A medida que el cielo se volvía de un rosa desvaído sobre los tejados y los mástiles pude reparar en más detalles, como los cientos de diminutas embarcaciones que faenaban a nuestro alrededor, tantas que no comprendía cómo el *Saraswati* podía abrirse camino entre ellas, y los cuervos que habían volado hasta el barco para acompañarnos entre graznidos en los últimos kilómetros del viaje.

Pasó un buen rato hasta que mis compañeros de travesía se pusieron poco a poco en movimiento. Para entonces la luz había empezado a inundar mi camarote y decidí que era el momento de hacer lo que les había prometido a los Fielding al hablar de tío Oliver.

*Bombay, 6 de octubre de 1923
(En realidad no estamos en Bombay todavía,
pero es lo que se ve desde mi camarote)*

Querido tío:

Por favor, por favor, POR FAVOR, perdóname. Sé que me he portado fatal contigo y que tienes motivos de sobra para no querer dirigirme la palabra en lo que me queda de vida. Tenía que haberos hablado a Chloë y a ti de lo que planeaba hacer, pero estaba segura de que bajo ningún concepto me habrías dejado marchar si te hubiera pedido permiso antes.

*De todas formas, la verdad es que la idea se me ocurrió tan de repente que ni siquiera yo pude pensar mucho en ello. Fuiste muy listo al no creerte lo que te contestaron los radiotelegrafistas del barco, ya que sí iba a bordo del SS *Saraswati*.*

Me encantaría poder contarte lo que tuve que hacer para embarcar, pero me parece que eso comprometería a ciertas personas que se están portando muy bien conmigo y a las que no quiero causar problemas. Tú quédate tranquilo: te prometo que estoy de maravilla y que me muero de ganas de desembarcar para conocer la auténtica India.

Mis nuevos amigos han prometido acompañarme a Jaipur, donde tienen que ocuparse de sus negocios, así que lo más probable es que en un par de días esté con papá y mamá en su hotel. Será un milagro que salga viva de esta (las tormentas en alta mar y los tiburones no son NADA en comparación con lo que me hará mamá), pero si todavía no entiendes por qué he venido tras ellos, pregúntale a Haithani por lo que le ocurrió a un hermano suyo en Bhangarh hace años. Sé que los dos saben cuidar de sí mismos, pero estoy segura de que no les vendrá nada mal un tercer cerebro, teniendo en cuenta a qué se enfrentarán.

En fin, debo darme prisa si quiero que esta carta salga con el correo de hoy. Estamos a punto de atracar y todo el mundo se ha empezado a poner de los nervios por culpa del equipaje, las cuentas del bar y demás. Pídeles a los de Scotland Yard que se olviden de mí, si es que no lo han hecho ya, y tú cuídate mucho.

Un beso enorme de tu malvada sobrina,

Helena

P. D. Espero que Chloë también sea capaz de perdonarme. Dile que le compraré cien ejemplares de la Flapper cuando vuelva a Londres.

P. D. 2. Y que le haga un corte de mangas de mi parte a Mont-Choisi.

«Como si esto pudiera arreglarlo —pensé mientras guardaba la carta en un sobre con el membrete oficial de la P&O en el que escribí la dirección: *Lord Oliver Silverstone, Silverstone Hall, Oxfordshire, Inglaterra*—. Debo de ser la peor persona del mundo, y lo más vergonzoso es que nunca me siento culpable durante más de diez minutos». Acababa de cerrar el sobre cuando el griterío de los lascars me avisó de que en pocos minutos terminarían de colocar las pasarelas, de manera que me apresuré a pedirle a un mozo que no parecía estar demasiado ocupado que hiciera venir a Harish para entregarle mi carta.

Cuál no sería mi sorpresa cuando apareció con un coco que había escamoteado de las cocinas del barco. Según me explicó con su eterna sonrisa, en la India se creía que daba buena suerte hacerlo pedazos contra el suelo antes de comenzar una nueva etapa.

—Harish, escucha... hay algo que debería decirte. No os he contado la verdad ni a ti ni a tus compañeros. Realmente no tengo un oficial de caballería esperándome en Jaipur.

—Eso ya lo sabíamos, *memsahib* —fue su única respuesta. Aquello me dejó perpleja.

—Pero ¿cómo habéis descubierto que era mentira? ¿Y por qué no habéis dejado

de llamarme *memsahib* ni de contarme cosas de la India si sabíais que no iba a vivir aquí?

—Si de verdad fuera a casarse, tendría una foto enmarcada de su *sahib* en la mesilla de su camarote. Es lo que hacen las demás *memsahibs* para convencerse a sí mismas de que sienten algo por ellos, aunque casi no los conozcan. —Harish se encogió de hombros sin dejar de sonreír—. Pero sabemos que pronto lo tendrá. *Sundar inglish kalee ki bhaarat mein badh*, ya se lo dijimos. El hermoso capullo inglés florecerá en la India.

Mi perplejidad no hacía más que crecer, pero en el fondo me sentí tan conmovida que no pude evitar abrazarle, lo que hizo que se pusiera como una amapola, y después rompimos el coco entre los dos sin dejar de reírnos. Solo cuando los Fielding pasaron a recogerme para bajar por la pasarela (las etiquetas estaban adheridas a nuestras maletas, los portadores desfilaban a tierra cargando con ellas y un muchacho había recibido el encargo de buscarnos un vehículo) me pregunté si Harish me habría dicho la verdad en cuanto al coco y si lo que había hecho no sería sino un ritual protector contra Bhangarh.

—Esta es una de las cosas que más detesto de regresar a la India —rezongó Fielding mientras nos adentrábamos en tierra firme por fin. Después de haber pasado tres semanas a bordo, me costaba horrores no caminar como un pato mareado—. ¿Por qué los barcos de la P&O siempre atraerán a tantos curiosos? ¿Es que no hay nada más interesante que ver aquí?

—Seguramente sí, si eres uno de los funcionarios ingleses —dijo Miles—. Pero a los indios nunca dejaremos de parecerles tan exóticos como ellos nos lo parecen a nosotros.

Supe enseguida a qué se referían: no solo el puerto estaba atiborrado, sino también las calles de los alrededores. En cuestión de segundos me encontré inmersa en un océano de rostros morenos, turbantes multicolores y saris que relucían al sol; había aguadores que caminaban encorvados, vendedores de fruta sospechosamente pasada y niños con taparrabos que se ofrecían a hacernos de intérpretes; incluso se nos acercó un astrólogo, un anciano con el pelo blanco recogido en un moño, que se ofreció a leer en las estrellas qué destino me esperaba en la India. Estaba a punto de contestarle «gracias, pero ya me han dicho que floreceré» cuando Miles retrocedió para rescatarme.

—Entiendo que esto te resulte nuevo, pero si se dan cuenta de que te paras con todo el mundo no nos los quitaremos de encima en horas —me dijo mientras me guiaba al edificio de la aduana, en cuya puerta nos esperaban su padre y los portadores—. Vas a tener tiempo de sobra para acostumbrarte a todo esto, te lo garantizo.

—No estoy segura de que uno pueda llegar a hacerlo —contesté, observando con ojos como platos cómo una grúa descargaba del *Saraswati* una jaula en la que se retorcían cuatro enormes cocodrilos egipcios—. ¿En serio hemos estado viajando con

eso a bordo?

Algunos indios ataviados de manera elegante, seguramente representantes de las autoridades locales, esperaban a los viajeros más importantes con guirnaldas de claveles naranjas, cuya fragancia nos envolvió como un abrazo al pasar junto a ellos. Docenas de olores distintos parecían asaltarnos a cada paso (el efluvio de una cloaca, el aroma de un melón recién abierto, el toque inconfundible del sándalo con el que solía perfumarse mi madre), pero no tardé en entender que perdía el tiempo tratando de identificarlos. Todo era demasiado nuevo, demasiado emocionante... tanto que costaba creer que fuera real.

Llegó un momento en que estuve tan abstraída que Miles tuvo que agarrarme para que no me despistara. Su padre y él me condujeron hasta un *tonga*, un curioso vehículo de dos ruedas tirado por un único caballo, y cuando nos hubimos acomodado con todos nuestros bultos le pedimos al conductor que nos llevara a la estación Victoria. Comenzamos a abrirnos camino por las calles cercanas al puerto, traqueteando entre las motos, los coches en los que los ingleses se desplazaban a toda velocidad y los asnos tirados por muchachos medio desnudos. «Miles tenía razón al describírmelo en Puerto Said —me dije sin apartar los ojos de la multitud—. Esto es la India: una pura contradicción».

—No está lejos, pero aquí suele haber siempre tanto tráfico que tardaremos un poco en llegar —comentó Miles. Señaló unos edificios parecidos a cajas de cerillas que asomaban sobre los tejados—. Fíjate en la cantidad de fábricas que hay, todas dedicadas al algodón.

—Los santuarios de la era moderna —apostilló el señor Fielding, tan robusto que casi ocupaba la mitad del *tonga*—. Es increíble cómo ha cambiado la ciudad en apenas medio siglo. Un par de décadas más y ningún europeo la reconocerá como india a simple vista.

—Lo que ves a la izquierda es el Taj Mahal, el mejor hotel de Bombay. Al otro lado de la bahía está la colina de Malabar, con las mansiones de los potentados ingleses... La Puerta de la India construida hace unos años para conmemorar la visita de Su Majestad...

Miles se detuvo al reparar en que me había quedado mirando a una niña. Llevaba un punto rojo en la frente y dos trenzas que se agitaban mientras saltaba delante de un templo, del que sobresalían unas espirales de incienso parecidas a signos de interrogación.

—Ah, sí. —Me dio unas palmaditas en la mano—. Tú querías ver la India de verdad.

—Es fantástica —contesté con tanto entusiasmo que Fielding me miró con el ceño fruncido—. Me recuerda a la primera vez que pisé el puerto de Alejandría con mis padres. Toda esta algarabía, esta gente tan diferente... es como si uno entrara en otro universo.

En una de las calles nos encontramos con un mercado de flores, tantas que daban

la impresión de estar brotando directamente de la tierra. No recordaba haber visto nunca unos colores tan puros como aquellos; parecía que podrías bebértelos solo con mirarlos.

—Las recogen de los contenedores de los hoteles cuando acaban las celebraciones, por eso suelen venderlas tan baratas —rezongó Fielding—. Esta gente está obsesionada con las flores; podrían vivir en una chabola a punto de derrumbarse en la que no hubiera más que un vaso resquebrajado con una orquídea y darse por satisfechos.

—¿Acaso no es ese el auténtico secreto de la felicidad? —contesté yo—. Quizás todos estaríamos más contentos si aprendiéramos a reconocer la belleza en las cosas sencillas.

Enmudecí cuando el *tonga* dobló una esquina, esquivando por los pelos a un vendedor de mangos, y me fijé en una muchacha de mi edad envuelta en harapos que caminaba muy cerca de los edificios. Llevaba apretado contra el pecho un fardo del que sobresalía una carita morena, pero lo que me había llamado la atención no era solo su pobreza. Las demás personas se apartaban precipitadamente para no entrar en contacto con la sombra de la chica y un anciano casi dio un salto para que no le rozara.

—Es una *dalit* —me explicó Miles en voz más baja—, una intocable. La sociedad hindú los discrimina por considerar que son impuros, por eso nadie quiere estar cerca de ellos.

—No lo entiendo —dije confundida—. ¿No han nacido aquí? ¿No son indios también?

—Me temo que es difícil de comprender para quienes no estén familiarizados con el sistema de castas. Más tarde, cuando hayamos subido al tren, te lo explicaré con calma.

Diez minutos después nos encontramos en la estación Victoria, que resultó ser tan inglesa como anunciaba su nombre. La impresión de estar cruzando el umbral de una mansión gótica se desvaneció en cuanto nos enfrentamos a la marea humana que había convertido el interior del majestuoso edificio en un hormiguero. Siempre pendiente de los Fielding, los seguí a trompicones entre los portadores y los vendedores ambulantes hasta el andén del que partiría en breve el expreso de Jaipur. Este me hizo pensar en una especie de monstruo de Frankenstein, con los vagones para indios tan atiborrados que la gente se había encaramado a las ventanas y el techo, los de primera clase para viajeros europeos mucho más elegantes, absolutamente occidentalizados, y los de los marajás, que bien podrían pasar por palacios orientales sobre ruedas. Conseguimos subirnos a uno de los de primera clase justo a tiempo; un minuto más tarde, la traqueteante máquina se puso en movimiento entre los gritos de los chiquillos que nos despedían desde el andén.

Jaipur se encontraba a unos mil kilómetros al norte de Bombay, una especie de oasis arrancado a la fuerza al desierto de Thar en el que el clima, según había oído en

el barco, era mucho más seco. Teníamos por delante dos días enteros de viaje, de manera que aproveché para recordarle a Miles su promesa y él me explicó, mientras contemplábamos el árido paisaje salpicado de chozas de barro y búfalos, que la sociedad hindú se encontraba dividida en cuatro castas, dependiendo de las partes del cuerpo del dios Brahma de las que hubiesen surgido. Esa estratificación determinaba cada una de sus pautas de comportamiento, desde el matrimonio hasta el trabajo, y el único modo de escapar de sus restricciones era reencarnándose después de morir en una casta superior.

—La primera es la de los *brahmanes*, los sacerdotes, de los que se dice que nacieron de la boca de Brahma —me contó mientras bebíamos unos deliciosos cuencos de jugo de palma—. Las siguientes son la de los guerreros o *chatrias*, que nacieron de sus brazos; los *vaisias* o comerciantes, de sus piernas; y por último, los *shudras* o esclavos, de sus pies.

—Según eso, nadie nace en libertad en la India: depende por completo del linaje de su familia —observé sorprendida, y mi amigo asintió—. Es muy injusto... ¿Qué sucede si un niño de una casta inferior tiene talento artístico, por ejemplo? ¿No se le permite desarrollarlo?

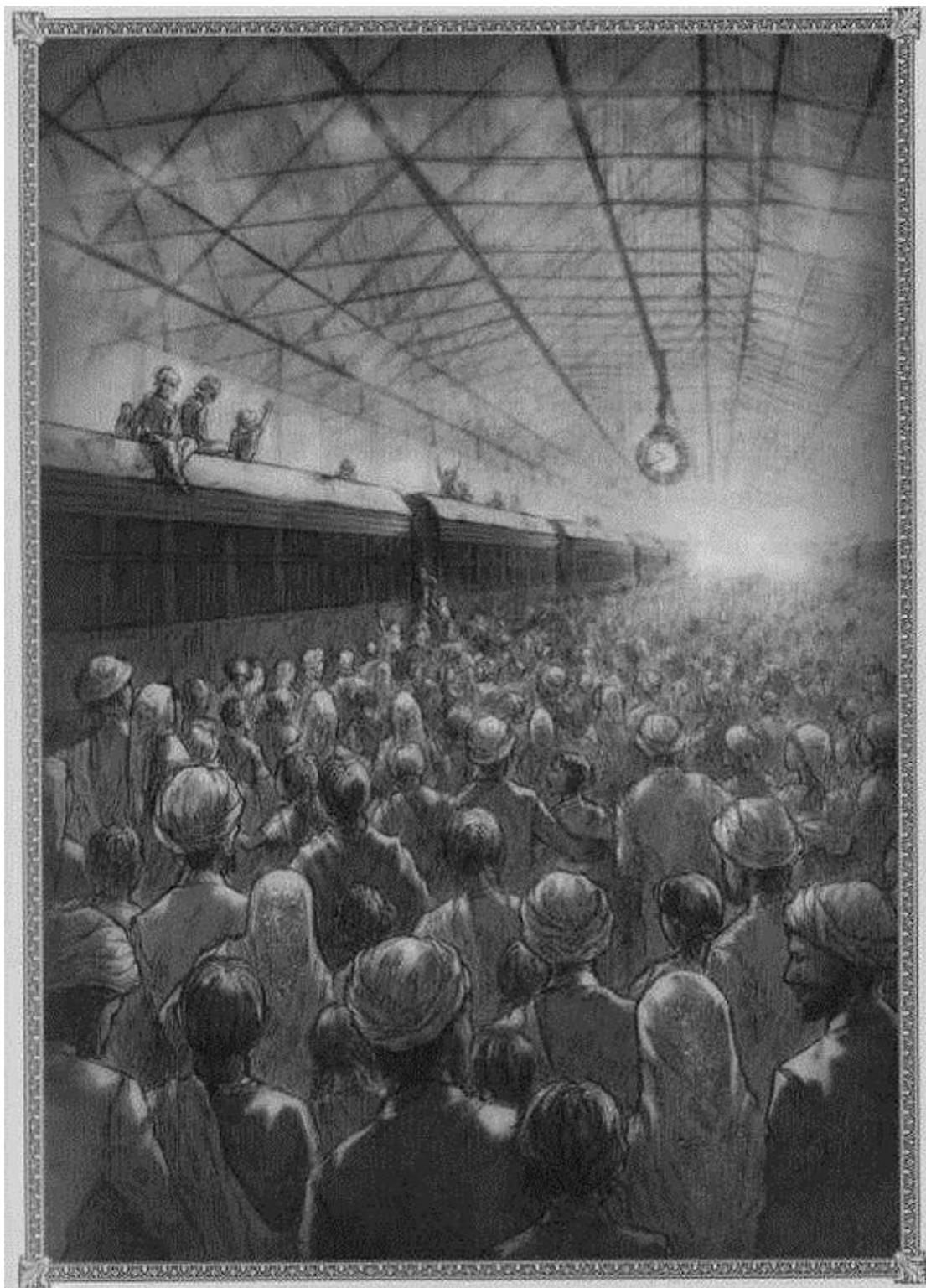
—Sería como si hubiera brotado una flor en el terreno menos adecuado. —Él señaló con la cabeza los barrizales que estábamos atravesando—. Ya sé que resulta increíble para las mentes occidentales, pero se trata de un sistema que lleva miles de años existiendo...

—¿Y a qué casta pertenecen los intocables, esos a los que todo el mundo discrimina?

—Me temo que los *dalits* se encuentran fuera de esta clasificación, por eso se les suele aislar en partes de las ciudades en las que solo viven ellos y se les encomiendan las labores más humillantes. Podría decirse que su situación es peor que la de los mendigos.

—Eso es muy cruel —exclamé sin poder creer lo que oía—. ¿Es que no hay nadie en la India que esté dispuesto a luchar por los derechos de esos desdichados?

—Si los nativos no son capaces de controlar sus propias esferas de poder, ¿cómo se le ocurre que podrían poner orden entre las castas inferiores? —se limitó a decir el señor Fielding detrás de su ejemplar del *Bombay Chronicle*—. Desengañese, señorita Lennox: la auténtica India es esa, y no otra. Si no fuese por nosotros, seguirían viviendo en la selva.



Capítulo 9

Había leído algunas cosas sobre Jaipur antes de que mis padres pusieran rumbo a ella, pero ninguna de esas descripciones me había preparado para el esplendor que nos esperaba al bajar del tren. Toda la ciudad parecía haber sido esculpida en el mismo estuco rosado, un decorado erizado de minaretes y cúpulas bulbosas que por un instante me hizo sentir como un personaje de leyenda. Allí había tanta animación como en las calles de Bombay: las motos iban de un lado a otro entre bramidos, los vendedores ambulantes sacudían sus brazos cargados de baratijas metálicas y las muchachas de mi edad que caminaban en grupo recordaban a aves del Paraíso, envueltas en los saris más relucientes y coloridos que había visto hasta entonces. Sin embargo, mi fascinación no duró tanto como me hubiese gustado; para cuando salimos de la estación, eran las nueve de la noche y Miles no tardó en darse cuenta de que costaría lo suyo dar con mis padres.

—Supongo que podríamos preguntar por los hoteles, aunque hay tantos en Jaipur que nos llevaría toda la noche —propuso no muy seguro—. Quizás si llamamos por teléfono...

—Creo que mi madre apuntó unos cuantos nombres en una nota que encontré en un libro suyo —contesté—. También podríamos probar a presentarnos en la embajada británica.

—Si estuvieran al tanto de que tus padres se encuentran en la ciudad, sería sin duda la mejor solución. Otra opción sería contactar con Arthur McAllary, el Administrador General, para preguntarle si ha sabido algo sobre los Lennox y su misión en Bhangarh.

—Yo mismo podré encargarme de eso mañana, aprovechando que me reuniré con McAllary para hablarle de un asunto importante —respondió Fielding—. Pero se ha hecho tarde; lo más sensato sería dirigirnos cuanto antes al *mahal* del *thakur* Singh.

—El palacio —me explicó Miles al percibir mi confusión—. No está lejos de aquí.

—Pero yo no puedo presentarme sin más en ese lugar —me sorprendí—. ¡Su cliente no me conoce de nada, y a nadie se le ocurriría invadir un hogar desconocido en Inglaterra!

—Pamplinas —repuso Fielding, dando el alto a otro *tonga*—. Aún no hemos tenido la oportunidad de conocer en persona al *thakur* ni tampoco su palacio, pero, teniendo en cuenta el esplendor de los de Jaipur, podría pasarse una semana entera caminando por él sin encontrarse con su propietario. No se preocupe por eso; no habrá ningún problema.

Yo seguía sin estar muy convencida, pero la verdad era que me sentía agotada, me moría de hambre y estaba deseando soltar mi equipaje de una vez. No tuve más

remedio que subirme con los Fielding al *tonga*; nos pusimos en camino hacia el norte de la ciudad mientras dejábamos atrás una sucesión de mezquitas que parecían querer alcanzar el cielo estrellado con sus minaretes y mansiones del mismo rosa inconfundible.

Uno de esos edificios me maravilló tanto que no pude contener una exclamación. Se erigía en una de las avenidas más majestuosas y su fachada recordaba a la cola de un pavo real petrificado, horadada por casi un millar de celosías. Miles me contó que era el Hawa Mahal, una extensión del palacio de los marajás de Jaipur en la que se alojaban sus esposas y concubinas. Al parecer, esas ventanas les permitían contemplar el mundo exterior sin saltarse las restricciones del *pardah* que las obligaba a permanecer ocultas.

—Es impresionante, lo sé —reconoció ante mi expresión embobada—. Debe de ser toda una experiencia crecer en este palacio de cuento de hadas, como le sucedió al *thakur* Singh.

—Espera un momento, ¿qué quieres decir? ¿Lo de *thakur* no es un título nobiliario?

—Sería el equivalente a los duques y condes de Inglaterra, pero en el caso de nuestro cliente esa distinción obedece a su sangre azul. —Y añadió ante mi desconcierto—: Es el segundo hijo de Jaswant Singh, el noveno marajá de Jaipur, que falleció hace dos años.

—Pero eso significaría... —Noté un curioso vaivén en el estómago, una mezcla de aprensión y curiosidad—. ¿Significaría que estáis trabajando para una especie de príncipe?

—Es una manera de decirlo. —Miles sonrió mientras su padre resoplaba—. De hecho, si es cierto lo que se rumorea sobre el clan de los Singh, era el hijo favorito del marajá.

—Pero no tenía ninguna posibilidad de sucederle en el trono —aclaró su padre—. El primogénito que engendró con su esposa principal, Devraj Singh, ya tenía descendencia masculina por entonces, así que escogerle como su heredero era la solución más lógica.

—No sé qué tal le sentaría eso a Arshad Singh, nuestro *thakur*. Es de armas tomar.

Por alguna razón, me acordé del marajá que había viajado a bordo del *Saraswati* con su atemorizado séquito. Para aumentar más mi inquietud, Fielding siguió diciendo:

—La verdad, Miles, fue una auténtica suerte que no se convirtiera en marajá. Todo Jaipur sabe lo que Arshad Singh opina de los ingleses, y ya se han producido demasiados problemas derivados de su falta de diplomacia. Estoy convencido de que las presiones del clan para que Jaswant Singh no lo eligiera como su sucesor no se debieron tanto al hecho de que sea hijo de una segunda esposa como a los conflictos que podría provocar.

Añadí mentalmente una cimitarra ensangrentada a mi *thakur*. Miles se quitó las gafas para limpiarlas, como hacía siempre que estaba nervioso, pero antes de que pudiera preguntarles nada más me di cuenta de que acabábamos de llegar al complejo palaciego.

Aunque no era tan enorme como el Hawa Mahal, seguía teniendo sus celosías de calados imposibles, sus arquerías puntiagudas y sus cupulines pintados de oro. «Es un palacio de *Las mil y una noches* —pensé mientras el *tonga* dejaba atrás una pequeña muralla y se adentraba en el espacio central abierto ante el palacio. Había unas cuantas antorchas encendidas en los jardines y bajo aquel resplandor los muros de arenisca rosa parecían teñirse del color de la sangre—. De *Las mil y una noches*... ¿o de *Barba Azul*?».

—¿Y toda esa gente? —Acababa de darme cuenta de que había una docena de indios ante lo que parecía ser la entrada principal. El fuego hacía relucir sus cuerpos sudorosos mientras se precipitaban unos contra otros entre rugidos, aunque también se oían gritos de ánimo y alguna que otra risotada—. No estarán intentando asaltar el palacio, ¿verdad?

—Debe de ser algún tipo de entrenamiento —contestó Miles, si bien se encontraba tan perdido como yo—. Están empuñando cuchillos, como si se tratara de un... ¡Cuidado!

Su grito me hizo sobresaltarme, aunque lo que ocurrió después casi consiguió que se me desbocara el corazón. Un muchacho con camisa blanca, seguramente un criado del *mahal*, se había detenido demasiado cerca de la entrada para observar ensimismado el combate de los guerreros. El conductor del *tonga* lo había visto en el último momento y le había pedido a gritos que se hiciera a un lado, pero era demasiado tarde; cuando tiró de las riendas, el caballo se encabritó tanto que nuestro vehículo estuvo a punto de volcar.

El criado cayó de espaldas sobre las losas del suelo, y lo mismo le sucedió a Miles por haber escogido el asiento de la derecha. Alargué una mano para agarrarle mientras me aferraba con la otra al *tonga*, aunque no pude evitar que rodara junto con el equipaje.

—¡Miles! —exclamé. Luego salté por encima de Fielding, que parecía conmocionado, y me agaché junto a él. Le quité mi maleta de encima y después hice lo mismo con una de las de su padre—. Santo cielo, ¿te encuentras bien? —quise saber—. ¿No te has roto nada?

—Estoy entero —jadeó mi amigo. Le ayudé a sentarse mientras se quitaba las gafas, a las que por suerte solo se les había torcido una patilla—. ¿Qué demonios acaba de pasar?

—¡Ese descerebrado ha estado a punto de matarnos con su estupidez! —bramó su padre mientras pasaba a toda velocidad por nuestro lado. Su rostro normalmente rubicundo se había puesto casi escarlata, y cuando quisimos darnos cuenta había alzado una mano para cruzarle la cara al chico, tan asustado como nosotros—. ¿En

qué estabas pensando, pedazo de inútil? ¿Es que no eres capaz de oír los cascos de un caballo cuando casi lo tienes...?

Antes de que acabara de hablar, se encontró con el filo de un cuchillo curvo casi tan largo como mi antebrazo apretado contra la garganta. Miles dejó escapar un grito y a mí me dio otro vuelco el corazón, pero el hombre que lo empuñaba no se inmutó.

—Vuelva a golpear a uno solo de estos criados, vuelva a tocarlo tan solo —le oímos decirle en un susurro—, y le juro por la sangre de mis dioses que será lo último que haga.

Me tapé la boca con las manos, sobrecogida. Aunque no podía tener muchos más años que yo, ese era el hombre más alto que había visto en mi vida; le sacaba más de una cabeza a Miles y parecía estar hecho de puro músculo. Al igual que el resto de los guerreros que se nos habían acercado a todo correr, no llevaba más que unos bombachos de algodón blanco que hacían que su piel empapada de sudor resultara aún más morena.

—Parece que ni siquiera en nuestras propias casas podemos escapar de ustedes —le siguió espetando a un paralizado Fielding, con un acento mucho más sutil que el de los lascars del barco—. ¿Es este el último divertimento social que han patentado en su club?

—Padre —consiguió articular Miles. Estaba pálido como un muerto—. Le aseguro que se trata de un error, señor... Ha habido un accidente, y por un momento creímos que...

—Que toda la culpa era nuestra. Es lo mismo que llevan repitiendo casi tres siglos.

A regañadientes, el joven apartó el cuchillo de la garganta de Fielding, que solo entonces se atrevió a coger aire. Al mirarle a la cara reparé en un detalle de lo más curioso: aunque su cabello era tan negro como el de los otros indios, que caía en ondas empapadas hasta sus hombros, tenía unos ojos de un verde claro impactante.

Miles se apresuró a tirar de su padre para que se reuniera con nosotros mientras el joven le alargaba una mano al criado. «*Ghar lautata hai*», le susurró: «Regresa a la casa».

—Esto es inadmisibile —masculló Fielding—. Cuando informe de esto, le aseguro que...

—¿Piensa contárselo personalmente a su rey? Porque si es así, me gustaría que le diera un mensaje de mi parte. —Y tras guardarse el cuchillo en una funda de cuero que le colgaba del cinturón, el desconocido añadió—: Márchense de una vez. Nadie les necesita aquí, nadie desea que sigan aquí. Márchense antes de que les dé tiempo a arrepentirse.

—Pero ¿a qué demonios creen que juegan, malditos salvajes enloquecidos? ¡Hemos venido a hablar con su señor y estoy seguro de que tendrá un par de cosas que decirles cuando le hagamos saber esto! ¡El *thakur* les hará pagar por esta afrenta a sus invitados!

—Lo dudo mucho —replicó el joven, y se cruzó sus musculosos brazos—. Siempre he tenido muy buena memoria para las caras y no recuerdo que nadie nos haya presentado.

Aquello me hizo sentir un repentino vacío en el estómago. Al mirar a los Fielding me di cuenta de que habíamos atado cabos a la par; los dos se habían quedado lívidos.

—No puede ser —profirió Fielding, contemplando a nuestro interlocutor de los pies a la cabeza—. ¿Vos sois Arshad Singh, el *thakur* de Jaipur? ¿El hijo del difunto marajá?

—Disculpádnos, por favor; ha sido una terrible confusión —se apresuró a decir Miles—. No nos conocemos en persona, pero creíamos que os habían avisado de nuestra llegada.

Esto hizo que los ojos de jade del *thakur* pasaran alternativamente de uno a otro.

—Los Fielding —repitió al cabo de unos segundos—. ¿Los abogados de mi padre? —Y al asentir Miles, murmuró algo en su lengua que hizo que los otros indios rompieran a reír.

—Ya está bien, ¿no les parece? —me escuché decir de repente—. ¿No hemos perdido bastante el tiempo con este malentendido? ¿Por qué no lo damos por zanjado ya?

Al escucharme, los hombres dejaron de reírse y Arshad Singh se volvió hacia mí.

—¿Es que se ha traído a la familia completa, Fielding? ¿Quién se supone que es esta?

—Una amiga de sus abogados, con una sangre menos azul que la de usted —contesté con irritación—, ¡pero eso no me hará quedarme callada cuando me sacan de mis casillas!

—No te metas en esto, Helena, de verdad —me advirtió Miles—. No merece la pena...

—Cállate, Miles. Sabes que soy la primera en escandalizarse cuando los ingleses se comportan de manera injusta con los indios, pero aquí estamos haciendo un desierto de un grano de arena. —Ante el desconcierto de los guerreros, me acerqué a Arshad Singh y apoyé el dedo índice en su pecho—. ¡Que nuestros compatriotas se hayan portado como unos imbéciles durante doscientos años no quiere decir que nosotros también lo seamos!

—Lo que me faltaba por oír —contestó el *thakur*, aunque parecía más extrañado que airado—. ¿Cree que somos unos niños necesitados del tirón de orejas de una institutriz?

—Pues no le habría venido mal tener una en el Hawa Mahal. ¡No sé de qué le sirven tantas riquezas a alguien que ni siquiera es capaz de distinguir a los amigos de los enemigos!

—Debería haberse quedado en ese lugar, si tanto le disgusta. Mi hermano Devraj la habría recibido encantado, aunque no creo que haya *purdah* capaz de acallarla a usted.

Esto hizo que sus compañeros se rieran de nuevo, aunque Arshad Singh debió de estar de acuerdo conmigo en que el espectáculo había tocado a su fin. «Síganme», nos dijo de mal humor antes de dirigirse al palacio, y después dio una serie de órdenes en hindi que su gente se apresuró a acatar. Fielding todavía estaba pálido, y entre Miles y yo recogimos nuestro equipaje, después de pagar al asustado conductor del *tonga*, para adentrarnos en lo que parecía ser un inmenso vestíbulo, cuyo suelo de mármol era casi tan reluciente como los espejos en los que se multiplicaban los mosaicos de las paredes.

—Dado que se han presentado con sus maletas, me imagino que contaban con pasar la noche en mi hogar —comentó el *thakur* mientras lo seguíamos como corderos por un corredor que serpenteaba hacia el ala oeste del palacio. Había tantos criados que casi no conseguíamos abrirnos camino entre ellos—. Confiaba en poder resolver cuanto antes lo que sea que les encargó mi padre, pero me temo que tendremos que esperar a mañana...

—No creo que pase nada por postergarlo unos días, teniendo en cuenta la cantidad de preparativos de los que deberán ocuparse en las próximas horas —le contestó Miles—. Estamos familiarizados con las bodas hindúes; la verdad es que son impresionantes.

—Siempre podrán tomar nota de lo que presencien mañana —ironizó el *thakur*—. De ese modo podrán reunir material de primera para describir nuestras salvajes costumbres.

«Una boda —pensé con los ojos clavados en su espalda—. Ahora entiendo por qué están tan atareados los criados». Al cabo de un minuto, desembocamos en una estancia en la que cloqueaba una pequeña fuente central, rodeada por unas alfombras tan espesas que los pies se nos hundían en ellas. Un anciano moreno y enjuto con turbante blanco parecía esperar al *thakur*, porque le saludó con una inclinación de cabeza antes de recoger el cinturón de cuero que este le tendió. Miles miró a su padre de reojo, pero, como continuaba sumido en su mutismo, se aclaró la garganta para seguir explicando:

—Como sin duda sabréis, el marajá decidió incluir en el testamento que mi padre le ayudó a redactar cierta cláusula especial que entrará en vigor cuando vos estéis casado.

—Creía que era cuando cumpliera veintiún años —contestó Arshad Singh. Agarró la toalla que le alargó su criado para secarse los brazos—. Eso sucedió hace más de un mes.

—Ambas cosas van unidas, ya que, cuando os comprometisteis siendo un niño con vuestra futura esposa, se acordó celebrar la ceremonia en cuanto cumpliéis esa edad.

—Entiendo. —El *thakur* permaneció un instante en silencio antes de decir—: Supongo que no soy quién para cuestionar las decisiones de un hombre tan sabio. Probablemente tuviera razón al decir que lo mejor será esperar; esta velada ya ha

dado demasiado de sí.

—Por fin un poco de sentido común —comenté, sacudiendo la cabeza—. La verdad es que me siento para el arrastre...

El *thakur* ni siquiera pareció escuchar lo que decía.

—*Kripaya, Raza* —le indicó al anciano, que inclinó la cabeza—. Mi criado les guiará hasta sus alcobas. Espero que no echen nada en falta, aunque hoy no nos sobren manos.

—Vengan conmigo, *sahibs*, por favor —nos dijo el tal Raza antes de conducirnos al corredor. Los Fielding se apresuraron a seguirle, pero yo me permití el lujo de dedicarle a Arshad Singh la reverencia más irónica que fui capaz de hacer, pese a que su única respuesta fuera fruncir aún más el ceño, antes de reunirme con mis acompañantes.

El anciano nos precedió por otra sucesión de estancias decoradas con alfombras y pinturas murales hasta acabar abriendo la puerta de la que sería mi alcoba. Me costó no soltar un silbido; era realmente una habitación principesca. Una enorme araña de cristal de roca extendía sus brazos en el techo y arrancaba destellos a los mosaicos de pavos reales de las paredes y a unos muebles de plata tan delicados que parecían estar hechos de encaje. Las celosías debían de dar a los jardines, porque a través de sus agujeros se colaba el embriagador perfume de unos magnolios mezclado con el de algún incensario.

—Espero que se encuentre cómoda, *memsahib* —dijo Raza, que parecía mucho más agradable que su señor—. Puede que no sea tan moderno como un hotel occidental...

—¿Está de broma? Es una auténtica maravilla. —Me di la vuelta para sonreírle—. De hecho, me gusta tanto que creo que no me marcharé cuando se haya resuelto el asunto del testamento del marajá. El *thakur* deberá avisar a la embajada para que vengan a por mí.

—No trates de ponerle a prueba —se rio Miles—. Me parece que es capaz de echarte de una patada, por no hablar de lo que te harán tus padres si decides atrincherarte aquí...

Antes de que pudiera contestarle, otros dos criados se presentaron en la habitación con unas bandejas que dejaron sobre una mesita baja antes de retirarse. Se me hizo la boca agua en cuanto me llegó el aroma inconfundible de varios tipos distintos de *curry*.

—La hemos perdido —concluyó Miles con una sonrisa y, tras apretarme el hombro y desearme buenas noches, se marchó con Raza y su padre a sus dormitorios.

Casi me lancé al suelo en cuanto desaparecieron, atacando la comida con un ansia que no había experimentado desde Egipto. Aquello era el paraíso para una persona tan enamorada del picante como yo: había estofado de cordero con *curry*, croquetas de patata y cilantro, y un puré de berenjenas que parecía contener todas las especias de la India. Era muy curioso, pensé mientras daba el primer mordisco a una croqueta

con los ojos entornados de placer, que fuese en un lugar desconocido, a casi diez mil kilómetros de mi propia casa y sin saber si conseguiría hallar a mis padres al día siguiente, donde me embargase la sensación que más había echado de menos en Londres: la de ser dueña de mi propio destino. Me sentía más viva que nunca, como si la Helena Lennox del desierto se hubiera vuelto aún más salvaje tras haber logrado escapar por los pelos de Mont-Choisi.

No obstante, no tuve mucho tiempo para pensar en ello. El viaje en tren me había dejado tan agotada que lo único que pude hacer al acabar de cenar fue abrir la maleta, que había soltado de cualquiera manera sobre la alfombra, para ponerme la camiseta y los pantalones del pijama y dejarme caer en la cama de la estancia contigua, un nido de cojines rodeado de colgaduras que me absorbió como si llevara media vida sin dormir.

Capítulo 10

Esa noche descansé como hacía meses que no lo hacía, y hasta que el sol no se encontraba alto en el cielo no abrí los ojos. Los haces que se colaban por los agujeros de la celosía me calentaban tanto la cara que rodé perezosamente sobre mi costado, observando adormilada los muebles de plata repujada, tan recargados como los pendientes de una mujer, que resplandecían a mi alrededor. Poco a poco, lo acontecido la noche anterior regresó a mi memoria y, cuando me percaté de que se oían pasos al otro lado de la puerta, me puse en pie para cambiarme de ropa. La blusa y la falda plisada que había llevado el día anterior seguían sobre un cojín, y me las puse entre bostezos antes de recogerme el pelo en una coleta para dirigirme a la estancia adyacente al dormitorio.

Alguien había dejado una bandeja con el desayuno en la mesa, y esa fue la primera sorpresa del día: descubrir que lo que los indios entendían por desayuno no podía ser más distinto de lo que solíamos tomar en mi país. El té era especiado, lo que lo hacía casi tan picante como las deliciosas *sarnosas* acompañadas de arroz con verduras. «A mamá le daría un síncope si me viera engullir así», pensé mientras me chupaba los dedos; esa vez me había esforzado por comer conforme a la tradición local. Y estaba preguntándome dónde se habrían metido los Fielding cuando alguien llamó a la puerta.

—¿Helena? —Era Miles, muy sonriente y repeinado—. ¿Qué tal, has dormido bien?

—De maravilla —contesté, limpiándome las manos—, aunque estaba tan cansada que habría caído rendida en la cama de un faquir. ¿Quieres que pida otro desayuno para ti?

—No, no te molestes; tomaré una taza de té en el club. Les he pedido a los criados del *thakur* Singh que me preparen un *tonga* para marcharme en unos minutos. —Eché un vistazo a su reloj de pulsera—. Con suerte, estaré de vuelta antes de que empiece la boda.

—¿Vas a dejarme sola en el palacio del *thakur*? —me alarmé—. ¿Dónde está tu padre?

—Ha salido hace poco para reunirse con McAllary, el Administrador General. Me parece haber entendido que quería comentarle un par de cosas acerca del testamento del difunto marajá, pero no he conseguido que me contara de qué se trata. —Se encogió de hombros, algo herido en su amor propio—. Mientras tanto, he decidido preguntar a mis contactos si han oído algo acerca de tus padres. De haberse instalado en Jaipur, los ingleses del club se encontrarán al tanto de dónde se hospedan y lo que están haciendo.

—No se me había ocurrido que podríamos recurrir a ellos —comenté, y me sentí

un poco más animada—. Me imagino que lo mejor que puedo hacer es esperar a que volváis.

—Lo dices como si el *thakur* te hubiera convertido en su prisionera —se rio Miles—. No pongas esa cara; te aseguro que estaremos de vuelta muy pronto. Puedes aprovechar para echar un vistazo al *mahal* antes de que se convierta en un hervidero de parientes Singh.

No parecía haber más remedio que obedecer, de modo que me despedí de él y, tras terminar los restos de un té que se había quedado frío, saqué de la maleta *Misterios y leyendas de las civilizaciones actuales* y me dispuse a buscar un rincón en el que leerlo.

Paradójicamente, de los cientos de estancias interconectadas del palacio, grandes o pequeñas, sencillas o elegantes, ninguna parecía servir a mi propósito. Todas estaban a esas alturas atestadas de criados que corrían cargando cojines y mesitas y llamándose a voces unos a otros. Ninguno se atrevió a hacer más que agachar la cabeza cuando pasé a su lado, así que me limité a atravesar una sala tras otra con el libro bajo el brazo y los ojos perdidos en unos techos tan saturados de adornos que parecían haberles brotado estalactitas. Era como una selva de mosaicos de colores y encajes de piedra, un mundo propio que amenazaba con desaparecer como un espejismo en cuanto lo rozara con las puntas de los dedos. Media hora más tarde, un poco abrumada por tantas riquezas, salí con alivio a los jardines que se extendían por la parte delantera del *mahal*, donde por fin encontré un rincón desierto en un claro entre magnolios donde pude sentarme a leer.

Era difícil dejarse asustar por las historias de Bhangarh en un lugar así, envuelta en el cálido resplandor que se abría camino entre las hojas susurrantes y acompañada por el piar de los pájaros que saltaban de una rama a otra. Sin embargo, hasta eso acabó desvaneciéndose cuando me puse a releer las descripciones de T. G. Franklin.

Muy pocos edificios siguen conservándose actualmente en pie, lo que convierte a Bhangarh en poco más que la sombra de un fantasma. De los antiguos prodigios que hicieron de ella la ciudad más rica de su época, erigidos en una piedra roja que parece empaparse de sangre con cada puesta de sol, solo queda un puñado de ruinas dispersas en las que no conviene detenerse demasiado si uno quiere evitar ser mordido por una serpiente o perseguido por un langur, los únicos moradores con excepción, por supuesto, de los inevitables fantasmas.

—LOS TEMPLOS DE GOPINATH, SOMESVARA, MANGLA DEVI, NAVIN, KESHAV RAI, GANESHA Y HANUMAN:

Lo único de interés que sigue habiendo en ellos son los primorosos adornos del interior, aunque el acceso resulta difícil debido a la cantidad de escombros acumulados alrededor. Sin duda, el más impresionante es el de Gopinath, uno de los nombres del dios Krishna y protector de las pastoras encargadas de velar por los rebaños de vacas sagradas. Construido en el estilo Nagara, posee una torre

inclinada hacia delante que recuerda a una imponente montaña.

—EL HAVELI DE LAS BAILARINAS: Antigua residencia de las bayaderas, doncellas que se comunicaban con los dioses a través de la danza. El estado de este edificio es aún peor que el de los templos: lo único que se conserva es la parte inferior de los muros y algún que otro arco que parece a punto de venirse abajo. También este recinto tiene fama de encantado debido a los extraños sonidos que se oyen en él, como el tintineo recurrente a partir de medianoche de las payal, las ajorcas de cascabeles con las que las bailarinas solían adornarse los tobillos.

—El BAZAR: Los restos de las antiguas tiendas se encuentran a ambos lados del camino que conduce al palacio. No hay manera de saber a qué estaba dedicado cada negocio, puesto que lo único que queda son pequeños nichos destinados a cobijar unos ídolos que, como las demás riquezas de Bhangarh, han desaparecido.

—El PALACIO REAL: El mahal de los antiguos señores de la ciudad, con siete pisos de los que solo se conservan cuatro hoy en día, ha pasado a ser propiedad indiscutible de los langures, que campan a sus anchas por las pocas estancias a las que todavía se puede acceder. Un cartel colocado hace años por el Servicio Arqueológico de la India advierte de los peligros de adentrarse en este recinto después del atardecer y antes del alba, aunque la decrepitud del conjunto bastaría para hacer desistir de la idea incluso a los visitantes más escépticos y temerarios.

Había desplegado el mapa de Bhangarh que mi madre había guardado dentro del libro para localizar cada uno de los edificios. Algunos eran tan diminutos que casi no podían distinguirse; otros, como el palacio, llamaban inmediatamente la atención, en especial porque mi madre lo había rodeado con un grueso trazo rojo. Allí era donde se habían producido las misteriosas desapariciones de los Brandeth, del hermano mayor de Haithani y de todos los incautos que les habían precedido. «Pero tiene que haber alguna explicación racional —me empeiné mientras pasaba las páginas del libro para encontrar la fotografía en blanco y negro de Bhangarh—. August tenía razón: lo más probable es que Aamir sufriera un percance. Una losa resquebrajada que cedió bajo sus pies, algún derrumbe en las estancias interiores que no le permitió regresar... —No obstante, seguía habiendo demasiadas cosas incomprensibles—. ¿Cómo es que su familia no consiguió dar con él al día siguiente? ¿Estaría muerto en vez de herido y por eso no pudo pedir ayuda?».

Daba igual que la hubiera contemplado docenas de veces en el barco: un escalofrío volvió a recorrerme la espalda al observar las siluetas de los edificios medio derruidos que aparecían en la fotografía. Mi mano derecha buscó instintivamente el amuleto de Ra que llevaba al cuello, preguntándome cómo podía sentirme así haciendo tanto calor, y estaba acunándolo con los dedos cuando el rumor de unas voces me hizo girar la cabeza.

La aprensión provocada por Bhangarh quedó relegada a un segundo plano. Entre los magnolios acababan de aparecer las siluetas de Arshad Singh y su criado, aunque

se encontraban a demasiada distancia para reparar en mí. Hablaban entre ellos en hindi, al parecer de algo bastante serio, dado que el *thakur*, que llevaba puesta aquella mañana una túnica negra hasta las rodillas con bordados de plata, tenía el ceño fruncido. «Claro que tal vez esa sea su expresión habitual —pensé mientras cerraba el libro para reunirme con ellos—. ¿Cómo puede una persona estar tan malencarada las veinticuatro horas del día?».

Al dejar atrás unos árboles con unas exuberantes flores púrpuras me di cuenta de que acababan de detenerse ante una curiosa estructura. Media docena de criados levantaba lo que parecía ser un pequeño templo de madera, similar a uno de esos quioscos en los que las orquestas tocan en los jardines. Supuse que se trataría de algo relacionado con el ceremonial de esa tarde, porque Arshad Singh lo examinaba con mucha atención, tanta que no se percató de que me encontraba a su lado hasta que dije:

—*Shubh sundhya*. —Eso les hizo girarse hacia mí, tan sorprendidos que no pude evitar sonreír—. ¿Lo he pronunciado bien? He tratado de practicar en el barco, pero los lascars estaban siempre tan atareados que no tenían demasiado tiempo para enseñarme.

—Sin duda hubo de ser un placer para ellos —replicó Arshad—. Debía de saberles a poco seguirla noche y día como perros falderos pendientes de cada uno de sus caprichos.

—Buenos días, *memsahib* —me saludó Raza, más conciliador—. En realidad debería haber dicho *suprabhaat*, dado que sigue siendo por la mañana, pero la pronunciación ha sido bastante buena. —Mientras hablábamos, Arshad había echado a caminar de nuevo y el criado se disculpó diciendo—: Si no le importa, deberíamos seguir encargándonos de...

—No se preocupen, les seguiré como una sombra. Me interesan mucho todos estos preparativos, y apuesto a que su señor es demasiado educado para rechazar mi compañía.

Arshad ni siquiera me respondió. Apreté el paso para caminar a su lado, rodeando el templo en el que, después de haberse asegurado de que las columnas se encontraban bien asentadas, los criados habían empezado a colgar unas cortinas de color rojo oscuro.

—También es demasiado educado para no interesarse por cómo me siento, Raza —le aseguré al anciano por encima del hombro—. Alguien tan acostumbrado a tener invitados en su palacio sabe perfectamente que lo correcto sería preguntar si he descansado bien.

—¿Ha descansado bien, señorita Lennox? —replicó el joven con un deje de fastidio.

—Pues la verdad es que sí, muchísimas gracias. Esa cama resulta de lo más cómoda, sobre todo después de haber pasado tres semanas encerrada en un camarote. No lo está haciendo mal del todo, señor Singh; ahora debería abordar el tema de la

cena de anoche...

—Pare de una vez —me interrumpió Arshad. Al volverse hacia mí, me di cuenta de que sus ojos parecían aún más claros, casi transparentes con la luz natural—. Me trae sin cuidado que le gustara o no. No pienso encargarme que le preparen un rosbif, un pastel de riñones o alguna otra asquerosidad de esas que comen en Inglaterra. Ya va siendo hora de que asuman que no somos nosotros quienes tenemos que adaptarnos a sus costumbres.

—Definitivamente, ha nacido para la diplomacia —repuse—. Pero no se preocupe, no tengo la menor queja sobre lo que me trajeron. Al principio temí que me pudiera sentar mal tanto picante, pero supongo que mi estómago se ha curtido con la comida egipcia durante los últimos cuatro años. Recuerdo que la primera vez que la probé, en el hotel de Alejandría en el que me alojé con mis padres, me pasé la tarde encerrada en el baño.

Un ruido ahogado a mis espaldas me hizo advertir de que Raza se reía. Me volví para guiñarle un ojo mientras Arshad, sacudiendo la cabeza, preguntaba perplejo:

—¿Está haciendo esto a propósito? ¿O simplemente disfruta siendo una insolente?

—No lo soy tanto, señor Singh. Tendría que conocer a mi prima Chloë; sería capaz de poner una radio en un templo para hacer bailar un charleston a sus ídolos de piedra.

—¿Esa es entonces la educación que les dan a las mujeres en Inglaterra? —Arshad se detuvo de una forma tan abrupta que Raza casi chocó con él—. ¿Es que no tienen nada sagrado allí?

—Por supuesto que sí, pero también tenemos un escritor llamado Oscar Wilde que decía que solo las cosas sagradas merecen ser tocadas. Es difícil encariñarse con algo que no desciende nunca de su pedestal. —Alargué una mano para coger un pequeño pétalo que había caído sobre el hombro de su túnica negra. Arshad observó cómo lo dejaba caer al suelo antes de mirarme—. Eso también es aplicable a las personas.

A esto siguió un profundo silencio en el que no hicimos más que sostenernos la mirada hasta que él, respirando hondo como para mantener la calma, ordenó a su criado:

—Raza, será mejor que vayas a ocuparte de lo que te he dicho antes. Me temo que estamos perdiendo demasiado tiempo y en unas horas empezarán a llegar mis invitados.

—¿No se ha parado a pensar —continué mientras el anciano se alejaba— en que puede que su esposa también sea descarada? ¿Qué será entonces de su vida, señor Singh?

—¿Qué trata de decirme con eso? —preguntó el *thakur*, más extrañado que receloso.

—Bueno, tengo entendido que en su cultura se casan sin conocerse. Me parece

una auténtica lotería que puede salir bien de vez en cuando, pero en la mayoría de los casos...

—Damayanti y yo sí nos conocemos —me interrumpió él. «Damayanti», pensé, «de modo que así se llama esa incauta»—. Es hija de un *thakur* de Kapurthala con el que mi padre tenía muy buena relación. Nos prometieron cuando yo tenía cinco años y ella, dos.

—¿Y no han vuelto a verse desde entonces? —pregunté, y esta vez no dijo nada—. En tanto tiempo la gente cambia muchísimo. ¿Qué ocurrirá si no le gusta su personalidad?

—Eso es imposible habiéndose criado en una familia hindú respetable que sigue los mismos preceptos religiosos que la mía —respondió Arshad a la defensiva—. Pero, aunque no fuera así, ¿cómo critica lo que hacemos cuando en su país se comportan del mismo modo?

—¿De qué habla? —No pude evitar sorprenderme—. ¿Qué quiere decir con...?

—Sabe perfectamente a qué me refiero. Aquí estamos al corriente de sus tradiciones, por poco que nos interesen. Puede que en Inglaterra no exista el sistema de castas y las parejas estén acostumbradas a tratarse antes de la boda, ¡pero no intente hacerme creer que le escandaliza la perspectiva de una unión sin amor cuando ustedes hacen lo mismo!

—¡Yo no sería capaz de casarme con alguien a quien no conociese! —protesté más indignada—. ¡Nadie con dos dedos de frente arriesgaría de ese modo su felicidad!

—Tal vez usted no esté dispuesta a hacerlo, pero los matrimonios de conveniencia son tan comunes en su país como en el mío. Con la diferencia, más importante de lo que usted pueda pensar, de que en la India no solo tenemos en cuenta las relaciones entre las castas, sino también entre las familias. Escogemos nuestras alianzas en función de las personalidades de los novios y consultamos incluso a astrólogos para asegurarnos de que la unión resultará afortunada para ambas partes. Las inglesas de buena cuna, por el contrario, no se preocupan más que por el hecho de que su futuro esposo aparezca en la *Guía del Gran Mundo* y posea una suculenta cuenta corriente. —Y me dirigió una mirada, desde sus casi dos metros de altura, que me sonrojó—. Si se empeña en seguir afirmando que sus bodas son más nobles que las nuestras, es que es aún más cínica de lo que creía.

A esas alturas estaba tan furiosa que le habría abofeteado. Tuve que conformarme con alzar la barbilla mientras respondía, en un tono menos firme de lo que me habría gustado:

—Prefiero ser una cínica antes que una enemiga declarada de un país del que no sé prácticamente nada. La mentalidad de Inglaterra no es la de la comunidad de ingleses de Jaipur con los que usted se ve obligado a tratar. No sabe nada de nosotros, señor Singh.

—Daría lo que fuera a cambio de saber aún menos —me espetó, y sin darme

tiempo a responder se alejó hacia el templete en el que las cortinas ondeaban como estandartes.

Capítulo 11

La brusquedad con la que se apartó de mí me dejó unos segundos sin habla, pero, como solía sucederme en esos casos, mi cólera acabó tomando la palabra para exclamar:

—¡Yo también daría lo que fuera a cambio de no haberle conocido! —Pero eso no le hizo detenerse—. ¡Hasta ahora todos los indios me habían parecido encantadores, señor *thakur*! ¡Es una auténtica pena que usted haya arruinado esa impresión en un momento!

No habría tenido más éxito increpándole a una estatua de piedra. La cabellera negra de Arshad acabó perdiéndose tras un recodo del camino y lo único que pude hacer fue regresar al *mahal* con mi libro bajo el brazo, dando unas zancadas que hicieron que un criado al que estuve a punto de arrollar se me quedara mirando con expresión asustada.

De repente, todos los adornos orientales parecían más ominosos; mi antipatía por su propietario había roto el encanto que emanaba de cada mosaico y cada espejo. «¿Cómo se atreve a hablarle así a una desconocida, por azul que sea su sangre? —pensé mientras enfilaba el tercer corredor que creía que conduciría a mi alcoba, aunque todos eran tan similares que me resultaba imposible orientarme—. ¡Yo no tengo la culpa de lo que hayan hecho los ingleses en esta tierra! No he fundado la Compañía de las Indias Orientales ni tengo nada que ver con las decisiones del Raj británico. Es insufrible...».

Mi cólera se apagó como si me hubieran arrojado un cubo de agua cuando empujé la puerta de la habitación. Atónita, me quedé observando con la boca abierta el caos que se había desatado en su interior en apenas unos minutos. Alguien había entrado mientras estaba en los jardines con la obvia intención de rebuscar entre mis cosas: había faldas y blusas encima de la alfombra, un par de medias sobre la mesita baja y (me puse roja como la grana al darme cuenta) mi ropa interior también estaba desperdigada por todas partes.

Di un par de pasos hacia el centro, incapaz de creer lo que veía. Mi maleta seguía en una esquina y al acercarme advertí que el intruso, si es que había sido solo uno, debía de haber estado revolviéndola antes de marcharse a toda prisa: de su interior brotaba el pañuelo azul que solía ponerme al cuello. «Alguien ha querido robarme —me dije cada vez más perpleja, y me agaché para recoger un cepillo para el pelo—. Quizás algún criado imaginó que había traído cosas de valor conmigo, como dinero o joyas...».

Claro que también cabía la posibilidad, y esto me hizo detenerme con el cepillo en la mano, de que hubiera sido cosa de Arshad Singh. Me volví instintivamente hacia la celosía más cercana, pero desde allí no podía ver a nadie en los jardines.

¿Sería capaz de haber ordenado a uno de sus hombres darme un susto para que me marchara de su casa?

—No tiene ni idea de con quién se la juega, señor Singh —susurré. Fui a coger una de las medias para arrojarla con rabia en la maleta—. ¡Cuando esta asquerosa imperialista lo ponga en evidencia ante los suyos, tendrá un motivo real para querer perderme de vista!

Resignándome a no poder hacer nada más por ahora, decidí reunirme con Miles en el club inglés en cuanto acabara de ordenarlo todo. A fin de cuentas, no tenía nada que pudiera echar en falta si volvían a entrar en mi ausencia, por mucho que me enfureciera, y la sensación de ser una intrusa empezaba a tornarse tan opresiva que necesitaba salir cuanto antes de aquel lugar. Aunque no podía tener menos ganas de arreglarme, me esforcé por encontrar un vestido adecuado para ese ambiente, que resultó ser el de seda azul que me había puesto para el desenvolvimiento de nuestra momia en casa de tío Oliver. Diez minutos más tarde, con los rizos recogidos con dos docenas de horquillas y unos tacones que me había comprado mi madre para Mont-Choisi, salí al corredor y me encaminé hacia la parte trasera del complejo, donde supuse que encontraría una puerta secundaria como las usadas por el servicio en las casas inglesas.

No fue tarea fácil que los criados me dijeran por dónde tenía que ir, porque seguían empeñados en no prestarme atención. Al final, tras sobornar al hijo de una de las sirvientas con un caramelo que encontré en las profundidades de mi bolso, logré salir a la estrecha calle que discurría por la trasera del palacio como una serpiente acurrucada a los pies de sus muros. La algarabía que reinaba al otro lado de aquella frontera me pilló por sorpresa y durante casi un minuto no pude hacer nada más que mirar a mi alrededor.

Detrás del *mahal* se extendía un mercado que parecía ocupar el barrio entero, con los coloridos puestos propagándose en todas las direcciones. Las alfombras y las telas brillantemente bordadas caían por doquier, convirtiendo las callejuelas en estrechos pasadizos en los que apenas conseguían deslizarse unos dedos de sol. Había tenderetes de especias y de legumbres, de chales de seda y de pequeñas lámparas de cristal, y las joyas colgadas en cada rincón relucían tanto que tuve que entornar los ojos. Parecía una tarea imposible encontrar un *tonga* en medio de ese hervidero humano que se gritaba como si todos sus miembros se hubieran quedado sordos, pero aun así me acabé apartando del *mahal* para avanzar por la calle principal. En contraste con los colores y los centelleos de los puestos, el suelo estaba tan cubierto de mugre que los tacones se me hundían en él, y desprendía un hedor nauseabundo que, mezclado con el olor picante de las especias y el aroma de los perfumes y los tintes de las telas expuestas, casi consiguió que me mareara.

—*Memsahib* —oí de pronto, y al agachar la cabeza me topé con dos niños de unos seis años que me estaban tironeando del vestido—. ¿Caramelos, *memsahib*?

—Creo que me quedan unos cuantos —les respondí. Se me había encogido un

poco el corazón al reparar en los remiendos de su ropa—. Están algo pegajosos, pero aun así...

Evidentemente, a los chiquillos eso les traía sin cuidado. Se metieron los dulces en la boca con envoltorio incluido, chupeteándolos con una fruición que me hizo sonreír de mala gana antes de seguir abriéndome camino por el bazar. Sin embargo, no tardé en darme cuenta de que no lograría ir muy lejos; otros cuatro niños se acercaron corriendo.

—¡*Memsahib, memsahib!* —me llamaban mientras daban saltitos—. ¡Más caramelos, *memsahib!*

—No puedo creer que seáis más glotones que yo —exclamé al cabo de un rato—. Lo siento mucho, pero no me quedan más. Mirad —abrí el bolso para enseñárselo, teniendo cuidado de esconder el monedero—, nada de caramelos, ¿lo veis? Y ahora, dejadme que...

Fui acallada por el barullo de una docena de pilluelos reuniéndose con nosotros. Al inclinar el bolso, un lapicero diminuto había caído al suelo y aquello fue el detonante de una auténtica guerra civil de la que traté de escaparme lo más deprisa que pude. No tuve el éxito que esperaba; algunos de los pequeños siguieron aferrándose a mi vestido.

—¡Por el amor de Dios, ya os he dicho que no tengo nada más para daros! —terminé estallando mientras doblaba una esquina. No me daba cuenta de hacia dónde iba; estaba demasiado agobiada por culpa de mi súbita popularidad—. De verdad que siento no poder ayudaros más, pero tengo que marcharme para ocuparme de mis cosas antes de...

Me detuve al reparar en que los niños se habían callado al unísono. Fruncí el ceño ante sus cabecitas alzadas, con los ojos y la boca muy abiertos, antes de darme la vuelta para descubrir qué era lo que estaban mirando... y al hacerlo casi se me escapó un grito.

Acaba de detenerme casi a los pies de un enorme elefante de color pardo. Lo había confundido con uno de los puestos del mercado porque estaba cubierto por unos largos faldones de colores brillantes que resbalaban desde la gran canastilla atada con firmeza a su grupa. Su soberbia cabeza se giró hacia mí mientras daba un paso atrás, aturdida por lo inesperado de aquella visión. Los chiquillos, que también habían retrocedido, regresaron paso a paso al comprender que el animal no parecía tener intenciones de hacerme nada.

—*Memsahib*, ¿qué está haciendo? —oí que me decían entonces. Al apartar la vista con esfuerzo, descubrí que el anciano Raza se asomaba por detrás del elefante, primero desconcertado y más tarde divertido—. ¿Es que nunca había visto un animal como este?

—Claro que sí, pero ninguno era tan inmenso... ni estaba tan cerca de mí —contesté, y tragué saliva—. ¡Si no me hubiera parado a tiempo, me habría hecho añicos la cabeza!

—Lo dudo mucho —se rio Raza entre dientes—. Lo más probable es que la elefanta ni siquiera se hubiese enterado de que usted acababa de chocar contra ella. Por no hablar de que son de lo más pacíficos; fíjese en lo bien que se comporta *Maya* mientras la acicalan.

Hasta entonces no me había fijado en que un joven indio estaba dibujando con un pincel una serie de mandalas en la trompa del animal. No pude evitar enarcar las cejas.

—¿En serio están maquillando a una elefanta? Ya no me queda nada más por ver...

—Es para el *baraat*, el desfile de mi señor —me explicó Raza. Le dio unas palmaditas en una pata, a las que *Maya* contestó con un curioso murmullo gutural—. Normalmente es el novio el que acude a casa de la novia montado en un elefante, pero los padres de mi señora Damayanti murieron hace unos meses y, como no tiene más hermanos, sus parientes decidieron acompañarla hasta aquí. Mi señor no quería que se perdiera el paseo protocolario en elefante, así que recorrerán la ciudad con *Maya* después de la ceremonia.

—Esto sí que es una sorpresa. ¿El *thakur* Singh siendo caballeroso? —Negué con la cabeza mientras el criado sonreía aún más—. ¿Estaba borracho cuando tomó esa decisión?

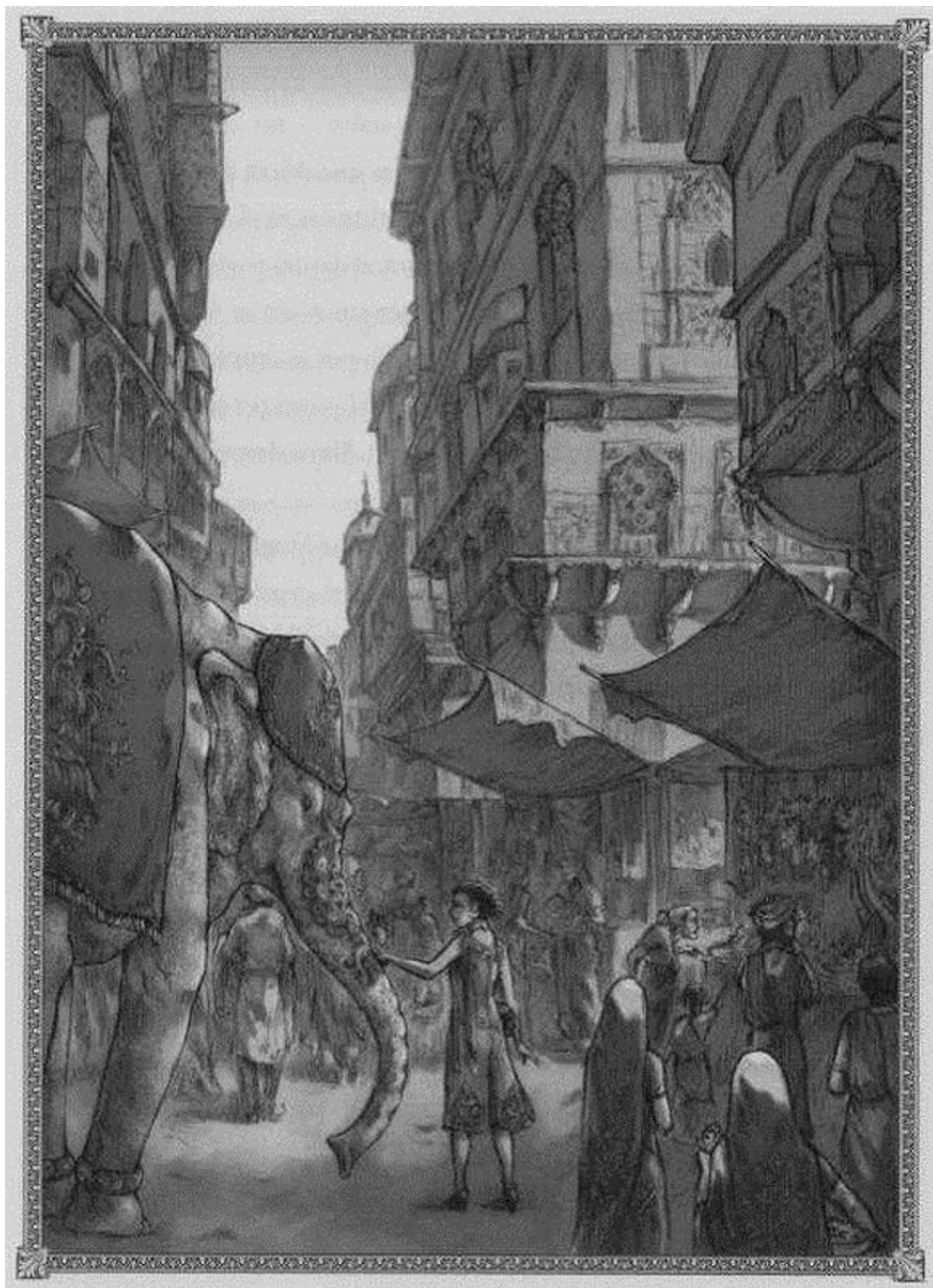
—En los veintiún años que llevo a su servicio no le he visto beber ni una sola vez. Me parece que tiene usted una idea un poco equivocada de mi señor. —Y al darse cuenta de que empezaba a mirar a la elefanta con otros ojos, me dijo—: Puede acariciarla si lo desea.

Me cogió con cuidado una mano para colocarla en la trompa del animal, cuya piel estaba salpicada de motas de un marrón oscuro donde todavía no había sido pintada. La elefanta me miró un momento entre sus párpados arrugados antes de agarrar mi bolso con la trompa para llevárselo a la boca. «¡Eh!», solté, haciendo reír al anciano.

—Estoy seguro de que debe de parecerle tan exótica como ella a usted —dijo mientras le quitaba el bolso para devolvérmelo—. Los ingleses suelen preferir visitar los bazares de Badi Chaupar o de Haldiyan ka Rasta por ser más céntricos. ¿Quería hacer turismo?

—No exactamente. El hijo del señor Fielding se ha marchado hace un rato al club inglés para averiguar el paradero de mis padres, así que he decidido reunirme con él allí.

—Entonces será mejor que la ayude a encontrar un vehículo. A estas horas suele haber demasiada gente para que lo consiga usted sola. —Y tras darle una última palmadita a *Maya*, el anciano me indicó que le siguiera—. Es por aquí, por esta segunda bocacalle.



Fue una suerte que la elefanta hubiera acaparado la atención de los niños, porque esta vez no trataron de colgarse de mi ropa. Raza me condujo por una callejuela mucho más estrecha en la que flotaba el mismo olor a especias antes de desembocar en una calzada por fortuna más despejada. Mientras avanzábamos por ella pregunté:

—Antes ha comentado algo que me ha dado que pensar. ¿Qué quería decir con eso de que me estoy equivocando con su señor? ¿No se ha dado cuenta de cómo me habla?

—Me temo que es inevitable que lo haga de esa manera, al ser usted inglesa —me

respondió Raza lo más diplomáticamente que pudo—. Mi señor Arshad no es... Digamos que no quiere tener nada ver con los de su país. No hemos hablado de usted, pero me da la sensación de que acogerla en el *mahal* le parece un atentado a sus principios.

—Claro, es que en el fondo soy una asesina en serie que pretende matarlos a todos en cuanto cierren los ojos —espeté de mal humor—. ¿Qué demonios tiene en mi contra?

—Se lo acabo de explicar, *memsahib*: no es en contra suya, sino de Inglaterra. Pero no se trata de algo motivado por las razones que pueda estar barajando el *sahib* Fielding.

—¿A qué se refiere? —pregunté, deteniéndome en seco. Raza dejó escapar un suspiro mientras balanceaba la cabeza en aquel gesto tan curioso entre asentimiento y negación.

—No estoy seguro de que mi señor aprobara que se lo contara, pero si eso hace que deje de mirarlo con malos ojos... —Se encogió de hombros—. Cuando tenía siete años, su madre Ratnavati, a la que adoraba por encima de todo, murió en un ataque perpetrado durante la celebración del festival de Diwali. Era un momento de gran tensión política en Jaipur y el ejército inglés temió que se tratara de una concentración agresiva, de modo que abrió fuego contra la multitud. Mi señor Arshad lo vio todo; ella falleció a su lado.

—Dios mío —murmuré. Me sentía extrañamente culpable—. Debió de ser espantoso para él, en especial siendo tan pequeño todavía. ¿Cómo era ella, Raza?

—La criatura más hermosa que ha visto la luz del sol —contestó el anciano—. Tenía unos ojos verdes idénticos a los suyos, como nunca se habían visto en la dinastía de los Singh. Esa era en parte la razón de que Jaswant Singh sintiera predilección por mi señor Arshad entre sus muchos hijos. Además de ser el más noble, le recordaba a la mujer a la que más había amado de todas las esposas y concubinas que vivieron en el Hawa Mahal.

—Supongo que tiene sentido —me resigné. Tuvimos que esquivar a una cabra a la que perseguía un niño medio desnudo antes de vislumbrar una hilera de *tongas* al otro lado de la calzada. De camino a ellos seguí preguntando—: ¿Qué quiere decir con eso de que su señor es noble? A mí no ha podido parecerme más maleducado.

—Porque no tiene la menor intención de dejarse conocer por usted. Es un amo duro, no se lo voy a negar, pero no creo que haya uno más justo. Sería capaz de despedazar con sus *kukris* a cualquiera que les pusiera una mano encima a sus criados. Ya vio lo que estuvo a punto de ocurrir ayer con el *sahib* Fielding, aunque la sangre no llegara al río.

Tenía razón; a Arshad le había faltado tiempo para colocarle un cuchillo al cuello al abogado en cuanto lo vio golpear a uno de los suyos. Aquella imagen se había quedado grabada en mi retina: su cuerpo entero en tensión, sus ojos ardiendo de cólera...

—No es de extrañar que posea alma de guerrero, teniendo en cuenta que su maestro espiritual, Mahavatar Soham, es uno de los más feroces que ha dado esta tierra —continuó Raza—, pero eso no ha impedido a mi señor Arshad convertirse en lo que en su país llamarían un filántropo. En los últimos años ha hecho construir dos hospitales y una escuela, además de emprender la reparación de una mezquita del barrio. En la ciudad se adora su nombre, mucho más que el de mi señor Devraj, el actual marajá... Claro que —se apresuró a añadir— yo no soy quién para juzgar a un padre por la elección de su heredero.

—Esa adoración es justo lo que necesita alguien como Arshad —me lamenté mientras Raza hacía una seña a uno de los conductores de los *tongas*, que se puso en pie de un salto—. Le pareceré muy rencorosa, pero no puedo perdonarle que me hablara así...

—Le habló como a un igual, *memsahib* —me advirtió el criado—. Conozco a mi señor mejor que nadie y sé que, si le hubiera parecido que estaba hecha de la misma pasta que las esposas de los mandatarios ingleses, ni siquiera se habría molestado en responderle.

Decir que aquello me sorprendió sería quedarme corta. No se me ocurrió qué más añadir hasta que, una vez instalada con ayuda de los dos hombres entre los cojines que abarrotaban el vehículo, me acordé de que no le había hablado de un asunto importante.

—Raza, creo que hay algo que debería saber. Hace unos minutos, cuando regresé a mi alcoba después de discutir con Arshad, descubrí que habían entrado en mi ausencia.

—¿Que habían entrado? —El hombre no pudo ocultar su sorpresa—. ¿Cómo lo sabe?

—Todas mis cosas estaban revueltas, y mi ropa había sido sacada de la maleta y tirada de cualquier modo al suelo... Me da la impresión de que, fuera quien fuera, se dio cuenta de que estaba a punto de volver y se esfumó antes de que pudiera sorprenderle.

—Pero eso no tiene sentido, *memsahib*. Pondría la mano en el fuego por cualquiera de los criados del *mahal*, saben que mi señor nunca les perdonaría algo así.

Estuve tentada de decirle que mis primeras sospechas habían recaído precisamente sobre su señor, pero Raza parecía tan preocupado que comprendí que sería mejor no echar más leña al fuego. Me limité a esbozar una sonrisa mientras el conductor del *tonga* azuzaba al caballo en la dirección que Raza le había dado, observando cómo su silueta se hacía más pequeña hasta que, al tomar una curva, desapareció de mi vista.

Capítulo 12

Durante cerca de media hora estuvimos atravesando las abarrotadas callejuelas de Jaipur, cuyas construcciones parecían aún más rosadas durante el día. Los alrededores del bazar estaban tan atestados de gente que el *tonga* podría haber sido rebasado por una tortuga, aunque no me importaba cuánto se alargara el trayecto; había demasiadas cosas curiosas que contemplar en cada esquina. Parecía que los súbditos de los Singh estaban tan prendados de las flores como los habitantes de Bombay, a juzgar por la interminable fila de porteadores de cestas que se dirigían al palacio con montañas multicolores sobre la cabeza. «Seguramente sean para la boda», pensé mientras estiraba un brazo en una de las paradas para coger un pequeño capullo de rosa caído en el suelo. Me llamó la atención que los colores resultaran tan cálidos, del rosa de los claveles al rojo de los hibiscos, del naranja de las caléndulas al púrpura de las buganvillas. Sin embargo, comparadas con las radiantes sonrisas de los que las traían, aquellas flores casi podrían pasar por mortecinas.

Era increíble que esa gente tan humilde se encontrara entusiasmada solo porque se casaba un miembro de la familia real. Me acordé de que unos meses antes el príncipe Jorge había contraído matrimonio en la abadía de Westminster, un acontecimiento del que habían hablado incluso los periódicos egipcios, pero que a las familias hacinadas en cuartuchos en Spitalfields y Whitechapel no podía haberles importado menos. ¿Sería el cariño que, según Raza, sentían por Arshad Singh la razón de que se mostraran tan felices?

Mientras recordaba de mal humor lo que me había espetado en los jardines, mis ojos tropezaron con una anciana envuelta en un sari de color violeta que pasaba en ese momento al lado del *tonga*. Tenía en la mano una bolsa con *pakor*s, unas verduras que se freían en harina de garbanzos y que me habían parecido una delicia en el barco. Me quedé de piedra cuando, al percatarse de que la estaba observando, la mujer se detuvo para sacar un aperitivo de la bolsa y ofrecérmelo con una sonrisa tan brillante como sus ojos.

—¡Gracias! —exclamé mientras lo aceptaba, y en un arrebato de inspiración le di el capullo de rosa que había recogido—. Se lo cambio por esto. No sé cómo se llama, pero...

—*Gulaab, memsahib* —me contestó la anciana—. Muchas gracias, *dhanyavaad*. —Y lo último que vi antes de que nos alejáramos fue la sonrisa con la que se prendió la rosa en el moño entrecano, haciendo a continuación un *namaste* con las manos apergaminadas.

Finalmente, cuando la mezcla de olores empezaba a hacer que la cabeza me diera vueltas, el traqueteante vehículo se adentró en una parte de la ciudad que no podía ser más distinta de la que conocía. No tardé en comprender que debía de tratarse de la

zona residencial en la que se encontraba el club inglés, un diminuto Londres construido entre las palmeras y los mangos que dejaba bien claro que aquellos funcionarios no querían mezclarse con los nativos. Los elegantes *bungalows* que dejábamos atrás parecían dispuestos con escuadra y cartabón en la cuadrícula de las nuevas avenidas, multiplicándose a medida que nos acercábamos al club. Este era el edificio más llamativo del Jaipur británico, una mansión en miniatura de ladrillos cubiertos de enlucido blanco con un enorme frontón y unos postes en los que languidecían las banderas del Imperio.

Raza ya le había pagado el viaje al conductor del *tonga*, de modo que cuando me hubo ayudado a bajar me limité a contemplar durante un rato el curioso complejo. En comparación con las casas indias, el club parecía una broma de mal gusto que alguien quisiera gastarles a los turistas despistados; era como una aristócrata europea de peluca empolvada rodeada de sensuales bayaderas envueltas en velos. «Y, no obstante, aquí es donde tendría que sentirme como en casa, en teoría —reflexioné mientras recorría el sendero que conducía al club, cercado por un césped cuidadosamente recortado—. Salvo por el hecho de que todavía no soy capaz de considerar Inglaterra mi auténtico hogar».

Una amplia pista de polo se extendía más allá del edificio y en ese instante se disputaba un improvisado partido al que estaban muy atentas unas señoras que tomaban el té en una glorieta. Cuando me vieron acercarme, me saludaron con la mano.

—¡Gracias a Dios, ya no seremos las únicas que nos aburriremos como ostras hasta que se cansen de golpear esa condenada pelota! Siéntese un rato con nosotras, jovencita.

—¿Le apetece tomar una taza de té? —me ofreció una de las ancianas—. Es una pena que no sepa igual que en Inglaterra, seguramente por culpa de esa agua nauseabunda...

—No se molesten, no tengo mucho tiempo —me disculpé. Pensé en lo que le habría parecido aquel comentario a Arshad Singh y por un segundo estuve a punto de darle la razón—. He venido hasta aquí para tratar de localizar a mis padres. Debieron de llegar a la ciudad hace una semana y me preguntaba si habrían oído hablar de ellos.

—Si son de nuestra clase, estoy segura de que sí. —La mirada de la primera mujer resbaló hasta mis tacones, tan sucios debido al paseo por el bazar que casi parecían marrones. Me di cuenta de que le faltaba poco para arrugar la *nariz*—. ¿Cómo se llaman?

Les expliqué quiénes eran y lo que habían ido a hacer a la India. La sensación de estar conversando con seres de otra especie se acrecentó cuando una de las señoras dijo:

—Bhangarh, Bhangarh... El caso es que me suena ese lugar, pero los nombres son tan raros aquí que puede que me esté confundiendo. Dorothy —se giró hacia la

dama sentada a su derecha, que sorbía impertérrita su té—, ¿podría ser esa ciudad en ruinas de la que nos habló el Administrador General después de la partida de polo del mes pasado?

—Oh, querida —su amiga sonrió—, si hay ruinas en ese sitio, no creo que prestara la menor atención a lo que nos contó. Con una visita a Roma he tenido más que suficiente.

—Tiene usted toda la razón —contesté más ácidamente de lo que pretendía—. Lo raro es que haya personas interesadas en dejarse caer por una ciudad reducida a escombros...

—¿Ha dicho que se apellida Lennox? —me preguntó la cuarta—. Si es así, me parece que no ha sido la primera persona que ha venido esta mañana al club preguntando por ellos. No sé si conoce al joven Miles, el hijo de John Fielding; ha pasado por aquí hace una media hora interesándose por el paradero de sus padres. ¿Les ha ocurrido algo malo?

—Eso es justo lo que quiero averiguar, aunque confío en que no —contesté repentinamente aliviada—. Miles Fielding es amigo mío. ¿Sabe dónde puedo encontrarle?

—No hemos vuelto a verle, así que me imagino que seguirá en el club. Ahora que lo pienso, ¿no nos hemos conocido antes usted y yo? —La anciana entornó los ojos tras sus gafas de media luna—. ¿No es usted la joven que ha viajado en el SS *Saraswati* con mi esposo y conmigo para casarse dentro de unas semanas con un oficial de caballería?

—Me parecer haber visto a mi prometido entrar ahora mismo en el edificio —acerté a decir antes de que la situación se me fuera de las manos—. Si no les importa, debería...

Me escabullí sin darles tiempo a hacerme más preguntas. En el vestíbulo también había un par de señoras que observaron con extrañeza cómo me dirigía a un criado que se disponía a salir con un servicio completo de té. Según me dijo, había visto poco antes a Miles con otro caballero, pero no estaba seguro de dónde se habían metido; quizás en el campo de polo con los demás o tomando una copa en alguna habitación de la planta baja.

Cuando se marchó fui a asomarme a una ventana, pero no reconocí a Miles entre los jugadores montados a caballo. No parecía haber más remedio que buscarle por todo el club, así que me armé de paciencia y fui echando un vistazo a las estancias que me iban saliendo al paso, todas alfombradas como el paradigma de las casas victorianas y con unas arañas de cristal que no podían desentonar más en ese país. Por fin, al cabo de un cuarto de hora, desemboqué en una habitación que olía muchísimo a tabaco.

Se trataba de una sala de billar que parecía más pequeña de lo que era por no contar con ventanas: las paredes estaban completamente cubiertas por zócalos de madera oscura. Había una mesa tapizada de verde delante de una chimenea, con un

par de tacos apoyados al lado de las bolas. Después de cerrar la puerta, di unos pasos hacia la gran chimenea y observé el retrato de Jorge V que habían colocado sobre el faldón.

—Debe de ser fácil limitarse a inspeccionarlo todo desde ahí arriba, ¿verdad? — dije en voz alta—. No nos quieren aquí, majestad. Y la verdad es que tienen motivos de sobra.

Por alguna razón, me pareció que también él me juzgaba; había algo en su rostro bigotudo que me hizo sentir incómoda, así que me aparté de la chimenea para echar un vistazo a los demás cuadros. Eran grabados en consonancia con el espíritu militar del club, ya que todos representaban enfrentamientos entre las tropas indias y las británicas.

Enfrentamientos que, al parecer, habían ganado mis compatriotas. En el primero aparecía una exótica fortaleza en la falda de una montaña, asediada por un ejército de soldados ingleses sobre los que ondeaba la misma bandera que había visto en la entrada del club. «Toma de Gawilghur, 15 de diciembre de 1803», se leía en letra diminuta al pie de la estampa. «El primer duque de Wellington, Arthur Wellesley, conquista el hasta entonces inexpugnable fuerte del rajá de Berar, Raghoji II Bhonsle». El siguiente grabado era muy parecido, aunque el enfrentamiento tenía lugar en medio de una selva. «Expedición de Chitral, 20 de abril de 1895 —volví a leer—. El general *sir* Robert Cunliffe Low somete a las tropas comandadas por Umra Khan y Sher Ali, y consigue enviar a estos al exilio».

Tardé unos segundos en percatarme de que me había ruborizado. La visión de todos aquellos indios tendidos en la tierra, con las espadas aún en las manos inertes y los turbantes salpicados de sangre, hizo que me invadiera una repentina vergüenza, y no era un sentimiento con el que estuviera demasiado familiarizada. «Márchense de una vez —nos había espetado Arshad cuando le conocimos—. Nadie les necesita aquí, nadie desea que sigan aquí». Debían de haberse producido miles de muertes en sucesos similares, y para las señoras con las que había hablado en los jardines el auténtico drama era que el agua de la India no fuera lo bastante pura para sus tés. Cada vez más desanimada, di un paso hacia la derecha para echar un vistazo a la siguiente estampa, pero cuando reparé en qué era lo que representaba sentí como si mis pulmones se vaciaran de aire.

«Batalla de Bhangarh, 7 de abril de 1798. El coronel Francis Ravenshaw conduce a sus tropas a la ciudad rebelde para sitiaria hasta su rendición». Allí estaba de nuevo, a pesar de que no se pareciera en nada a la de la fotografía de *Misterios y leyendas de las civilizaciones actuales*; de aquellos palacios con cúpulas bulbosas no quedaba ni rastro. Me quedé mirando la airosa figura que, vuelta hacia sus soldados a lomos de un caballo blanco, alzaba una espada como instándoles a que le siguieran. «Francis Ravenshaw...».

No me sonaba de nada aquel nombre, pero si queríamos averiguar qué sucedía en Bhangarh, no estaría de más empezar por lo acontecido ese 7 de abril. Eché un

vistazo a la biblioteca que ocupaba una pared entera de la sala de billar. Tal como imaginaba, casi todos los títulos estaban relacionados con la historia del ejército británico y las proezas que este había llevado a cabo en la India. Después de recorrer con la cabeza ladeada los títulos estampados en plata, encontré una enciclopedia que pensé que podría serme de utilidad: *Grandes héroes del ejército británico: sus historias, sus hazañas, su legado*. El octavo tomo comenzaba con la Q y concluía con la S, y me puse en cuclillas al lado de la estantería para pasearme por sus páginas. «Ramsey, Ratcliffe, Rathbone... Ravenhill...».

Y ahí estaba: Ravenshaw, Francis (1757-1798). No era una biografía extensa, pero aun así me instalé en una butaca para leerla. Pasé rápidamente por sus orígenes humildes en Hertfordshire, los inicios de su carrera militar en el septuagésimo regimiento de infantería y sus primeros éxitos bélicos en los Países Bajos, los cuales le valieron al ascenso a coronel. Al año siguiente, Ravenshaw fue destinado a la India y, al referirse a los acontecimientos que tuvieron lugar allí, no tardó en salir a colación la ciudad de Bhangarh. No obstante, lo que leí a continuación me desconcertó, porque era algo de lo que no sabíamos nada.

Tras las victorias contra los rebeldes alcanzadas entre 1796 y 1798, Ravenshaw fue nombrado caballero por Su Majestad y recompensado por la corona británica con el control de Bhangarh. Esta rica ciudad era gobernada a la sazón, con una mano tan impía como despótica, por el reyezuelo Senthil Khan, heredero del emperador mogol que la fundó a finales del siglo xvii. Furiosos ante lo que consideraban un insulto a su memoria, Khan y su ejército no dudaron en plantar cara a las tropas del coronel Ravenshaw cuando sitió Bhangarh la noche del 7 de abril de 1798, exigiéndoles acatar la decisión del Raj. Fue el inicio de un enfrentamiento que se prolongó durante toda la noche y que se saldó con miles de víctimas, incluidos Khan y Ravenshaw; sin embargo, cuando los hombres de este último consiguieron doblegar al amanecer la resistencia de la ciudad, descubrieron con perplejidad que no había rastro de su superior, como tampoco de Khan ni de uno solo de los habitantes de Bhangarh. Durante esas horas de oscuridad y sangre, la ciudad profanada había arrastrado al infierno a todos cuantos se encontraban en ella, tanto británicos como indios, cayendo en el abandono en el que todavía se encuentra sumida en la actualidad.

«Esto es el colmo —pensé, perpleja, con el libro en el regazo—. ¿Todo el mundo desapareció a la vez, como si se los hubiera tragado la tierra?». No tenía ningún sentido; ni siquiera entendía cómo una enciclopedia mencionaba algo tan absurdo. ¿No había habido supervivientes acaso? ¿Y qué había pasado con los cadáveres, los miles de víctimas de las que hablaban? ¿También se habían desvanecido en apenas unas horas?

Poco a poco, regresé a la biblioteca para devolver el libro a su hueco. Cuantas más cosas descubría sobre Bhangarh, menos comprendía lo que había ocurrido. Era como si la propia ciudad se resistiese a que sus secretos salieran a la luz, por ridículo que fuera... «Esa podría ser la razón de que hubiese atrapado también a los Brandeth, en el supuesto de que alguien estuviera dispuesto a creer esas tonterías —pensé mientras me dirigía a la puerta de la habitación, sacudiendo la cabeza—. Lo único que puede sacarse en claro es que legalmente la ciudad había pasado a pertenecer a un inglés, pero al extinguirse su dinastía no queda nadie con derecho a reclamar ese trono. Ese ruinoso y maldito trono...».

Algo cortó el hilo de mis pensamientos. Al tirar del picaporte, no pude accionarlo; debían de haber cerrado con llave creyendo que no había nadie allí.

—¿Hola? —llamé en voz alta, pese a que no se oían pasos al otro lado—. ¿Alguien me puede echar una mano? ¡Me parece que me he quedado encerrada al final del corredor!

No obtuve ninguna respuesta. Frunciendo el ceño, sacudí aún con más fuerza el picaporte, una sólida pieza de bronce que parecía reírse de mí con su inmovilidad, y tras unos segundos de indecisión comencé a aporrear la madera con las manos.

—¡Vengan a abrirme ahora mismo! —vociferé lo más alto que pude—. ¡Estoy aquí, en la sala de billar!

En contra de lo que pudiera parecer, no me encontraba asustada, sino más bien frustrada. Ese día estaba siendo un despropósito y lo último que me apetecía era tener que esperar en ese lugar hasta que a alguno de los funcionarios se le antojara echar una partida. Resoplé de impaciencia, apoyé la frente en la puerta y me empezaba a preguntar si no habría algún modo de forzar la cerradura cuando percibí el sonido ahogado de algo que caía a mis espaldas, por el tiro de la chimenea.

El siseo que escuché un segundo después me hizo adivinar lo que era sin tener que darme la vuelta. Algo se alzó poco a poco entre los troncos carbonizados, una especie de sogas ondeante que, al cabo de unos segundos, giró su cabeza hacia mí, desplegando un capuchón escamoso que habría reconocido en cualquier parte. «Lo que me faltaba —me dije mientras daba un paso atrás—. Está visto que la vida en la India no es nada aburrida».

—Quieta... —susurré mientras la serpiente se desenrollaba poco a poco y se deslizaba hasta la alfombra por entre los ornamentados hierros del guardafuegos—. Quieta, bonita...

Era una cobra de anteojos; no había un reptil más amenazador ni más hermoso en la tierra. Sus siseos se hicieron más audibles mientras se arrastraba hacia mí, dibujando senderos sinuosos sobre la alfombra roja.

—Tranquila —repetí, y alcé las manos sin dejar de retroceder—. Si te estás quieta, te prometo que haré que te saquen de aquí...

Antes de que acabara de decirlo, la cobra se lanzó hacia delante con tanta brusquedad que casi solté un grito. Vi asomar la delgada lengua entre los colmillos

mientras chocaba contra la mesa de billar que había a mis espaldas. Definitivamente, estaba en un aprieto.

—¡Te he dicho que te estés quieta! —chillé. ¿Cómo podía sisear tan fuerte aquel bicho? ¿Qué le había pasado para estar así?—. ¡No te acerques más o... o...!

—Helena, ¿eres tú? —oí llamar entonces al otro lado de la puerta. Alguien trató de abrirla, aunque no tuvo más éxito que yo—. ¡Soy Miles, Helena! ¿Qué ocurre?

—Hacía tiempo que no jugaba al billar y decidí que esta era una ocasión estupenda para ponerme al día —contesté en voz alta, sin apartar los ojos de la cobra—. ¿A ti qué te parece? ¿Alguien me ha encerrado aquí antes de arrojar una serpiente por la chimenea!

—¿Una serpiente? —El tono de Miles pasó de desconcertado a horrorizado. Debía de estar acompañado por algunos criados, porque le escuché decir con tono apremiante—: ¿No tienen copias de cada una de las llaves del club? ¡Vayan ahora mismo a por ellas, rápido!

—Me sentiría mucho más tranquila si «rápido» tuviera aquí el mismo significado que en Inglaterra —apostillé ahogadamente—. Pero teniendo en cuenta lo que he visto...

De nuevo la serpiente se arrojó contra mí y, si no me hubiera parapetado a tiempo detrás de la mesa, me habría clavado los colmillos en una pierna. Conteniendo el aliento, miré a mi alrededor hasta que reparé en los tacos colocados al lado de las bolas de billar. Me apresuré a coger uno antes de rodear la mesa por el extremo opuesto.

—Parece que tienes muchas ganas de jugar, ¿eh? —Blandí el taco con las dos manos, como un jugador de críquet—. Vamos a ver quién es más rápida, si eso es lo que quieres.

Dos veces más volvió a atacarme, escupiendo pequeños chorros de veneno que por suerte conseguí esquivar. Antes de que pudiera hacerlo de nuevo, le asesté un golpe con el taco que la alcanzó en la cabeza. La cobra chocó contra el zócalo de madera, cayendo como una cuerda inanimada sobre la alfombra. Tragué saliva un instante, sin atreverme a acercarme, antes de rozarle la cola con el taco. El animal no se movió, pero un destello de su delgada lengua me hizo comprender que solo lo había aturdido.

Para entonces, Miles había recibido el manajo de llaves de los asustados criados y había probado una tras otra hasta dar con la correcta. Entraron tan precipitadamente en la sala que casi se tropezaron, pero cuando distinguieron a la cobra se quedaron lívidos.

—Santo Dios —acertó a decir Miles. Uno de los criados indios debió de pedirle al otro que fuera a buscar ayuda, porque se marchó a todo correr—. Creo que no he visto nunca un reptil así, ni siquiera en el Zoológico de Londres... Un momento, ¿qué estás haciendo?

—Ahora es cuando resulta inofensivo —contesté mientras agarraba a la serpiente

por la cola y la parte baja de la cabeza para impedir que se revolviera—. Fíjate en esto, Miles —continué, y me aproximé a él—. Estas magulladuras en el capuchón...

—No creo que... que sea buena idea que la mire más de cerca —balbuceó Miles. Al volverme extrañada hacia él, me di cuenta de que se había puesto blanco como la leche.

—¿Qué ocurre? ¿Te dan miedo las serpientes? —Y cuando asintió con la cabeza, me encogí de hombros—. En fin, tendrás que fiarte entonces de lo que yo te cuente. Este pobre animal ha sido maltratado antes de que lo arrojaran por la chimenea.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Para qué iban a hacerle daño sin llegar a rematarlo?

—Para asegurarse de que cuando encontrara a una presa, yo en este caso, estuviera furioso. —Levanté un poco más a la serpiente, que continuaba inmóvil—. Tiene medio arrancadas algunas escamas del capuchón, y no he sido yo quien le ha dado en esa parte de la cabeza. Y tampoco creo que se le hayan desprendido al caer desde el tejado...

—Puede que se haya metido por sí misma en el club. No quiero que pienses que solo trato de defender a los nuestros, pero este lugar está muy vigilado, Helena, y si alguien hubiera tratado de colarse para hacer algo así, habría sido interceptado en el acto.

—Es lo mismo que me respondió el criado de Arshad Singh cuando le conté que mi alcoba había sido registrada —repuse. Miles abrió aún más los ojos detrás de sus gafas de carey—. Pero el hecho es que en una sola mañana me han ocurrido dos cosas inquietantes, y empiezo a sospechar que ambas están relacionadas. Hay alguien que no quiere que me quede en la India, y por desgracia no se trata solo del *thakur* Singh.

Entonces, al darme cuenta de lo perdido que parecía Miles, dejé la serpiente en el suelo y le agarré de un brazo para sacarlo de allí. Cuando antes nos fuéramos, mejor; ya había tenido demasiadas ocasiones de comprobar lo problemática que era mi presencia.

—Espero, al menos, que no atraigamos la desgracia sobre la hermosa Damayanti y los invitados de nuestro anfitrión. Y usted —miré al criado que permanecía de pie en el umbral de la estancia—, procure no hacerle daño a esa serpiente al sacarla de aquí. Me da la sensación de que es la alimaña menos peligrosa que ronda ahora mismo por este club.

Capítulo 13

—¿De modo que alguien se coló esta mañana en tu alcoba? ¿Cuándo ha sido eso?

—Poco después de que te marcharas, mientras estaba hablando en los jardines con Arshad Singh. Encontré mis cosas desordenadas, como si la persona que las había estado revolviendo se hubiese marchado a toda velocidad unos segundos antes.

—Desde luego, es inquietante... No parece un comportamiento habitual en los criados de un *thakur* acostumbrados a servir en un ambiente lujoso. ¿Para qué querrían exponerse a la cólera de su señor por sisar un puñado de rupias a uno de sus huéspedes?

Me encogí de hombros, recostada entre los cojines de otro *tonga* al que Miles y yo habíamos dado el alto. Le había agradecido en el alma que me hiciera salir del club por la puerta trasera, porque de ese modo no tendría que despedirme de las señoras con las que había hablado antes. Empezaba a sentirme demasiado harta de todo para dar explicaciones a personas a las que ni siquiera conocía; y para variar, me moría de hambre.

—¿Echaste algo en falta al recogerlo todo? —me preguntó Miles—. ¿Dinero, joyas...?

—Nada en absoluto, pero tampoco es que haya traído cosas valiosas conmigo. —Me llevé una mano instintivamente al cuello, palpando el amuleto de Ra que caía por dentro de mi vestido—. Me embarqué con el equipaje preparado por mi madre para pasar todo el curso en un instituto suizo, de modo que no tenía más que ropa, un cepillo para el pelo, una pluma estilográfica... —Sin embargo, poco a poco me fui quedando callada—. Pero también un libro, ahora que lo pienso. *Misterios y leyendas de las civilizaciones actuales*.

—¿El que te he visto hojear tantas veces en el *Saraswati*? ¿Qué tiene de particular?

—Que habla de Bhangarh en un capítulo. No cuenta nada que alguien familiarizado con las leyendas de la ciudad no supiera de sobra, pero quizá la persona que lo estaba buscando creía que mis padres habían escrito en él anotaciones o pistas...

—Siempre y cuando fuera eso lo que querían —comentó Miles, que no parecía muy convencido—. No dudo de que haya algo extraño en esa ciudad, pero me cuesta creer que alguien se tome tantas molestias solo para alejar a los curiosos de allí.

Hacía unos minutos que el *tonga* se había detenido en medio de una calle cercada por *bungalows* mucho más modestos que los de la zona residencial de los ingleses. Al regresar al mundo real comprendí por qué: una vaca enorme de color parduzco se había tumbado en medio del camino. Chasqueé impaciente la lengua antes de decir en

voz alta:

—Oiga, ¿no puede hacer que se aparte sin más? No sé, con un empujón o... — Pero la mirada horrorizada que me lanzó el conductor me hizo desistir—. En fin, supongo que lo único que tiene sentido es asegurarme de que la puerta queda bien trabada esta noche.

—Lo curioso es que ambas cosas hayan sucedido en apenas unas horas y en sitios tan alejados. —Miles parecía estar devanándose los sesos para entenderlo—. Si de verdad están relacionadas, como tú crees, es como si la persona que ha registrado tu habitación te hubiese seguido hasta el club para prepararte la encerrona de la serpiente.

—Eso es imposible. Nadie en el *mahal* estaba al corriente de que me dirigía aquí...

Pero antes de que acabara la frase, me di cuenta de que me equivocaba: sí había una persona que conocía mis intenciones. «Raza —pensé con una desagradable sacudida en el estómago—. Yo misma se lo dije cuando nos encontramos en el bazar. Y también sabía que no me encontraba en mi alcoba horas antes, porque me dejó con su señor en los jardines...». No obstante, me obligué a apartar aquella sospecha; el anciano me caía bien y no estaba dispuesta a ser tan ruin como las mujeres con las que había hablado poco antes. Tenía que haber otra explicación, me repetí mientras la vaca se apartaba por fin y el *tonga* volvía a moverse, una mucho más sencilla.

Un grupo de niños se había reunido entre unas chabolas para lanzar al cielo unas cometas de papel de seda, estallando en risotadas cada vez que una cortaba la cuerda de otra para hacerla caer entre revoloteos. La India entera parecía estar concentrada en esa escena: mandalas de colores elevándose sobre la miseria. Al cabo de un rato, Miles dijo:

—Bueno, por lo menos me queda el consuelo de ser portador de buenas nuevas. Las pesquisas que he realizado en el club han dado resultado: ya sé dónde están tus padres.

—¿Lo dices en serio? —exclamé, animándome—. ¿Dónde se han metido?

—Jameson, uno de los funcionarios, me ha contado que coincidió con ellos antes de ayer en la recepción del Rajputana. Es uno de los hoteles más exclusivos de la ciudad.

—Típico de mi madre —solté con tanta resignación que Miles sonrió—. Debería haber imaginado que se moriría sin sus baños de espuma y sus almohadones de pluma de oca.

—Puede que sea menos remilgada de lo que piensas —me advirtió él, y se agarró al lateral del *tonga* cuando dio una sacudida—. Cuando llamé al Rajputana desde el club, me explicaron que los Lennox efectivamente se han registrado allí, pero no están usando su *suite* más que para guardar el equipaje. Al parecer, han preferido instalarse en Bhangarh.

—¿Qué? —Aquello me hizo mirarle con los ojos muy abiertos—. No puedes

hablar en serio. ¡Después de lo que hemos sabido de ese lugar, de lo ocurrido con los Brandeth...!

—Pierde cuidado: no han acampado dentro del área «peligrosa», si es que fuera cierto lo que dicen esas leyendas. —Miles enarcó las cejas con escepticismo—. Por lo que tengo entendido, se encuentran en las afueras del recinto palaciego, con una docena de ayudantes que contrataron ayer. Todos son ingleses; ningún indio quiso acompañarles.

—Era de esperar —resoplé—. Está visto que en mi familia nos merecemos un premio a la valentía, por no decir a la estupidez absoluta. ¿Crees que podría viajar hasta allí hoy?

—Sola no, desde luego —declaró Miles—. Yo te acompañaré hasta Bhangarh y después regresaré al palacio; pero, si no te importa esperar un poco más, preferiría hablar antes con mi padre. Su reunión con el Administrador General me tiene un poco intranquilo.

Su ceño fruncido le hacía parecer mayor. Asentí mientras apretaba su mano en señal de agradecimiento y, al cabo de unos minutos más de traqueteo entre los ruidosos grupos que abarrotaban las calles, desembocamos ante la entrada del *mahal*.

Para nuestro desconcierto, dentro de los muros del palacio reinaba una algarabía aún más intensa. Parecía que la ceremonia nupcial estaba a punto de tener lugar y los senderos que se entrecruzaban en los jardines se hallaban atestados de gente. Mientras seguía a Miles hasta el edificio, no pude evitar mirar medio hipnotizada a los hombres que deambulaban de un lado a otro, con túnicas relucientes y turbantes adornados con piedras preciosas. Las joyas parecían brillar con luz propia por efecto de las lamparillas colocadas por todas partes, derramando una luz moteada sobre aquella multitud que charlaba sin parar, reía a carcajadas y se abrazaba del mejor humor. «No me extraña que estén tan relajados —pensé sin dejar de avanzar entre ellos, sintiendo sobre mí las miradas curiosas de quienes conocían el desdén de Arshad Singh por los británicos—. Todos deben de ser *chatrias*, de la casta de los guerreros. Cuentan con todos los privilegios desde la cuna».

Cuando por fin penetramos en el vestíbulo, comprendí por qué había visto a tantos porteadores de flores en la calle. Habían colocado los claveles, buganvillas, caléndulas e hibiscos en el suelo, conformando el intrincado diseño de una rosa de más de diez pies de diámetro. En comparación con los mármoles impecables del club inglés, ese estallido de colores cálidos hacía creer que el sol estaba a punto de ponerse dentro de la estancia.

—¿Todas estas personas son familiares de los novios? —pregunté mientras rodeábamos la enorme rosa. El hecho de estar vestida a la occidental me hacía sentir como una intrusa.

—En realidad, la inmensa mayoría son Singh —me contestó Miles—. Tengo entendido que solo unos pocos parientes han acompañado a la novia desde Kapurthala, lo cual no deja de ser bastante deprimente a ojos de los indios. La familia

tiene una extraordinaria importancia para ellos; nunca dan un paso significativo en la vida sin consultar a los suyos.

—Pues si todos los Singh son tan insoportables como nuestro anfitrión, espero no tener que socializar demasiado —comenté mientras se me iban los ojos detrás de la bandeja de un criado, repleta de los dulces más irresistibles que había visto nunca: bolas de almendra recubiertas de miel, terrones de leche condensada con fruta y unas curiosas espirales de almíbar que me apresuré a cazar antes de que pasara de largo—. No me explico cómo puede haber tanta gente en el palacio, estando tan inundado de egos hinchados...

—Suerte que la tenemos a usted para que los haga estallar con su lengua —oí decir a mis espaldas con un sarcasmo que habría reconocido en cualquier parte. Me di la vuelta de mal humor para encararme con el héroe de la tarde, pero su aspecto me sorprendió tanto que estuve a punto de atragantarme con el bocado pegajoso que acababa de masticar.

Llevaba una túnica bordada de color crema que caía hasta sus rodillas, revelando unos bombachos del mismo rojo sangre que su turbante. En circunstancias normales, mi atención se habría visto monopolizada por el diamante del tamaño de un penique que lo adornaba, pero estaba tan impactante con aquella ropa que no pude atender a nada más.

—Ah... —fue lo único que conseguí articular, al cabo de un instante—. Parece que no puede resistir la tentación de hacerme la vida imposible ni siquiera en un momento así.

—No se crea tan importante, Helena Lennox. No me he acercado a hablar con usted porque extraña su lengua viperina —me contestó Arshad, adoptando una expresión más seria—. Raza me ha contado hace un rato lo que ocurrió en su alcoba esta mañana. Solo quería que supiera que me estoy encargando de que se averigüe quién fue el responsable.

—¡Qué considerado por su parte! —me maravillé—. ¡Nunca me lo habría imaginado!

—Es lo que se espera de mí, ni más ni menos. Nadie en la India permitiría que se insultara de semejante modo a alguien que se hospeda bajo su techo, aunque se trate de una persona —añadió mordazmente— que pide a gritos que la pongan en su sitio.

—Estoy conmovida, Arshad Singh, no sabe cuánto. Ahora casi me siento culpable por haber sospechado que usted podría tener algo que ver con ese registro. Lo imaginaba moviendo las cuerdas desde las sombras —sacudí las manos en el aire, como si manejase unas marionetas—, con tantos brazos como esa divinidad suya de piel azul...

—Helena... —intervino Miles, mirando con creciente alarma cómo el *thakur* entornaba los ojos. Sin embargo, para mi extrañeza, ni siquiera aquello le hizo estallar.

—Si quisiera echarla de mi palacio, no recurriría a los sustos para hacerlo. La

cogería en volandas y la soltaría en el bazar antes de que tuviera tiempo siquiera de decir «Dios salve al rey». Aunque es probable que esto se volviera muy aburrido sin sus insolencias.

—Confíeselo de una vez: adora tenerme cerca. —Me acerqué un poco más a él, con las manos en las caderas—. Por mucho que trate de disimularlo, en el fondo está harto de que todo el mundo le obedezca como a un dios. Se lo está pasando en grande conmigo.

—Helena, no hagas eso —insistió Miles, y me giré extrañada hacia él. Parecía más apurado a cada momento—. Esa postura se... se considera muy agresiva en la India.

—Perfecta para ella, desde luego —contestó Arshad por mí. No me pasó inadvertido el brillo divertido de su mirada, aunque no sonriera—. Me recuerda a un gato que tuve de niño: se paseaba día y noche por el *mahal* convencido de que era una pantera. En fin, siento no poder continuar con este combate, pero he de prepararme para recibir a mi prometida. Lo retomaremos cuando lo desee, yo con mis *kukris* y usted con sus garras.

—Cretino pretencioso —mascullé mientras se alejaba entre los demás Singh, que no hacían más que darle palmadas en la espalda a modo de felicitación y echarle los brazos al cuello con alborozo—. No aguantaría ni un mes haciendo negocios con estos principitos.

—Te aseguro que no todos son así —sonrió Miles, aún algo incómodo—. Pero ahora será mejor que nos marchemos antes de que nuestra presencia resulte indecorosa. Si te apetece, podemos subir al primer piso para observar la ceremonia sin que nadie nos vea.

Aquello me hizo adivinar que tendría lugar en el templo que había visto erigir en los jardines por la mañana, y me encogí de hombros mientras mi amigo me conducía por las escaleras hasta una balconada que se abría en la fachada principal. Me llamó la atención que fuésemos los únicos que habíamos escogido ese sitio, pero no tardé en comprender que todos los demás invitados se habían arracimado alrededor de la estructura adornada con cortinas que Miles me dijo que se llamaba *mandap*, acompañando a Arshad en sus últimos rituales de soltero al tiempo que un sacerdote entonaba unos versos en sánscrito.

El más elegante era sin duda Devraj Singh, el hermano mayor del novio y actual marajá de Jaipur. Miles me indicó de quién se trataba mientras tomaba asiento en el *mandap*: un hombre unos años mayor que Arshad, con los ojos oscuros y una expresión que, incluso en la distancia, me pareció bastante prepotente. Aunque el parentesco era obvio, ambos hermanos no podían ser más distintos; lo que en Arshad era dignidad, en Devraj se convertía en arrogancia declarada. Me fijé en las ristas de perlas que pendían de su turbante y en las condecoraciones de su túnica, y fue inevitable acordarme de los niños que corrían medio desnudos por el bazar. Estaba a punto de comentárselo a Miles cuando un suave murmullo de la multitud me reveló

que ocurría algo importante.

—Es el momento —anunció en voz baja—: el *Kanya Aagaman*, la entrada de la novia en el *mandap*. La acompaña su tío, pero no podemos verlos; aún no ha caído el velo blanco.

En efecto, había una especie de pantalla en uno de los lados del templo. El murmullo se hizo mayor cuando el movimiento de unas cuantas personas al otro lado hizo ondear la tela, pero en cuanto esta cayó al suelo todos enmudecieron, como si la aparición de Damayanti les hubiera dejado sin voz.

Porque no era bonita, sino arrebatadora. Bastante más alta que yo, con una silueta curvilínea parecida a la de mi madre y una cara en forma de corazón en la que relucían los ojos más brillantes que había visto. Todos los parientes Singh se habían quedado tan estupefactos como Miles y yo, y hasta a Arshad se le entreabrió la boca mientras la contemplaba avanzar, sonriendo ruborizada con los ojos clavados en el suelo, en medio del tintineo de sus joyas de oro. Llevaba tantas que al caminar daba la impresión de ser una estatua cubierta de filigranas que hubiera cobrado vida, envuelta en aquel sari rojo que la habría hecho destacar entre la multitud incluso si no hubiera parecido un ser de otra dimensión.

—Vaya... esto no me lo esperaba —oí susurrar a Miles a mi derecha. Estuve tentada de darle una buena patada para que volviera en sí—. Definitivamente, el *thakur* Singh es un hombre afortunado. ¡Los astrólogos sabían lo que hacían al aconsejarle esta unión!

—Cuando te hayas secado la baba, me gustaría que me dijeras qué es lo que la chica tiene en la nariz. —Y señalé a Damayanti con la cabeza. Desde nuestro balcón atisbaba el brillo de un gran aro que atravesaba una de sus fosas nasales, unido a una cadena que lo conectaba con el pendiente izquierdo—. Parece que lleva un rubí colgando...

—Es el *nath*, un adorno ceremonial de las novias indias —me explicó Miles—. Según la tradición, han de ser los esposos quienes se lo quiten en la noche de bodas. Supongo que el *thakur* Singh se lo regalaría cuando se prometieron, pese a que ella aún fuera un bebé.

Para entonces, el tío de Damayanti ya la había colocado delante de Arshad. Me di cuenta de que él había perdido el hilo de lo que estaba pasando, y durante los minutos que siguieron, en los que el sacerdote continuó recitando versos en sánscrito, no pudo apartar los ojos de su prometida. Solo reaccionó cuando llegó el momento de ponerle al cuello una guirnalda de rosas y jazmines que Miles me dijo que se *llamaba, jayamaala*.

—«Hacemos saber a todos los presentes que nos aceptamos uno a otro voluntaria y amablemente» —tradujo para mí cuando Arshad dejó de hablar, recolocando las delicadas flores sobre los hombros de la joven—. «Nuestros corazones están unidos como el agua».

—Sí, seguro que sí —no pude evitar contestar con sarcasmo—. Tan

voluntariamente como cualquier pareja india que celebra una boda concertada. Lo que hay que escuchar...

Sin embargo, tuve que admitir que el arreglo no pintaba nada mal para ninguno de los dos. La expresión con la que Damayanti miraba a Arshad al ponerle su guirnalda, con unas manos tan cubiertas de henna que daba la impresión de llevar guantes de encaje, era de lo más elocuente; sus labios rojos parecían incapaces de seguir conteniendo una sonrisa.

Tardé un momento en asumir que aquella estampa, por algún motivo que no me atrevía a reconocer, me había encogido el estómago, y de repente comprendí que no quería ver más. Me aparté de la balconada, dando la espalda a Arshad.

—Si no te importa, Miles... creo que me retiraré un rato a mi alcoba. —¿A qué venía aquel tono tan forzado, que de puro falso sonaba estridente?—. Estoy bastante cansada.

—Ah, pero si aún queda lo mejor —protestó él—. Pronto encenderán el fuego sagrado al que los novios arrojarán sus ofrendas antes de ponerse a dar vueltas a su alrededor...

—Me parece que ya he tenido suficiente inmersión en la India por un día, serpiente incluida —insistí mientras volvía al corredor—. Y nada de esto me concierne, en realidad.

Me obligué a recordar que en apenas unas horas, en cuanto Miles hubiera hablado con Fielding sénior, me reuniría con mis padres en Bhangarh y no tendría que regresar nunca más a casa del *thakur*. «Seguro que tarda días en darse cuenta de que me he ido».

—Bien pensado, podría empezar a recoger mi equipaje. De esa manera sabremos si han vuelto a hurgar entre mis cosas para buscar el libro, ¿no crees? —Y como no recibí ninguna respuesta, giré sobre mis talones—. Miles, ¿estás escuchándome?

Pero cuando comprendí lo que ocurría me quedé tan muda como él. Un joven indio vestido con ropajes harapientos acababa de irrumpir en la balconada, con tanto sigilo que ninguno lo habíamos oído acercarse, y había inmovilizado a Miles rodeándole el cuello con un brazo. Se me escapó un grito al darme cuenta de que apenas respiraba.

—Pero ¿qué significa esto? ¡Quítale las manos de encima ahora mismo, malnacido!

—Atrás. —El inglés del indio era casi incomprensible, pero sus ojos expresaban todo lo que necesitaba saber. Vi cómo Miles abría la boca para tratar de coger aire; su rostro había empezado a adquirir un alarmante tono violáceo—. No se atreva a dar un paso más.

—¡Te he dicho que le sueltes! —Más furiosa que asustada, eché a correr hacia ellos mientras el indio retrocedía arrastrando a Miles—. ¡Me basta con soltar un grito para que aparezcan los criados del *thakur*, y dudo que el dinero que llevamos encima merezca la...!

Ni siquiera pude acabar de hablar; otra mano morena se apretó entonces contra mi boca mientras un brazo musculoso me rodeaba la cintura para inmovilizarme. Intenté gritar contra sus dedos, y en cierto momento creo que se los mordí, pero lo único que conseguí con eso fue provocar a mi captor.

Antes de que mi mente pudiera procesar lo que ocurría, sentí que me asestaba un fuerte golpe en la nuca que hizo que los mármoles del corredor se oscurecieran hasta disolverse en la nada. Mis últimos recuerdos de ese instante son los ojos desorbitados de Miles y las exclamaciones y hurras de cientos de indios que celebraban una boda, ajenos a lo que estaba sucediéndonos.

Capítulo 14

S oñé que caminaba sola, en medio de la noche, por un templo hindú. O más bien por algo que en mi mente se parecía a como me los imaginaba, ya que todavía no había estado en ninguno. Al final de una estancia alargada, alumbrada por media docena de candiles colocados sobre pebeteros de bronce, un enorme ídolo dorado con las piernas cruzadas me dirigía una sonrisa que me hacía temblar de miedo. Pero aun así no dejaba de avanzar hacia él, hipnotizada por el brillo de sus ojos adornados con piedras preciosas.

La luz del fuego los hacía relucir como si el dios estuviera vivo. En el centro de su pecho desnudo había otra joya de color rojo, tan grande que apenas habría cabido en mi mano. Recuerdo que en mi sueño aparecía de pronto un cuchillo entre mis dedos y, como si lo estuviera moviendo una fuerza superior a mí, lo aproximaba poco a poco al extraño corazón de la estatua para arrancárselo. Sus ojos parecieron incendiarse al contacto del metal, y estaba a punto de hacer palanca por debajo del rubí cuando algo en su mirada me hizo quedarme tan quieta como si también me hubiera vuelto de piedra.

No me había dado cuenta hasta entonces (¿cómo era posible?) de que se trataba de dos esmeraldas, brillantes como fuegos fatuos en la penumbra. Una parte mía supo que no era la primera vez que me atravesaban esos ojos, pero antes de que pudiera reaccionar sentí cómo un centenar de afiladas agujas se clavaban en mi cráneo, haciéndome chillar.

—¡... na, despierta, por favor! —me pareció que me llamaban a gritos desde un plano muy lejano. ¿Por qué me resultaba tan familiar esa voz?—. ¡Solo es una pesadilla, Helena!

Abrí los ojos en el acto, respirando agitadamente por la conmoción, pero tuve que volver a cerrarlos cuando me asaltó una nueva punzada. Parecía que eso, por lo menos, no había sido un sueño; la cabeza me dolía como si la estuviera usando de alfiletero.

—¿Miles? —conseguí articular con dificultad. Al entreabrir el ojo derecho vi que se encontraba a mi lado, mirándome con la cara agarrotada por la preocupación—. ¿Qué...?

—Has tenido una pesadilla —contestó él en un susurro—. Gritabas, te retorcías...

—Mi cabeza —gemí. Me hubiera gustado taparme la cara hasta que el dolor hubiera desaparecido, pero por alguna razón no era capaz de mover los brazos—. Me siento como si me hubieran clavado unos cuchillos en el cráneo. Dios, cómo me palpitan las sienes...

—No me extraña. Han debido de darnos unos buenos golpes para asegurarse de que nos dejaban inconscientes, porque a mí también me ha estado doliendo hasta

hace poco.

Poco a poco, el sentido de estas palabras consiguió atravesar las últimas capas de somnolencia que me envolvían. Me acordé de los hombres que nos habían asaltado en el palacio de Arshad Singh durante su boda con Damayanti, de la oscuridad que me había engullido en ese elegante corredor... Tras unos segundos de inmovilidad, las punzadas remitieron lo suficiente para incorporarme sobre un codo, y entonces comprendí por qué no había podido moverme: alguien me había atado tanto las muñecas como los tobillos.

—Sí, a mí me han hecho lo mismo —dijo Miles antes de que pudiera hablar. No era capaz de verle las manos por tener la espalda apoyada en la pared, pero una soga gruesa como una serpiente le rodeaba las piernas extendidas—. Aunque no era necesario para que me quedara quieto. A juzgar por cómo me duele un tobillo, debo de tener un esguince.

—Supongo que no tienes ni idea de quiénes eran esos tipos —comenté, y mi amigo negó con la cabeza—. Este lugar es muy extraño... —Paseé la vista por la pequeña estancia en la que nos encontrábamos, construida con sillares irregulares de piedra rojiza en los que había clavadas un par de argollas de hierro, seguramente para sujetar antorchas. A un lado había una diminuta ventana sobre los restos de un *charpoy*, una delgada esterilla de fibras de coco que parecía tan anciana como el mundo; al otro, una puerta también de hierro con grandes clavos—. Me recuerda a esos calabozos de los cuentos orientales, pero no parece haber sido usado desde hace mucho tiempo. ¿Dónde crees que nos han traído?

—Ya estábamos aquí cuando me desperté, así que no hay forma de saberlo. Podría ser tanto a cincuenta kilómetros de la ciudad como en el bazar situado a espaldas del palacio.

Pero desde allí no se oía ningún ruido: ni los pasos de los viandantes ni las voces de los vendedores ambulantes, ni tampoco el eco del *adhan* con el que los musulmanes eran llamados a la oración. Me había acostumbrado tanto a aquellos sonidos cotidianos en las pocas horas que había pasado en Jaipur que supe enseguida que estábamos muy lejos de ella. Lo único que se veía a través de la ventana, además de un rosa desvaído que anunciaba el atardecer, eran las ramas danzarinas de unos árboles de hojas puntiagudas.

—De manera que hemos sido víctimas de un secuestro. —Sacudí la cabeza sin poder ocultar mi estupor—. ¿Crees que lo han hecho para pedir un *rescate* a nuestras familias?

—No tendría sentido habiendo tantos Singh a nuestro alrededor. La más pobre de las primas del *thakur* debe de tener suficientes perlas para llenar una bañera entera con ellas.

—Pues entonces no entiendo a qué viene esto. Nosotros no somos importantes, no...

—Desde un punto de vista político, puede que sí lo seamos. Te sorprendería saber

de qué manera el secuestro de dos extranjeros podría cambiar las tornas de todo el país. —Mientras hablaba trató de sentarse mejor, ahogando un gemido al doblar la pierna—. Aún no has pasado suficiente tiempo aquí para entender la situación. No se trata solo de que los indios quieran que nos marchemos, sino que a los problemas que tienen con los ingleses se suman sus propios enfrentamientos con los musulmanes. Estos, a su vez, no se muestran nada abiertos a nuestras ideas, tienen su propia manera de pensar...

—Pero tenía entendido que esos enfrentamientos no son nuevos. El criado del *thakur* me contó esta mañana que... —No obstante, no acabé la frase; algo me decía que a Arshad Singh no le haría ni pizca de gracia que hablara con los míos de la muerte de su madre.

—El hecho es que empieza a haber más conflictos que nunca, y la situación de nuestros compatriotas es alarmante. Cuentan con el apoyo de muchos principados, pero también existen discrepancias entre ellos. Arshad Singh y sus partidarios, por ejemplo...

—No tienes que recordarme que nos detesta. Me quedó claro nada más conocerle.

—Helena, lo que tú has observado no es más que la punta del iceberg. Mi padre no exageraba al decir que el *thakur* ha causado problemas. Tiene un temperamento colérico y, para colmo, su maestro, ese Mahavatar Soham del que tanto he oído hablar, ha estado inculcándole desde que era niño el rencor por los ingleses. No puede esperarse otra cosa de uno de los combatientes más salvajes de Chitral, un hombre que derramó tanta sangre que, si los rumores son ciertos, acabó consagrándose a la religión para expiar sus culpas.

—También me ha hablado de él su criado, aunque me parece que no mencionó que combatió en Chitral —contesté—. Pensaba que Arshad Singh te caía mejor que a tu padre...

—No me malinterpretes; creo que es un buen hombre, puede que el más íntegro con el que hemos tratado en estos años. La cuestión es que tú solo lo has visto en el *mahal* rodeado de sus sirvientes, pero en el Congreso es... un auténtico tigre, dispuesto a todo con tal de conseguir la *swaraj* o independencia; supongo que por eso lo adora el pueblo.

Aquella comparación me hizo sonrojarme como una idiota, pero por suerte Miles no se dio cuenta. Era la primera vez que lo veía tan sobrepasado por la situación.

—No todos sus parientes piensan lo mismo, en especial Devraj Singh, el marajá. Él sí recibió una educación inglesa en el Saint Crispin's de Gurgaon y después en Oxford, cosa a la que su hermano se negó. No es extraño que para los príncipes occidentalizados como él Arshad Singh sea una auténtica oveja negra que solo les da dolores de cabeza.

—¿Y no crees que nuestro secuestro puede ser una estratagema para desestabilizarle en el Congreso? —Aquella idea era decididamente atrevida, pero cuanto más pensaba en ella, más plausible me parecía—. Quizá... ¿quizá lo ha

orquestado su propio hermano?

—¿Para convencerles de que es poco menos que un terrorista? —El rostro de Miles era la viva imagen del escepticismo—. Dudo que Devraj Singh se sienta amenazado hasta ese punto por su popularidad. Te recuerdo que tiene un heredero varón; la línea dinástica está más que asegurada. Arshad Singh nunca será marajá, te lo garantizo.

Supuse que no tenía sentido seguir dándole vueltas; él sabía muchísimo más que yo de esos asuntos. En lugar de responderle, me retorcí hasta enderezar las piernas y me fui poniendo poco a poco en pie, acercándome a saltitos hasta la ventana. Para entonces, el sol estaba escondiéndose detrás de lo que aparentaba ser una colina, cubierta por muchos árboles de hojas afiladas que, pasados unos segundos, reconocí como sándalos.

—Me parece que no podemos hacer más que armarnos de paciencia —comenté. Unos edificios ruinosos contruidos con la misma piedra rojiza que nuestra prisión asomaban entre la espesura, muy por debajo de donde nos encontrábamos—. ¡Por mucha gente que pueda haber en el palacio, alguien acabará notando que hemos desaparecido!

—No creo que mi padre se preocupe por nosotros, teniendo tan repleta su agenda de encuentros burocráticos —dijo Miles con un suspiro—. Por no hablar de que los criados del *mahal* se sentirán extenuados después de haber pasado semanas preparando los festejos nupciales.

—Raza daría la voz de alarma. Otra cosa es que su señor le preste atención, lo cual es poco probable ahora que tiene al lado a la esposa más encantadora con la que podría soñar un príncipe indio. Y, de todas formas, dudo que sepan mejor que nosotros dónde...

Me quedé callada tan de repente que Miles se volvió extrañado hacia mí, pero si me preguntó qué me ocurría, ni siquiera le oí. La sangre parecía haber dejado de circular por mis venas al darme cuenta de que reconocía uno de los edificios situados a media milla de distancia, aunque nunca lo hubiera visto... por lo menos, no en persona.

—Miles —acabé diciendo con voz estrangulada—, me temo que ahora sí sé dónde nos encontramos, pero no me vas a creer cuando te lo cuente... Nos han traído a Bhangarh.

—¿Qué estás diciendo? —exclamó él. No tuve que mirarle para adivinar su estupor.

—Podría reconocer esa torre en cualquier sitio. Es la del templo de Gopinath, uno de los siete que aún se conservan en pie. La he visto en una fotografía del libro que me traje de Inglaterra. —Sentí cómo se me humedecía la frente al identificar otros edificios ruinosos: el palacio real a la derecha, con sus arcos abiertos como ojos; el *haveli* de las bailarinas como una lastimera silueta recortándose sobre el cielo crepuscular...—. Esto no puede estar ocurriendo —seguí susurrando para mí misma

—. Tiene que ser una pesadilla.

Acababa de decir esto cuando el eco de unos pasos nos hizo girarnos alarmados hacia la puerta. Alguien se acercaba a nuestra celda; dos personas, al parecer. Las oí hablar en hindi pese a que no entendiera más que «*jaldi*», lo que los lascares del *Saraswati* se decían unos a otros para meterse prisa. Tras unos segundos de forcejeo con la herrumbrosa cerradura, esta acabó cediendo y un muchacho se adentró en la estancia.

Aunque no debía de sacarme muchos años, su expresión resultaba tan amenazante que retrocedí de manera instintiva. Recuerdo que pensé que podría haber sido atractivo de no ser por la enorme costra de piel rojiza y arrugada que se extendía por la mitad de su rostro, como la producida por una quemadura grave. Como si hubiera adivinado lo que estaba pensando, la otra mitad se le puso casi del mismo color mientras fruncía el ceño.

—*Kuchh minat prateeksha* —dijo sin darse la vuelta al indio que le acompañaba, un hombre escuálido que se quedó de pie en el umbral—. Bueno —continuó, y dio otro paso hacia nosotros—, me alegra que hayan despertado por fin. Empezaba a pensar que tendría que echarles encima un cubo de agua, y no es algo que nos sobre precisamente.

Esto dejó a Miles estupefacto, y no me costó adivinar por qué. En ese muchacho no había rastro de la actitud dolorosamente servil con la que los nativos siempre solían dirigirse a nosotros, como si temieran que les fuéramos a abofetear ante el menor desliz.

—¿Quién diantres eres tú? —pregunté con más seguridad de la que sentía—. ¿Por qué nos habéis traído aquí y cómo os las ingeniasteis para colaros en el palacio del *thakur*?

—Muchas preguntas al mismo tiempo, y demasiadas para una *gori* —replicó. Sabía lo que significaba aquello: «extranjera»—. Será mejor que se aparte ahora mismo de ahí.

—¿Ah, sí? —le eché en cara, más furiosa a cada segundo—. ¿Temes que algún vecino de la populosa Bhangarh se entere de que habéis secuestrado a dos ciudadanos ingleses?

—Puede que no haya nadie desde hace más de un siglo, pero si supiera las cosas que se cuentan sobre este lugar, no tentaría a la suerte. Sobre todo, después de la puesta de sol.

Algo en su tono de voz me hizo comprender que no lo decía para asustarme, y eso me encogió un poco el estómago. El joven no me quitó los ojos de encima mientras me apartaba a regañadientes de la pequeña ventana para regresar paso a paso junto a Miles.

—Eso está mejor, mucho mejor. Ahora solo espero que sepan comportarse durante las próximas horas para no empeorar sus circunstancias. Y no se molesten en tratar de sobornarnos para que les dejemos irse; estamos al tanto de cómo suelen

hacer las cosas.

—¿Para qué nos habéis raptado si el dinero no os interesa? —Pero antes de terminar de hablar lo entendí—: ¿Sois vosotros quienes me han estado siguiendo hoy?

En vez de contestar, me giró con brusquedad para inspeccionar mis nudos. Les dio un tirón tan fuerte para comprobar que me habían atado bien que casi me hizo daño.

—Debería habérselo pensado antes de inmiscuirse en este asunto —dijo al cabo de un instante, haciendo lo mismo con Miles—. Esa ciudad está maldita, y todos los que se acercan a ella también. Hay maldad en cada una de sus piedras, en cada sombra...

—Ya hemos escuchado esas historias demasiadas veces —repuso mi amigo—, y hace tiempo que los cuentos de fantasmas pasaron de moda en la tierra de la que venimos la señorita Lennox y yo. Se equivoca si piensa que somos tan supersticiosos como ustedes.

—Estos supuestos cuentos, estúpido, no tienen nada que ver con el mundo que han dejado atrás —fue la cáustica respuesta del joven—. Están demasiado acostumbrados a que nada escape a su control, pero le aseguro que, si mi raza no ha sido capaz de comprender lo que está ocurriendo en Bhangarh en todo este tiempo, la suya no podrá hacerlo jamás.

—Sigo sin entenderlo —protesté—. ¿Para qué queréis tenernos aquí, entonces? ¿No os habría ido mejor secuestrando a un erudito que de verdad estuviera al corriente de esto?

—No habríamos tenido que ir muy lejos, dado que sus padres se encuentran a apenas un kilómetro ahora mismo. Si no hemos caído antes sobre ellos será por algo, *gori*.

Aquello me sobrecogió tanto que ni siquiera reparé en su desdén. Hasta entonces no me había parado a pensar en lo cerca que estaba de ellos, pero Miles me había dicho en el *tonga* que se habían instalado en las afueras del recinto palaciego... «Esto cambia las cosas —pensé con un alborozo que me esforcé por reprimir—. Papá y mamá están más que acostumbrados a que les espíen y saben cómo actuar en situaciones como esta. ¡Si consigo que se den cuenta de que estamos aquí, se les ocurrirá el modo de rescatarnos!».

—Será mejor dejar esta charla —prosiguió el joven—. Volveré a buscarles cuando me lo ordenen y espero, por su propio bien, que estén dispuestos a mostrarse colaboradores...

—Dime solo una cosa —le interrumpí, ganándome una mirada aún más torva—. ¿Eres tú quien estuvo revolviendo mi equipaje en el palacio del *thakur* Singh? ¿El mismo que me siguió hasta el club inglés para matarme con una cobra en la sala de billar?

—Si tanto le interesa saberlo, le diré que yo no me habría servido de un animal

para eliminarla —contestó—. Habría bajado en persona por la chimenea para ocuparme de ello.

Y con esta respuesta tan tranquilizadora, abandonó la estancia tras ordenarle a su compañero que volviera a encerrarnos. Solo cuando se apagó el eco de sus pasos me di cuenta de que estaba en lo cierto: puede que no fuera responsable del ataque, pero había estado involucrado en él. Porque yo no había mencionado nada acerca de una chimenea.

—Esto es muy extraño. Nunca había conocido a un indio tan desconcertante...

—Si te refieres a lo que tiene en la cara, no es tan raro aquí —dijo Miles—. He visto quemaduras muy parecidas entre los que trabajan en los *shmashan ghats*, las hogueras de Benarés en las que son cremados los cadáveres antes de arrojar las cenizas al Ganges.

—No estoy hablando solo de eso. Prácticamente vestía con harapos, pero su piel era más clara que la de los indios de las castas inferiores. Y estoy segura de que la manera en que se ha dirigido a nosotros es la de alguien que ha recibido cierta educación.

«Lo cual no le ha impedido dejarnos claro que nos desprecia —pensé mientras Miles se encogía de hombros—, y eso también resulta extraño. Solo ha habido una persona en la India que se ha comportado así conmigo, y es Arshad Singh... Pero él es el hijo de un marajá, no un pordiosero. No, tiene que haber algo que explique esa manera de actuar».

Al inclinar la cabeza, con la espalda apoyada en la pared, me di cuenta de que los secuaces del muchacho debían de haberme arrastrado por la colina horas antes, porque tenía manchada de tierra rojiza toda la parte inferior del vestido. También se me había deshilachado la cenefa que lo remataba, una tira de encaje azul oscuro que de repente me recordó a mi madre. «Una dama siempre estará preparada para plantar cara a lo que sea mientras lleve puesto algo de encaje», me había dicho hacía unos años. «Si me vieras ahora, mamá, te daría un pasmo —pensé mientras sacudía la cabeza para echar hacia atrás un mechón desordenado—. Seguro que me dirías que me lo he buscado por...».

Es curioso que aquello fuese lo que me diera la idea. Estaba a punto de sentarme cuando me detuve poco a poco, haciendo que Miles me mirara con extrañeza. Despacio, incliné la cabeza hacia la izquierda y otro rizo rodó casi hasta mi hombro.

—¿Helena...? —La extrañeza de Miles no tardó en convertirse en perplejidad cuando comencé a restregar la cabeza contra la pared—. Pero ¿qué te ocurre? ¿Qué intentas...?

—Se me está soltando una horquilla —dije sin dejar de frotarme contra las piedras.

—¿Y justo ahora empiezas a preocuparte por eso, en semejante situación?

—¿No lo entiendes, Miles? ¡Es una horquilla! ¡Una horquilla afilada! —Esto le hizo quedarse callado, con los ojos muy abiertos—. No estoy segura de que sirva de

algo, pero peor sería quedarnos de brazos cruzados. Es la clase de idea que habría tenido mi madre.

Me sorprendió el orgullo con el que lo había dicho. Durante casi un minuto continué frotando la cabeza contra la pared hasta que, con un vuelco en el corazón, comprobé que otros dos rizos habían resbalado sobre mi pecho, arrastrando a la horquilla con ellos. Comencé entonces a sacudirme como pude para que se desprendiera de mi cabello, cayendo por fin al suelo con un repiqueteo metálico.

—Miles, trata de agarrarla entre los dedos —murmuré mientras la empujaba con un pie en su dirección. Él asintió, aún aturdido, antes de darse la vuelta. Tras dos intentos fallidos consiguió hacerse con la horquilla, girándola para que la parte afilada quedara hacia fuera—. Eso es —seguí diciendo con creciente emoción—. Procura no moverte ahora...

Me senté en el suelo, con la espalda apoyada contra la de él, y coloqué las muñecas lo más cerca posible de las de Miles. Fui moviéndolas en círculos hasta que sentí cómo la horquilla rasgaba una diminuta hebra de las cuerdas. Estas eran mucho más gruesas de lo que había imaginado, pero me obligué a no pensar en lo arduo de la tarea que teníamos por delante ni quejarme cada vez que la horquilla me rozaba la piel.

Poco a poco, las hebras fueron cediendo en el transcurso de las siguientes dos horas hasta que una de mis muñecas estuvo casi suelta. Me disponía a decírselo a Miles cuando oímos el ruido de unos pasos acercándose a nuestro calabozo. Al cabo de un instante, el muchacho con la quemadura en la cara volvió a abrir la puerta.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó, mirándonos con desconfianza—. ¿Qué hacen?

—Echar una partida de dominó para matar el rato —repliqué—. Si le apetece unirse a nosotros con alguno de sus amigos, podremos pasarnos al *whist* hasta la hora de la cena.

Sus oscuros ojos oscilaron entre nosotros dos. Me incliné de manera imperceptible para que no se fijara en mis muñecas, pese a que la estancia se encontrara en penumbra.

—Más vale que no intenten nada raro —nos advirtió pasados unos segundos, y se marchó tras cerrar con llave. Con un suspiro de alivio, le hice un gesto a Miles para que siguiera frotando las cuerdas con la horquilla hasta que, después de lo que me pareció un siglo y unos cuantos arañazos más, noté cómo se desprendía la última hebra.

—¡Por fin...! —murmuré mientras me arrancaba las rudimentarias esposas—. Ha sido difícil, pero nos hemos salido con la nuestra. Ahora solo necesito deshacerme de esto.

Fue mucho más fácil librarme de las ataduras de los tobillos (de hecho, ni siquiera tuve que recurrir a la horquilla), aunque mientras forcejeaba con los nudos no dejé de lanzar miradas de aprensión hacia la puerta. El joven debía de estar entretenido

hablando con alguno de sus compañeros, porque no volvió a asomarse a la habitación.

—Listo —anuncié mientras arrojaba la cuerda al suelo—. Deja que me ocupe ahora de ti...

—Espera, Helena —me detuvo Miles cuando traté de desatarle también a él—. No creo que te sirviera de mucho con la pierna en este estado. Sería mejor que te marcharas sola.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿Cómo se te puede pasar por la cabeza que querría...?

—De verdad, te agradezco mucho que te preocupes por mí, pero si te acompañara no haría más que ponernos en peligro a los dos. No estoy tratando de comportarme como un mártir, simplemente soy realista —añadió al comprender que me disponía a protestar—. Vete de aquí antes de que vuelvan, reúnete con tus padres y después regresad a por mí.

Por un momento estuve tentada de decirle que se dejara de tonterías, pero había tanta determinación en su rostro que no me atreví a hacerlo. En el fondo, por mucho que me doliera, Miles tenía razón: ¿qué otras vías de escape nos quedarían si fallaba aquella?

—No le des más vueltas y vete de una vez —me instó mientras cambiaba de postura, con la cara pálida—. Y ten mucho cuidado, por favor... Recuerda dónde nos encontramos.

—De acuerdo. —En un impulso, me agaché para darle un beso en la frente—. Volveré a por ti, te lo prometo. No sé cuánto tardaré, pero no pienso abandonarte en este lugar.

—Sé que no lo harás —respondió con una sonrisa—. Eres tan temeraria como tus padres.

Me obligué a sonreír yo también antes de correr hacia la ventana. Hacía tiempo que se habían apagado los últimos rescoldos del atardecer y las estrellas despuntaban en un cielo negro como la tinta. Bhangarh se había hundido en la oscuridad, sin que se pudiera distinguir a ciencia cierta dónde terminaban las ruinas y comenzaba la espesura. «Un descenso a ciegas —me dije mientras me prendía la horquilla en el vestido—. Por lo menos me queda el consuelo de que es poco probable que me vean desde una ventana».

Recogí la cuerda que me había arrancado de los tobillos, la até a una de las argollas y, cuando me hube asegurado de que no se soltaría, arrojé el otro extremo por encima del parapeto. Tras quitarme los tacones bajo la mirada cada vez más ansiosa de mi amigo, me encaramé a la ventana como pude y me aferré con ambas manos a la cuerda para comenzar a descender, poco a poco, hacia las tinieblas de la ciudad maldita.

Capítulo 15

Aunque no era la primera vez que bajaba por una cuerda, la experiencia no podía ser más incómoda con aquel estúpido vestido de seda que casi no me dejaba enroscar las piernas a su alrededor. Tuve que morderme la lengua para no maldecir cuando los nudos me raspaban la planta de los pies, deslizándome metro a metro en la oscuridad hasta que, cuando faltaba poco para que se me acabara la soga, me pareció vislumbrar unos densos matorrales justo debajo de mí. Contuve el aliento unos segundos, con una mejilla contra la cuerda, hasta que me atreví a dejarme caer silenciosamente sobre ellos.

El aterrizaje no pudo ser más vergonzoso. Caí de espaldas entre las ramas, que se encargaron de abrir un buen desgarrón en mi vestido a la altura de la cadera. Por suerte nadie pareció percatarse del ruido; cuando alcé la vista hacia la ventana, un rectángulo oscuro situado a unos cinco metros del suelo, me tranquilizó comprobar que no había ninguna cabeza asomada a ella. Poco a poco, mis ojos se acostumbraron a la oscuridad y entonces me percaté de algo desconcertante: lo que había creído que sería un edificio de grandes dimensiones no era más que una torre cuadrada con la anchura de la estancia en la que nos habían encerrado. La coronaba un pequeño mirador rematado por una cúpula en la que habían arraigado las malas hierbas, entre cuyas columnas me pareció observar los destellos de algo metálico. ¿Habría alguien ahí arriba sosteniendo unos prismáticos?

Tardé unos instantes en comprender que me encontraba a los pies de la única torre de vigilancia que quedaba en Bhangarh. Había visto ese edificio en el mapa, aunque parecía tan pequeño sobre el papel que me lo había imaginado como un simple montón de sillares. Traté de reconstruir mentalmente lo que había a su alrededor: a unos metros estaba el templo de Gopinath, a los pies de la colina sobre la que se alzaba la torre, y a la derecha el palacio... «¿No dijo Miles que papá y mamá se habían instalado muy cerca?».

Casi se me escapó un grito cuando un mono, que había saltado sobre mi arbusto sin que me diera cuenta, soltó un chillido antes de escabullirse entre las ramas. Debía de ser uno de los langures de los que hablaban en *Misterios y leyendas de las civilizaciones actuales*. Maldiciendo al condenado bicho en todos los idiomas, me puse en pie lo más sigilosamente que pude para empezar a abrirme camino muy despacio entre los sándalos.

De alguna manera los mil sonidos nocturnos que me rodeaban, desde el parloteo de los langures que saltaban de una rama a otra hasta el murmullo de las hojas mecidas por el viento, me hacían ser más consciente del silencio sepulcral de la ciudad. Nunca me había encontrado en un lugar tan muerto; ni siquiera en la tumba de Ptahmai había experimentado aquella sensación de que la tierra había absorbido

hasta el recuerdo de sus antiguos moradores. Mientras me deslizaba de un árbol a otro me acordé, y sentí cómo se me erizaba la piel por la aprensión, de lo que había leído en el club sobre cómo Bhangarh se había tragado en 1798 tanto a los ingleses como a los indios que combatían por ella.

—Majaderías —me dije en un intento por tranquilizarme. ¿Cómo podía estar tan asustada? ¿Qué clase de arqueóloga se suponía que era?—. Papá y mamá tenían razón: esos rumores no son más que cuentos para críos. Dentro de un rato, cuando me haya reunido con ellos, estaremos riéndonos a carcajada limpia de todo esto...

Traté incluso de entonar una de las melodías de *jazz* favoritas de Chloë, pero tenía el estómago tan encogido que se me quitaron las ganas. Casi gemí de alivio cuando, tras dejar atrás unos arbustos tan densos que me tocó deslizarme como una serpiente entre las ramas más bajas, me encontré a un centenar de pasos del espacio abierto entre el templo de Gopinath y los restos del palacio real. Mi corazón dio una sacudida: aquel era el lugar más maldito de la ciudad, el edificio en el que habían desaparecido los Brandeth.

«Pero no tendré que acercarme a él para reunirme con mis padres, así que no hay nada que temer. —Tragando saliva, miré por encima de mi hombro para comprobar si me había seguido alguien, aunque la torre había desaparecido entre la espesura. Entonces me volví de nuevo hacia la explanada cubierta de pedruscos envueltos en musgo—. Esta es tu oportunidad, Helena Lennox. Solo tienes que cruzar al otro lado. Solamente eso».

¿Qué era una distancia tan corta en comparación con la colina por la que acababa de descender? Respirando hondo, cerré los ojos unos segundos antes de echar a correr como alma que lleva el diablo por la explanada. Las afiladas piedras se me clavaban en los pies y tuve que hacer auténticos esfuerzos para no soltar un quejido... aunque antes de que hubiera llegado a la mitad de mi camino me pareció percibir un suave sollozo.

El sobresalto me hizo detenerme en seco. Miré en derredor con el corazón en un puño, aunque no distinguí a nadie, ni vivo ni muerto. «Pero acabo de oírlo. Alguien ha sollozado, estoy segura...». Poco a poco, me volví hacia la derecha para escrutar lo que todavía se conservaba en pie de la fachada del palacio, si bien parecía estar desierto. En su arquería, semejante a una inmensa boca abierta, no había aparecido ninguna silueta.

Tenía que darme prisa. Tenía que reanudar mi carrera antes de que mis captores se dieran cuenta de que no me hallaba en la torre. Temblando como una hoja, rodeé la plataforma sobre la que se alzaba el templo de Gopinath, tan recubierto de pináculos de piedra que recordaba a un pastel medio derretido. Y estaba a punto de alcanzar mi meta cuando lo oí de nuevo: un gimoteo lastimero, inconfundible, partiendo en dos la noche.



—No... —murmuré, deteniéndome. Esta vez sí se distinguía a una silueta en el palacio, a pesar de la distancia—. No, me lo estoy imaginando... Esto no es...

Me quedé sin voz cuando una segunda silueta apareció a la derecha de la primera, y unos segundos más tarde lo hizo una tercera, de pie entre los pilares de la arquería. No hicieron nada por acercarse a mí; simplemente se limitaron a mirarme. Las piernas casi dejaron de sostenerme al recordar lo que me habían contado los lascars del *Saraswati* sobre las *saphed bhoot*, esas sombras blancas que arrastraban sus saris por las ruinas.

Para cuando la espectral congregación alcanzó la docena, estaba tan aterrorizada que no habría podido mover un músculo por mucho que lo hubiera intentado. Quizá fue eso lo que hizo que no oyera acercarse a mis secuestradores hasta que irrumpieron en la explanada para abalanzarse sobre mí. Cuando quise darme cuenta, uno de ellos me había apresado por la cintura con ambos brazos para impedir que echara a correr.

—¿Adónde cree que va? —me dijo a gritos; era el joven de la cara quemada—. ¿Qué se supone que tendremos que hacer para retenerla, cambiar las sogas por unos grilletes?

—¡Los fantasmas! —conseguí jadear—. ¡Los fantasmas están ahí, están mirándonos...!

—¿Qué dice? —Saltaba a la vista que había alarmado a uno de los indios; incluso en la penumbra me di cuenta de que había palidecido—. ¿No se referirá a los espíritus que...?

—¡Solo quiere asustarnos, inútil! ¡Es lo que siempre hacen los suyos, aprovecharse de nuestras supersticiones para tratar de manejarnos a su antojo! Estos fantasmas tienen cosas más importantes de las que ocuparse, maldita *gori*. —Y me agarró en volandas para regresar sobre sus pasos, indiferente ante mis forcejeos—. Pero si no fuese así, dudo que...

Su voz también se apagó cuando, siguiendo la dirección de mi mirada, reparó en las sombras blancas. Los demás no tardaron en descubrir lo que ocurría; uno profirió un alarido antes de echar a correr colina arriba mientras que otro, el que se había alarmado antes con mis gritos, dejó escapar un «*kharaab kismat!*», siguiendo después su ejemplo.

Recordaba lo bastante bien las enseñanzas de los lascares para comprender qué significaba esa frase: «mala fortuna». El muchacho que me sujetaba fue el único que no pronunció palabra; sin embargo, mientras me conducía en brazos hasta la torre, las manos le temblaban tanto que no entiendo cómo podía cargar conmigo. Por mi parte, me sentía tan espantada que no creo que hubiera podido escapar aunque no me estuviesen sujetando.

Nunca antes me había encontrado en una situación así. Nunca había tenido que plantar cara a algo que escapara a mi comprensión. Era cierto que mi familia me había contado toda clase de historias de terror; cuando era pequeña, uno de mis divertimentos preferidos era pedirle a tío Oliver que me asustara con sus espeluznantes cuentos sobre almas en pena, casas encantadas y maldiciones. No obstante, por mucho que mi madre se enfadara con él por hacerme caso, ninguno de esos relatos había conseguido quitarme el sueño, tal vez porque incluso con cinco años era consciente de que ninguno era real.

Pero ahora la sólida muralla que separaba la realidad de la ficción empezaba a desmoronarse; había algo de cierto en las habladurías sobre los fantasmas de Bhangarh. Con la cabeza rozando las paredes de la torre mientras me llevaban en

volandas por una empinada escalera, no pude dejar de preguntarme si también lo habría en todas las demás historias. «Haithani no estaba exagerando. ¡Todo lo que le contó a August era verdad!».

Medio minuto más tarde, estábamos de vuelta en el calabozo. Miles, sentado en la misma posición en que lo había dejado, levantó la cabeza de inmediato al vernos entrar.

—¡Helena! ¿Qué te...? —Entonces se fijó en el indio que me había dejado caer sin miramientos y en los otros hombres (eran cuatro, ahora podía contarlos) que se habían detenido a nuestras espaldas, con los rostros aún desencajados por lo que había ocurrido.

—Su amiga parecía tener mucho interés en visitar la ciudad —respondió el cabecilla; no me pasó inadvertido el temblor de su voz—. Lástima que no haya podido ver gran cosa.

—Ha sido suficiente —repliqué mientras me incorporaba, aunque sentía las piernas tan débiles que apenas podía mantenerme en pie.

Con el ceño fruncido, el joven de las quemaduras se acercó al rincón en el que yacía la cuerda cortada. Después se giró hacia la ventana, por la que aún seguía resbalando la soga que había anudado a la argolla.

—*Kuthri* —dijo entre dientes. Dio un tirón a la cuerda para recuperarla—. Parece que cometimos un error imperdonable no domando a este animalillo cuando lo capturamos.

—No ha sido cosa suya, si es lo que está pensando —se adelantó Miles antes de que yo pudiera abrir la boca. Le miré sorprendida—. Fui... fui yo quien le propuso escapar por la ventana. Si quiere ajustar cuentas con alguien, hágalo conmigo.

—Miles, más vale que cierres la boca —le advertí alarmada, pero el indio me ignoró.

—Debí haberlo imaginado. —Y dejó caer la cuerda con desgana—. Es un movimiento típico inglés: convencer a alguien más débil para hacer el trabajo sucio en su lugar.

—Supuse que regresaría con refuerzos en algún momento de la noche. —Miles negó con la cabeza; la verdad era que sí tenía madera de actor—. Lo habría hecho yo mismo de haber podido caminar, pero sus compañeros no fueron muy cuidadosos al secuestrarnos.

—Alguna contusión en la pierna, me imagino. —El joven clavó los ojos en el tobillo rígido de Miles—. Lo cierto es que es una pena, pero si hubiésemos sabido los problemas que nos causaría en este estado, nos habríamos asegurado de hacer mejor nuestro trabajo.

Entonces, con una expresión parecida a la que habría tenido aplastando un insecto diminuto, apoyó una de sus sucias zapatillas sobre el tobillo de Miles. Mi amigo ahogó un grito de dolor cuando descargó todo su peso sobre él, sin apartar los ojos de su rostro.

—Pero ¿qué estás haciendo? —dejé escapar, incapaz de creer lo que veía. Otro indio se apresuró a agarrarme cuando intenté precipitarme sobre él—. ¡Detente ahora mismo!

—Es curioso que se preocupe tanto por el señor Fielding cuando él ha dejado claro que le traía sin cuidado lo que pudiera pasarle —repuso el joven de la cara quemada. Aún estuvo pisando a Miles durante un rato, observando con un extraño brillo en la mirada cómo palidecía de dolor—. Puede que esto le enseñe a comportarse a partir de ahora. —Y le asestó una patada tan fuerte en el costado que le hizo doblarse por la cintura—. Con un poco de suerte, si somos persuasivos —una nueva patada—, acabará aprendiendo la lección.

—¡Te he dicho que pares! —chillé mientras forcejeaba contra los brazos que me rodeaban, pese a que no sirviera de nada—. ¡No te atrevas a ponerle un dedo encima, maldito hijo de perra!

Se me habían llenado los ojos de lágrimas de rabia. Solo cuando estuvo seguro de que Miles no podría dejar de retorcerse en un rato, el muchacho se apartó de su lado y se dirigió a la puerta con una expresión en la que seguían dándose la mano la furia y la satisfacción. Antes de salir, se detuvo un momento ante mí, pero lo único que hizo fue ordenar algo en hindi al hombre que me agarraba para que me atara las manos, esta vez con tantos nudos que ni el mismísimo Houdini habría podido soltarse.

—Miles —fue lo único que pude decirle al dejarme caer de rodillas a su lado. Se mordía los labios para tratar de acallar sus gemidos—. Miles, por favor, perdóname...

—No ha sido culpa tuya, Helena... Teníamos que intentarlo, costara lo que costara.

—Pero no ha servido de nada. No he hecho más que perder el tiempo y ponerte en esta situación... ¡Si por lo menos hubiera conseguido atraer la atención de mis padres...!

No obstante, acababa de decirlo cuando comprendí que no era cierto: sí que había servido para algo, aunque lo que había descubierto no me tranquilizara precisamente. Por muy crueles que pudieran ser nuestros secuestradores, prefería mil veces enfrentarme a unos hombres de carne hueso que a presencias como las que me habían devuelto la mirada desde el palacio, esperándome con la calma que solo poseen quienes ya han muerto.

Capítulo 16

He pasado muchas noches angustiosas en mi vida, pero pocas me han hecho sentir más impotente y desesperada que aquella. Aunque Miles y yo acabamos cayendo rendidos, mi sueño fue tan desasosegante que cuando me desperté no habría sabido decir si había dormido una hora o una semana. Estaba amaneciendo y los primeros rayos de sol se deslizaban dentro de la celda, dotando a las ramas más altas de los sándalos, lo único que acertaba a distinguir desde el suelo, de un resplandor cobrizo.

Me apoyé como pude en un codo, sacudiendo la cabeza para despejarme. Tenía un sabor amargo en la boca y el cerebro tan embotado que me costaba hilar mis pensamientos.

—Ni se le ocurra levantarse —oí decir cuando me disponía a incorporarme. Entonces reparé en que la puerta estaba abierta y un indio montaba guardia en el umbral—. No se mueva siquiera hasta que nosotros se lo ordenemos. No pienso quitarle los ojos de encima.

—Mira cómo tiemblo —repliqué con voz pastosa mientras Miles se despertaba dando un respingo—. Nada de lo que ocurra a partir de ahora será peor que tener un *voyeur*, ¿no?

Su única respuesta fue cruzarse de brazos, pero, como no parecía haber nada más que pudiera hacer, me acurruqué en el mugriento suelo junto a Miles. Resultaba extraño verlo con aquel aspecto tan desastrado; el pelo revuelto le hacía parecer un adolescente.

—¿Cómo te sientes hoy? —le pregunté en un susurro—. ¿Te sigue doliendo la pierna?

—No tanto como el amor propio —me contestó—. Si he de ser sincero, confiaba en que alguien aparecería para rescatarnos, pero empiezo a temerme lo peor. Hace más de doce horas que estamos aquí... A estas alturas nos habrán perdido totalmente la pista en Jaipur.

Parecía haber mucha más animación en la torre que la víspera; desde allí podíamos oír el trasiego de varios pares de pies recorriendo el mirador de un extremo a otro. Sin embargo, por una vez nosotros no éramos el centro de atención, porque pasaron casi dos horas antes de que alguien se presentara en la celda. Era uno de los jóvenes que me habían dado caza por la noche y traía un plato resquebrajado con un par de *chapatis*, un tipo de pan sin levadura que había probado en el palacio del *thakur*. En circunstancias normales no nos habríamos fiado mucho de su aspecto, pero llevábamos tantas horas sin comer que los devoramos en cuanto otro indio nos desató las cuerdas de las manos.

Esos tipos debían de fiarse de mí tanto como de un escorpión, porque no me

quitaron los ojos de encima mientras daba buena cuenta del pan. Cuando hube acabado, y solo después de mucho insistir, accedieron a dejarme ir un momento al baño, aunque se me cayó el alma a los pies cuando seguí al joven de los *chapatis* a la estancia contigua.

—¿Un cubo? —Me giré hacia él—. ¿Un puñetero cubo? ¿A esto lo llamáis «baño»?

—Antes no había más que un agujero en el suelo —repuso el indio—, así que más le vale cerrar la boca. Y dese prisa en terminar; no quiero tenerla cerca mientras hace eso.

—Vaya, por fin algo en lo que estamos de acuerdo. Me imagino que será demasiado pedirnos un poco de papel higiénico. Y una palangana con agua sería un lujo de marajás...

—Si no se deja de cháchara, les diré a los demás que vengan a vigilarla, y puede que a ellos no les dé tanto asco mirar a una *gori* en un momento así. —Eso, muy a mi pesar, me hizo callarme—. Y no se le ocurra intentar escaparse; ya no nos pillaré desprevenidos.

Aunque clavó los ojos en la escalera mientras yo usaba el cubo, no me volvió la espalda en ningún momento ni me dio la menor posibilidad de arremeter contra él. Tras haberme recolocado el vestido como pude, con las muñecas tan doloridas que me ardían en cuanto algo me las rozaba, se dispuso a acompañarme de vuelta a la celda, pero antes de que pudiéramos dar un paso nos encontramos ante el muchacho de la cara quemada.

Toda la cólera que había sentido la noche anterior regresó a mí de golpe, aunque él ni siquiera se dio cuenta. Parecía aún más huraño que antes, si es que eso era posible.

—*Ek minat ruko, Kamal* —le ordenó a su compañero—. El *sahib* me ha pedido que la lleve arriba con él. Al parecer, ha decidido que es hora de comprobar si puede serle útil.

—Un momento, ¿qué estáis...? —Aunque me revolví con todas mis fuerzas, no pude impedir que me retorciera los brazos hacia atrás para atarme de nuevo. Tras asegurarse de que no sería capaz de soltarme, me agarró por el cuello del vestido para hacerme subir los toscos peldaños—. ¿Qué diantres os traéis ahora entre manos y para qué me queréis?

Su única respuesta fue un empujón en la espalda para que siguiera caminando. No me quedó más remedio que hacerle caso, pero mientras seguía subiendo a trompicones no pude evitar preguntarme a quién se referiría con lo de *sahib*. «Si se tratara de alguien que ha pasado la noche en la torre con nosotros, me habría hecho llamar mucho antes».

—Creía que unas cuantas horas de sueño servirían para que te relajaras, pero sigues teniendo las mismas malas pulgas —le espeté sin poder contenerme, aunque tampoco me contestó—. No eres de muchas palabras, ¿no? ¿Ni siquiera tienes un

nombre?

—Más le vale callarse de una vez si no quiere que la acalle yo —contestó de mal humor.

—Una respuesta encantadora, pero no me sirve de mucho. No es muy reconfortante pasarte la noche detestando a alguien que ni siquiera sabes cómo se llama. —Y como no parecía dispuesto a contestar, añadí volviendo la cara hacia él—: Me imagino que tu amo te habrá puesto algún apelativo cariñoso. Caraquemada, Manchitas o algo por el estilo...

Antes de que acabara de hablar, me soltó sobre las resquebrajadas losas del piso al que acabábamos de llegar y, tras observarme unos segundos con los ojos tan entornados que parecían dos rendijas de color negro, me sacudió una bofetada que casi me derribó.

—Espero que esto le sirva de advertencia, si tiene una pizca de sentido común. Una insolencia más, por pequeña que sea, y no me conformaré con cruzarle la cara.

—Qué amable por tu parte, Manchitas —mascullé lo más ácidamente que pude—. Es una auténtica pena que a mí nunca pudiera quedarme tan bien una desfiguración como a ti...

—Santo cielo, pero ¿qué está pasando ahora? ¿Es que nos hemos vuelto todos locos?

La persona que acababa de hablarnos lo había hecho en un inglés tan refinado que por un momento había creído estar en Mayfair. Me giré hacia el soleado mirador al que se accedía desde el hueco de la escalera, rodeado por unas columnas que también habían invadido las malas hierbas, y vi a un caballero de pie delante de uno de los parapetos, afeitándose escrupulosamente frente a un espejo sostenido por otro indio.

El hecho de que se tratara de un *sahib* británico me sorprendió tanto que ni siquiera pude reaccionar. A sus espaldas, los edificios de Bhangarh parecían desperezarse al sol.

—Creí haber dejado claro que no se le podía hacer daño a nuestra invitada —comentó mientras se enjuagaba con una palangana—. ¿Qué más tengo que hacer para que me obedezcáis?

—Solo ha sido una bofetada —repuso el muchacho—. Ni siquiera le ha dejado marca.

—Aun así, no es un comportamiento muy hospitalario. Haz que se acerque para que pueda verla bien, y cuidado con ponerle un solo dedo encima sin mi permiso.

Mi primera impresión fue que me habían conducido ante un miembro desconocido de la Casa de Windsor. Aunque no debía de tener más de cincuenta años, su cabello era completamente blanco y lo llevaba peinado hacia atrás, lo cual remarcaba los ángulos de un rostro que me recordó, con aquellos pómulos parecidos a los de una calavera, a los grabados de Sherlock Holmes que había visto en *The Strand Magazine*. Mi escrutinio le arrancó una sonrisa en la que no participaron sus pequeños ojos del color de la niebla.

—Señorita Lennox —me saludó con una inclinación de cabeza—. No sabe cómo celebro conocerla por fin, pese a que haya tenido que ser en unas circunstancias tan... peculiares.

—Es un modo de expresarlo, aunque nunca había oído a alguien referirse así a un vulgar secuestro —repliqué—. ¿No le bastaba con invitarme a tomar el té en un hotel de Jaipur?

—Digamos que tenía mis motivos para no querer encontrarme con usted en ningún local de la ciudad. Demasiados curiosos desocupados, demasiados ojos por todas partes; por no hablar de que me parecía más práctico trabajar directamente sobre el terreno. —Y alargó una mano de pianista hacia los edificios medio derruidos de Bhangarh—. Supongo que no le descubro nada si le digo que esto es lo que me ha hecho invitarla a venir aquí.

—Por supuesto que no, pero me parece increíble que sea tan cínico. ¿Desde cuándo a una invitada se la golpea en la cabeza, se la tira al suelo y se la maniatada de este modo?

—Puede que tenga razón. —Tras escrutarme durante unos instantes, le dijo al indio con la quemadura en la cara—: Sanjay, desátala. Creo que sabrá comportarse.

Saltaba a la vista que no había nada que a este le apeteciera menos hacer, pero no tuvo más remedio que obedecer a su *sahib*. Se situó de nuevo a mis espaldas para tirar de los nudos y, cuando sentí que la sangre volvía a circular por mis venas, estuve tentada de devolverle la bofetada, pero el caballero me hizo un gesto para que me acercara más.

Había unos sillares desprendidos en una esquina del mirador, y mi anfitrión se sentó con indolencia en ellos mientras secaba la navaja con una pulcritud digna de un cirujano.

—He oído muchas cosas sobre usted en los últimos días, y reconozco que de lo más interesantes —dijo sin dejar de darle vueltas entre sus largos dedos—. Helena Lennox, hija de Lionel y Theodora Lennox, arqueólogos al servicio del Museo Británico. Diecisiete años cumplidos el pasado 21 de marzo, una infancia en Oxfordshire durante la guerra, una adolescencia en Egipto acompañando a sus padres mientras excavaban una tumba...

—Técnicamente se llaman hipogeos —me permití corregirle—. Parece que cuenta con unos espías bastante buenos; no imaginaba que nadie en la India supiera tanto de mí.

—Le sorprendería descubrir lo dinámicas que son las lenguas aquí, sobre todo cuando hay una considerable cantidad de rupias en juego. —El caballero sacudió la navaja para acabar de secarla—. De todas formas, era difícil que usted no llamara la atención, al igual que sucedió con sus padres nada más presentarse en Jaipur.

Lo cual no impide que siga habiendo cosas que desconozca sobre su familia, algo con lo que espero que me ayude...

—Déjese de rodeos: quiere saber qué están haciendo en Bhangarh. O quizá me ha

traído hasta aquí para poder tener algo con lo que chantajearles si las cosas se ponen feas.

—No adelante acontecimientos tan pronto —me advirtió él—. Doy por hecho que se encontrará al corriente de sus indagaciones, como cuando estaba excavando con ellos en Egipto. Si no le ocultaron nada entonces, supongo que tampoco lo habrán hecho ahora.

—Pues lamento tener que decirle que esta vez me han dejado fuera de sus planes. Ni siquiera saben que estoy aquí; lo prepararon todo para que pasara el año entero en Suiza.

—En ese caso, será mejor que eche un vistazo a lo que está pasando ahí abajo. —El hombre le hizo un gesto a Sanjay, que me observaba receloso—. Déjale mis prismáticos.

Esto me hizo volverme extrañada hacia la ciudad, pero cuando comprendí a qué se refería sentí cómo se me aceleraba el corazón. Demasiado pendiente de la conversación, no me había dado cuenta de que alrededor de una de las ruinas se distinguía un pequeño enjambre de siluetas. No tardé ni un segundo en reconocer los andares de mi madre, pero hasta que no me alargaron los prismáticos no vi lo que estaba haciendo.

Solo me había alegrado más de tenerla delante en una ocasión, cuando regresó con mi padre del Somme nada más acabar la guerra. Estaba de pie sobre uno de los muros medio derruidos de un complejo que, a juzgar por su posición, debía de ser el *haveli* de las bailarinas, y dictaba órdenes a unos hombres que se afanaban con unas palas. Había apoyado las manos en la cintura de su vestido de arqueóloga, el mismo que solía llevar en el Valle de los Reyes con un salacot al que ahora había añadido un largo velo violeta.

—En efecto, esa es mi madre —dije sin soltar los prismáticos—, pero no creo que me necesitara para descubrirlo. Bastaría con haber seguido cualquier mirada masculina.

—Sé perfectamente que se trata de ella, señorita Lennox. Lo que quiero es que me cuente qué es lo que se traen entre manos su padre y ella. Hasta hace unos días se habían limitado a inspeccionar el recinto palaciego, pero de pronto se trasladaron a ese lugar...

—Ya le he dicho que no tengo la menor idea de los pasos que están siguiendo. —Al desviar los prismáticos hacia los alrededores me di cuenta de que no había rastro de mi padre, lo cual me extrañó. ¿Dónde se habría metido?—. Lamento no poder serles de ayuda.

—Entonces me imagino que tendremos que persuadirla de otro modo. —Al volverme hacia el caballero advertí, con cierta inquietud, que había dejado de sonreír. La navaja que sostenía en la mano me pareció repentinamente amenazadora—. Les ordené a Sanjay y los demás que se comportaran con usted, pero puede que cambie de opinión si continúa siendo tan poco colaboradora. Ya es mayorcita para entender

qué le conviene.

Aunque el aludido no comentó nada, me bastó mirarle para adivinar que no dudaría en obedecer en cuanto se lo pidieran. No tuve más remedio que contestar a regañadientes:

—Lo que los ha traído a la India ha sido la desaparición de los Brandeth. Son dos arqueólogos del Museo Británico con los que mis padres y yo coincidimos hace años en Londres. Por lo visto, se encontraban en Bhangarh hasta hace unos meses trabajando en un nuevo plano de la ciudad, pero luego se esfumaron; nadie sabe dónde están ahora.

—Se esfumaron —repitió el caballero. Sanjay me miraba de hito en hito, y el indio que había ayudado a afeitarse a su *sahib* parecía alarmado de pronto—. Eso no es posible.

—Me temo que sí, y lo mismo deben de pensar en el Museo Británico. Acabábamos de regresar de Egipto cuando les propusieron a mis padres venir a la India a buscarlos...

—¿De modo que no se han instalado en Bhangarh para excavarla? ¿Lo que tratan de encontrar no está relacionado con las ruinas, sino con sus compañeros desaparecidos?

—Siento que le parezca una meta menos ambiciosa —dije, enarcando una ceja—, pero es lo único que puedo contarle. No tengo ni idea de si mis padres han encontrado alguna pista de los Brandeth o lo único que han hecho en estos días ha sido dar palos de ciego.

—Probablemente lo segundo —comentó él. Una profunda hendidura había aparecido entre sus cejas—. Por lo menos, parecen haber tenido suficiente sentido común como para mantenerse alejados del recinto palaciego tras el anochecer. No me considero un hombre supersticioso, pero a estas alturas he escuchado demasiados rumores extraños al respecto.

Aunque no mencionó lo que sus hombres y yo habíamos visto la noche anterior, la manera en que me miró me hizo adivinar que Sanjay se lo había contado todo. Nadie añadió nada después de esto; el caballero me tendió una mano para recuperar sus prismáticos y continuó con su inspección mientras que yo, sintiendo aún los ojos del joven pendientes de cada uno de mis movimientos, me senté sobre otro de los sillares para observar lo que ocurría en el *haveli* por entre las ramas de los sándalos. «Esto es ridículo —pensé, cada vez más desanimada—. ¡No me puedo creer que estemos a unos pasos de distancia, después de haber recorrido casi diez mil kilómetros tras ellos, y no pueda hacer nada para llamar su atención!».

Acababa de pensarlo cuando reparé en algo que casi me dejó sin aliento. Sanjay y el caballero se habían puesto a hablar en voz baja señalando el *haveli*, de modo que no se dieron cuenta de que a escasos metros de la torre, al pie del templo de Gopinath, habían aparecido media docena de hombres cargados también con cuerdas, palas y otros útiles.

Fue un milagro que mi emoción no me delatara al reconocer a mi padre. Llevaba puesto su inconfundible sombrero de ala ancha y estaba hablando con unos jóvenes de aspecto occidental que, tras asentir con la cabeza, se encaminaron hacia lo poco que se conservaba en pie de otro edificio cercano mientras él se agachaba para examinar algo por su cuenta. Tuve que taparme la boca con las manos antes de girarme hacia Sanjay y el inglés, que seguían inmersos en su conversación; y al comprender que no se estaban enterando de nada, me aproximé un poco más al parapeto procurando no hacer ruido.

No tenía ni idea de qué estaba mirando mi padre, aunque supuse que se trataría de algo relacionado con los cimientos del templo. Mientras me devanaba los sesos cavilando sobre cómo atraer su atención, lo vi quedarse muy quieto de improviso, con una mano extendida sobre los cascotes cubiertos de musgo, antes de levantarla poco a poco. Había algo entre sus dedos, algo de color azul que me hizo llevarme la mano derecha al cuello.

Hasta entonces no me había dado cuenta de que había perdido mi colgante; se me debía de haber caído mientras forcejeaba con Sanjay la noche anterior. Con el corazón en un puño, me quedé mirando cómo mi padre observaba incrédulamente el amuleto de Ra antes de ponerse en pie. Lo vi girar sobre sus talones sin entender nada hasta que, al cabo de unos segundos, distinguió nuestra torre entre los árboles y a mí en el parapeto.

Dudo que mi perplejidad fuera mayor al encontrarme cara a cara con los espíritus del palacio real. Enseguida me llevé un dedo a los labios para que guardara silencio, y después señalé con el pulgar por encima de mi hombro y me cercené imaginariamente la garganta, como diciendo: «Si descubren que me has visto, estaremos perdidos los dos».

Esto hizo que su perplejidad diera paso a la confusión y, al observar el movimiento de los indios que había a mis espaldas, a un arrebato de cólera que le puso la cara como la grana. Vi cómo apretaba el colgante en su puño, con tanta fuerza que por un momento temí que lo fuera a romper, mientras se llevaba la otra mano al chaleco...

«Ni se te ocurra —articulé en silencio, lo más expresivamente que pude—. ¡Nada de empuñar un arma, papá! ¡No aún!». El mensaje debió de quedarle bastante claro por más que no le hiciera ninguna gracia, porque me pareció distinguir en su mandíbula aquel tic de furia mal contenida que mi madre solía decir que había heredado de él. Sacudí ambas manos en su dirección, instándole a regresar al campamento. «¡Márchate cuanto antes!».

Solo Dios sabe el esfuerzo que tuvo que costarle hacerme caso. Otro movimiento en el mirador (Sanjay estaba señalándole a su superior algo que estaba aconteciendo en el *haveli* de las bailarinas) le ayudó a convencerse de que sería mejor replegarse por el momento, no sin antes lanzarme una mirada de advertencia que podía significar tanto «más vale que tengas una buena explicación para esto» como «tu

madre te va a matar».

—... como si estuvieran moviendo cascotes, pero no tiene sentido —decía Sanjay en ese instante—. Hemos revisado el *haveli* tres veces en las últimas semanas, como usted nos ordenó, y es una auténtica ruina. No me pareció que hubiera nada interesante en él.

—Tampoco a mí —reconoció el inglés de mala gana—. Quién sabe, puede que en el fondo los arqueólogos posean un sexto sentido para distinguir cosas que nosotros no...

Su voz se apagó poco a poco, y Sanjay lo miró con las cejas enarcadas.

—¿Ocurre algo, *sahib*? —Los dos nos volvimos en la dirección en la que su superior acababa de orientar los prismáticos, aunque desde allí no podíamos distinguir nada raro.

—Lennox —fue la lacónica respuesta del inglés—. Acaba de aparecer en compañía de unos cuantos ayudantes. Debían de estar inspeccionando los alrededores.

Mi padre, efectivamente, había abandonado la espesura para adentrarse en el espacio despejado que rodeaba las ruinas del *haveli*. Lo vi acercarse a mi madre, que se había sentado en un montón de cascotes, para susurrarle algo al oído; ella lo miró con perplejidad antes de hacer amago de volverse hacia la torre, pero mi padre se lo impidió poniéndole una mano con disimulo en la nuca. «Bien —pensé a punto de suspirar de alivio—, ya lo saben los dos. Ahora solo tendré que esperar a que preparen su estrategia».

Tras unos minutos de absoluto silencio, el caballero se giró hacia mí. Traté de adoptar la expresión más inocente del mundo pese a que mi corazón bailara un claqué.

—¿No le habrán contado sus padres, por un casual, nada relacionado con el *haveli*?

—No que yo recuerde. Ni siquiera estoy segura de saber qué es eso. Todas las palabras indias me hacen pensar en platos exóticos: *haveli*, *tandoori*, *tikka masala*...

—Muy graciosa —me espetó Sanjay—. Es increíble que todavía le queden ganas de divertirse a nuestra costa. Quizá si le hiciéramos una nueva visita a ese amigo suyo...

—Vuelve a tocarle un pelo a Miles, rata de alcantarilla, y me lo pagarás —le aseguré.

—Basta. —Aunque siguió sin elevar la voz, el caballero inglés consiguió acallarnos a los dos. Guardó los prismáticos con expresión sombría—. Ya es suficiente.

—Vaya, por fin estamos de acuerdo en algo. Si tanto les interesa descubrir qué es lo que se traen mis padres entre manos, creo que acabarían antes preguntándoselo a ellos.

—Me temo, señorita Lennox, que por ahora no será posible. Parece que no

piensan pasar en Bhangarh tanto tiempo como creíamos: acaban de empezar a recoger sus cosas.

Capítulo 17

A quello me descolocó tanto como a Sanjay, aunque él tardó menos en reaccionar. —No puede ser —dijo al tiempo que se situaba junto a su superior, aunque este no volvió a sacar los prismáticos—. ¿Se han puesto a levantar el campamento? ¿En este mismo momento?

—Ha debido de ocurrir algo importante mientras estábamos hablando. Puede que la señora Lennox haya dado con lo que estaban buscando mientras su marido se encontraba en otro lugar y hayan decidido regresar a Jaipur lo antes posible para informar sobre ello.

—Pues eso no nos conviene —contestó Sanjay—. Ni a usted ni a nosotros.

Este comentario me hizo fruncir el ceño, aunque seguía tan perpleja que no sabía qué pensar. Me resistía a creer que mis padres fueran a marcharse sabiendo que me encontraba en manos de unos desconocidos; aquello tenía que ser alguna clase de estratagema que acababan de orquestar entre los dos para tenderles una trampa.

Las sospechas del caballero inglés debían de ir en la misma dirección, puesto que dio instrucciones para que nadie se acercara al haveli durante las siguientes dos horas. El tiempo pareció avanzar con la rapidez del barro descendiendo por una colina después de que se marcharan los últimos ayudantes, cargando con todos los bultos hasta desaparecer entre los árboles que ocultaban la entrada de Bhangarh. Mientras tanto, Sanjay no hacía más que dar vueltas por el mirador, con un ojo puesto en las ruinas del haveli y el otro en mí, hasta que su señor pareció llegar a la conclusión de que nos habían dejado solos.

—No sabemos cuánto tardarán en volver de Jaipur ni si lo harán con más gente, así que será una oportunidad perfecta para averiguar qué han descubierto —le dijo, y luego metió las manos en los bolsillos de sus pantalones de *tweed*—. Ve a echar un vistazo al haveli con algunos de tus hombres y no te olvides de llevar a la señorita Lennox con vosotros.

—¿De qué está...? —Sanjay me miró un instante, tan confuso como yo—. ¿Qué le hace pensar que podría sernos útil? Antes dijo que no sabe lo que están haciendo sus padres.

—No lo sabe en una torre situada en lo alto de una colina —repuso el caballero—, pero tal vez se muestre más locuaz sobre el terreno. Ya sabe lo que tiene que hacer si no quiere pasarse la vida encerrada aquí arriba como una Dama de Shalott india.

A juzgar por la expresión con la que Sanjay me ató las muñecas, le apetecería más sacar a pasear a una pantera por Bhangarh que a mí. Cuando acabó conmigo, me hizo regresar al interior de la torre, conduciéndome por los ruinosos escalones y pasando de largo ante la celda en la que había estado encerrada. Durante una fracción de

segundo conseguí atisbar a Miles en un rincón, pero no me dieron la oportunidad de explicarle a dónde me llevaban. «*Mere saath aao, Kamal*», le dijo Sanjay al chico de los chapatis y, cuando los tres desembocamos en la puerta de la torre, les ordenó a otros dos muchachos indios que nos acompañaran. Me disponía a seguirles a regañadientes por la pendiente cubierta de arbustos espinosos cuando Sanjay me agarró de las ataduras para detenerme.

—No nos creerá tan estúpidos como para dejarla salir así, ¿verdad? —Y sacando un trapo de dentro de su túnica, me amordazó sin hacer caso de mi expresión asqueada—. Eso está mejor, mucho mejor. Ahora empiece a moverse. —Me puso una mano en el hombro derecho para conducirme colina abajo—. Y más vale que no se le ocurra hacer nada raro.

No parecía haber más remedio que obedecerle, por mucho que me angustiara dejar solo a Miles. Sanjay encabezó la marcha conmigo y sus compañeros nos siguieron en silencio, desandando el mismo camino por el que me habían hecho volver a la torre después de que aquellas extrañas presencias aparecieran en la entrada del palacio.

Aunque ninguno lo dijera, supe que estábamos pensando lo mismo al desembocar en la explanada que había entre aquella construcción y el templo de Gopinath. Contuve el aliento cuando me hicieron atravesarla rápidamente para sumergirnos en la espesura del otro lado, aunque nada parecía indicar que unas horas antes se hubiera producido un fenómeno paranormal en el palacio. «Todo está en calma ahora mismo —pensé mientras Sanjay tiraba de mis manos atadas, haciéndome tropezar con cada piedra suelta y cada raíz—. Aunque quizá se trate de la calma que siempre precede a una nueva tempestad».

Al cabo de unos minutos más de silenciosa marcha, cuando los pies empezaban a dolerme por caminar descalza, el joven alzó una mano para que nos detuviéramos y me di cuenta de que acabábamos de desembocar en el pequeño claro abierto alrededor del haveli. Del antiguo recinto no quedaba en pie más que la parte inferior de los muros y un fragmento de la torre situada al noroeste, erguida como un decorado de cartón sobre el telón de fondo de las colinas. Las frágiles arquerías parecían a punto de derrumbarse, y desde ellas nos espiaban unos langures que se apresuraron a escabullirse entre chillidos.

—¿Este era el antiguo hogar de las bailarinas? —preguntó un muchacho en voz baja.

—He escuchado algunas historias sobre él —susurró otro que miraba con aprensión los sillares descascarillados—. Un conocido me aseguró que por las noches aún se oye el tintineo de las pulseras de las mujeres, pese a que todas lleven más de un siglo muertas...

—Entonces es una suerte que hayamos venido a plena luz del día —replicó Sanjay, y me dio un empujón para que me hiciera a un lado. No obstante, él también estaba un poco pálido, a juzgar por la mitad intacta de su rostro—. No sabemos

cuánto tardarán en regresar los Lennox, así que más vale que no perdamos el tiempo. El *sahib* afirma que tiene que haber algo aquí que les ha llamado la atención.

Mientras el muchacho de los chapatis se encargaba de vigilarme, sus compañeros comenzaron a recorrer el perímetro del edificio para rebuscar entre la maleza lo que fuera que mis padres acabaran de descubrir. «Esta gente no sabría reconocer una pista ni aunque se pusiera a bailar ante ellos», me dije cuando me dejaba caer sobre las raíces de un árbol, aún con las manos atadas. No había tardado ni un minuto en darme cuenta de que habían estado cavando cerca de los cimientos y también de que unos metros más allá, a mi derecha, había unos cascotes que alguien había cambiado de sitio hacía poco.

Fueron precisamente aquellas piedras a las que habían arrancado el musgo las que me dieron la idea. Me volví hacia mis secuestradores, que se habían puesto a discutir airadamente en su idioma, y me levanté para acercarme a ellos.

—Creo que la gori quiere decirnos algo —aventuró el tal Kamal, no muy convencido.

—Y, de paso, ponerse a dar gritos para alertar a cualquier rezagado que pueda haber por aquí —intervino Sanjay sin molestarse en mirarme—. No le prestéis atención; ya se cansará.

Sin embargo, no pudo seguir ignorando durante mucho tiempo mis gruñidos y al final accedió de mala gana a quitarme la mordaza. Cogí aire, aliviada, antes de decirles:

—El haveli. Ese rincón de ahí, donde aún se conserva en pie parte de una torre. —Les señalé con la barbilla el lugar exacto en el que había visto encaramada a mi madre unas horas antes—. Han debido de encontrar algo importante en esa parte de la construcción.

—Yo no veo nada fuera de lo normal —replicó Sanjay, mirando a regañadientes en la dirección que les indicaba—. Solo una hilera de arcos a punto de desmoronarse...

—¿No te das cuenta de que las piedras de esa parte parecen estar más limpias, como si les hubieran arrancado las malas hierbas? ¿Para qué se habrían molestado en hacerlo?

—A mí me parece que tiene razón —oí decir a Kamal a mis espaldas—. Esa esquina se encuentra cubierta de hierbajos, pero en la parte superior, incluso desde esta distancia...

—Ahora va a resultar que tú también eres un arqueólogo —gruñó Sanjay, y el joven se calló de inmediato. Se volvió entonces hacia mí—. ¿Por qué demonios se pondrían sus padres a investigar esa parte del haveli si se supone que tendrían que estar excavándolo?

—¿Y a mí qué me cuentas? Ya le expliqué a tu señor que no tengo la menor idea de lo que están haciendo, pero sí sé reconocer su manera de trabajar. Si tantas ganas tienes de descubrir qué se traen entre manos, ayúdame a subir ahí arriba antes de que

vuelvan.

Esto le hizo mirarme con tanto recelo que suspiré, enseñándole mis manos atadas.

—Solo serán unos minutos, lo que tardemos en reconocer la torre. Claro que si prefieres que nos quedemos esperando a que mis padres regresen con más hombres...

—Maldita sea, cállese de una vez —rezongó él. A una señal suya, uno de los indios se acercó para desatarme y, cuando hube recuperado la movilidad de las manos, Sanjay me empujó hacia los escombros del haveli—. Ahora muévase, pero recuerde que estaré todo el tiempo detrás de usted. Un solo movimiento en falso y le aseguro que me las pagará.

Mientras los demás nos observaban con cierta aprensión, nos encaramamos a las primeras piedras para comenzar a escalar poco a poco hasta la parte del edificio que aún no se había venido abajo. Los muros eran aún más inestables de lo que imaginaba, tanto que en más de una ocasión tuve que asegurarme, dando golpecitos sobre los sillares, de que no se derrumbarían bajo nuestro peso. Nos llevó casi un cuarto de hora alcanzar la esquina del haveli y, para cuando lo conseguimos, los dos nos encontrábamos sin aliento.

—Bueno —logró decir él al cabo de unos segundos—, por fin hemos llegado. ¿Dónde se supone que están esas piedras? —Se volvió sobre sus talones—. ¿No son todas iguales?

—Ahí delante —indiqué mientras me acercaba a los restos de la torre. Sanjay se apresuró a seguirme, provocando una lluvia de piedrecitas que hizo que los indios que esperaban al pie del haveli se apartaran un poco—. Junto al último arco, en la esquina del edificio...

Para entonces nos encontrábamos a unos cinco metros de altura y, a juzgar por las constantes miradas que Sanjay dirigía a los árboles, no veía el momento de acabar con aquel asunto para regresar a tierra. Deteniéndome, señalé unos cascotes un poco más claros que el resto de los sillares y el muchacho, tras hacerme un gesto para que me quedara donde estaba, se acercó paso a paso a ellos con expresión de desconfianza.

Era la oportunidad que había estado esperando. Antes de que ninguno de los suyos pudiera reaccionar, eché a correr hacia él para darle un empujón con todas mis fuerzas.

—*Dhyaan!* —Oí gritar a los demás mientras Sanjay, con un alarido de sorpresa y de horror, se precipitaba sacudiendo los brazos al vacío. En lugar de quedarme observando lo que sucedía con él, corrí hacia el extremo opuesto del muro sintiendo cómo las piedras se desprendían bajo mis pies y, una vez que me hube asegurado de que a ningún indio le había dado tiempo a rodear el edificio, me dejé caer sobre los arbustos que crecían al otro lado.

Sabía que no tenía mucho tiempo para adentrarme en la espesura. Me incorporé precipitadamente, casi sin respiración, y me interné entre los sándalos mientras oía a mis espaldas unas voces entre las que creí reconocer la de Sanjay. Maldiciéndome por

no haber cogido el plano de Bhangarh la tarde anterior, me peleé con unos espinos para tratar de abrirme camino en la dirección en la que supuse que se encontraría la entrada de la ciudad, pero acababa de salir a otro claro cuando alguien me agarró de un tobillo.

—¡Arrastrándose como una serpiente, como siempre hacen los suyos! —Solté un grito al reconocer a Sanjay, que tiró de mi pierna para darme la vuelta, con los ojos ardiéndole de ira—. ¿En serio creía que sería tan fácil huir de mí, condenada zorra sin escrúpulos?

Un profundo arañazo había aparecido en su mejilla sana, si bien no parecía tener más magulladuras; también él debía de haber caído sobre unos arbustos. Me revolví con todas mis fuerzas para soltarme, aunque me había inmovilizado el brazo derecho sobre la hierba. En un acto instintivo, me llevé la otra mano al escote del vestido para agarrar la horquilla que me había guardado la noche anterior y en la que nadie había reparado.

—¡Será...! —rugió el joven cuando se la clavé en el cuello. Sus dedos se aferraron a los míos para apartarme la mano, retorciéndomela hasta que se me escapó otro grito—. Es una suerte que nuestro *sahib* no se encuentre ahora mismo con nosotros. Sé que no está de acuerdo con ciertos métodos, pero parece ser —me sacudió una nueva bofetada, aún más furibunda que la anterior— que son lo único que funciona con las alimañas como usted...

—Hasta aquí hemos llegado, chaval. —Unos pantalones de lona aparecieron de repente en mi campo visual—. Acabas de darme la excusa que necesitaba para despellejarte vivo.

Antes de que pudiera comprender lo que ocurría, mi padre agarró a Sanjay del pelo para quitármelo de encima y, echando su puño apretado hacia atrás, le asestó un golpe que lo hizo tambalearse antes de caer de espaldas. Me incorporé sobre un codo con la boca entreabierta, observando cómo seguía golpeándole con todas sus fuerzas hasta que el muchacho, con un hilo de sangre resbalándole por el labio, consiguió alejarse hacia la espesura que nos separaba de sus compañeros. Entonces se acercó a mí y me arrojé en sus brazos con tanto ímpetu que casi le hice caer al suelo.

—¡Papá! Por un momento creí que... Cuando vi que os habías marchado, yo... yo...

—Qué poco parece conocer nuestros métodos a estas alturas. —Sonrió mientras me apretaba contra sí. Estaba tan aliviada de verle que reía y lloraba al mismo tiempo—. Pero será mejor dejar los abrazos para después: me parece que la diversión acaba de empezar.

Antes de que pudiera añadir nada más, capté un crujido entre los arbustos y Kamal apareció en el claro sujetando algo que me hizo chillar: una pistola que no había imaginado que tuvieran. Mi padre me apartó de un empujón para ponerse ante mí, pero al indio ni siquiera le dio tiempo a apuntarnos con ella. Un disparo hizo alzar el vuelo a unos pájaros mientras Kamal, después de trastabillar incrédulamente hacia

atrás, caía en la hierba apretándose entre gemidos el hombro derecho. La sangre que brotaba como una rosa de su camisa me dejó paralizada: era la primera vez que presenciaba algo semejante.

—Querido, tú siempre tan poco sutil. —Ahora fue mi madre quien se aproximó a nosotros, chasqueando la lengua—. Nunca comprenderé qué le ves de atractivo al boxeo.

—¿Mamá? —fue lo único que conseguí articular. El arma humeante que sostenía en la mano me dejó aún más perpleja—. Esto no tiene ningún sentido. Debo de seguir soñando.

—Pues más vale que seas capaz de correr en sueños, porque nos encontramos a una buena distancia del coche y esos amigos tuyos no parecen dispuestos a darnos un respiro.

Dicho esto, me agarró de un brazo para alejarnos a toda velocidad de las ruinas del haveli mientras mi padre, que acababa de sacar su propio revólver, cerraba la marcha sin dejar de observar escrutadoramente a nuestras espaldas. Las voces de los indios eran más audibles; lo más probable es que acabaran de encontrarse con el malherido Kamal.

—La verdad es que no esperábamos que estuvieran tan armados, pero por suerte les sacamos ventaja —reconoció mi madre sin soltarme—. Si nos escondemos en alguno de los templos cercanos a la entrada, podremos correr hacia la muralla en cuanto se despisten.

—¡Pero mi amigo Miles aún está en manos de esos tipos! —Me detuve en otro claro abierto entre los sándalos—. ¡No puedo abandonarle después de lo que ha hecho por mí!

—Me temo que no es negociable, señorita —dijo mi madre, tirando de nuevo de mi brazo—. Hay un momento para salvar la propia piel y otro para intentar hacer lo mismo con la de los demás, y quien no es capaz de distinguirlos... Lionel, ¿qué estás haciendo?

—He olvidado coger más balas antes de levantar el campamento —rezongó él—. Pero no lo entiendo, juraría que tenía... —Sin dejar de correr, mi madre sacó un paquete de su chaleco y se lo lanzó—. Ah, bueno, supongo que me casé contigo por esta clase de cosas.

En cuanto nos alejamos del haveli, la espesura se volvió tan impenetrable que casi tuvimos que luchar a brazo partido con ella para poder atravesarla. Pronto tuvimos la cara y las manos tan cubiertas de arañazos como Sanjay, y empezaba a preguntarme si no estaríamos avanzando en la dirección equivocada cuando mi madre señaló un puñado de edificios medio derruidos que acababan de aparecer entre los árboles. Reconocí de inmediato los puestos ruinosos del antiguo bazar de Bhangarh, pero en cuanto dimos un paso hacia ellos nos percatamos de que Sanjay y los demás también habían abandonado la espesura un poco más adelante, rodeando el mercado para cortarnos el paso.

—Meteos ahí dentro. —Sin apartar los ojos de ellos, mi padre nos empujó hacia uno de los puestos antes de apuntarles con su revólver—. ¡Meteos ahí y no se os ocurra salir!

—Ah, por el amor de Dios, ¿otro empeñado en hacerse el héroe? —resopló mi madre.

—¡Son demasiados para abrir fuego al mismo tiempo, y cuando queramos darnos cuenta nos habrán rodeado por completo! Por una vez en tu vida, Dora, haz caso de lo que te...

—¿Qué es ese ruido? —exclamé por debajo del brazo con el que mi madre me protegía. Aunque apenas lo oía por culpa de los disparos, juraría que una especie de bramido se acercaba más a nosotros—. ¿Es el rugido de un motor?

Sanjay también parecía haberlo oído, porque se dio la vuelta segundos antes de que algo enorme de un negro reluciente arremetiera contra sus compañeros. Mi padre soltó un «¿qué demonios?» y mi madre un grito cuando, a través de la polvareda que se había levantado, reconocimos la silueta de un descapotable que acababa de frenar ante nosotros.

La aparición de un platillo volante no me habría resultado más pasmosa en medio de la ciudad en ruinas, aunque lo que realmente me dejó boquiabierto fue el conductor.

—¡Señor Singh! —solté cuando el polvo se posó lo bastante como para distinguirlo.

—¿A qué están esperando? ¡Suban de una vez! —nos apremió Arshad sin dejar de aferrar el volante—. ¡Ya tendrán tiempo más adelante de explicarme lo que ha ocurrido!

Mis padres parecían haberse quedado tan perplejos como yo, pero me siguieron a todo correr cuando me precipité hacia el coche. Casi nos arrojamos sobre los asientos mientras Sanjay y los demás, pasado el primer instante de estupefacción, comenzaban a abrir fuego sobre nosotros. Una bala estuvo a punto de alcanzar a mi madre en un pie, pero mi padre tiró de ella justo antes de que Arshad arrancara haciendo crujir la gravilla.

Poco después, dejábamos atrás los últimos puestos del bazar y enfilábamos el destartalado sendero que comunicaba la ciudad en ruinas con Jaipur. Otro coche permanecía aparcado más allá de la última muralla; supuse que sería el que mis padres habían alquilado para trasladarse a Bhangarh con todos sus pertrechos. Tuve que cerrar los ojos cuando pasamos de largo ante él, todavía con la respiración entrecortada.

—¿Estáis... estáis bien los dos? —conseguí preguntar desde el asiento del copiloto. Al girarme hacia mis padres, constaté que parecían tan exhaustos como yo, aunque asintieron en silencio—. No me puedo creer que lo hayamos logrado. Estaba segura de que...

—Diría que a estas alturas no tendría que extrañarme nada que viniera de usted,

pero me da la impresión de que todavía puede superarse —comentó el thakur, sin apartar los ojos del espejo retrovisor. Al echar un vistazo al que había a mi izquierda comprobé que nuestros perseguidores no eran más que unas motas oscuras en la distancia—. Es bastante irónico que haya tenido que ser un nativo quien los salve de otros nativos.

—Para su información, señor Singh, la cabeza pensante que se encuentra detrás de todo esto es tan inglesa como yo —contesté un poco más tranquila. Aquel coche daba la impresión de deslizarse como una pluma por el aire—. Eso es lo más inquietante de todo.

—¿Qué estás diciendo, Helena? —se asombró mi padre—. ¿Esos tipos no eran indios?

—Solo los que hacían el trabajo sucio; el que se encontraba al mando parecía ser alguien importante. Sabía cosas sobre vosotros dos y también sobre los Brandeth...

—Maravilloso —repuso mi madre, desprendiéndose con cansancio del salacot—. Está visto que tenemos un talento innato para la discreción. Habríamos llamado menos la atención contando a doble página en *The Times of India* lo que nos ha traído hasta aquí.

La vi estirar con pesar su velo de seda violeta, agujereado en un extremo por una de las balas de Sanjay. Al echar un vistazo por encima de su cabeza me di cuenta de que la ciudad había quedado reducida a un montoncito de piedras sanguinolentas en la lejanía.

—Bueno —continuó ella—, supongo que no tiene sentido preguntarnos a estas alturas qué hemos hecho mal. Lo importante es que hemos conseguido escapar con vida gracias a este caballero, al que te recuerdo que todavía no nos has presentado...

—Ah —dije un poco cohibida de repente—, tienes razón... Estos son mis padres, señor Singh, aunque ya se lo habrá imaginado. —Arshad se limitó a sacudir la cabeza, con los ojos clavados en el sendero que cada vez se ensanchaba más—. Él es Arshad Singh, el thakur de Jaipur... el hermano del marajá. Nos conocimos la noche en que llegué a la ciudad.

Al escuchar esto, mi madre apartó los ojos de su velo y mi padre, recostado en el asiento trasero con aspecto agotado, se nos quedó mirando con la boca abierta. Decidí dejar para más tarde el resto de la historia; había otras cosas que reclamaban mi atención.

—¿Qué demonios está haciendo usted aquí? —le pregunté a Arshad—. No es que no me alegre de que haya venido, pero no consigo entenderlo... ¿Cómo supo dónde estaba?

—Anoche, cuando estaba a punto de comenzar el banquete, uno de mis criados me contó que acababan de encontrar su bolso en uno de los corredores del *mahal*, supimos que era suyo por el pasaporte —contestó él—. Aquello me extrañó tanto que encargué a un par de hombres que la buscaran procurando no alertar a mis invitados, pero no tardamos en averiguar que el hijo del señor Fielding había desaparecido

también.

—¿Fue él quien le contó lo que me traía entre manos con Bhangarh? —pregunté, y Arshad sacudió la cabeza de nuevo—. Ahora lo entiendo. Yo nunca había hablado de la ciudad con usted, de modo que no podría habersele ocurrido que me encontraba aquí.

—Fielding no las tenía todas consigo —me advirtió Arshad—, pero parecía ser la única explicación posible y no perdía nada acercándome en coche a este lugar. Para no alarmar antes de tiempo a las autoridades inglesas, decidí esperar a que concluyera el banquete, de modo que mis parientes creyeran que Damayanti y yo nos marchábamos de luna de miel...

—Pues debe de estar odiándome ahora mismo —me lamenté—. ¿Dónde la ha dejado?

—En casa de mi hermano Narendra, el thakur de Alwar. Su palacio se halla a unos sesenta kilómetros al noreste. —Señaló con el mentón las colinas que acababan de aparecer a la izquierda, cubiertas por una densa vegetación—. No tardaremos en estar allí.

Aquello me hizo sentir aún más culpable, aunque no me atreví a añadir nada más. En el fondo me conmovía lo que Arshad estaba haciendo por mí, sobre todo después de haber sido deliberadamente maleducada la última vez que habíamos hablado. Quizás, en el fondo, Raza tenía razón; a lo mejor su antipatía hacia mí nunca había sido algo personal.

—Así que hermano de un marajá —comentó mi padre—. Eso explica muchas cosas, en especial lo de esta preciosidad. ¡Creo que nunca había visto un coche tan impresionante!

—Un Cadillac 61 de ocho cilindros —contestó Arshad con un inconfundible orgullo que me cogió por sorpresa. No había imaginado que le apasionaran tanto los coches—. Lo compré el año pasado en Bombay para usarlo en las cacerías de tigres de Bengala.

—Esta sí que es buena —exclamé, y me volví hacia él—. ¿El defensor a ultranza de la independencia india no considera que seamos tan malos si hay automóviles por medio?

—Cadillac es una marca americana —repuso él—. Puede que los marajás estén ahora mismo obsesionados con los Rolls-Royce, pero prefiero desplazarme en un tonga antes que en un coche inglés. Mi hermano Devraj puede quedarse con todos los que se le antojen; en mi boda no dejó de hablar de los catorce Silver Ghost que tiene ya.

—Muy propio de usted ser tan fiel a sus principios, pero le recuerdo que ahora está conduciendo por la izquierda. En ciertos asuntos nunca conseguirá librarse de nosotros.

—Una palabra más, Helena Lennox, y te dejo en la cuneta para alimentar a las fieras.

Me recosté en el asiento sin poder reprimir una sonrisa y, por primera vez en las últimas horas, me permití relajarme acunada por el murmullo del motor, aunque la mirada de sospecha que sorprendí de mi madre en el espejo retrovisor me hizo adivinar que en Alwar tendría que darle más explicaciones de las que me habría gustado.

Capítulo 18

Faltaban unos minutos para que se escondiera el sol cuando la silueta de la ciudad emergió en el horizonte. Alwar era mucho más pequeña que Jaipur, un enclave situado al pie de una afilada colina, con numerosos pabellones y balcones cargados de adornos que se contemplaban en un enorme estanque de aguas verdes. Arshad nos condujo entre las mansiones indias y algún que otro *bungalow* inglés hasta adentrarse en el patio de un *mahal* parecido al suyo. Una fuente susurraba sus secretos en el centro de la explanada, rodeada por las alas del complejo palaciego en tres de sus lados. Arshad fue el primero en bajar y después se acercó para abrirme la puerta, pero nada más poner un pie en tierra me encontré con que mi padre se le había adelantado para estrecharme entre sus brazos.

—Antes no pudimos saludarnos en condiciones, pero no sabes cómo me alegro de tenerte aquí. —Me reí cuando me levantó en el aire como si siguiera siendo una cría—. Está visto que no nos conviene dejarte atrás nunca más. ¡A saber qué habría sido de nosotros!

—Tampoco se lo repitas mucho si no quieres que se lo crea —respondió mi madre. Ella también sonreía, aunque después de abrazarme anunció—: Estás castigada durante un año.

—¿Qué? —me escandalicé—. ¿Así es como me agradeces que haya venido a ayudaros?

—No seas cínica, Helena. Sabes bien que si has hecho esto ha sido para no ir a Mont-Choisi, no porque supieses que querían tendernos una trampa en Bhangarh.

—Lo raro es que no se fugara el mismo día que la dejamos sola —comentó mi padre con una sonrisa torcida—. La verdad es que ha sido un debut impresionante. ¿Cómo te las apañaste para que te permitieran subir a bordo del barco sin ser todavía mayor de edad?

—Traté de sobornar a uno de los pasajeros —dije risueña. No obstante, al acordarme de Miles me asaltó la misma punzada de culpabilidad que en Bhangarh. «Seguramente le habrán contado ya que me he marchado sin él. Debo de estar pareciéndole una ingrata...».

—Esa es mi chica —soltó mi padre, y me revolvió el pelo—. Me recuerda a lo que tuve que hacer a los quince años para marcharme de Italia, aunque en mi caso no tenía más que veinte liras y no me quedó más remedio que esconderme en la bodega de un vapor.

—Está visto que no puedo competir con semejante referente —bufó mi madre, pero antes de que le contestáramos las grandes puertas del *mahal* se abrieron y un muchacho poco mayor que yo, ataviado con una túnica azul claro, se acercó para saludar a Arshad.

Me di cuenta de que debía de ser Narendra, su hermano pequeño. Los dos tenían el mismo cabello ondulado, aunque Arshad lo llevaba más largo, y unos ojos parecidos que en el caso de Narendra eran oscuros, no verdes. Mientras hablaban rápidamente en hindi me fijé en que varias siluetas se movían detrás de unas celosías situadas en el ala de la derecha. Vi relucir unas joyas aquí y allá, unos retazos de un sari plateado y, al cabo de unos segundos, una de las celosías se entreabrió dejando asomarse a una joven.

El rostro en forma de corazón de Damayanti era inconfundible, incluso cuando se escondía entre las sombras para no dejar de respetar el *pardah*. Buscó con los ojos a Arshad hasta que consiguió localizarlo y, al hacerlo, se cubrió la boca con ambas manos. Nunca había presenciado un alivio como el suyo al comprobar que seguía vivo.

—*Shubh sandhya*, señores —nos saludó Narendra, dedicándonos un *namaste*—. Les doy la bienvenida a mi hogar, aunque siento tener que hacerlo de una manera tan informal...

—No se preocupe por eso —contesté, y luego le alargué una mano que, tras unos segundos de vacilación, el joven príncipe se atrevió a estrechar—. La culpa es nuestra, en realidad.

—Es posible que recuerdes a la señorita Lennox de mi boda; fue la que casi acabó con las bandejas de *jale bis* de almíbar —ironizó Arshad, ganándose una mirada de rencor reconcentrado por mi parte—. Acabo de recogerlos a sus padres y a ella en Bhangarh. Por lo visto, la situación es muy inquietante en ese lugar, más de lo que imaginábamos.

—¿De modo que tus sospechas eran ciertas? —se sorprendió Narendra—. ¿Alguien se mezcló con tus invitados para acceder al *mahal* y secuestrarlos a Miles Fielding y a ella?

—Me parece que es una larga historia, aunque ni siquiera yo tengo claro qué es lo que está ocurriendo —comenté—. Lo único que sé es que alguien ha estado siguiéndome desde que puse un pie en Jaipur antes de ayer. Ya estaba en el palacio de Arshad el día de su boda, porque se dedicó a revolver mis cosas mientras hablábamos en los jardines, y poco después me siguió al club inglés para tratar de acabar conmigo mediante una cobra.

—¿Qué demonios estás diciendo? —se espantó mi madre—. ¿Una cobra? —Y se volvió hacia mi padre echando chispas por los ojos, como retándole a que se lo tomara a broma.

—Era bastante mona —aseguré—, pero lo que me preocupa es que los ingleses de Jaipur están metidos hasta el cuello en esta intriga, probablemente desde el momento en que los Brandeth desaparecieron. Han estado espiándoos todo este tiempo para no...

—¡Señorita Lennox! —Un grito en la entrada del *mahal* nos hizo volvernos. Me llevé una sorpresa al observar que era Fielding padre, con su rostro rubicundo ahora

pálido por la angustia. Vino corriendo hacia nosotros entre jadeos—. ¿Dónde está Miles?

—Se ha... se ha quedado en Bhangarh —acerté a decir—. Nuestros secuestradores lo dejaron maniatado en la torre de vigilancia mientras me llevaban a las ruinas del *haveli*.

—¿Y han tenido la sangre fría de abandonarlo allí, sin saber qué sería de él? ¿Cómo pueden haberle dado la espalda sus padres y usted a un compatriota en semejante situación?

—¿Qué quería que hiciéramos, darnos la vuelta, esquivar las balas y escalar hasta lo alto de la torre para rescatar a Rapunzel? —protestó mi padre—. ¿No se da cuenta de que, si hubiésemos hecho eso, ahora estaríamos muertos y su hijo, en paradero desconocido?

—Inconscientes —continuó murmurando Fielding con los ojos desorbitados—. Nunca lo habría imaginado de unos ingleses. ¡Cuando más unidos tenemos que mantenernos...!

—Si consigue quedarse callado durante medio minuto, me dará tiempo a explicarle que Narendra y yo ya hemos avisado a las autoridades de lo ocurrido —replicó Arshad, y Fielding lo miró perplejo—. Cuando supimos que Helena y su hijo habían desaparecido, nos pusimos en contacto con el superintendente de la policía de Jaipur para denunciar el secuestro. Ahora mismo deben de estar registrando cada palmo de la ciudad; en cuanto hayan encontrado a su hijo, lo traerán con nosotros y usted podrá obrar como le plazca.

«Eso será si se atreven a entrar allí —pensé mientras me daba la vuelta para observar cómo se ponía el sol tras la colina, bañando los muros del palacio con una pátina de oro rojo—. Pronto se habrá hecho de noche y ningún indio querrá acercarse al palacio real». Al menos me quedaba el consuelo de no haberle contado a Miles lo que había observado horas antes; dudaba que pudiera dormir tranquilo sabiendo que los rumores eran ciertos.

—Entonces, supongo que... que no habrá más remedio que esperar —dijo Fielding no muy seguro—. Quizá si me permitierais llamar por teléfono al Administrador General...

—También lo hemos hecho —respondió Arshad—. El señor McAllary no estaba en su despacho en ese momento; al parecer, se encontraba en el club. Confiemos en que no le cause demasiados trastornos postergar su partida de polo para ocuparse de este asunto.

A Fielding no se le ocurrió qué más decir. Costaba reconocer en aquel hombre tan trastornado y sudoroso al caballero que me había hablado con tanta displicencia de los nativos. «Está muerto de miedo. Miles debe de importarle mucho más de lo que él cree».

—En fin... me parece que será mejor que descansen un poco —intervino Narendra—. Lo único que podemos hacer por ahora es armarnos de paciencia. Les

pediré a mis criados que les preparen unas habitaciones, señorita Lennox, y también que les sirvan una buena cena.

—No sabe cómo se lo agradeceríamos —contesté aliviada; mi estómago rugía desde hacía casi una hora. Narendra dio unas órdenes en su lengua y unos muchachos se nos acercaron para conducirnos al *mahal*. Antes de seguir a mis padres, no obstante, me giré hacia Arshad, que estaba sacudiéndose el polvo de las manos—. Oye, Arshad... muchas gracias por lo que has hecho, en serio. No sé qué habría sido de nosotros sin tu ayuda...

—No tiene importancia —respondió él, aunque pareció algo sorprendido—. Supongo que ningún súbdito del Imperio habría abandonado a su suerte a su lengua más afilada.

—Especialmente si jugar con cuchillos le divierte tanto como a ti —repliqué con una sonrisa antes de dirigirme a la entrada del *mahal*, en la que me aguardaban mis padres.

Los sirvientes nos condujeron por unas habitaciones muy similares a las del palacio de Arshad que dejaron a mi madre boquiabierta; por lo visto, el Hotel Rajputana no tenía nada que hacer a su lado. Nos instalamos en unas alcobas que daban a la colina, sobre la que empezaban a despuntar unas estrellas tempranas. La alfombra de la sala de estar era un caleidoscopio en tonos azules y morados, a juego con las pinturas que decoraban las paredes y las filigranas de estuco esculpidas en el techo. En el centro había un círculo de cojines colocados en torno a una mesa baja, en la cual nos acomodamos media hora más tarde para disfrutar de los deliciosos platos que nos fue llevando una comitiva de criados.

Parecía que aquel cocinero tampoco tenía nada que envidiar al de Arshad. Puede que no hubiera cordero con *curry*, pero sí pollo *tikka masala*, arroz basmati con mantequilla de búfalo, tortitas con salsa de yogur y menta, verduras troceadas con mango y una bandeja de bizcochos de almendras y pistachos que nos duró un suspiro. Mi padre se lo pasó en grande oyéndome contar los pormenores de mi viaje, pero mi madre mantuvo el ceño fruncido como solo ella sabía hacer, pese a estar muriéndose de ganas de sonreír.

—Oliver te va a matar —dijo, sacudiendo la cabeza—. No sé cómo vamos a lograr que nos perdone cuando regresemos a casa. Después de esto, no querrá cuidar ni de un cactus.

—Ese Fielding parece ser de los nuestros, aunque se haga el estirado —dijo mi padre con aire pensativo—. Es curioso que no le temblara el pulso al sobornar al radiotelegrafista.

—Yo diría que fue más un chantaje que un soborno, dado que le debía unos cuantos favores desde hacía tiempo. —Rebañé el cuenco del yogur con la última tortita antes de preguntar—: ¿Qué creéis que habría ocurrido si Fielding no hubiera decidido intervenir?

—Que tu tío habría descubierto en el acto dónde estabas y, conociéndole, no se

habría quedado esperando en Tilbury —dijo mi madre—. Habría viajado en barco hasta Le Havre, habría cogido un tren a Marsella y te habría echado el lazo en la segunda escala.

—Chloë debe de estar enfadadísima conmigo —confesé—. Menos mal que les envié una carta desde Bombay explicándoles dónde estaba. Supongo que eso les tranquilizará.

—De todas formas, mañana les pondré un telegrama para que sepan que no tienen que preocuparse más por ti —contestó mi padre. Se sirvió un poco más de arroz antes de decir—: Ese chico, el tal *thakur*... —Alcé la vista de inmediato—. No parece un mal muchacho. Me asombra que alguien como él, hijo de un marajá y todo eso, se implique tanto en el rescate de una extranjera. Tampoco es que hayáis podido hablar mucho, ¿no?

—Lo suficiente —me limité a contestar. Y al darme cuenta de que mi madre volvía a mirarme con la misma sospecha que en el coche, añadí—: Ya habéis escuchado que se casó ayer. Tiene una esposa preciosa que quizás se digne a presentarnos.

—Una esposa con la que supongo que se casó a ciegas —apuntó mi madre. ¿Por qué parecía tan recelosa?—. Puede que no todo el mundo se alegre de que te encuentres aquí.

—Me parece que voy a salir para que me dé el aire un rato. Estoy mareada del viaje.

Las prisas con las que abandoné la habitación casi me hicieron caer sobre la alfombra cuan larga era. Fue un alivio descender hasta los jardines del palacio, sumidos en una penumbra en la que los puntos de luz de las celosías de las mujeres recordaban a estrellas caídas del cielo. Los criados me habían llevado unas zapatillas de seda, pero la hierba parecía tan fresca que me las quité para poder caminar descalza por uno de los cuadrados salpicados de flores. Hasta la noche tenía su propia paleta de colores en aquel país, una que convertía los jardines en un cuadro pintado con plata, verde oscuro y azul de medianoche. «Es como si me hubiera despertado dentro de una novela oriental».

Alguien entonaba un raga al otro lado del recinto, acompañándose de un sitar tan melancólico que me encogió el corazón. Fue imposible no acordarme de Miles una vez más, aunque mis pensamientos no hicieran más que volar hacia otra persona; quizás el miserable de Sanjay le había hecho pagar por mi escapada o incluso (y aquello me hizo sentir aún peor) por sus heridas y las de Kamal. Era mucho suponer que no se hubiera desquitado con mi amigo, teniendo en cuenta lo que le había hecho la noche anterior por mi culpa. Y estaba preguntándome cuánto tardaríamos en dar con él cuando me pareció escuchar un rumor de voces que me hizo volverme hacia el palacio.

No me costó reconocer a Fielding, casi tan acongojado como antes, pero me llevé una sorpresa al comprobar que quien le acompañaba era Arshad. Estaban hablando en

una estancia abierta a los jardines en la que ardían unas lámparas de aceite. Cuando me acerqué sin hacer ruido, caminando de puntillas sobre la hierba, oí decir al abogado:

—... imposible, sobre todo si el superintendente de la policía ha decidido ocuparse personalmente de este dichoso asunto. ¡No entiendo cómo no los han atrapado!

—¿Es que no ha escuchado nada de lo que le he contado? ¿No se da cuenta de que en ese sitio debe de haber cientos de recovecos donde podrían haberse escondido? De nada le servirá mesarse los cabellos, Fielding; mejor deje a los agentes hacer su trabajo.

—Cómo se nota que no tenéis a ningún ser querido allí, alteza. De haber sido Miles sangre de vuestra sangre, os habríais presentado en Bhangarh con un *kukri* en cada mano.

Su tono cada vez más furioso no me sorprendió tanto como aquel «alteza». Esa era la manera en que tendría que estar dirigiéndome a Arshad, pero la verdad era que estaba tomándome bastantes libertades. Para entonces había alcanzado casi las puertas abiertas de la estancia y me acurruqué con el mayor sigilo posible en un arbusto cercano.

Durante unos minutos no capté más que «¿un Vidi?» por parte de Arshad y un malhumorado «tengo mi propio tabaco, muchas gracias» de Fielding. No obstante, tras un silencio tan prolongado que me pregunté si seguirían allí, oí decir al anciano:

—He tratado de postergarlo cuanto he podido, pero creo que debo hablaros de algo importante, alteza. Cuando nos presentamos en vuestro *mahal*, Miles propuso esperar a que concluyeran los festejos de vuestra boda para ocuparnos del testamento del marajá...

—Por favor. —Había tanto desdén en la voz de Arshad que me alegré de que no me estuviera hablando a mí—. ¿Tiene que acordarse de esas frivolidades justo ahora?

—Si supierais de qué os estoy hablando, no emplearíais esa palabra. Ni a mí se me ocurriría mencionarlo en un momento en el que lo único que puedo sentir es congoja.

Arshad debió de comprender que era cierto, porque resopló antes de dejar escapar un «está bien» a media voz. Me acomodé mejor en mi arbusto previendo lo que se nos venía encima: una charla aburridísima sobre legados, cláusulas testamentarias y demás.

—Como sin duda sabréis, vuestro padre se encontraba en unas excelentes relaciones conmigo en los meses previos a redactar este documento; por eso no me ocultó cuestiones que quizás otros dignatarios no habrían compartido con su abogado.

—Si se refiere al asunto de sus concubinas, siento tener que decirle que era algo de dominio público. Todo Jaipur sabe que no cabía ni una más en su harén.

—No, no... No se trata de eso. Lo que le preocupaba no tenía que ver con una concubina, sino con una esposa. —Y tras un instante de silencio, Fielding añadió en

voz queda—: En concreto, con la segunda con la que se casó, Ratnavati. Vuestra madre.

Esta vez fue Arshad quien guardó silencio. Como no dijo nada, el abogado siguió:

—Sé que estuvisteis muy unido a ella antes de que muriera, pero ignoro si os contó ciertas cosas sobre su familia. Quizás hubo habladurías en el harén, puede que...

—¿Algo sobre sus orígenes humildes, en comparación con la primera y la tercera esposas de mi padre? ¿Cree que un detalle como ese podría ser ignorado en unas estancias repletas de mujeres dispuestas a sacarse los ojos por el favor de su señor?

—Si solo hubieran sido unos orígenes humildes, la situación no sería tan grave. Todos hemos oído historias de muchachas elevadas a la categoría de marajaníes por soberanos prendados de su belleza, pese a las restricciones del sistema de castas; y, según tengo entendido, había pocas en la India capaces de competir con vuestra madre.

Fielding debía de haberse puesto en pie, porque le oí dar unos pasos acallados por las espesas alfombras. El sitar había enmudecido hacía rato al otro lado de los jardines.

—Lo que la corte del Hawa Mahal no sabía era que el silencio con el que Ratnavati había envuelto su pasado no se debía a que se avergonzara de sus parientes. Cuando se casó con vuestro padre, era destinataria de un legado que el marajá no pudo heredar a su muerte, puesto que legalmente os pertenecía a vos, alteza. Algo estrechamente vinculado a su familia y que ahora, al haber contraído matrimonio, ha de pasar a vuestras manos.

—¿Un legado? —Arshad parecía no entender nada—. ¿De qué está hablando, Fielding?

—De algo que probablemente no os apetezca nada recibir y que sin duda hará que los vuestros se horroricen al saberlo. De la ciudad de Bhangarh, alteza. Vuestra ciudad.

Fue una suerte que me hubiera acurrucado en el arbusto; de haber estado en pie, mis piernas habrían dejado de sostenerme. Con los ojos clavados en el charco de luz que se esparcía por los jardines, aguardé con el corazón en un puño a que Arshad reaccionara.

—¿Qué? —Parecía costarle convertir sus ideas en palabras—. ¿Qué broma es esta...?

—Os he dicho hace un momento que no podría hablar más en serio. Vuestra madre era la heredera de Bhangarh, como ahora lo sois vos. La ciudad está ligada a su estirpe.

—Pero eso no tiene ningún sentido. Bhangarh no tiene dueño, no desde hace más de cien años. El último soberano desapareció después de que la ciudad fuera sitiada por las tropas del coronel Francis Ravenshaw, a quien había sido entregada por los británicos...

—Y su muerte en aquella contienda no cambia el hecho de que legalmente fuera el nuevo propietario de Bhangarh. Ravenshaw es antepasado vuestro, alteza. Tatarabuelo de vuestra madre, cuyos ojos eran idénticos a los suyos. Los ojos claros de un inglés...

Un repentino estrépito me hizo dar un salto. Cuando acerqué la cabeza a la puerta me quedé perpleja: Arshad acababa de agarrar a Fielding por las solapas del chaleco para estamparlo con furia contra la pared. Pude ver cómo le temblaban las manos de ira.

—Repita eso —espetó tan cerca de Fielding que sus narices casi se tocaban—. ¡Repita eso mirándome a la cara si es que se atreve a hacerlo! ¡Lo que está diciendo es un insulto!

—Es... ¡es la verdad, alteza! —porfió Fielding; sus pies casi no rozaban el suelo—. ¡El marajá no me lo habría contado si no estuviese completamente seguro de que era cierto!

—¡Mi madre no tenía sangre inglesa! ¡Era india, su familia era india y yo también!

Pero, aunque Arshad continuaba rugiéndole, no podía disimular el horror que había empezado a germinar en su interior, como una mala hierba que pronto se extendería por todas partes. En ese instante entendí que no era la ira lo que hacía temblar sus manos.

—Al... alteza —logró articular Fielding cuando lo dejó poco a poco en el suelo. Él dio un paso atrás sin dejar de mirar al anciano, sacudiendo aturdido la cabeza—. Lo lamento mucho, muchísimo... Sabía que esto os conmocionaría, que me odiaríais por ello, pero...

—Conmoción —susurró Arshad, aún de espaldas a mí—. No comprende nada. Nada.

Entonces se dio la vuelta para abandonar tan bruscamente la estancia que estuvo a punto de tropezar conmigo, aunque ni siquiera me vio. Paralizada por lo que había oído, lo seguí con los ojos hasta que se perdió en los jardines del *mahal*, pisando las delicadas flores que le salían al paso como lo habría hecho el caballo de Atila.

Me asomé de nuevo a la estancia para mirar a Fielding, que se había dejado caer en una silla con aspecto agotado, y comprendí que en ese momento Arshad estaba más necesitado de compañía. Me puse en pie para dirigirme otra vez a la hierba, aunque no tenía ni idea de dónde buscarle; la noche se había tragado sus pasos y su desesperación.

Tardé casi diez minutos en dar con él. Lo encontré al lado de una fuente de mármol rodeada de gardenias, observando los arcos que dibujaba el agua al saltar de un plato a otro. Estaba tan abstraído que no reparó en mi presencia hasta que me detuve a su lado.

—¿Has venido a regodearte? —me preguntó. Parecía haber adivinado que estaba al corriente de la situación—. Es bastante propio de ti haberme espiado en mi peor

momento.

—Te aseguro que no pretendía hacerlo —musité—. Salí a dar una vuelta y te oí hablar con Fielding, pero supuse que estaríais discutiendo sobre el rescate de Miles...

—Puedes reírte de mí si lo deseas. La comunidad inglesa de Jaipur se asegurará de que no haya una sola persona en la ciudad que no lo sepa en cuestión de un par de días.

Cada palabra parecía costarle un esfuerzo sobrehumano. La luna que rociaba de plata líquida los terrenos del *mahal* hacía que sus ojos parecieran más grises que verdes.

—Arshad —seguí diciendo. Él ni siquiera me miró—. Sé que esto es... muy difícil de aceptar, y más para alguien que se ha pasado la vida odiando a los ingleses...

—¿Difícil de aceptar? —La cólera había regresado a su voz—. ¿Eso es lo que, según tú, debería hacer? ¿Sentarme durante unas cuantas horas hasta que haya asimilado que mi sangre estaba contaminada desde que nací, que no soy quien me habían dicho que era?

—Haz el favor de no sacar las cosas de quicio. ¡Que hayas descubierto algo así sobre la familia de tu madre no echa por tierra lo que has conseguido por ti mismo! Eres más que la última perla de un collar, por si no te has dado cuenta. Una persona con sus propias ambiciones, inquietudes y miedos, sin nada que ver con los de sus antepasados...

—Siempre ese insultante pragmatismo vuestro —me espetó Arshad—. ¡Que vosotros os creáis el ombligo del mundo no hace que todos pensemos igual! ¡Nadie en la India se atrevería a afirmar con orgullo que se encuentra desligado de la comunidad que lo crio!

—Ah, perfecto, una manera estupenda de conquistar la independencia. ¡No sé cómo os atrevéis a llamarnos colonizadores cuando sois vosotros mismos quienes os encadenáis!

—Esto es absurdo. —Arshad soltó un bufido, dándose la vuelta—. No entiendo qué hago hablando contigo si nunca podrás comprender lo que te cuente sobre mis sentimientos. ¿Cómo va a hacerlo una pura sangre inglesa a la que siempre le han dado todo lo que se le antojaba por la sencilla razón de haber nacido en la raza correcta?

—Es curioso que se queje de eso alguien a quien favorece tanto el sistema de castas —solté de mal humor—. De todas formas, *alteza*, creo que hay algo que no tienes del todo claro sobre mí. Si te interesa saberlo, te diré que soy un veinticinco por ciento italiana, un veinticinco por ciento escocesa, un treinta y siete por ciento turca y un trece por ciento griega. —Fui enumerando los porcentajes con los dedos—. No creo que encuentres en la India una persona con la sangre más mezclada, ¿y eso me hace menos humana acaso?

A esas alturas yo también estaba rabiosa, pero más por la frustración de no poder

ayudarle que por las cosas que Arshad me reprochaba. Me sorprendió que se girase hacia mí al escuchar esto, con una mirada desconcertada propia de un chiquillo.

—Lo dices... ¿lo dices en serio? ¿O estás inventándotelo para animarme?

—Puedes preguntárselo mañana a mis padres, si no te fías de mí. —Me encogí de hombros—. Ellos siempre me han dicho que no importa de dónde venga uno, sino a dónde vaya y lo que haga en ese camino. Esas decisiones son las que nos definen.

—Sigue sonando de lo más occidental. Pero puede que tengan una pizca de razón...

Poco a poco, para mi sorpresa, su cólera se acabó apaciguando y fue sustituida por el cansancio. Ahora lo único que podía leerse en su rostro era tristeza y resignación.

—Perdóname —se disculpó al cabo de unos segundos—. No tenía que haberte hablado así. Es solo que esto resulta... Bueno, tenías razón al decirme que es difícil de aceptar. Mucho.

—No importa, te entiendo perfectamente. —Y obedeciendo a un impulso, sujeté una de sus manos entre las mías—. Creo que deberías interpretar este descubrimiento como una liberación más que como una contaminación. Por fin puedes empezar a escribir tu propia historia, sin ceñirte a lo que habían preparado para ti los Singh y los Ravenshaw...

—No creo que sea tan fácil empezar a pensar de ese modo —me advirtió él—. Nunca podré cambiar de mentalidad como de zapatillas. Me temo que soy demasiado testarudo.

—De eso me he dado cuenta. —Tuve que disimular una sonrisa—. Pero también he comprobado que eres una de las personas más fuertes que conozco. Nunca podrías ser como esos que se escudan en la pureza de su sangre para no tomar sus propias decisiones.

Hubo un instante de silencio en el que él siguió mirándome, como si hasta ese momento hubiera tenido una venda sobre los ojos que no le permitiera verme.

—Qué noche tan extraña es esta —acabó comentando—. Jamás pensé que diría algo así, pero tal vez no lo están haciendo del todo mal en Inglaterra si educan así a sus mujeres.

—Dios, a mi madre le daría un ataque de risa si te oyera. —Sacudí la cabeza—. Mejor no se lo digas si no quieres que piense que te has dado un golpe en la cabeza o que has...

Un tenue tintineo de metal a nuestras espaldas nos hizo darnos la vuelta. Vimos a Damayanti acercándose por uno de los senderos de mármol, envuelta en un sari con los colores del atardecer. La seda comenzaba siendo dorada en su hombro y descendía por su cuerpo en una cascada de malvas hasta el violeta oscuro con el que acariciaba el suelo.

Solté la mano de Arshad de manera instintiva antes de forzar una última sonrisa.

—Será mejor que regrese con mis padres. Me alegro de que hablar conmigo te

haya animado un poco, pero todavía les debo unas cuantas explicaciones sobre mi escapada.

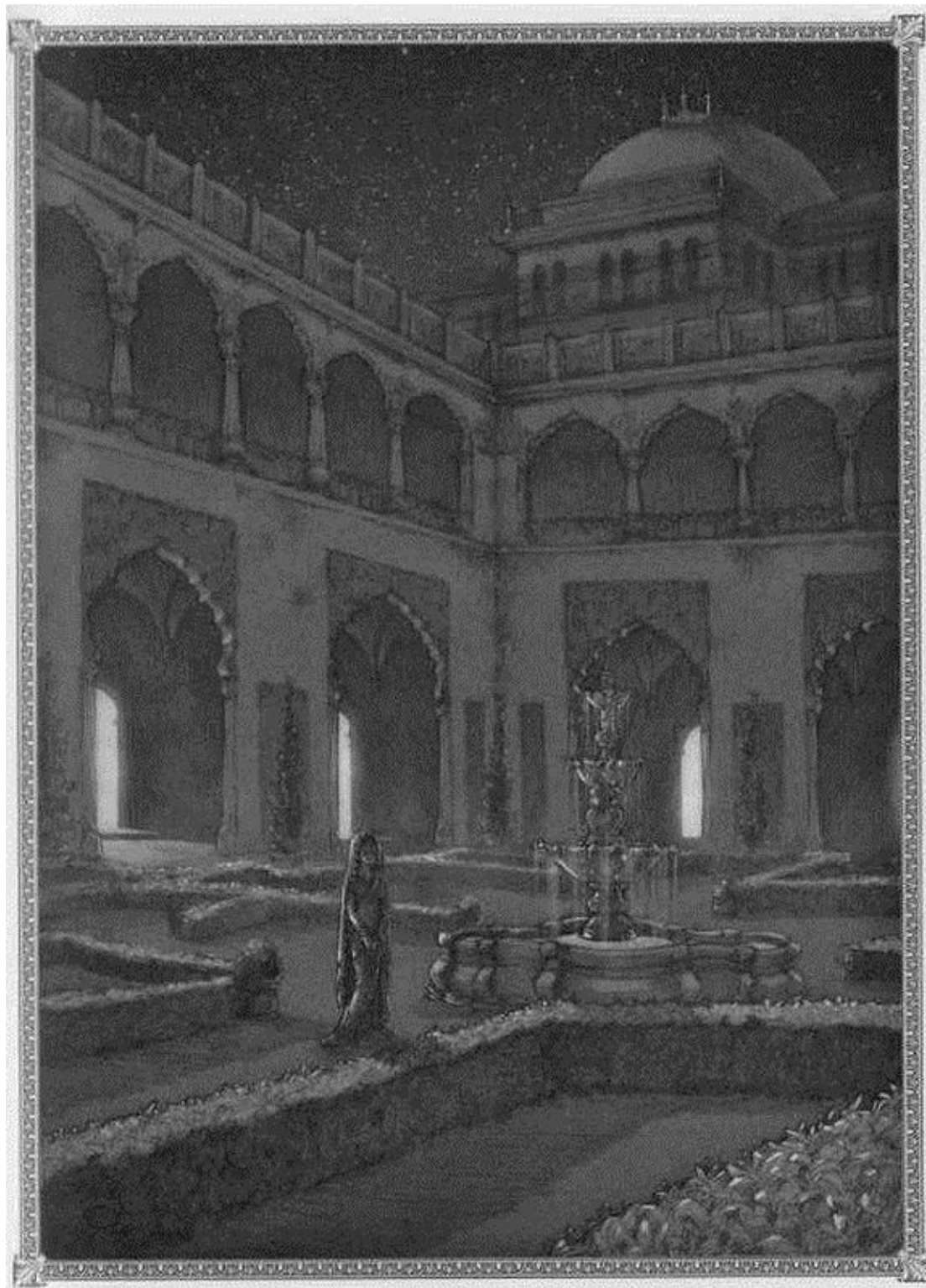
—¿Necesita alguna otra cosa, *memsahib* Lennox? —me preguntó Damayanti cuando pasé a su lado. Su acento era mucho más marcado que el de Arshad, pero la dulzura de sus ojos hablaba todos los idiomas del mundo a la vez—. ¿Desea que llame a los criados?

—No, no hace falta... Todo está perfecto. Narendra Singh ha sido de lo más amable.

—Si aun así echa algo en falta, no dude en avisarme. Será un placer poder ayudarla.

Asentí atolondradamente, aunque no podía atender a lo que decía. Vista de cerca era aún más impresionante de lo que me había parecido en la boda, con aquella belleza tan serena y digna, como congelada en el tiempo, que solo podría haber pertenecido a una princesa. Me di cuenta en ese momento de que no me había limpiado la cara antes de cenar y de que mi vestido estaba deshilachado y manchado de tierra, y eso me hizo sentir como un hierbajo mustio al lado de la gardenia más esplendorosa de los jardines.

No había caído hasta entonces en que nuestro secuestro había dado al traste con los últimos festejos nupciales; por culpa mía y de Miles, no habían podido disfrutar, entre otras cosas, de su noche de bodas. Esto me hizo ponerme roja y apretar el paso hacia el *mahal*, aunque no pude resistir la tentación de mirarles de nuevo. En la distancia sus siluetas parecían las de dos fantasmas, pero aun así reparé en que Damayanti había apoyado una mano en el brazo de Arshad para susurrarle algo. Era más que adecuada para él, era perfecta: el rostro, la estatura, la delicadeza.



Preso de una desazón que por una vez no tenía que ver con Bhangarh, me dirigí hacia nuestras habitaciones y avisé a mis padres de que me iba a acostar ya. La velada, por lo menos para mí, había concluido.

Capítulo 19

Contrariamente a lo que había imaginado, esa noche me sentía tan agotada que no tardé ni cinco minutos en caer rendida. Tuve un extraño sueño en el que los templos de Bhangarh se alargaban hacia el cielo hasta convertirse en las agujas góticas de Londres y, más tarde, en unas sombras retorcidas que parecían a punto de echarse sobre mí. Para cuando mi madre se presentó en mi alcoba por la mañana, a eso de las ocho y media, me costó horrores regresar al mundo real del *mahal* de Alwar y la cama cubierta de cojines.

—Hora de levantarse, Bella Durmiente —le oí decir como desde otra dimensión. Fue a abrir las ventanas para que la luz entrara en la estancia, arrastrando el piar de unos pájaros posados en un árbol cercano, y después se sentó a mi lado—. Tu padre quería que te dejara dormir un poco más, pero no sería de buena educación hacer esperar al *thakur*.

—Mamá... me estás mojando entera —conseguí articular. Al volverme hacia ella, su pelo empapado me dio de lleno en la cara—. Te has preparado uno de tus baños sibaritas.

—Y en una bañera tan enorme que parecía un sarcófago —me contestó, echándose hacia atrás—. Nunca había visto nada igual; estoy segura de que el grifo era de oro puro.

—Narendra debe de tener contados todos los del palacio, de modo que no penséis siquiera en ello. —Me apoyé en los codos para sentarme, aún amodorrada, y recordé que me había acostado en ropa interior—. No tengo nada limpio para ponerme esta mañana.

—Descuida, hace un rato le di tu vestido y tus medias a una criada. Dudo que haya podido arreglar el desaguizado del dobladillo, pero por lo menos ha recuperado su color.

Señaló con la cabeza las prendas extendidas sobre un diván. Me imaginé la confusión de aquella pobre costurera india que no debía de haber tocado un vestido occidental en toda su vida. Mi madre se puso en pie, provocando una nueva llovizna.

—Deberías darte un baño tú también. Ayer trajimos tanta tierra de Bhangarh que parecíamos dos de esas *dalits* a las que nadie se atreve a tocar por la calle. —Se dirigió a la puerta envuelta en una bata—. No tardes mucho; Arshad Singh nos ha hecho avisar de que le gustaría desayunar con nosotros. Supongo que querrá que hablemos de Bhangarh.

Salió dejando tras ella una estela de jabón y perfume de sándalo. Me restregué los ojos antes de echar un vistazo por la ventana, pero desde allí no atisbaba más que las copas de los árboles y unas nubes bajas que abrazaban la colina. «El tiempo está empeorando —pensé mientras me incorporaba con esfuerzo. Era poco probable que

Miles siguiera encerrado en la torre, pero me costaba imaginar a Sanjay y su gente regresando con él a Jaipur ahora que sabían que estábamos al corriente de la situación —. Las colinas que atravesamos en el coche de Arshad tienen que estar repletas de escondites. Si se han propuesto desaparecer del mapa con él, podríamos tardar años en localizar su paradero».

El baño tuvo la virtud de despejarme, aunque no pude deleitarme tanto como mi madre con el agua caliente. Me froté las piernas y los brazos hasta casi hacerme daño y me enjuagué el pelo durante un buen rato debajo del grifo, de manera que cuando me lo hube peinado mis rizos habían recuperado un aspecto medianamente presentable. Sabía demasiado bien por qué me estaba esmerando tanto (o para quién, si tenía que ser sincera conmigo misma), pero me las apañé para componer una expresión relajada al dirigirme a la habitación contigua, en la que desde hacía un rato se oía hablar a mis padres.

Arshad estaba sentado entre los dos en la mesa en la que habíamos cenado. Parecía más tranquilo que la víspera, aunque ninguno mencionó la conversación que habíamos tenido. Mi madre servía unas tazas de té chai cuando me uní a ellos, llevando el timón de la conversación con esa elegancia suya que nunca dejaría de fascinarme.

—Estoy segura de que el señor Fielding acabará entendiéndolo, aunque no le haga ninguna gracia tener que quedarse aquí. ¿De qué le serviría dirigirse a la ciudad él solo?

—Dado que la policía sigue sin encontrar una sola pista, no haría más que perder el tiempo —contestó Arshad, y se volvió hacia mí—. Narendra ha recibido hace un rato una nueva llamada del superintendente. Acaban de regresar de Bhangarh con los mismos resultados que anoche: no hay rastro de Miles Fielding ni de sus secuestradores.

—Era de esperar —comenté, acercándole mi taza a mi madre—. Al menos nos queda el consuelo de saber que lo necesitan sano y salvo para tener algo con lo que coaccionarnos.

—Es lo que le he dicho a Fielding antes de venir aquí, pero me parece que empieza a estar fuera de sí. Estaba contándoles ahora mismo a tus padres que he ordenado a los criados del *mahal* que no le quiten ojo de encima hasta que este asunto haya concluido.

—Puede que sea lo más sensato. —Removí pensativamente mi chai—. La verdad es que me sorprende que se lo haya tomado de esta manera. Cuando conocí a Fielding, me pareció uno de esos padres autoritarios e intransigentes que nunca están conformes con lo que hacen sus hijos. Miles jamás habría imaginado que se preocupara tanto por él...

—Más vale que ese comentario no sea una indirecta —replicó mi madre—. En fin, lo único que podemos hacer es tratar de averiguar por nuestra cuenta qué está sucediendo.

—De eso es justo de lo que quiero hablar con ustedes —dijo Arshad—. ¿Flan encontrado en Bhangarh algo que nos permita comprender qué pretenden esos hombres?

—Aparte de esos condenados monos con instintos asesinos, nada en absoluto —contestó mi padre. Alargó una mano para coger de una bandeja un *churma ladoo*, unas pequeñas bolas rebozadas de sésamo que me habían enamorado en el *Saraswati*—. Ese lugar se ha convertido en un auténtico descampado. Casi todos los edificios se encuentran en ruinas, hay malas hierbas creciendo por todas partes... Es un espectáculo lamentable.

—Exactamente lo que me imaginaba —comentó Arshad—. No sé si su hija se lo habrá explicado ya, pero anoche me informaron de que soy el actual propietario de Bhangarh.

—Un noble vestigio de tiempos pasados digno de la mayor admiración —se apresuró a recular mi padre—. Más impresionante que el Taj Mahal, muchísimo más. Lo cual me recuerda que, sea lo que sea lo que echéis en falta, nosotros no hemos tenido nada que ver.

—Por mí, como si desmontan la ciudad piedra a piedra para colocarla en el mercado negro de antigüedades. No pienso poner un pie en Bhangarh cuando esto haya acabado y no tengo el menor interés en hacer que la restauren. Lo que necesito que me digan es por qué el Museo Británico les encargó que se desplazaran hasta aquí para investigarla.

Aproveché que mis padres estaban ocupados contándole a Arshad la historia de los Brandeth para escamotear un *churma ladoo*. Él escuchó con atención cómo padre e hijo se habían esfumado sin dejar rastro, supuestamente por ser víctimas de la maldición que afectaba a quien se atreviera a pasar la noche en el palacio, y cómo sus superiores continuaban sin saber quién les había encomendado trazar un nuevo plano del complejo.

—Pero no acabo de entenderlo... De todos los monumentos que podrían interesar a un patrocinador, ¿por qué escoger una ciudad de la que casi no se conserva nada en pie?

—Lo único que hacemos es movernos en el terreno de las conjeturas —le recordó mi madre, e hizo una breve pausa para dar un sorbo a su té—, pero, como aventuró Helena la primera vez que nos hablaron de Bhangarh, es posible que sus legendarias riquezas aún estén sepultadas entre las ruinas.

—No obstante, de haber sido así, cualquier curioso podría haberse hecho con ellas. ¿No han observado nada raro en la ciudad durante estos días? ¿Un pasadizo, una cámara oculta...?

—Aún no, pero eso es justo lo que tratábamos de encontrar —dijo mi madre.

—Dora cree que tiene que haber salas subterráneas a las que solo puede accederse desde dentro del recinto palaciego —aclaró mi padre—. Eso explicaría la desaparición de los Brandeth, en el supuesto de que se quedaran atrapados en alguna

de ellas. Nosotros habíamos hecho unas cuantas marcas en un plano de Bhangarh que arrancamos de un...

—Que tomamos prestado del *Catálogo de mapas de las posesiones británicas en la India y otras partes de Asia* del Museo Británico —le corrigió mi madre—. El problema es que hemos debido de perderlo, y eso que lo buscamos por todas partes antes de embarcar.

—Ese plano lo tengo yo —intervine entre mordisco y mordisco—. Estaba dentro de un libro que hablaba de Bhangarh que escondí en mi maleta antes de que os marcharais.

—Ah, muy bonito —se indignó mi madre—. Lo tuyo no es arqueología, es cleptomanía.

—No pasa nada, lo estuve mirando tantas veces durante el viaje en barco que me sé de memoria dónde está cada edificio. ¿Podrías dejarme papel y una pluma, Arshad?

Él asintió antes de salir al corredor para llamar a un criado. Un minuto después me habían traído un montón de hojas que apoyé en la mesa.

—El palacio se encuentra al norte, justo en el límite de la ciudad. —Tracé un óvalo en la parte superior—. Al otro lado de esta explanada está el templo de Gopinath, en el que me atraparon cuando trataba de escaparme. —Dibujé un círculo justo enfrente—. La torre de vigilancia en la que nos encerraron a Miles y a mí está a la derecha... El *haveli* de las bailarinas, a la izquierda, muy cerca del templo de Somesvara y el de Keshav Rai...

—Esto es lo que estábamos examinando nosotros cuando me encontré contigo. —Mi padre cogió la pluma para agregar varios círculos concéntricos alrededor del *haveli* de las bailarinas—. Durante los primeros días nos centramos en el recinto palaciego, pero nos dimos cuenta de que no hacíamos más que perder el tiempo. Estábamos convencidos de que contaba con salas subterráneas, pero entonces se nos ocurrió... ¿Y si el acceso no se encontraba en el palacio propiamente dicho, sino en uno de los edificios próximos a él?

—¿Quieres decir que podría haber pasadizos que los comunicaran? —me emocioné.

—Exacto. No sería demasiado extraño, teniendo en cuenta las cosas que hemos observado en algunos complejos egipcios. Por no hablar de que ayer mismo, después de que nuestros ayudantes apartaran unos cascotes muy pesados, dimos con esto.

Mi madre, que se había levantado para hurgar en uno de los bolsillos de la chaqueta de mi padre, regresó a la mesa con lo que parecía ser un pequeño cuaderno. Me incliné para mirarlo de cerca cuando empezó a pasar las páginas, delgadas como papel de fumar.

—Pertenece a Henry Brandeth; su nombre figura en una de las guardas. Parece ser que lo usaba para tomar apuntes durante la investigación, aunque no escribió nada sobre esos supuestos pasadizos. —Arshad se acercó para mirar por encima de mi

hombro las páginas garabateadas—. Hay traducciones de alguna que otra inscripción, dibujos de los edificios... Esto no tiene nada que ver, son los teléfonos de algunos ingleses del club de Jaipur con los que solía quedar los fines de semana para jugar a las cartas...

—Se me había vuelto a olvidar que me debe dinero desde los tiempos de la dichosa trinchera —rezongó mi padre—. Más le vale estar vivito y coleando cuando demos con él.

—También esto. —Mi madre señaló con un dedo uno de los dibujos—. No tenemos ni idea de por qué lo incluyó en sus anotaciones, dado que no hemos encontrado en toda la ciudad un símbolo similar. Aun así, si se molestó en dibujarlo, debe de ser importante.

Era una estrella de ocho puntas formada por dos cuadrados superpuestos, uno de los cuales había sido girado en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Miré a mi madre.

—¿No es una de esas estrellas tartésicas que vimos en Granada hace unos años? Me dijisteis que los musulmanes la habían usado mucho en la decoración de sus mosaicos.

—Sí, pero acabo de decirte que no hay nada así en Bhangarh —contestó ella—. Cabe la posibilidad de que lo hubiera hace siglos, teniendo en cuenta la influencia que el arte islámico ha ejercido en el indio, pero a menos que Henry Brandeth fuera un visionario...

—Eso no es ninguna estrella tartésica, al menos no para nosotros —intervino Arshad, haciendo que los tres le miráramos—. Es el símbolo de Lakshmí, una de nuestras deidades.

—¿Laque? —inquirió mi padre—. Me temo que no sabemos mucho de mitología hindú.

En lugar de responderle, Arshad señaló con el mentón las pinturas que decoraban la pared de la habitación. La noche anterior habíamos estado tan entretenidos charlando que no nos habíamos fijado en ellas, pero entonces advertimos que se trataban de dioses hindúes. Yo tampoco sabía distinguirlos (todos me parecían idénticos, con enormes coronas, pieles azules y doradas y un montón de brazos), pero al fijarme en la que Arshad estaba señalando comprobé que, en efecto, la estrella aparecía a sus pies.

—Lakshmí es la consorte de Vishnú, uno de los principales dioses del panteón —nos explicó—. Se la considera la diosa de la belleza y de la buena suerte, por eso sujeta unas flores de loto con dos de sus manos y derrama monedas de oro con las otras dos.

—¿Y qué tiene que ver con Bhangarh? —quise saber—. Estoy segura de que no había ningún templo suyo en el mapa. A menos que no se conserven ni siquiera sus ruinas...

—Según lo que mencionan las leyendas, era la protectora de Bhangarh. Cuando el

emperador Madho Singh I decidió erigir la ciudad, se encomendó a Lakshmi para que le concediera esplendor y prosperidad. Por eso colocó en su trono la Estrella de Bhangarh.

—¿La Estrella de Bhangarh? —Mi madre parecía estar desconcertada—. ¿Qué es eso?

—Una piedra preciosa magnífica, un rubí casi del tamaño de una nuez tallado con esta misma forma. —Arshad dio unos golpecitos sobre el dibujo de la estrella—. Formaba parte del trono del emperador, situado en la sala de audiencias. Claro que no hay modo de saber si es algo más que un rumor repetido de generación en generación...

No hizo falta que mis padres dijeran nada; me bastó con ver cómo se miraban para comprender que Arshad había tocado sin saberlo la tecla correcta. Las palabras «piedra preciosa», «rubí» y «trono del emperador» sonaban como música celestial en sus oídos.

—Bueno, no es que tengamos gran cosa ahora mismo, pero si los Brandeth creían que esa estrella era una pista importante, quizás nos acabe conduciendo hasta ellos —dije mientras Arshad se sentaba de nuevo—. Si Narendra y tú nos prestáis a algunos hombres de confianza para montar guardia mientras estamos en Bhangarh, podemos regresar a la ciudad aprovechando que nuestros enemigos se han marchado para echar otro vistazo.

—No es mala idea —contestó Arshad—, pero hay algo que me gustaría hacer antes de que os pongáis manos a la obra, y para eso te necesitaría a ti. —Miró a mis padres—. ¿Me permitirían regresar con Helena a Jaipur esta mañana para hablar con un conocido mío?

—¿A Jaipur? —repitió mi padre, perplejo—. ¿Al mismo lugar en el que la secuestraron?

—Tranquilícense, no pienso dirigirme por ahora a mi *mahal*. Hay ciertas cosas que necesito preguntarle a alguien que conocía a mi madre... Cosas que por desgracia nunca podrá explicarme ella, pero que quizá nos permitan entender qué ocurre en Bhangarh.

—Por mí no habría ningún problema —dije sin poder disimular mi sorpresa—, aunque no comprendo en qué podría serte de ayuda si no sé casi nada sobre tu familia.

—Alto ahí —me interrumpió mi padre—. ¿Cómo que no habría problema? ¿Es que te has convertido en uno de esos peces atontados que muerden sin parar el mismo anzuelo?

—Cabe la posibilidad de que nos sigan —advirtió Arshad sin prestarle atención—. No me extrañaría que alguien estuviera vigilando el *mahal* de Narendra ahora mismo para adivinar nuestro próximo movimiento. El registro de tu alcoba, el secuestro durante mi boda... Empiezo a sospechar que se han infiltrado en mi círculo más cercano.

—Pero, como soy la única que los ha conocido en persona, podré avisarte de quiénes son si nos encontramos con ellos. Tienes toda la razón: sería un modo de salir de dudas.

—¿Es que nadie me está escuchando? —exclamó mi padre, encolerizado—. Eso que tramáis no tiene ni pies ni cabeza. ¡Tú no vas a ir a ninguna parte si no es con nosotros!

—¿Ahora me vienes con esas? —me indigné—. ¿Qué ha pasado con el padre tolerante y comprensivo que siempre estaba dispuesto a romper una lanza por mi independencia?

—Le aseguro, señor Lennox, que no me enseñaron a manejar cuchillos nepaleses a los seis años para ganarme la vida en una feria —repuso Arshad—. Sabré cuidar de su hija.

—Dora —mi padre se volvió hacia mi madre, cada vez más furioso—, haz el favor de hablar con ellos para que entren en razón. Tú eres la que tiene más sentido común...

Pero, para mi estupor, mi madre se limitó a mirarnos a uno y otro antes de decir:

—Me parece que lo que el *thakur* ha propuesto tiene todo el sentido del mundo. No es que me haga demasiado feliz, pero tenemos que aprovechar todas las armas con las que contamos y Helena, en estos momentos, es una testigo de lo más valiosa. De todas formas —añadió cuando mi padre sacudió atónito la cabeza—, dudo que alguien se atreva a salirles al encuentro. ¿Quién estaría tan loco como para atacar a un príncipe en la India?

—Nadie que haya crecido escuchando cuentos sobre la crueldad de los marajás, eso puede tenerlo por seguro —reconoció Arshad—. Por si acaso, para no atraer demasiado la atención, creo que Helena debería ataviarse a la manera local si acepta venir conmigo.

—¿Quieres que me vista a la hindú? —me asombré—. ¿Por qué eso lo haría más fácil?

—Porque todo Jaipur sabe ahora mismo que me casé antes de ayer con la hija de un *thakur* de Kapurthala. Damayanti, si creen que eres ella, podría ser tu mejor escudo.

Capítulo 20

Mi padre siguió protestando todo cuanto quiso, pero yo no di mi brazo a torcer y media hora más tarde me dirigí con mi madre a las habitaciones del *mahal* destinadas a las mujeres, donde nos esperaba una sonriente Damayanti. Al parecer, Arshad acababa de contarle lo que nos traíamos entre manos y le había pedido que me vistiera y maquillara. Con ella se encontraban Chandrika y Aarti, dos de las mujeres a las que había entrevistado la tarde anterior a través de las celosías y que resultaron ser las esposas de Narendra. Eso me sorprendió; nunca habría imaginado que un joven de veinte años pudiera estar en esa situación. Las muchachas se hallaban tan cohibidas que apenas se atrevían a mirarnos a los ojos, pero por suerte Damayanti parecía ser mucho más abierta de mente.

—A esta blusa se la conoce como choli —explicó mientras acababa de ponerme una especie de camiseta, tan corta que casi me sonrojé al mirarme en el espejo—. Puede que se sienta un poco incómoda al principio, al no estar acostumbrada a enseñar la cintura...

—No importa —contesté con más seguridad de la que sentía—. Si he sobrevivido a los tacones, los vestidos de charleston y esas condenadas horquillas, esto será pan comido.

Damayanti me dirigió una mirada confundida, como si no supiera lo que significaba esa expresión. Durante los siguientes minutos, Chandrika, Aarti y ella se dedicaron a hacer algo que me recordó al proceso de momificación egipcio, doblando un larguísimo sari de seda, de color azul turquesa con flotes de loto bordadas en plata, para introducir unos pliegues por dentro de mi falda a la altura del ombligo y envolver mi torso con el otro extremo. «Voy a estar más maniatada que en Bhangarh —pensé con creciente alarma, y después se me ocurrió preguntarme—: ¿Cómo pueden ir al baño así?».

—Chandrika ha hecho traer algunas de sus joyas para prestárselas —siguió Damayanti sin dejar de moverse a mi alrededor, ajustando el sari aquí y allá—. Desearía que fuesen las mías, pero nos fuimos tan rápido de Jaipur que no pude recoger ninguna más.

—¿De verdad no te molesta que me haga pasar por ti? —pregunté. Me sentía cada vez más azorada—. Quiero decir... Acabas de casarte con Arshad, deberías ser tú quien...

—Sé que lo que haya decidido mi esposo será lo correcto. Confío totalmente en él.

—Bueno, está visto que ha tenido la suerte de su vida al dar contigo —repuse con un suspiro—. No creo que exista una frase que suene mejor en los oídos de un hombre indio.

Esto hizo que Damayanti sonriera, sacudiendo la cabeza mientras cogía de manos de Aarti un prendedor para sujetar la parte superior del sari sobre mi hombro izquierdo.

—La suerte la he tenido yo —reconoció pasado un momento—. Acabo de conocerle y ya me he dado cuenta de que es un gran hombre. El mejor que podría haber encontrado.

Me dio la vuelta para acabar de ajustar la prenda en mi espalda. Al mirarla en el espejo vi que seguía sonriendo para sí, y fue inevitable que me preguntara qué estaría rememorando. También me fijé en que ya no llevaba el *nath* en la nariz; Arshad debía de habérselo quitado la noche anterior antes de tenderla en la cama.

Ese pensamiento casi hizo que me doliera el estómago. Tuve que esforzarme para que mi expresión no revelara cómo me sentía mientras Aarti me hacía acomodarme en un asiento bajo, abriendo una caja de madera taraceada para maquillarme con sus pinturas.

—Con eso será suficiente —dijo Damayanti cuando su cuñada acabó de perfilarme los ojos de negro—. Tiene el pelo y los ojos tan oscuros que nadie pensará que es inglesa.

—Podría pasar por una de nosotras —murmuró Chandrika, y eso fue todo lo que le oí decir antes de que se despidieran de mi madre y de mí para volver a sus dormitorios.

Casi temiendo lo que iba a encontrarme, me giré hacia el espejo. Por un segundo me pareció estar viendo a una chica desconocida, con unos labios rojos que no se parecían nada a los míos y un punto en la frente que la identificaba como la esposa de un *thakur*. Me llevé una mano a la cabeza, toqueteando con precaución el delicado aderezo que descendía por la raya del pelo, y entonces reparé en que mi madre me estaba mirando.

—Supongo que estarás pletórica —comenté de mal humor—. Llevas años luchando a brazo partido para que me maquille, así que para ti será como un sueño hecho realidad.

—No digas tonterías, Helena. Aunque haya tratado de quitarle importancia delante de tu padre, esto me hace tan poca gracia como a él. Sobre todo sabiendo que es nuestra decisión de trasladarnos a Bhangarh lo que te está exponiendo a tantos peligros.

—Técnicamente me escapé de casa —le recordé—, así que no tienes por qué sentirte culpable por nada. Siempre insistes en que tengo que ser consecuente con mis actos y...

Mi voz se apagó al darme cuenta de que mi madre acababa de sacar su pistola. Se me abrieron mucho los ojos cuando me la alargó, mirándolas alternativamente a ambas.

—¿Qué significa esto? —dije sin atreverme a tocarla—. ¿No estarás pensando en...?

—Me sentiré mucho más tranquila sabiendo que la llevas contigo. El *thakur* no me parece un hombre presuntuoso, pero no vendría mal sumar un arma más a sus cuchillos.

—Pero... pero yo nunca he cogido una pistola, mamá. ¡No tengo ni idea de disparar!

—Y no sabes cómo me arrepiento ahora de no haberle hecho caso a tu padre —suspiró—. Desde que cumpliste quince años, no ha dejado de decirme que tenías que empezar a aprender estas cosas. No es complicado, basta con quitar el seguro —me mostró cómo se hacía—, apuntar con cuidado, procurando que no te tiemble demasiado la mano, y... —Se acabó quedando callada—. Bueno, haz lo posible por no tener que usarla.

Me ayudó a esconder el arma entre los pliegues de la parte delantera del sari y me echó después sobre la cabeza el velo que nos había prestado Damayanti. Había algo en sus ojos mientras me lo colocaba, una sombra que nunca había percibido en ellos, que me hizo ser consciente de hasta qué punto estaba cambiando todo. Yo ya no era la niña que la acompañaba en sus aventuras; ahora me estaba viendo arrastrada a la mía propia.

—*Memsahib*... —Una criada acababa de entrar con la cabeza gacha—. El *thakur* me ha mandado avisarla de que la aguarda en el vestíbulo. Ha dicho que todo está preparado ya.

—Voy enseguida —le contesté, y cuando se marchó hice algo que cogió a mi madre por sorpresa: le di un abrazo—. Estaré de vuelta antes de que puedas echarme de menos.

Ella sonrió a regañadientes, apretándome unos segundos contra su pecho antes de hacerme un gesto para que me marchara. Fui recorriendo poco a poco el pasillo, con las caderas tan ceñidas por el sari que apenas podía moverme, y me encaminé después por la escalera de mármol que conducía a la entrada del *mahal*. Arshad me esperaba junto a las grandes puertas en compañía de Narendra y de Raza, que también había viajado a Alwar con su señor, guardando en las fundas de su cinturón los cuchillos que este le alargaba.

Cuando se volvió hacia la escalera y me vio, estuvo a punto de dejar caer uno de los *kukris*. Sentí cómo me ponía incandescente mientras acababa de bajar con esfuerzo los últimos peldaños de la escalera, abriendo las manos con impaciencia al alcanzarles.

—Aquí, la momia de la reina Nefertiti. —Pero no se rieron—. Estoy... ¿estoy tan mal?

—Está usted magnífica —me aseguró Narendra. No me pasó inadvertida la mirada que le lanzó a Arshad, aunque su hermano ni siquiera se dio cuenta. Ningún hombre me había contemplado antes de ese modo—. Parece haber nacido para vestir el sari.

—No, muchísimas gracias. En comparación con esto, hasta los vestidos de cintura

imposible que mi prima Chloë me ha obligado a ponerme en alguna ocasión resultan cómodos.

—Vámonos —fue lo único que dijo Arshad, y tras despedirnos de sus acompañantes nos dirigimos a la explanada abierta delante del *mahal*. Su Cadillac estaba esperándonos al lado de la fuente, atendido con un mimo reverencial por un grupo de muchachos que se dedicaban a sacar brillo a los faros cromados como si fuesen estatuillas de algún dios.

Arshad me agarró de la mano para que subiera, aunque mis piruetas no pudieron ser más indignas por culpa de la dichosa ropa. Casi me dejé caer en el asiento, cuyo olor delataba que también lo habían limpiado a conciencia, antes de que él cerrara la puerta y arrancara con suavidad el motor para abandonar entre serpenteos los terrenos del palacio.

—No me atrevo ni a moverme —confesé cuando enfilamos la carretera que conducía a Jaipur—. Llevo tantas joyas encima que me da miedo que se caigan y se hagan añicos.

—Narendra les comprará más a sus mujeres —me contestó Arshad—. No subestimes la importancia de este disfraz. Lo único que tienes que hacer es escuchar y estar alerta.

—Callada y recatada como la perfecta esposa que soy. ¿En serio me crees capaz?

—Siempre esas garras afiladas —replicó él. Me di cuenta de que en el fondo le hacía gracia todo aquello—. No, no te creo capaz. De hecho, me sorprende que hayas accedido a venir conmigo. Temía que me dijeras que no querías saber más de Bhangarh ni de mí.

«No tienes ni idea», pensé apartando los ojos de sus manos, que por un momento me habían hecho sentir envidia del volante. Preferí concentrarme en el paisaje que había salido a recibirnos, unas escarpadas colinas erguidas como centinelas a la derecha de la carretera y salpicadas por unos árboles espinosos que, según Arshad, se conocían como *vilayati kikar*. «Colonizadores por naturaleza», añadió con su sarcasmo más refinado tras mencionar que no eran una especie autóctona de la India. Ninguno habló demasiado en los primeros minutos, pero nuestro silencio no resultaba incómodo; casi me sentía como una turista privilegiada a la que un príncipe estuviera haciendo un *tour* por sus dominios.

—¿Sigues preocupado por lo de anoche? —pregunté al cabo de un rato. Arshad me miró con cierta sorpresa—. No hace falta que hables de esto conmigo si no te apetece; es solo que me imagino que seguirás dándole muchas vueltas. No es algo fácil de asimilar...

—No, no lo es —reconoció él—, pero supongo que acabaré haciéndolo. Todavía no se lo he contado a Narendra, aunque no sabría decir por qué... Puede que no sea más que un cobarde al que le da miedo ponerlo en palabras. Como si eso fuera a hacerlo más real.

—Sin embargo, estás hablando ahora de ello —dije en voz más baja. Arshad no

contestó—. ¿Te duele que tu padre no te contara nada sobre este asunto antes de morir?

—Sé por qué no lo hizo, y hasta cierto punto lo entiendo. Debió de imaginar cómo me haría sentir semejante revelación, conociendo mis opiniones sobre la ocupación británica. Lo que me entristece es que mi madre ni siquiera lo mencionara...

—Se llamaba Ratnavati, ¿verdad? —pregunté, y él asintió—. Qué nombre tan bonito.

—Como ella. —Había tanta tristeza en su voz que lo miré—. Era la criatura más encantadora del mundo. Cuando se reía, me hacía pensar que con eso no necesitaríamos más armas, que toda la maldad de este mundo retrocedería al escucharla.

—Raza... Raza me contó lo que pasó. Lo del ataque en el que murió.

De nuevo guardó silencio, aunque para entonces ya lo conocía lo suficiente como para saber distinguir cuándo se cerraba en banda y cuándo estaba sopesando sus ideas.

—Fue en 1909, poco después de que cumpliera siete años —dijo por fin—. Había estado insistiéndole toda la semana para que me llevara a ver el encendido de las *diyas*, las lámparas de aceite que se prenden en todo Jaipur con motivo del festival de Diwali.

—Pensaba que tu padre presidía esos eventos, tratándose del marajá —me sorprendí.

—Normalmente lo hacía desde el balcón del Hawa Mahal, con todos nosotros a su alrededor, pero mi madre no era una de esas mujeres que se conforman con pasarse la vida en una jaula de oro. —Una vez más me dirigió una mirada de reojo—. Nos escapamos del palacio para dirigirnos al fuerte de Nahargarh, vestidos con la ropa que nos habían dejado unos criados. La colina entera parecía estar cubierta de luciérnagas esa noche...

Había bajado la voz poco a poco, y el silbido del viento en nuestros oídos casi no me permitía entenderle. Su expresión era tan pesadosa, tan diferente de la del guerrero que había amenazado a Fielding con un cuchillo, que parecía un desconocido.

—Cuando empezaron los fuegos artificiales, algunos de los soldados ingleses que se habían apostado en el fuerte debieron de pensar que la muchedumbre los atacaba. Era absurdo, casi todos eran padres con niños pequeños, familias enteras...

—Abrieron fuego contra vosotros. —No era una pregunta—. Antes de asegurarse de lo que ocurría, de recibir una orden de sus superiores, comenzaron a dispararos.

—Y hasta que no vimos caer a las primeras víctimas, nosotros tampoco procesamos lo que estaba pasando. El ruido de los fuegos artificiales eclipsaba el de los disparos; aún soy incapaz de escucharlo sin estremecerme. La gente gritaba y corría por todas partes, el suelo estaba cubierto de sangre y yo no era más que un crío... —Sacudió la cabeza—. Mi madre me empujó al suelo y se echó encima de mí,

y yo supe que la habían alcanzado cuando dejó de susurrarme que estuviera quieto. Me protegió con su propio cuerpo incluso después de haber muerto, durante lo que me parecieron horas enteras. No la oí soltar un solo gemido, porque en ningún momento temió por su vida; lo único que quería era que a mí no me ocurriera nada malo. Ese día comprendí qué es lo que define el amor, el amor supremo: ser capaz de entregar tu vida por la persona que más te importa.

—Arshad... —me oí decir. Mi mano derecha había volado hasta su brazo sin que me diera cuenta, demasiado conmovida por su relato—. Sabes que nada de eso fue culpa tuya. Tu madre no murió porque tú le pidieras que te acompañara esa noche.

—Es curioso que digas eso —contestó en voz baja—. Es lo mismo que me he repetido cada día desde entonces, palabra por palabra, cuando volvían a asaltarme esos recuerdos.

¿Por qué tenía que ser tan inútil a la hora de expresar mis sentimientos? ¿Por qué no podía ser como Chloë, que abrazaba a la gente con tanta naturalidad como quien da los buenos días? La mano que había posado en la manga de su túnica negra me parecía ridícula, de modo que la acabé apartando mientras clavaba la vista en las boscosas paredes del desfiladero que atravesábamos. «Y yo me lamentaba por tonterías a esa edad...».

—Lo siento. —Esto le hizo volverse a medias, sin apartar los ojos de la carretera—. Sé que no cambiará nada y que siempre habrá compatriotas míos que no estén de acuerdo, pero siento mucho lo que os hemos hecho. Nadie debería morir en altercados como ese.

—No importa —me contestó—. No tiene nada que ver contigo, en realidad. De todas formas, siendo justos... tampoco puede decirse que nosotros no nos hayamos propasado con los ingleses. —Las comisuras de sus labios temblaron, como si estuviera a punto de sonreír—. Os dimos lo vuestro en Pollilur en 1781. A Narendra y a mí nos encantaba escuchar esa historia a nuestras *ayahs*—, no sabes cuántas veces hemos librado esa batalla de niños.

—Tampoco dejéis que se os suba a la cabeza. Seguro que nos vencisteis por atacar a las cinco de la tarde, cuando estábamos demasiado entretenidos con el té. —Hice una mueca, aunque me aliviaba enormemente que estuviera más animado—. Hay algo que no tengo claro aún: ¿Narendra es tu hermano o tu medio hermano? ¿Su madre era la tuya?

—No, era Gayatri, la tercera esposa de mi padre. Contrajo matrimonio con ambas con pocos meses de diferencia, pero mi madre siempre fue su favorita. Con Gayatri tuvo también dos hijas, mis hermanas Rani y Vidya, a las que casó poco antes de fallecer con los marajás de Jodhpur y de Kishangarh. No había vuelto a verlas hasta antes de ayer.

—Desde luego, no podía decirse que fuera una boda aburrida —comenté—. De modo que contando a Devraj, el que ahora es el marajá de Jaipur... ¿tienes cuatro hermanos?

Arshad me lanzó una mirada divertida entre su cabello desordenado por el viento.

—Casi, casi. En realidad, tengo cuarenta y dos. —Y al reparar en mi perplejidad, dijo por toda explicación—: Mi padre... bien, amaba la vida y sus placeres. Además de sus tres esposas, tuvo doce concubinas a las que también alojó en el Hawa Mahal con sus hijos.

—¡Pero qué demonios...! —no pude evitar exclamar—. ¿De dónde se supone que sacan tiempo para gobernar los marajás si están tan entretenidos saltando de una cama a otra?

Aquello le hizo reírse entre dientes, negando con la cabeza. Tardé un momento en percatarme de que era la primera vez que le veía hacerlo, y el cambio que esto provocó en su rostro me recordó al resplandor del sol cuando por fin se apartan unos nubarrones.

Por desgracia, los que nos acompañaban en nuestro viaje no parecían demasiado deseosos de darnos una tregua. Cuando estábamos atravesando los arrabales del norte de Jaipur, empezaron a caer encima unos goterones tan gruesos que casi hacían daño, y Arshad se dio prisa en conducir el Cadillac por una carretera que se abría camino a duras penas entre las colinas de arenisca infestadas de arbustos. No había un alma en esa zona.

—Todavía no me has contado adonde me llevas —le dije después de que aparcara el coche ante un recinto que me llamó la atención. Lo rodeaba una muralla de color crema sobre la que se distinguían los remates de unas cuantas cúpulas—. ¿Vamos a entrar aquí?

—No. —Ante mi sorpresa, me cogió de un brazo para conducirme hacia la derecha—. Hay que subir durante un rato a pie, pero no está lejos. Solo nos llevará unos minutos.

—¿Subir por una de estas colinas? ¿Se trata de alguno de los fuertes de la ciudad?

Por toda respuesta, Arshad señaló con el mentón una construcción que acababa de aparecer sobre la cumbre más cercana, a la que se accedía por unos empinados escalones que la vegetación demasiado crecida había vuelto casi intransitables. Aunque no estaba familiarizada con la arquitectura india, deduje que debía de ser un santuario; al llevarme una mano a la frente para que la lluvia no me cegara, observé una esvástica en la entrada.

—Este es el templo de Garh Ganesha, el dios con cabeza de elefante —anunció Arshad mientras me ayudaba a trepar por los peldaños, tan desgastados que parecían a punto de desmenuzarse—. He venido muchas veces cuando era niño, tanto con mi padre como con las *ayahs*. Estoy seguro de que la persona con la que quiero hablar se encuentra dentro.

—¿Es algún párroco o un sacerdote, o como sea que los llaméis en el hinduismo?

—No del todo, pero para mí no hay un hombre más santo. Él fue quien me enseñó todo lo que sé. —Lo dijo con tanta sencillez que me quedé mirándole sorprendida—. No me refiero solo a las escrituras sagradas, sino a la filosofía, la ciencia... también

la lucha con cuchillos nepaleses. —Rozó sus *kukris* con los dedos—. Fue mi *guru*, mi maestro.

—¡Ah, sí, el famoso guerrero de Chitral! —Él me miró con tanta extrañeza que tuve que añadir—: Raza y Miles me han contado algunas cosas sobre él. Me parece estupendo que quieras explicarle lo ocurrido, pero ¿qué te hace pensar que sabe algo de Bhangarh?

Arshad soltó un «hum» pensativo, pero no respondió nada más. Al cabo de un cuarto de hora alcanzamos la cumbre, empapados por la cortina de agua que hacía que la ciudad de Jaipur se asemejara a una manta rosada extendida a nuestros pies. Un rumor de tambores y campanillas descendía hasta el atrio, en el que Arshad se detuvo para descalzarse; y, después de asegurarme de que tenía el pelo cubierto por el velo, me quité también mis zapatillas para seguirle al interior del templo.

Me extrañó que no estuviera tan concurrido como cabría esperar de un santuario importante. Unas muchachas más jóvenes que yo danzaban en una esquina mientras un hombre entonaba una salmodia, acompañado por los instrumentos que habíamos oído antes. Las lámparas que colgaban del techo arrancaban destellos a los pendientes de las chicas, envueltas en unos saris azules que contrastaban con sus velos de un rojo sangre.

—¿Quiénes son? —le susurré a Arshad, no muy segura de si podía hablar allí dentro.

—*Devadasis* —me contestó en el mismo tono—. Vosotros las llamáis bayaderas. Son bailarinas sagradas capaces de comunicarse con los dioses a través de sus movimientos.

«Nada que ver con el charleston», pensé mientras caminaba tras Arshad sin dejar de contemplar a las muchachas, tan abstraída que casi me choqué con él. Se había detenido a un par de metros de lo que supuse que sería un altar, un tabernáculo recubierto de oro y de plata en cuyo centro descansaba una gran escultura pintada de rojo del dios elefante.

Delante del tabernáculo había un hombre tan pequeño que parecía un niño. Iba envuelto en una túnica naranja que dejaba al descubierto la mitad de su delgado pecho.

—*Namaste, shishya* —saludó sin volverse. Su voz recordaba a una corriente que se cuele por la rendija de una ventana. Arshad se acercó para sentarse en el suelo, a su lado.

—*Namaste* —dijo a su vez, juntando las palmas de las manos e inclinando la cabeza con una humildad que nunca hubiera asociado con él—. *Hum kho gaye hain, guru. Mujhe madad chahiye.* —Entonces se giró hacia mí—. He traído a alguien conmigo esta tarde.

—La mujer que te estaba destinada —le contestó el anciano—. Sabía que lo harías y también que lo harías hoy. No he olvidado que antes de ayer se celebró tu matrimonio.

—Me temo que te confundes, maestro. Mi esposa está en Alwar, con mi hermano...

—No he dicho que esta mujer fuera tu esposa. —La respuesta del gurú hizo que me pusiera roja, aunque no me hice de rogar cuando Arshad me invitó a sentarme con ellos.

Al mirar a la cara a aquel hombre me costó reprimir una exclamación. Uno de sus párpados permanecía cerrado, cubriendo la cavidad de un ojo que debía de haber perdido en algún enfrentamiento. Su piel parecía aún más morena debido al contraste con su barba nívea, debajo de la cual resbalaba un collar con dos vueltas de cuentas rojas. Me acuerdo de que su aspecto me resultó tan frágil que no supe cómo reaccionar. ¿Ese era el guerrero sanguinario que había aterrorizado a mis compatriotas? ¿El que había cometido tal cantidad de atrocidades en Chitral que lo único que quería ahora era expiar su culpa?

Mi «*namaste*» debió de ser lo más patético que se había oído en el templo, pero el gurú no hizo el menor gesto de desagrado. Su único ojo parecía estar radiografiándome.

—Inglesa —dijo al final—. No exactamente, más bien medio turca, una nómada con el corazón enterrado en la arena egipcia. Ahora comprendo por qué no podía verte.

—Helena, este es Mahavatar Soham, mi maestro —intervino Arshad mientras la frente se me cubría de un sudor frío—. Si tus visiones te han permitido adivinar que vendríamos a hablar contigo hoy, me imagino que también sabrás cuál es el motivo de esta visita.

—Por supuesto. Los lazos de sangre se estrechan más que nunca en los momentos de angustia, aunque las personas a las que nos atan no se encuentren ya con nosotros. Es lo mismo que le expliqué a ella cuando se sentó en el mismo lugar en el que estás ahora mismo, desafiando las leyes del *pardah* para hablarme de lo que todavía no sabía cómo confesarle a su hijo. —Y cuando Arshad lo miró tan desconcertado como yo, el anciano añadió con un suspiro—: Hablemos de tu madre. O, mejor dicho, de la familia de tu madre.

Capítulo 21

Había un enjambre de velas encendidas al pie de la escultura del dios y, con cada oscilación de las llamas, las pinturas murales que nos rodeaban parecían respirar como si estuvieran vivas. Mientras extendía las manos para tratar de secármelas, el gurú prosiguió:

—Veo que este descubrimiento ha dado un vuelco a tu mundo. Lo cierto es que la conmoción de tu madre fue mucho menor; era aún una niña cuando su propio padre le contó la verdad sobre sus orígenes, poco antes de morir por el cólera junto con dos de sus hijos. En su familia nunca fue un secreto que descendían de Ravenshaw, pese a hacer cuanto estuvo en su mano para no darlo a conocer más allá del umbral de su casa.

—Pero su sangre inglesa tuvo que mezclarse con la india mucho antes —respondió Arshad quedamente—. Recuerdo que mi madre era tan morena como cualquier otra mujer del harén, y mis rasgos resultan tan indios como los de mis hermanos, salvo por los ojos...

—¿Ravenshaw estaba casado cuando cayó en Bhangarh? —quise saber yo—. ¿Se trajo a una esposa de su propio país al embarcar o contrajo matrimonio aquí con una inglesa?

—Ni lo uno ni lo otro —contestó Mahavatar Soham—. Su único hijo nunca pasó de ser un bastardo; no tuvo tiempo de reconocerlo. Lo engendró con una nativa.

Nuestros rostros debieron de ser la viva imagen de la perplejidad al escuchar esto.

—¿Tuvo una amante india? —no pude evitar preguntar—. Bueno, eso sí que es una auténtica sorpresa. ¡Nunca habría pensado que los coroneles británicos hicieran algo así!

—Tampoco yo —admitió Arshad—. A lo mejor se trataba simplemente de una concubina.

—Según me contó tu madre, aquella mujer debió de ser más que una aventura con sabor exótico para Ravenshaw —dijo su maestro—. Él sabía que estaba encinta cuando le concedieron el control sobre Bhangarh y fue eso lo que le hizo enzarzarse en un enfrentamiento contra las tropas de Senthil Khan. Quería ofrecerle la ciudad como una prueba de su amor... Hacer de su amante una reina y de su hijo, un pequeño príncipe.

—Y mi padre llamando caprichosa a mi madre por pedirle flores y bombones —solté con un suspiro que dibujó una sonrisa entre su barba—. Supongo que a la chica le faltó tiempo para esconderse cuando se supo que Ravenshaw había muerto en la batalla.

—¿Mi padre estaba al corriente de esto? —inquirió Arshad—. ¿Mi madre se lo contó?

—Por lo que tengo entendido, ella no trató de ocultárselo ni siquiera cuando todavía estaban prometidos. Sí, Jaswant Singh lo sabía mucho antes de casarse con ella —añadió ante el estupor de Arshad—, y eso no le hizo amarla menos. Ninguna de sus mujeres fue capaz de hacerle sombra a Ratnavati en su corazón. Me acuerdo de que solía llamarla...

—*Poochakanni* —murmuró Arshad, tan bajo que apenas pude oírle—. «Ojos de gato».

La tristeza de la noche anterior parecía haberle invadido de nuevo. Tras dudar un segundo, deslicé una mano hacia la suya y Arshad me apretó con suavidad los dedos en señal de agradecimiento. Su maestro pareció comprender cómo se sentía, porque añadió:

—Deberías saber, *shishya*, que si te oculté todo esto no fue por considerarte indigno de conocer la verdad, sino porque tu madre me lo pidió. Ella sabía lo que pensabas de los ingleses desde que eras un niño y no quería arrojar más madera a la hoguera de tu rabia.

—Supongo que me conocía mejor que nadie, incluso a esa edad —susurró él—. Puede que lo que voy a decir suene absurdo, pero lo cierto es que, desde que descubrí la verdad sobre la familia de mi madre, me siento como la propia Bhangarh la noche en que sucumbió. Como si hubiera dos ejércitos enemigos enfrentándose a muerte por mí, los dos reclamando ser los únicos a los que les debo lealtad, los dos con mi misma sangre...

—Me temo que lo que acabó con Bhangarh aquella noche no fue el choque entre dos ejércitos —suspiró Mahavatar Soham—. Su destrucción fue mucho más moral que física.

—Espere, espere un momento —dejé escapar, mirándole de hito en hito—. ¿Significa eso que usted está al corriente de lo que sucedió en realidad? ¿Quién se lo ha contado?

En vez de responderme inmediatamente, el gurú tomó un puñado de incienso de un cuenco para arrojarlo en un pebetero, ante la imagen encarnada del dios elefante. Las bailarinas se habían marchado poco antes, aunque ninguno nos habíamos dado cuenta.

—¿Has estado en Benarés, Helena Lennox? —Negué con la cabeza, y el gurú prosiguió—: Es una de nuestras ciudades santas, un auténtico centro de peregrinación para los hindúes pese a que, en la mayoría de los casos, se trate de un viaje sin retorno.

—Según nuestra religión, morir en Benarés permite al alma escapar del *samsara*, el ciclo eterno de las reencarnaciones —me explicó Arshad—. Por eso las calles de la ciudad están plagadas de moribundos, esperando su turno para ser incinerados en las hogueras.

—Ahora que lo dices... me parece que Miles Fielding mencionó algo al respecto —le contesté con el ceño fruncido—. Creo que me habló de esas hogueras, a las que

se refirió como *ghats*, y de cómo las cenizas de los muertos son arrojadas al Ganges desde ellas...

—De eso se encargan los intocables desde hace siglos —asintió el anciano—. Conocí a un hombre hace casi veinte años, durante uno de mis viajes a Benarés, del que podría decirse que había nacido entre las piras funerarias. Trabajaba en el *ghat* de Manikarnika apilando leños en las hogueras; los poderosos pueden permitirse comprar sándalo, pero los pobres tienen que conformarse con maderas más humildes. «Hubo un tiempo en que mis antepasados podrían haber comprado todos los bosques de sándalo de la India», me dijo cuando me senté a su lado en los escalones que descienden hasta el río. «Les habrían extraído hasta la última gota de su perfume, lo habrían esparcido sobre sus sedas y sus joyas y hasta los propios dioses los habrían tomado por sus iguales. Pero hace demasiado tiempo que los dioses nos volvieron la espalda; quizás nunca nos miraron en realidad».

»Recuerdo que ese comentario me desconcertó, pero por mucho que lo intenté no conseguí que me contara nada más. Algunos años más tarde, no obstante, mis pasos me condujeron de nuevo a la ciudad sagrada y decidí acercarme una mañana a Manikarnika, donde seguía trabajando mi anónimo amigo. Allí me encontré con un triste espectáculo: su esposa acababa de morir y él mismo estaba encargándose de su funeral, pero lo único que había podido comprar para ella era un puñado de madera, demasiado poco para que la incineración fuera completa. Su cuerpo se alejaba flotando del *ghat* cuando me reuní con su esposo, entre los viajeros que se bañaban en la orilla para purificarse y los niños que chapoteaban mientras sus madres lavaban la ropa. Nos quedamos observando cómo descendía por el Ganges, un atado de color rojo apenas carbonizado. “Estoy seguro de que los dioses sí están mirándola ahora”, le dije a ese pobre hombre, que parecía estar más allá del dolor. “Quédese conmigo un poco más”, fue lo único que pudo responder, “si es que no teme que mi sombra le contamine. Ya no tengo nada más que me pertenezca”.

»Su aspecto inspiraba tanta lástima que acepté su invitación y, después de dejar a su pequeño hijo al cuidado de la hoguera, nos sentamos en la orilla. Fue allí donde me habló por primera vez de lo que le había ocurrido en Bhangarh a su familia...».

—¿Ese hombre descendía de un superviviente de la ciudad? —inquirió Arshad con expresión perpleja—. ¡Creía que todos los indios habían muerto a la vez que los ingleses!

—Yo también lo daba por hecho —dije tan sorprendida como él—. En la enciclopedia del ejército británico que consulté en el club ponía que Bhangarh había «arrastrado al infierno a todos cuantos se encontraban en ella». Cierto que suena melodramático, pero...

—En ocasiones conviene prestar más atención a las leyendas que a la propia historia —me advirtió el gurú, haciéndome guardar silencio—. Hay cosas que el ser humano se resiste a poner por escrito por considerarlas poco menos que desvaríos, fantasías que palidecen al ser expuestas a la luz del día. Confieso que esa fue la

primera impresión que me produjo el relato de mi amigo de Benarés, aunque a medida que hablaba me fui dando cuenta de que creía tanto en ello como su padre antes que él, y como su abuelo antes que su padre. —Mientras decía esto se volvió para observar el rincón del templo en el que habían estado las bailarinas. Un pequeño jazmín yacía sobre el enlosado, olvidado por su dueña—. Me habló de unas muchachas como esas... Un grupo de bayaderas que danzaban en los templos de Bhangarh, no mucho mayores que tú, Helena Lennox.

—¿Eran las que vivían en el *haveli* de las bailarinas? —quise saber, y el gurú asintió.

—Como tantos habitantes amedrentados por el cerco de Ravenshaw, no había nada que desearan más que acabar con la contienda. Por eso decidieron dirigirse de noche a la sala del palacio real en la que Senthil Khan, obsesionado con impedir que los soldados ingleses pudieran saquear su tesoro, había reunido sus posesiones más valiosas.

—Me imagino lo que querían conseguir —comentó Arshad—. Debieron de pensar que Ravenshaw renunciaría a hacerse con Bhangarh a cambio de una parte de esas riquezas.

—Pero la ciudad tenía que valer más, muchísimo más. Para comprarle tendrían que haberle ofrecido algo que resultara... —Mi voz se fue apagando al ordenar por fin las piezas del rompecabezas—. Algo como ese dichoso rubí. La Estrella de Bhangarh.

—Parece ser que una de las muchachas la arrancó del trono del emperador —asintió Mahavatar Soham—. La envolvió con su sari mientras las demás bayaderas, sirviéndose de unas antorchas, la acompañaban al exterior por un camino secreto que comunicaba el palacio real con el *haveli*, algo que solo conocían los brahmanes y ellas mismas...

—¡Ja! —no pude evitar exclamar, y miré a Arshad—. ¡Mi madre estaba en lo cierto!

—Considerando cómo acabó todo, me imagino que no serviría de nada —comentó él pensativamente—. ¿Los hombres de Senthil Khan descubrieron lo que pretendían hacer?

—Las atraparon nada más abandonar el *haveli* y, al descubrir que tenían la Estrella en su poder, Khan enloqueció de rabia. El cerco de la ciudad había acabado con la poca paciencia que le quedaba y la traición de su propia gente fue la gota que colmó el vaso. Según me contaron, hizo que sus guardias condujeran a rastras a las muchachas hasta el templo de Gopinath, donde se habían reunido la mayoría de sus cortesanos para pedir a los dioses que la batalla concluyera de una vez. «¿Este es el modo en que las siervas de los dioses están dispuestas a ayudarnos?», gritó mientras dejaba caer al suelo a la joven que había robado la Estrella, apretando la piedra en su puño. «¿De verdad os parece que podemos esperar clemencia de quien ha demostrado ser capaz de vendernos?». Y antes de que los suyos pudieran comprender lo que

ocurría, sacó una daga de su cinturón para rajarle la garganta a la muchacha; sus hombres hicieron lo mismo con las otras jóvenes.

»Me imagino que los cortesanos se quedarían mudos de horror, aunque no tanto como los brahmanes que habían visto crecer a las muchachas. Es posible que también se encontraran al tanto de lo que habían querido hacer, o incluso que las hubieran animado a llevarlo a cabo... En cualquier caso, cuando la última bayadera cayó al suelo, un trueno sacudió las piedras del templo, y eso que no había habido presagios de tormenta hasta ese momento; un segundo temblor siguió al primero, y poco después un tercero, y eso hizo que los habitantes de Bhangarh comprendieran que estaban perdidos. “Los dioses nunca os perdonarán por lo que habéis hecho”, le gritó uno de los brahmanes al perplejo Senthil Khan, “ni a nosotros tampoco. ¡Lakshmí nos arrebatará todo cuanto nos dio!”».

Como si lo hubieran conjurado las palabras del gurú, otro trueno retumbó en ese instante sobre nuestras cabezas, sobresaltándonos a Arshad y a mí. Lo que acababa de contarnos me había dejado tan estremecida que no pude hablar; casi me parecía estar viendo a Senthil Khan ante mí, sosteniendo en su mano la piedra manchada de sangre...

—¿Y nadie sabe qué sucedió después? —preguntó Arshad. El gurú se encogió de hombros, y eso le hizo fruncir el ceño—. Pero no tiene sentido... Alguien tenía que estar entonces en Bhangarh, observando con sus propios ojos lo que te contó ese conocido tuyo de Benarés. ¿Cómo consiguió salvarse de la destrucción de la ciudad?

—Ese alguien, en efecto, era un antepasado suyo —confirmó el anciano—, pero no se trataba de un miembro de la casta de los intocables. Al igual que el coronel Ravenshaw, Senthil Khan era padre de un hijo que escapó de Bhangarh gracias a un *ay ah* preocupada por lo que pudieran hacerle los ingleses. Por desgracia, a juzgar por lo que pude observar, no pareció tener mucha suerte, como tampoco sus descendientes.

—¿El hombre que trabajaba en la pira funeraria pertenecía a la familia real? —susurré sin dar crédito a lo que oía—. ¿El heredero de un rey acabó convertido en mendigo?

—No es posible. —Arshad arrugó el entrecejo, tan estupefacto como yo—. La sangre de los Khan debía de ser incluso más azul que la de los Singh, maestro. Y ya sabes que el único modo de subir y bajar en el sistema de castas es a través de las reencarnaciones...

—¿Cómo funciona eso? ¿Si has sido bueno en esta vida, pasas a una casta superior en la siguiente y, si has sido malo, acabas en una inferior? —Arshad me respondió con un cabeceo—. No sé si eso es un sí o un no —me exasperé—. Me volvéis loca cada vez que lo hacéis.

—Mi teoría es que les preocupaba tanto que los ingleses pudieran dar con ellos que creyeron que los despistarían escondiéndose entre los intocables —contestó el gurú—. Pero cada año que han tenido que pasar entre los parias los ha alejado más

del trono perdido.

Aunque aquello me dejó perpleja, no podía parar de darle vueltas a lo que nos había dicho el gurú sobre el pasadizo que comunicaba el *haveli* con el palacio. En el supuesto de que aún existiera, ¿podría ser la entrada por la que accedieron los Brandeth?

—Lo más desconcertante de todo es que, de ser cierto lo que a Helena le pareció ver en el palacio, podría haber una pizca de verdad en los rumores acerca de la maldición —siguió reflexionando Arshad—. ¿No querrías acompañarnos hasta allí, *guru*?

La posibilidad de que aquel hombre tan sabio viajara con nosotros a Bhangarh me hizo sentir un repentino alivio, pero me llevé una sorpresa al verle negar con la cabeza.

—Me temo, *shishya*, que no podrás contar conmigo durante mucho tiempo. — ¿Era una sonrisa de tristeza lo que había aparecido en sus labios?—. Mis horas están contadas.

—¿Qué quieres decir con eso? —contestó Arshad, desconcertado—. ¿De qué estás...?

—Deberías haber imaginado que no estaría siempre a tu lado para aconsejarte. No obstante, no temo en absoluto por ti. —Y lo miró de una manera que recordaba más a un padre que a un maestro—. Te has vuelto mucho más fuerte de lo que yo he sido nunca.

Antes de que Arshad pudiera preguntarle nada más, las puertas del templo, que las bailarinas habían cerrado a sus espaldas, se entreabrieron con cierto esfuerzo, como si la persona que quería entrar estuviera peleándose con los goznes. Me asomé por detrás del hombro de Arshad para echar un vistazo, pese a seguir estando sumidos en la penumbra.

—Lo que nos faltaba —susurré con los ojos entornados. Aunque el cielo continuaba encapotado, lo único que podía distinguir por culpa del contraluz eran media docena de siluetas murmurando en mi idioma—. Tenían que aparecer turistas justo ahora...

—Creo que los conozco. —Me sorprendió que Arshad se pusiera en pie con el ceño fruncido—. Buenos días, señor McAllary. No esperaba encontrarle en un sitio como este.

—¿Alteza? —preguntó el recién llegado en un tono mucho más animado. Me acordé en ese momento de que se suponía que era una recatada princesa hindú, así que me di la vuelta para ocultar la cara—. ¡Qué coincidencia más agradable! ¡Creía que estábamos condenados a no cruzar palabra más que durante las sesiones del Congreso!

—Entonces tal vez debería pasar algo más de tiempo en su despacho. He perdido la cuenta de las llamadas que le he hecho estos días para hablar de un asunto importante.

Fue esto último lo que me hizo caer en quién era ese hombre: el Administrador General con el que Fielding había estado reuniéndose, el mismo con el que había tratado de contactar Arshad para informarle de las pesquisas de la policía con respecto a Miles.

—¿De veras, alteza? No sabéis cuánto lo siento. —El tal McAllary sonaba contrito, aunque había algo en su voz que no acababa de gustarme. Sabía que no tenía sentido, pero el caso es que me resultaba familiar...—. Me temo que la jornada laboral de un político británico es casi tan ajetreada como la de un *thakur*. Pero, en fin, ya que nos hemos encontrado por casualidad, podríamos dedicar unos minutos a hablar del asunto.

Dos de los hombres que le acompañaban se habían puesto a recorrer el interior del templo, dejando vagar la vista por las pinturas murales cada vez más oscuras. Mahavatar Soham los miró un momento antes de clavar su único ojo en mí, y hubo algo en él que me hizo darme cuenta, con un vuelco en el estómago, de que mis sospechas eran ciertas.

Yo conocía aquella voz y conocía a aquel hombre. No necesitaba sostener una navaja de afeitar en las manos para recordarme que su mera presencia era una amenaza.

—Supongo que... que eso sería buena idea —contestó Arshad, no muy seguro. Había reparado en la angustia con la que sacudía la cabeza en una negativa muda, tapándome la mitad de la cara con el velo—. Aunque creo recordar que alguien estaba esperándonos.

—Si esa muchacha que os acompaña es vuestra esposa, aprovecharé para saludarla ahora que estamos prácticamente a solas. Sé que el *purdah* resulta muy estricto, pero...

El grito que dejé escapar ahogó sus últimas palabras. Mientras hablaba con Arshad, uno de sus hombres se había acercado a nosotros, había sacado una daga y, antes de que me diera tiempo a reaccionar, le había abierto la garganta a Mahavatar Soham de un tajo.

—¿Qué...? —empezó a decir Arshad, pero al girarse se puso casi tan pálido como un inglés. De los labios del gurú no brotó ni una palabra; cayó suavemente al suelo mientras yo me ponía en pie de un salto, congelada por el horror—. *Guru! Nahin kiyaja sakata...!*

Nunca lo había visto tan espantado, aunque la cólera no tardó ni un segundo en estallar en su interior. Atónita, no pude hacer más que observar cómo mi sari, manchado de rojo por la sangre de Mahavatar Soham, era salpicado por la que Arshad le hizo derramar al hombre en cuyo pecho hundió los dos *kukris* a la vez.

De repente me sentía como si no fuera a poder gritar nunca más. No podía dejar de mirarle con la boca abierta, aunque un movimiento a sus espaldas me hizo volverme hacia la entrada de templo en la que McAllary (efectivamente, era el caballero que me había secuestrado) levantaba algo reluciente que acababa de sacar

de su chaleco.

Mis manos regresaron a la vida antes que mi cerebro. Cuando quise darme cuenta, había sacado la pistola que mi madre me había guardado dentro de la falda y, sin pensar en lo que hacía, había disparado a McAllary antes de que pudiera apuntar a Arshad. Esta vez fue él quien soltó un alarido cuando la bala, que había intentado dirigir hacia su rostro con la peor puntería del mundo, impactó contra sus dedos e hizo que soltara el arma con una expresión en la que se unían el dolor y la estupefacción.

El retroceso de la pistola me había pillado tan desprevenida que, de no haber estirado una mano hacia la columna más cercana, habría caído de espaldas junto al gurú. Tardé un momento en reparar en que al hacerlo había dejado caer el velo con el que me cubría.

—¡Usted! —rugió McAllary, apretando los dedos heridos contra su pecho. Otros dos indios acababan de irrumpir en el templo y el *sahib* les gritó algo en hindi que les hizo acercarse a nosotros a todo correr.

No obstante, se detuvieron al observar cómo Arshad, en ese preciso momento, rasgaba con uno de sus cuchillos el cuello del último hombre al tiempo que le clavaba el otro en el vientre, con sus ojos ardiendo con una furia asesina.

Aquello era muy distinto del entrenamiento que había presenciado en su *mahal*. La rabia le había hecho perder el control de tal manera que los *kukris* surcaban el aire como si tuvieran vida propia. Tuve que agarrarle de un brazo para conseguir que me escuchara.

—¡Arshad, tenemos que marcharnos de aquí! ¡Están entrando aún más hombres y...!

—¿Pretendes que me escabulla como un delincuente mientras estas alimañas siguen respirando como si nada? —rugió sin soltar los *kukris*—. ¿Es que no ves lo que han hecho?

—¡Claro que sí, pero nosotros no podremos con todos siendo solo dos! ¡Si quieres vengar a tu maestro, comienza pensando qué es lo que él te diría ahora mismo!

Aquello consiguió calmarle un poco, aunque sus dedos seguían temblando de ira al cogerme de la mano para echar a correr hacia la puerta. Oímos gritar a McAllary, medio derrumbado contra una pared, mientras otros tres indios trataban de cortarnos el paso, aunque Arshad los despachó sin darme la oportunidad de acertarles con ninguno de mis frenéticos disparos.

Lo último que pude ver antes de que tirara de mí hacia el exterior fue el cuerpo inerte de Mahavatar Soham, envuelto en un sudario de sangre que me hizo acordarme de las bayaderas asesinadas en Bhangarh. En cierta manera, por culpa mía y de Arshad, aquel santuario estaría tan corrompido desde entonces como la propia ciudad.

Capítulo 22

Nos dimos tanta prisa en abandonar el templo que casi rodamos por los escalones que conducían al atrio. Me aseguré de guardarme la pistola dentro de la falda, con unas manos tan temblorosas que no entiendo cómo no se me cayó al suelo, y seguí a Arshad por la explanada que el aguacero cada vez más denso estaba convirtiendo en un océano.

—Pero ¿qué estás haciendo? —exclamé cuando tiró de mí para descender por la falda de la colina, tan enfangada que casi nos hundimos hasta los tobillos en el barro.

—Si nos han seguido desde Alwar, es posible que estén montando guardia cerca del coche para detenernos en el último momento. Hay que despistarles como sea.

—¡Arshad, esto es una completa locura! ¡Vas a hacer que nos rompamos la crisma!

Acababa de decirlo cuando los dedos traicioneros de uno de esos *vilayati kikar* espinosos se enredaron en mi sari, haciéndome caer de rodillas en el barro. Se me escapó un gemido al rasparme las manos con unas piedras, pero antes de que pudiera decir nada Arshad retrocedió a todo correr, me cogió en brazos como si fuera una cría y me echó a su hombro para alcanzar lo antes posible el pie de la colina. Al mirar por encima de su cabeza me di cuenta de que nuestros perseguidores habían caído en la trampa: estaban bajando a toda velocidad por la precaria escalera situada en el lado opuesto de la pendiente.

Eso me tranquilizó un poco, aunque seguía con el corazón en un puño. Al cabo de unos minutos, Arshad se detuvo ante la muralla de color crema que habíamos visto antes.

—Un momento —dije cuando me levantó entre sus brazos—, ¿no pretenderás que...?

—Calla y sube por ahí antes de que nos vean —me ordenó—. En cualquier momento comprenderán que les hemos dado esquinazo y entonces sí que estaremos en problemas.

Cada vez más aturdida, me agarré como pude al borde superior de la muralla para impulsarme hacia lo alto, ayudada por un empujón decididamente poco caballeroso por su parte. Alcancé a distinguir unas cuantas cúpulas cargadas de adornos por las que el agua descendía en riachuelos antes de dejarme caer al otro lado, aterrizando en un charco maloliente mientras Arshad, que había sido mucho más ágil que yo, tiraba de mi brazo para que le siguiera hasta un templete levantado sobre unas gradas de mármol.

Allí nos escondimos en uno de los rincones más sombríos, apretados el uno contra el otro detrás de una columna. Tras unos segundos de absoluta quietud, en los que no oímos nada más que el murmullo de la lluvia, nos llegó el eco de unas voces

exaltadas.

—No te muevas —susurró Arshad contra mi frente. Me envolvió aún más entre sus brazos sin apartar los ojos de la muralla, una cinta amarillenta que apenas se distinguía entre las columnas—. No sé si saben que estamos aquí, pero creo que se están asomando.

Esto hizo que mi corazón se pusiera a latir tan fuerte que casi me dolía. Sentí algo helado contra mi muslo: Arshad había desenfundado uno de sus *kukris*. El contacto del metal me hizo sentir un poco más tranquila hasta que, después de lo que me pareció un siglo, las dos cabezas que se habían asomado sobre la muralla acabaron desapareciendo.

—Se marchan. —La voz me temblaba de alivio—. Tenías razón: no deben de habernos visto trepar. Solo querían asegurarse de... —Me quedé callada poco a poco—. ¿Arshad...?

Al alzar la vista hacia él me había dado cuenta de que algo acababa de cambiar en su semblante. La cólera con la que me había sacado a rastras del templo había empezado a evaporarse y la conmoción que la sustituía le hacía parecer una persona muy distinta.

—Arshad —lo llamé con un hilo de voz—. Arshad, por favor. Mírame. —Le cogí la cara con las manos para que apartara de una vez los ojos de la muralla—. Vuelve conmigo...

—Estoy bien —se apresuró a contestar—. Hemos conseguido escapar con vida, pese a que nos duplicaran en número. Tus padres no me acusarán de no cumplir mis promesas.

—No te hagas el duro, ¡claro que no estás bien! ¡Acabas de ver morir a tu maestro!

La expresión de niño perdido de la noche anterior había regresado a su rostro. Fue una suerte que estuviéramos tan empapados los dos, porque me habría partido el corazón estar segura de que lo que le humedecía las mejillas no tenía nada que ver con la lluvia.

De repente, yo también tenía ganas de llorar. Sin poder contenerme, lo rodeé con los brazos hundiendo la cara en su túnica negra mientras el cielo de la India sollozaba a nuestro alrededor. Era curioso; había abrazado a mis padres cientos de veces, así como a Chloë y a tío Oliver, pero nunca había experimentado esa sensación de prestarle tu propia piel a una persona a la que acaban de arrancar una parte de su ser.

—No ha sido culpa tuya —susurré con los ojos cerrados—. No podíamos saber lo que nuestros enemigos se atreverían a hacer. Creíamos que eran secuestradores, no asesinos.

—«No ha sido culpa tuya». Es lo mismo que me dijiste cuando te hablé de la muerte de mi madre —murmuró contra mi velo chorreante—. ¿Por qué empiezo a estar seguro de que lo único que hago es atraer la desgracia sobre quienes más me importan?

—Mahavatar Soham lo sabía. No entiendo cómo es posible, pero lo sabía. Nos dijo que sus horas estaban contadas... que no podría seguir aconsejándote a partir de ahora.

—Había tenido muchas visiones parecidas desde que le conocí. Decía que los dioses se las concedían cuando alcanzaba el estado de trance o *samadhi* con sus meditaciones.

—Podría haberlo evitado, según eso, pero no lo hizo. Si realmente hubiera pensado que serías el culpable de su muerte, no habría estado esperándote esta mañana ahí arriba.

Lo único que Arshad pudo hacer fue sacudir la cabeza. Al abrir los ojos vi que el agua que resbalaba por los bordados plateados de su túnica empezaba a diluir la sangre del gurú. Lo abracé con más fuerza, tanto que casi me hice daño, y me disponía a hablar cuando un repentino golpe contra mi hombro me hizo gritar.

—Pero ¿qué...? —Al alzar la vista descubrimos que un mono nos observaba desde las aparatosas molduras de la cúpula. Abrió la boca para enseñarnos los afilados dientes, con otra piedra entre los dedos—. ¡Esos condenados bichos no dejarán de incordiarnos jamás!

—Vamos a escondernos a otra parte —susurró Arshad, tirando de mi mano para que le siguiera—. Aún deben de estar peinando los alrededores para dar con nosotros.

—Bastaría con que me dejaras uno de tus *kukris*. Sería más silencioso que mi pistola.

Dirigiéndole al mono una última mirada de rencor, me apresuré detrás de Arshad por los escalones sobre los que se alzaba el templete. Aquel recinto me recordó bastante a los jardines de Narendra, con senderos inundados de charcos en los que se reflejaban otros cuatro pabellones de mármol blanco. Eran tan delicados como los frasquitos de cristal soplado que mi madre había traído de Egipto, grandes pompas de piedra que la lluvia amenazaba con hacer añicos en un parpadeo. Conforme nos abríamos camino entre los edificios, reparé en la cantidad de adornos florales que los recubrían; parecían haber sido arrancados de una jungla que el paso de los siglos hubiera convertido en mármol.

Una jungla en la que incluso los animales eran de piedra. Cuando Arshad me guio hasta el mayor de los templetos, vi que había dos leones echados a ambos lados de la escalera. Sus ojos almendrados nos inspeccionaron en silencio mientras nos dirigíamos a la parte superior del edificio, rodeada por un bosque de pilares del mismo blanco cegador que protegían de las miradas indiscretas una losa colocada en el centro.

—Espera un momento —dije en voz baja al fijarme en ella. Me acerqué para mirarla, desconcertada—. ¿Esto es algún tipo de recinto funerario? ¿Estamos en un cementerio?

—Se llama Royal Gaitor y es el crematorio de los marajás de la dinastía Singh, mis antepasados —me explicó Arshad—. El edificio de antes contiene las cenizas de

mi padre.

Esto me hizo volverme con sorpresa hacia los senderos de fuera. «Por eso no hay lápidas a los lados, como en los camposantos cristianos. Es un cementerio de príncipes».

—De modo —siguió diciendo Arshad, guardándose de nuevo el *kukri*— que estábamos equivocados al asumir que los ingleses de Bhangarh obraban a espaldas del resto de la comunidad. El propio Administrador General de Jaipur está metido en este asunto.

—No tenía ni idea —reconocí—. Nadie lo llamó por su nombre mientras estuve con él en la torre ni mencionaron tampoco su cargo... Simplemente se referían a él como *sahib*.

—Ahora entiendo por qué no respondió a las llamadas que le hice desde mi palacio después de que te secuestraran. Y yo creyéndome esa historia de que estaba en el club...

—Es que no podía resultar más creíble, Arshad. He visto por mí misma cómo son las cosas en ese lugar y no me extrañaría que mis compatriotas no pisaran nunca sus despachos para poder dedicarse en cuerpo y alma al polo. Lo que no sé es si habrá más políticos implicados en esto o será solo cosa de McAllary. —Arshad se encogió de hombros, paseando de un lado a otro del templete—. ¿Por qué estará haciendo todo esto?

—Esa es la única pregunta para la que tenemos una respuesta: por los tesoros que tus padres piensan que han quedado sepultados en la ciudad, las riquezas legendarias de las que Mahavatar Goham nos habló hace un rato. Esa condenada Estrella de Bhangarh.

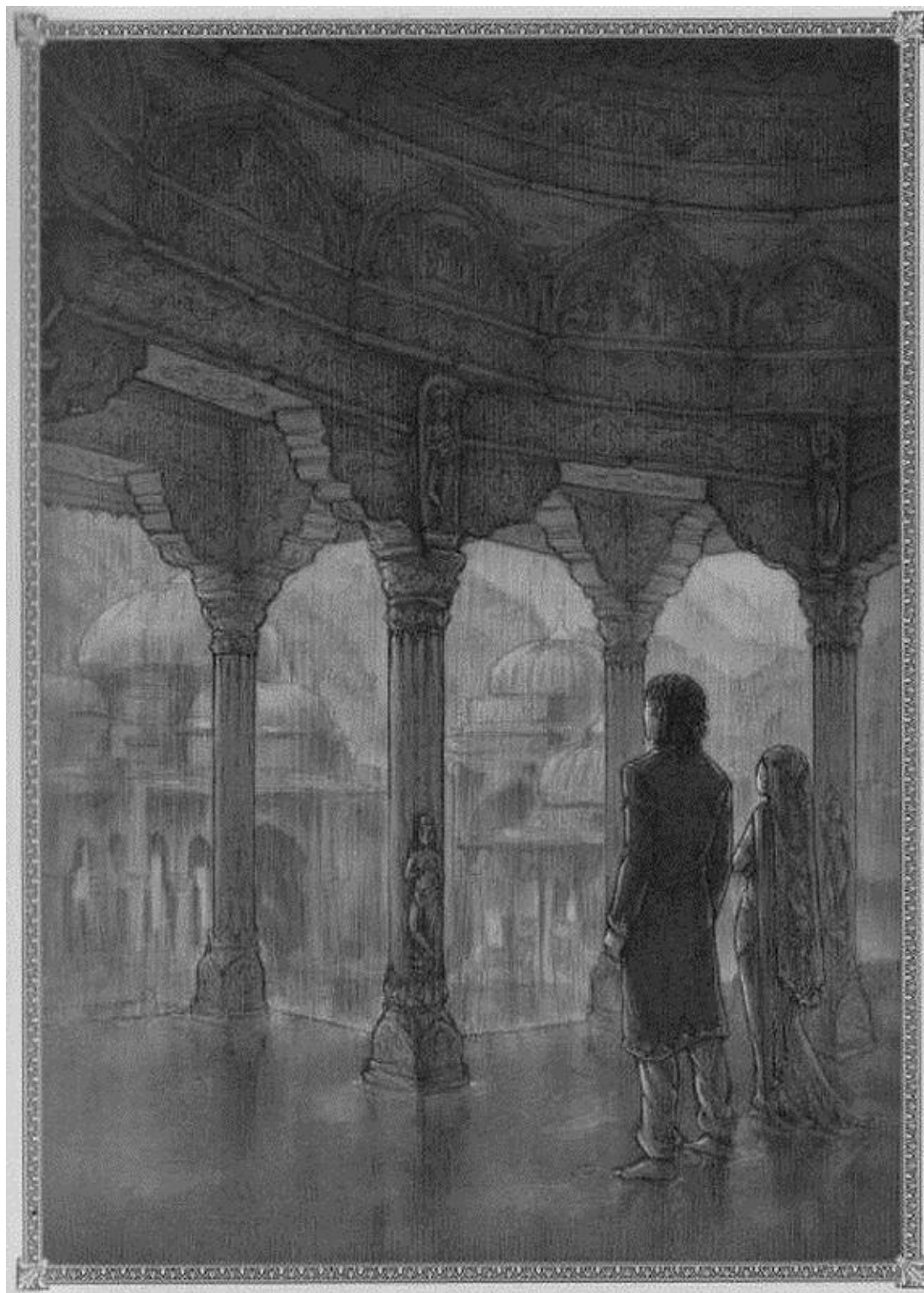
—Crees que... —Dudé un instante, asaltada por una repentina intuición—. ¿Crees que pudo ser McAllary quien contactara con los Brandeth para encargarnos un nuevo plano?

Esto hizo que Arshad dejara de dar vueltas como un tigre enjaulado. A juzgar por la expresión con la que se volvió hacia mí, la idea no le resultaba nada descabellada.

—Es posible... De hecho, es más que posible, es probable. Tendría todo el sentido del mundo, sobre todo si él también sospecha de la existencia de cámaras subterráneas.

—Pero los Brandeth desaparecieron. La ciudad se los tragó, si fuera cierto lo que se cuenta acerca de la maldición. McAllary se quedó sin arqueólogos que pudieran hacerse cargo de las tareas... y, cuando el Museo Británico envió a mis padres a Bhangarh, debió de considerarlos una amenaza para su plan. —Me quedé mirando cómo la lluvia erizaba la superficie de los charcos cercanos. Otro mono cruzó a toda velocidad de un templete a otro, sacudiéndose el agua—. Cuando me reuní con él en la torre, me preguntó si sabía qué era lo que mis padres estaban investigando. Quizás temía que hubieran descubierto algo entre las ruinas que pasara desapercibido a los Brandeth.

—O que fueran más honrados que sus predecesores y empezaran a hacer preguntas incómodas sobre por qué el Administrador General había ordenado investigar la ciudad para sus propios intereses. Ese comportamiento es muy irregular, si te paras a pensarlo.



Asentí mientras echaba hacia atrás mi velo empapado. Al mirarme los dedos, vi que el agua casi había borrado el punto rojo que Aarti me había dibujado en la frente.
—¿Qué podemos hacer ahora, Arshad? —le dije después de limpiármelos en la

falda.

—Me temo que casi nada... si te refieres a contárselo a la policía. Arthur McAllary tiene a la ciudad en su puño; nadie estará dispuesto a mover un dedo contra él.

—Pero esto es absurdo... ¡Por poderoso que sea, por muchos contactos que tenga...!

—Helena, no olvides que ya no estás en Inglaterra. Esos contactos de los que hablas no se limitan al ámbito social, sino que se extienden como tentáculos hasta el gobierno, las administraciones, los propios periódicos... Puede que haya ordenado a sus hombres acabar con un indio a sangre fría, pero por desgracia nosotros somos los únicos testigos.

—¡Habla con tu hermano Devraj hoy mismo! —insistí, cada vez más furiosa—. ¡Él es el marajá de Jaipur, tiene que haber algo que pueda hacer contra McAllary, lo que sea!

—No sabes lo que daría a cambio de que eso fuera verdad —respondió Arshad con una expresión aún más sombría—. Pero hace demasiado tiempo que los marajás se vendieron a Inglaterra a cambio de mantener sus despóticos privilegios. Si existe la posibilidad de perder el favor del Raj británico, te aseguro que ni Devraj ni ningún otro nos ayudarán.

Sacudí la cabeza, incapaz de creer lo que estaba escuchando. Por un momento me pareció estar de nuevo con los Fielding en el tren que acababa de partir de la estación Victoria de Bombay. «La auténtica India es esta, y no otra —me había dicho el anciano—. Si no fuese por nosotros, seguirían viviendo en la selva». ¿Esa era entonces la gloriosa misión que estábamos llevando a cabo allí desde hacía tres siglos? ¿Comportarnos como unas institutrices rancias que amenazaban con aceite de ricino a los príncipes revoltosos?

Cada vez entendía mejor por qué Arshad estaba tan decepcionado. Contemplaba con resignación el interior de la majestuosa sombrilla de mármol que nos cubría, entre cuyos adornos habían encontrado cobijo unos cuantos pájaros asustados por el temporal.

—Creo que no fui sincero contigo cuando te hablé por primera vez de la India y de lo mucho que respetaba nuestras tradiciones —reconoció al cabo de un rato—. Lo cierto es que, aunque ame esta tierra por encima de todas las cosas... no me siento orgulloso de cómo mis antepasados han sujetado sus riendas. No puedo respetar como me gustaría a unos soberanos que solo han sabido actuar obedeciendo a sus apetitos más voraces.

Mientras hablaba, alargó una mano para rozar una de las esculturas que adornaban los pilares. No me había dado cuenta hasta entonces de que representaban a exuberantes mujeres ataviadas con unos escuetos ropajes; una danzaba envuelta en velos, otra tocaba un sitar, otra escanciaba vino... «Es un harén de piedra —comprendí, girando sobre mis talones—. Mujeres condenadas a servir al marajá

durante toda la eternidad». Arshad debía de estar pensando lo mismo que yo, porque apartó los dedos de la cabeza de la escultura.

—Placeres, excesos y extravagancias. —Después se volvió para observar la losa sepulcral—. Cenizas. Nada más que un montón de cenizas cuando llegamos al final del camino. ¿De qué nos sirve rodearnos de riquezas legendarias como las de Bhangarh si no podremos llevarnos ninguna con nosotros en las próximas vidas?

—Eso pregúntaselo a tu hermano mayor —comenté, cruzándome de brazos—. Lo creo capaz de hacerse incinerar dentro de uno de los catorce Silver Ghost de su escudería...

—Devraj pasaría por modesto si lo compararas con los demás marajás. El de Alwar tiene la costumbre de enterrar en la colina sus Hispano Suiza a medida que se pasan de moda, con toda la ceremonia de un funeral de estado. El de Baroda encargó a Cartier un centenar de collares de diamantes y esmeraldas para sus perros preferidos. El de Patiala cuenta con un harén de trescientas cincuenta esposas y concubinas. —Hizo una mueca de disgusto—. Bueno, en eso Devraj promete superarle; calculo que debe de tener cerca de un centenar de esclavas en el Hawa Mahal. Con el oro que paga a las tribus de las montañas para hacerse con ellas, podrían alimentarse durante un año todos los mendigos de Jaipur.

—Sabes que tú lo harías muchísimo mejor —contesté—. Estoy segura de que serías un marajá que se desviviría por su pueblo, como haces ahora mismo con el título de *thakur*.

Arshad tardó un rato en responderme. El agua seguía resbalando por las ondas de su pelo negro y por sus pómulos, totalmente distintos del rostro abotargado de Devraj.

—Prefiero no pensar demasiado en eso —contestó por fin—. Cuando lo he hecho no ha servido más que para ponerme enfermo de ira. Mahavatar Soham solía decir que hasta el corazón del más noble de los hombres puede convertirse en el campo de batalla de dos dioses opuestos. Shiva y Kali, las dos caras de la moneda... creación y destrucción.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Que en el de Devraj la más fuerte siempre es Kali?

—Que en mi caso, a pesar de que mi maestro me advirtiera una y mil veces de lo importante que es mantenerlos a raya, mis demonios aún son capaces de doblegarme. —Y al darse cuenta de la sorpresa con la que le miraba, Arshad añadió—: Me temo que no soy tan buena persona como imaginas. Soy demasiado rencoroso, orgulloso y testarudo...

—Humano, ni más ni menos. Yo diría que el simple hecho de avergonzarte de tus arrebatos de mal humor te coloca muy por encima de alguien como tu hermano mayor.

—Bueno, si eso es cierto, espero que Devraj no lo descubra nunca. Kali ha estado a punto de romper demasiadas veces las cadenas con las que trato de atarla en corto

debido a sus excesos y, si eso ocurriera, no podría seguir enmendando los errores que comete cada día. El marajá de una dinastía tiene poder absoluto sobre el resto de sus miembros.

—En ese caso, puede que estés haciendo lo correcto al preferir no pensar en la clase de marajá que serías en su lugar —contesté en voz baja—. Quizás sea mejor no descubrir lo que más deseamos en la vida cuando se trata de algo que nunca conseguiremos obtener.

Había hablado sin fijarme mucho en lo que decía, pero cuando Arshad me miró noté cómo me sonrojaba. Ninguno de los dos añadió nada más, pero en el fondo no era necesario; bastaba con la distancia que separaba nuestras manos mientras seguíamos contemplando el aguacero, apenas unos milímetros que aun así me recordaban que entre la India e Inglaterra siempre mediarían más obstáculos que diez mil kilómetros de agua salada.

Capítulo 23

A ún estuvimos un par de horas más en Royal Gaitor hasta que Arshad, después de asegurarse de que McAllary y sus hombres se habían esfumado, me ayudó a trepar de nuevo la muralla del recinto funerario. La idea de regresar en el Cadillac quedaba fuera de toda lógica; estábamos seguros de que nuestros enemigos sabían que era del *thakur* y probablemente habían dejado a alguien esperando al pie de la colina. Bajo la lluvia que por fin había empezado a amainar, corrimos por la ladera opuesta hasta adentrarnos en los fangosos arrabales, donde Arshad se las ingenió en menos de un minuto para comprarle a un anciano perplejo un caballo que nos permitiera regresar a Alwar.

Los campos que rodeaban Jaipur, resecos después de un verano en el que no había caído ni una gota, estaban absorbiendo el agua como si fuera maná, pero aun así había tantos charcos en la carretera que nuestras piernas no tardaron en estar tan enfangadas como los costados del caballo. Arshad me había hecho sentarme detrás de él en la grupa desnuda del animal, al que azuzaba tan impacientemente con los talones que tenía que abrazarme a su cintura con todas mis fuerzas cada vez que temía estar a punto de caer.

—Es imposible que hayan conseguido seguir nuestro rastro —me dijo al cabo de una hora, cuando me sintió retorcerme para mirar por enésima vez hacia atrás—. Había tantas huellas en los arrabales que ni siquiera un rastreador conseguiría reconocer las nuestras.

—Supongo que, si quisieran darnos alcance, ya lo habrían hecho —contesté sin estar muy convencida—. McAllary debe de contar con coches aún más rápidos que tu Cadillac.

—En ese caso, tendremos que servirnos de medios que no controle. Hasta donde yo sé, aún no posee ningún vapor propio que pueda adelantarse a los de la compañía P&O.

Estaba tan pendiente de la carretera que dejábamos atrás que tardé un momento en procesar lo que había dicho. Me volví hacia él, escrutando su nuca.

—¿Un vapor? —repetí con extrañeza—. ¿Para qué queríamos ahora mismo un vapor?

—No estaba pensando precisamente en mí —fue lo único que respondió Arshad.

Mi estómago pareció inundarse de plomo al entender lo que había decidido hacer.

—No —contesté tajantemente—. No, ni lo sueñes. No puedes obligarme a marcharme.

—Le encargaré a Narendra que lo arregle todo en cuanto estemos en su *mahal*, así que no tendréis que preocuparos por nada. Esta misma noche haremos que os lleven a tus padres y a ti a Bombay para coger el primer barco que parta rumbo a Inglaterra.

Con un poco de suerte, será el de esta misma semana y, cuando por fin estéis lejos de aquí...

—¿Es que no me has escuchado, maldito príncipe cabeza hueca? ¡No pienso huir de la India como si hubiera cometido un crimen! ¡Si tú te quedas aquí, yo también lo haré!

—Cuando se sepa que mi maestro murió en el templo, habrá represalias. —Pude ver cómo Arshad apretaba aún más las riendas—. Sé cómo hacen las cosas McAllary y los suyos; sé que se las arreglará para convencer a la comunidad de ingleses de que yo tuve algo que ver con su asesinato. No estoy dispuesto a que esta situación salpique a quien menos lo merece. —Y añadió tras unos segundos—: Especialmente, si ese alguien eres tú.

—Pero ¿no das cuenta de que estoy salpicada desde el momento en que mis padres aceptaron el encargo del Museo Británico? —exclamé cada vez más rabiosa—. ¿Crees que podría ser tan miserable como para abandonarte a tu suerte en un momento como este?

—Me ayudarás mucho más desapareciendo del mapa cuanto antes —replicó Arshad.

La crudeza de sus palabras me dejó paralizada, tanto que me olvidé de lo que me disponía a contestarle. «Ya me has dado demasiados problemas —supuse que significaba aquello—. Ahora tengo una esposa, pronto tendré hijos. No me hagas perder más tiempo».

Pero entonces, como si me hubiera leído la mente, apoyó una mano sobre la que yo apretaba contra su cintura y entendí a qué se refería: no iba a quedarse tranquilo hasta tener la seguridad de que me encontraba a salvo. Casi no me salió la voz al preguntarle:

—¿Significa eso que nos separaremos en cuanto bajemos de este caballo? ¿Que no volveremos a vernos nunca, incluso si McAllary acaba con sus huesos en prisión?

Arshad no dijo nada, pero su silencio fue la respuesta que más temía escuchar. Mis dedos se entrelazaron con los suyos sin dejar de cabalgar y tuve que apoyar la cara en su espalda para que, si se volvía hacia mí, no viera que se me habían humedecido los ojos.

Las siguientes horas transcurrieron como un mal sueño en el que no dejaron de asaltarme emociones contradictorias, zarandeándome aún más que el caballo. Estaba a punto de adormecerme, extenuada por todo lo que estaba pasando, cuando sentí cómo Arshad se tensaba ante mí y eso me hizo enderezar con esfuerzo la cabeza.

—¿Qué ocurre? —susurré contra la tela de su túnica—. ¿Ya hemos llegado al *mahal*?

Tampoco esta vez obtuve una respuesta, aunque supe de inmediato que algo no iba bien. Al inclinarme para mirarle a los ojos, lo descubrí estupefacto.

—Arshad —dije, asustándome yo también—. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estamos? —Casi inconsciente de lo que hacía, había tirado de las riendas para que el caballo se

detuviera en lo alto de un pequeño promontorio. Desde allí se distinguía la ciudad de Alwar, a unos minutos más de cabalgada, y por encima de los tejados...—. Un momento. ¿Eso no es...?

Mi pregunta se convirtió en un grito cuando el viento arrojó en nuestra dirección el olor inconfundible de la ceniza. Una mancha de un profundo gris se extendía sobre la ciudad, pero esta vez no era ningún nubarrón atrapado entre las colinas. «No — pensé al reconocer los cupulines del palacio de Narendra entre la humareda—. No, no puede ser».

El horror me había dejado tan muda que no pude articular palabra mientras Arshad, exclamando algo en su lengua que sonó a un juramento, apretaba los talones para guiar al caballo hacia Alwar. Cuando estuvimos más cerca, nos percatamos de que el caos había empezado a apoderarse de la ciudad: por todas partes había puertas que se abrían de golpe, mujeres gritando con sus hijos en brazos y mendigos que observaban con la boca abierta cómo el *mahal* ante el que acabamos deteniéndonos parecía temblar detrás de la cortina de humo, como un espejismo que estuviera a punto de desvanecerse.

Nunca supe cómo me zafé de los brazos de Arshad para arrojarme del caballo ni cómo encontré un hueco entre la masa humana que rodeaba el complejo. «¡Helena!», le oía gritar a mis espaldas mientras corría detrás de mí, esquivando a los criados que salían del palacio con la cara tiznada. El pánico que había estallado en mi interior casi me hacía jadear, apartando a ambos lados a la aterrorizada multitud hasta que, por fin, pude verlo.

Lo que horas antes había sido un palacio de cuento de hadas se había convertido en una hambrienta hoguera. A través de las celosías carbonizadas se entreveían las lujosas alcobas iluminadas por las lenguas de fuego, que reptaban por las alfombras y se propagaban por los tapices y las colgaduras como una enfermedad contagiosa. Mientras observaba con la boca abierta aquel sobrecogedor espectáculo, una muchacha más joven que yo, a la que reconocí como la criada que había ido a buscarme al harén, se arrojó a la explanada por la puerta más cercana, peleándose entre chillidos con su ropa llameante.

—¡Helena! —Arshad había conseguido seguirme a través de la muchedumbre, pero la imagen de la chica envuelta en llamas también le hizo detenerse. Por suerte, otros dos criados salieron tras ella, tirándola de bruces hasta que consiguieron apagar el fuego, y solo entonces conseguí salir de mi aturdimiento para echar a correr hacia la puerta abierta.

Era vagamente consciente de que Arshad me seguía, pero mi cerebro no era capaz de procesar nada en ese momento, no podía pensar más que en mis padres. Ellos estaban ahí, en las habitaciones que Narendra les había preparado; ¿qué probabilidades había de que se hubieran marchado a tiempo sabiendo que regresaríamos en cualquier instante?

—¡Papá! —chillé con todas mis fuerzas al desembocar en el vestíbulo. El

incendio se estaba apoderando por completo de la estancia; vi cómo ardía la enorme alfombra, los muebles taraceados...—. ¡Papá, por favor, dime dónde estás! — continué gritando—. ¡Mamá!

La única respuesta que obtuve fueron las voces aterrorizadas de otros cuatro indios que pasaron a mi lado en su carrera hacia el exterior. Para entonces, la humareda era tan densa que casi no distinguía lo que había a mi alrededor, pero seguí corriendo por el pasillo más cercano mientras esquivaba los fragmentos de un artesanado que el fuego había empezado a desprender de las alturas. Los delicados adornos de pan de oro también estaban convirtiéndose en cenizas, incendiando a su vez la alfombra de debajo.

Durante casi un cuarto de hora continué atravesando una estancia tras otra, con los ojos ardiéndome por unas lágrimas que ya no era capaz de contener. No sé dónde me encontraba cuando Arshad dio conmigo, acurrucada contra una pared mientras el fuego arrancaba como una costra las pinturas que recubrían el techo. Solo recuerdo que me agarró, sin prestar atención a mis forcejeos, y me levantó para sacarme de allí.

—¿Es que te has vuelto loca, Helena? ¿Qué pretendes conseguir con esto, inmolarlo?

—Mis padres... —fue lo único que pude articular. De nada sirvieron mis esfuerzos por soltarme; Arshad era tan fuerte que cargaba conmigo como si no pesara nada—. Si aún siguen ahí dentro, si están atrapados por el fuego... ¡Arshad, tienes que dejarme volver!

Pero él continuó avanzando, rodeando las crepitantes hogueras hasta que por fin nos recibió una vaharada de aire fresco. Estábamos en los jardines en los que habíamos hablado la noche anterior, con la diferencia de que en ese momento los parterres de flores se encontraban atestados de criados que chillaban, sollozaban y se buscaban unos a otros. Cuando Arshad me dejó sobre la hierba, no pude soltarme de su cuello; continué abrazada a él mientras rompía a llorar en silencio contra su pecho. Sentí cómo sus manos me acariciaban suavemente la espalda, el pelo maloliente por el humo.

—Sabes que tenía que hacerlo —le escuché susurrar pasado un rato. Sacudí la cabeza en una negativa muda, sin dejar de sollozar—. Ellos nunca me habrían perdonado que...

—Hemos sido nosotros —gimoteé—. Hemos sido nosotros quienes hemos hecho esto.

La idea de que McAllary había decidido atacar el *mahal* como represalia por lo que había ocurrido en Jaipur resultaba tan certera que casi me asfixiaba. Era culpa mía que mis padres no se encontraran allí, entre la multitud que recorrí con los ojos por encima del hombro de Arshad; también era la culpable de que Miles (¿por qué me empeñaba en negar la evidencia?) seguramente hubiera muerto en cuanto me marché de Bhangarh. El bueno de Miles, que me había tendido la mano en el puerto de

Tilbury sin conocerme de nada, que lo había arriesgado todo por ayudarme y que al final había pagado por ello.

Aquel era el castigo de McAllary: había logrado hacerme sentir más desamparada y perdida que nunca, a medio mundo de distancia de mi casa y sin más hombros en los que apoyarme que los de Arshad. Fue en ese momento, cuando la angustia amenazaba con desbordarme, cuando noté la expresión con la que él se había vuelto hacia otra de las puertas del palacio. Se puso poco a poco en pie, sin decir una palabra, y yo hice lo mismo con la sensación de que la tragedia solo acababa de empezar a golpearnos.

Narendra estaba arrodillado sobre la hierba, con su túnica azul manchada de hollín y sangre fresca. La sangre de una mujer a la que sostenía en sus brazos, con un círculo rojo en la frente que, al detenerme ante ellos, comprendí que no era ningún adorno.

—Chandrika —susurró Arshad. Su hermano tardó en alzar la vista y, cuando lo hizo, me percaté de que también tenía sangre en la cara—. Por los dioses, Narendra, ¿qué ha...?

El muchacho no le contestó; no pudo hacer más que sacudir la cabeza. Hubo un grito aún mayor entre la conmocionada multitud y, al darme la vuelta, vi que la segunda esposa de Narendra, Aarti, acababa de detenerse a nuestro lado. El poco color que había en su rostro desapareció al observar a Chandrika y cayó de rodillas al lado de su marido, con las manos apretadas contra la boca para contener un alarido de espanto.

Otros hombres se acercaron a nosotros, con los rostros contraídos por el horror, y Arshad consiguió salir de su ensimismamiento para empezar a dar instrucciones. Hizo que los criados se organizaran para apagar las llamas cuanto antes y encargó al médico personal de su hermano empezar a reconocer de inmediato a quienes estuviesen heridos.

Por fortuna, el anciano Raza, que había escapado del *mahal* minutos antes de que nosotros llegáramos, tuvo la suficiente presencia de ánimo para ocuparse del asunto. Yo seguía siendo incapaz de intervenir; el dolor me había privado por completo de la voz.

—Aparecieron de repente, mi señor, montados en caballos —le explicó a Arshad en voz baja mientras el agua comenzaba a extinguir el incendio. El olor a quemado era tan intenso que casi mareaba—. No sabemos quiénes eran, no dijeron una palabra...

—¿Eran ingleses? —quiso saber Arshad, aunque no me costó imaginar la respuesta.

—Tan indios como vos y como yo, mi señor. —Un músculo tembló en el cuello de Arshad al escuchar esto, aunque no hizo nada por sacarle de su error—. Vestidos con ropas hechas jirones, y manchadas de tierra. Rodearon el *mahal* y empezaron a arrojar teas encendidas por las ventanas; cuando la gente empezó a salir para escapar

del incendio, sacaron unas pistolas y se pusieron a disparar a todo el mundo, como si fueran perros...

—Chandrika había escapado del harén en cuanto se prendieron las cortinas — sollozó Narendra de repente, y los tres lo miramos—. La oí preguntar por... por mí... antes de...

También Aarti había roto a llorar, rodeando con los brazos la cabeza inanimada de la otra muchacha. Los hombros le temblaban debajo de su sari rosa medio chamuscado.

—Creemos que se trataba de esos hombres de Bhangarh —intervino un indio de mi edad con el cabello corto y liso. Recordaba haberlo visto entrenándose con Arshad el día de mi llegada a Jaipur—. Los que, según nos dijisteis, intentaron acabar con los Lennox.

—Sí —dijo Ashad con esfuerzo—. Parece que todo esto ha sido un ajuste de cuentas.

—Quizás no, mi señor. Bara y yo tratamos de detenerlos antes de que abandonaran el palacio, pero, aunque no lo conseguimos, nos dimos cuenta de que no lo hacían solos.

—Se llevaron a cuatro personas con ellos —dijo el muchacho que había a su lado—. Al abogado de vuestro padre, que parecía haber perdido el conocimiento; a los dos Lennox...

—¿Mis padres siguen vivos? —exclamé temblorosamente. La espantosa opresión en la boca de mi estómago empezó a ceder poco a poco—. ¿Están en manos de esos tipos?

—Así es, y si quiere saber mi opinión, *memsahib*, no creo que se encuentren en un grave peligro... al menos por ahora. Dudo que pusieran tanto empeño en secuestrarles si lo único que pretendieran conseguir fuera un rescate del consulado inglés.

—También se llevaron a vuestra esposa, mi señor —añadió el primer chico, mirando a Arshad con prevención—. Y debo reconocer que se defendió como una auténtica leona.

Al escuchar esto, el alivio que acababa de embargarme disminuyó un tanto. Nadie añadió una palabra hasta que Arshad, apartando los ojos de la inerte Chandrika, declaró:

—Han conseguido acabar con mi paciencia. Raza, sigue supervisando la extinción del incendio y tú, Narendra, intenta ocuparte de los muertos y heridos. Entiendo que lo ocurrido con Chandrika te haya partido el corazón, pero esta gente no deja de ser parte de tu familia. —Narendra lo observó con expresión aturdida, pero acabó asintiendo—. Por mi parte, volveré a Bhangarh ahora mismo para zanjar de una vez este maldito asunto.

—Y no lo haréis solo, mi señor —aseguró el tal Bara—. Nosotros os acompañaremos.

—Yo también —me apresuré a intervenir, agarrando a Arshad de un brazo—. No tiene sentido seguir huyendo después de lo que acaban de hacer aquí. Esto ha dejado de ser un problema entre la India e Inglaterra; tenemos que eliminar cuanto antes a esos canallas.

A juzgar por la sorpresa con la que me miraron sus hombres, esa debía de ser la respuesta que menos esperaban escuchar. Incluso Aarti alzó la cabeza, desconcertada.

—*Memsahib*... —comenzó a decir Bara, no muy seguro—. No se ofenda, pero... creo que no sería una expedición adecuada para usted. No deja de ser una mujer y... en fin...

—¿Y eso me deja automáticamente fuera de vuestros planes? —me indigné—. ¿No importa nada que esos hijos de perra me secuestraran primero a mí y ahora a mis padres?

—No se trata de eso, *memsahib*. Es que no debería exponerse a que...

—Más bien seríamos nosotros los que estaríamos expuestos sin su ayuda —intervino Arshad—. Deberías saber, Bara, que si aún sigo con vida es gracias a la señorita Lennox. Es cierto que han ocurrido muchas cosas en los últimos días, pero aprender a confiar no solo en una mujer, sino también en una extranjera, no es una de las que me arrepienta.

Los jóvenes parecieron quedarse perplejos, pero no encontraron nada que rebatir.

—Yo también os acompañaré —anunció una voz entrecortada que, para mi sorpresa, resultó ser la de Aarti—. No me importa en absoluto quiénes sean esos asesinos. Me han arrebatado a mi mejor amiga, a mi hermana... Quiero que paguen por lo que han hecho.

—¿Aarti...? —fue lo único que atinó a decir un estupefacto Narendra. Después miró a Raza, que se había detenido junto a su señor con una expresión de determinación, y a media docena de criados que acababan de sumarse a nosotros—. Muy bien —accedió con un suspiro—. Supongo que lo mejor será que partamos cuanto antes rumbo a Bhangarh.

—Haz que tus hombres saquen todos tus coches y que te sigan a caballo los que no puedan viajar en ellos —ordenó su hermano—. Helena y yo nos adelantaremos a vosotros.

—¿No crees que deberíamos avisar primero a las autoridades? —se extrañó Narendra mientras dábamos la espalda al *mahal*. Un niño se acercó a todo correr con el caballo que Arshad debía de haberle entregado al desmontar; el animal piafaba nerviosamente ante la visión del humo—. Es posible que si contáramos también con la ayuda del gobierno...

—Eso tendría sentido —dijo Arshad, subiendo al caballo y tendiéndome después una mano— si el gobierno no fuera el enemigo con el que tenemos que acabar.

Me senté tras él, rodeándole la cintura con los brazos, y entonces Arshad lo espoleó con los talones para dirigirnos a la entrada del recinto palaciego. La multitud que aún seguía abarrotando las calles se echó precipitadamente a ambos lados para

dejarnos pasar, y nos pusimos en camino siguiendo la misma ruta que habíamos recorrido unos minutos antes.

Ninguno habló durante el trayecto; estábamos demasiado pendientes de lo que nos esperaba al final. A medida que avanzábamos hacia el sur, las últimas nubes acabaron retirándose detrás de las colinas y el cielo se volvió de un intenso azul, que poco a poco fue virando hacia un rosado desvaído. Supuse que apenas les sacaríamos unos minutos de ventaja a Narendra y los demás, pero Arshad estaba tan furioso, y el caballo parecía ser tan consciente de ello, que para cuando la ominosa silueta de Bhangarh apareció en el horizonte aún seguíamos sin oír el rumor de los coches que venían tras nosotros.

Verla resurgir en la distancia, envuelta en una bruma dorada, fue como regresar a una pesadilla de la que había conseguido escapar a duras penas. Dejamos atrás la primera muralla, junto a la que seguía estando el pobre coche de mis padres, y comprobé entonces que allí la tormenta también había convertido la polvareda en barro.

—Huellas de cascos de caballos, y bastante recientes —me dijo Arshad sin dejar de azuzar al animal, señalando el sendero que se extendía ante nosotros—. Y fíjate en esas otras: son marcas de ruedas muy profundas. Han debido de traerles en algún vehículo...

—Tiene que tratarse de ellos. ¿Quién más estaría dispuesto a acercarse a este lugar?

En el momento en que dije esto me percaté, y el corazón me dio un vuelco, de que faltaba poco para que se pusiera el sol. Arshad también debió de pensarlo, porque soltó un «*Jaldi!*» que hizo que el caballo sacudiera alarmado la cabeza antes de lanzarse, con renovado brío, por el sendero que conducía al palacio, entre las ruinas del antiguo bazar.

Los agujeros de los disparos del día anterior parecían heridas de muerte en esa luz tan dramática, como si hubiera sido el tiroteo lo que redujo a escombros los puestos del mercado. Tras un par de minutos más de cabalgada, alcanzamos por fin la explanada situada a los pies del palacio, en la que había algo que me arrancó una exclamación: un pequeño carro al que aún seguía enganchado un caballo que se removía sin parar. Y al final de la escalera que conducía al edificio, debajo del arco dentado que daba acceso al palacio, distinguimos a dos siluetas que parecían estar enzarzadas en una lucha. Una era la de un indio que arrastraba hacia lo alto a una joven, envuelta en un sari de color salmón y adornada con unas joyas que relucían como un millar de gotas de oro...

—¡Es Damayanti! —grité para hacerme oír entre los cascos del caballo. El estrépito les hizo volverse a la vez, tan sorprendidos como si fuéramos dos fantasmas de Bhangarh. Me apresuré a sacar la pistola de mi falda para apuntar al indio, pero antes de que pudiera dispararle, Arshad, que también había hecho aparecer uno de sus *kukris*, lo arrojó contra su pecho sin dejar de cabalgar, hundiéndoselo entre las

costillas.

El golpe fue tan certero que Damayanti chilló apartándose de un salto, y hasta yo me quedé sin aliento hasta que Arshad hizo detenerse al caballo a los pies de la escalera.

—*Damayanti* —dijo, desmontando rápidamente—, *kya aap theek ho?* —Ella asintió con la cabeza, aún conmocionada, y le echó los brazos al cuello. Entonces Arshad se volvió hacia mí, que había desmontado también para acercarme al desconocido—. ¿Está muerto?

—Eso parece —musité—. Se lo has clavado casi hasta la empuñadura...

Los párpados del secuestrador, que habían estado temblando unos segundos como las alas de una mariposa, acababan de quedarse completamente inmóviles. La visión de la sangre que comenzaba a extenderse alrededor de su cuerpo pareció ser demasiado para Damayanti, que hundió su rostro bañado en lágrimas en la túnica negra de Arshad.

—No deberíamos cantar victoria: antes nos han dicho que eran muchos más — observó él en tono sombrío. Después inclinó la cabeza hacia la joven—. ¿Sabes quiénes eran esos tipos?

—No... No nos hablaron de ellos, no respondían a nuestras preguntas... — consiguió decir Damayanti entre sollozos—. Iban vestidos con harapos, pero tenían armas... pistolas...

—Lo sabemos —contestó él—. Chandrika acababa de morir cuando llegamos a Alwar.

Al oír esto, los grandes ojos de Damayanti casi duplicaron su tamaño. Se tapó la cara con unas manos en las que aún me pareció distinguir algún resto de henna.

—Has tenido suerte, en comparación con ella —comentó Arshad mientras se ponía en cuclillas para arrancarle el cuchillo del pecho al desconocido. Lo limpió con la ropa del muerto antes de guardárselo—. Aunque no comprendo para qué te han traído aquí...

—Antes has dicho que no respondían a vuestras preguntas —intervine en un tono que no podía ocultar mi ansiedad—. ¿Significa eso que han hecho lo mismo con mis padres?

Ella asintió con la cabeza sin dejar de sollozar. En vez de responderme, se volvió para señalar con un dedo la escalera que se perdía en las sombras y sentí cómo me daba un vuelco el corazón. También Arshad alzó una mirada incrédula hacia el palacio real.

—¿Quieres decir que han arrastrado a los Lennox allí, como querían hacer contigo?

—Pero ¿por qué? —exclamé. Las piernas apenas podían sostenerme—. ¿Qué demonios es lo que pretendían, acabar con ellos forzándoles a entrar antes de que se pusiera el sol?

—Eso no tiene sentido: si quisieran matarlos, lo habrían hecho en Alwar —

contestó Arshad al reparar en mi espanto—. Más bien pienso que querrían obligarles a hacer algo.

—El resultado es el mismo. Si han puesto un pie ahí dentro... si no salen a tiempo...

Como si se hubiera metido en mi cabeza, lo que Haithani le había contado a August sobre su hermano resonó en mi memoria: «Lo buscaron por todas partes, pero no había rastro de él. Ni un agujero por el que pudiera haber caído ni una mancha de sangre en las salas del palacio... Simplemente, Bhangarh lo devoró». Si antes había sentido el estómago oprimido por la angustia, en ese momento me parecía tener sanguijuelas en él.

Estábamos tan absortos que no nos percatamos de que se acercaba un coche hasta que se detuvo casi a nuestro lado, sobresaltando aún más a los dos caballos. Se trataba de un impresionante Rolls-Royce azul celeste, tan lleno de pasajeros que me pareció un milagro que no hubiera volcado. De él descendió Narendra, seguido por media docena de jóvenes más sobrecogidos por la visión del palacio que por la del cadáver tendido en tierra. Solo Aarti lo miró con aprensión al pasar de largo, apretando el paso hacia nosotros.

—*Baap re baap, Arshad...* Es aún peor al natural de lo que contaban las *ayahs* —dijo su hermano, a quien el miedo hacía parecer mucho más joven.

Uno de sus sirvientes se aferró a un disco de plata que le colgaba del cuello mientras Aarti hacía lo propio con los diminutos espejos cosidos en su velo, probablemente amuletos protectores contra el mal.

—Todo lo que decían en mi ciudad natal sobre este lugar era cierto —oí susurrar a Damayanti mientras me aproximaba a los últimos escalones, agarrándome el borde del sari azul—. Hay algo retorcido ahí dentro, algo oscuro... como un monstruo adormecido...

—Helena, será mejor que no te acerques más —me advirtió Arshad—. En cuanto lleguen nuestros refuerzos, organizaremos una batida y, cuando haya amanecido y estemos seguros de que no hemos dejado ni un rincón de la ciudad sin inspeccionar, haremos lo mismo con el palacio. Ahora que lo pienso, tendríamos que haber traído algunas herramientas...

—Lo hemos hecho, mi señor. —Bara señaló con la cabeza unas bolsas que los demás muchachos estaban sacando del Rolls-Royce—. Algunas palas y unos rollos de cuerda, y el médico de vuestro hermano avisó a un compañero para que se desplazara hasta aquí mientras él seguía ocupándose de los heridos. Viene a caballo con Kishore y los demás.

Mientras hablaban, el resplandor dorado del sol había dado paso a uno rojizo y los diminutos adornos del arco lo hacían asemejarse más que nunca a una boca abierta. Subí un par de escalones más sin dejar de contemplar la entrada cada vez más oscura del palacio.

—Recuerdo que los Lennox mencionaron la posibilidad de que existiera un

pasadizo que comunicara el *haveli* con este edificio —prosiguió Arshad—. Deberíamos empezar por ese lugar, aunque no estaría de más que nos acompañaras, Helena, para asegurarnos de que... —Al darse cuenta de que seguía callada, Arshad giró sobre sus talones y, cuando supo lo que me disponía a hacer, echó a correr hacia mí—. Espera, ¿no estarás pensando...?

—Mis padres se encuentran ahí dentro —me limité a decir—. No puedo abandonarles.

—¡Pero está a punto de ponerse el sol, y ya sabe lo que les ocurre a quienes pasan la noche en el palacio! —se horrorizó Narendra—. ¡Nadie regresa de la ciudad de las sombras!

—Si esas historias son ciertas, sería un suicidio —atajó Arshad—. Helena, por favor...

Su voz parecía hablarme desde otro mundo, una dimensión que no era más que el reflejo luminoso de la que se abría ante mí. Para entonces, el crepúsculo era tan cegador que apenas pude ver nada al volverme, pero la aprensión con la que todos me miraban era inconfundible. Damayanti parecía especialmente horrorizada, aferrándose al brazo de Arshad como si temiera que un alma en pena fuera a salir del palacio para arrebatárselo.

—Damayanti —dije al cabo de unos segundos—, prométeme que cuidarás de él. Puede que no siempre resulte sencillo, pero procura evitar que cometa insensateces como esta.

Ella entreabrió los labios, aunque no acertó a pronunciar palabra; Arshad, en cambio, sí lo hizo.

—¡Helena! —gritó cuando seguí subiendo la escalera, obligándome a mí misma a mantener los ojos clavados en el frente—. ¡Helena, por favor, vuelve aquí!

Para cuando dejé atrás el arco, los rayos de sol se habían vuelto más oblicuos y se deslizaban como dedos sobre las losas resquebrajadas. Me detuve un instante, cerrando los ojos hasta que los puntos luminosos que parecían bailar ante mí se atenuaron poco a poco, y entonces pude mirar por fin a mi alrededor. La entrada del palacio estaba tan ruinosa como el exterior; daba la sensación de que podría reducirse a añicos en segundos.

Allí era donde había visto asomarse a las siluetas blancas. Habían estado de pie en el mismo lugar en el que me encontraba ahora, asomadas a la arquería que separaba el mundo de los vivos del de los muertos. Tragué saliva antes de dar otro paso hacia el corredor envuelto en sombras, y estaba tratando de pensar en mis padres para no ceder al impulso de retroceder cuando unos dedos se cerraron alrededor de mi brazo izquierdo.

El alarido que solté hizo huir a unos pájaros de un árbol cercano. Me di la vuelta en el acto, con el corazón brincándose en el pecho, y me encontré cara a cara con Arshad.

—Pero ¿qué estás...? —exclamé. Él no dijo nada; se limitó a mirarme en la luz

cada vez más tenue que lo envolvía todo—. ¿Qué crees que estás haciendo? ¿No pretenderás...?

—Hace unas horas me dijiste que quizás sea mejor no descubrir lo que más deseamos cuando se trata de algo que no podremos obtener —contesto—. Puede que la solución sea hacer todo cuanto esté en nuestra mano, hasta la mayor de las locuras, para conseguirlo.

—¡Arshad! —oí gritar a Damayanti al pie de la escalera. Aquello me había dejado tan estupefacta que tardé en reaccionar, pero cuando lo hice me volví hacia ella. Narendra y Bara se encontraban a su lado con los ojos igual de desencajados—. ¡Arshad, por favor...!

No habría sabido qué responder ni aunque me hubiera salido la voz. Antes de que pudiera salir de mi perplejidad, Arshad deslizó los dedos por mi brazo hasta alcanzar mi mano izquierda y tiró de mí hacia la penumbra que parecía aguardarnos con los brazos abiertos.

La voz de Damayanti nos siguió como un eco, cada vez más incrédula y angustiada, hasta que alcanzamos el extremo opuesto del corredor y la grieta casi invisible que separaba los dos mundos acabó convirtiéndose en un abismo.

Capítulo 24

Cuando nos quedamos solos, fui consciente por primera vez de hasta qué punto lo que Arshad acababa de hacer lo cambiaría todo. No pude evitar detenerme en la ruinoso sala en la que habíamos entrado, donde no había más que algunos sillares desprendidos de las paredes y un montón de hojas tan secas que parecían momificadas.

—Arshad, esto que has hecho no... no tiene ningún sentido. Aún estás a tiempo de darte la vuelta para regresar con ella. —Me volví hacia la lejana entrada del palacio, pero la voz de Damayanti había dejado de escucharse—. Ya sé que después del ataque al *mahal* de Narendra crees que esto ha dejado de ser solo asunto mío, pero aunque fuera cierto...

—Me parece recordar que fuiste tú quien se negó a marcharse de la India cuando te lo propuse hace unas horas —me respondió Arshad—. Podrías haberte desentendido de mí después de lo que ocurrió en el templo, pero en ningún momento se te pasó por la cabeza.

—Mira, eso no tiene nada que ver con lo que... ¡Si te estoy diciendo esto es porque no quiero causarte más problemas, en especial problemas personales, después de lo...!

Me quedé callada cuando él posó un dedo sobre mis labios. En sus ojos no había la menor sombra de duda; nada de lo que pudiera argumentar serviría para convencerle.

—Este no es el mejor momento para mantener una conversación así —dijo después, apartando la mano—, no con el tiempo corriendo en nuestra contra. Primero tenemos que resolver este endemoniado asunto y, cuando lo hayamos hecho, podremos hablar por fin.

No encontré nada que responder a esto, aunque estaba segura de que mis mejillas arreboladas hablaban por sí solas. Me pareció intuir una sonrisa en sus labios antes de que me agarrara de la mano para seguir avanzando, atravesando dos salas más en las que reinaba la misma devastación. Sin embargo, tenía que existir un camino; era imposible que a mis padres y a Fielding se los hubiera tragado la tierra en un momento.

Durante casi cinco minutos continuamos recorriendo las estancias del palacio, cada una más arrasada y oscura que la anterior, hasta que desembocamos en una pequeña sala en la que me pareció entrever algo diminuto de color azul tirado entre unos cascotes...

—Me temo que estamos en un callejón sin salida —comentó Arshad, deteniéndose a mi lado en el umbral—. Este lugar es un auténtico laberinto y, para colmo, no hay nada que permita recordar qué habitaciones hemos atravesado. Todas

son prácticamente idénticas.

Tampoco esta vez le contesté. No podía apartar los ojos de aquella piedra azul, tan familiar para mí, que permanecía amortajada por el polvo y los escombros en un rincón.

—No sabes cómo me duele reconocerlo, pero puede que no tengamos más remedio que regresar con los demás. —Arshad se volvió hacia mí, intrigado—. ¿Qué estás mirando?

—¿Has oído hablar alguna vez —le respondí por fin— del cuento de Hansel y Gretel?

—Llámame aguafiestas, Helena, pero sigo pensando que este no es el mejor momento para que me ilustres sobre la literatura occidental. Si pudieras esperar a que hayamos...

—Hansel sabía que sus padres iban a abandonarlo en el bosque con su hermana, así que la noche anterior recogió un puñado de piedras para marcar un camino de regreso a casa —expliqué mientras me acercaba al rincón—. Pero también podría haber servido para lo contrario... para que alguien que supiera lo que iba a ocurrirles acudiera en su auxilio.

Me agaché para coger el pequeño objeto. La turquesa tallada con la forma de un escarabeo tenía un par de muescas que no había detectado en Londres, probablemente producidas cuando la dejé caer en la explanada del palacio. Me sorprendió no haberme dado cuenta hasta entonces de que mi padre no había llegado a devolvérmela, aunque su significado no podía resultar más claro en ese momento: «Por aquí. Búscanos por aquí».

—Mi padre quería dejarme una pista —seguí diciendo en un susurro, aún agachada sobre el enlosado—. Algo que me permitiera averiguar dónde se encuentran ahora mismo.

—¿Ese colgante es suyo? —se extrañó Arshad, inclinándose a mi lado para mirarlo.

—Me lo regaló a mí poco antes de marcharnos de Londres. Es uno de los amuletos protectores encontrados en la sepultura egipcia que estuvimos excavando.

Me até la cuerda, dejando reposar el amuleto por dentro de mi choli, y al incorporarme junto a Arshad reparé en que ya no parecía extrañado, sino escandalizado.

—Espera un momento... ¿Para qué queráis sacar a un rey egipcio de su sepultura?

—No era un rey, era un sacerdote llamado Ptahmai —le respondí impaciente—, pero eso se merece una explicación aún más larga que lo de Hansel y Gretel. La cuestión es que mi padre ha tenido consigo este colgante durante las últimas veinticuatro horas, y me cuesta creer que lo haya perdido precisamente aquí. No, tiene que haberlo dejado en esta estancia por un motivo... Porque sabía que tú y yo les seguiríamos hasta Bhangarh...

—Pero eso no tiene ni pies ni cabeza: la única salida es la puerta por la que hemos entrado. Debieron de usar la habitación como un almacén o algo por el estilo.

Esto me hizo pasear de nuevo la vista por la estancia. Arshad tenía razón: no había más puertas en ella, nada más que unas ventanas diminutas por las que los últimos rayos de sol se arrastraban con esfuerzo. Me quedé mirando la más cercana, un tosco agujero a la altura de mi cabeza que permitía el paso a un haz de luz que caía sobre el enlosado...

Entonces mis ojos descendieron por aquella diagonal rojiza, y la sorpresa que me produjo lo que hallé al final me hizo soltar un grito que atrajo la atención de Arshad.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó, desenfundando uno de sus *kukris*.

—La luz. Mira la forma que tiene ese rayo... —Le hice clavar la vista en el extremo de la diagonal, que se deslizaba por el suelo con la rapidez de un caracol—. ¿No parece...?

—Una estrella. —Aunque Arshad no alzó la voz, era evidente que se encontraba tan sorprendido como yo. Se agachó al lado del rayo luminoso, en el que bailaban unas motas de polvo que recordaban a partículas de oro—. Una estrella de ocho puntas. Pero lo que no entiendo... —Entonces levantó la cabeza para observar la ventana—. Ah. Son dos.

No había reparado hasta ese momento en que el sol no entraba directamente por la pequeña ventana, sino que primero atravesaba otra situada en la habitación anterior. La forma de las dos era cuadrada, pero habían sido colocadas de tal manera que la luz, en el instante del crepúsculo, pasaba a través de ambas adquiriendo la forma de una estrella.

—La estrella de la diosa Lakshmi —prosiguió Arshad, observándome esta vez a mí.

—No puede ser una casualidad —exclamé mientras me agachaba—. ¡Henry Brandeth tuvo que hacer ese dibujo en su cuaderno por un motivo! A menos que lo que pretendiera fuera hacer anotaciones sobre la forma que tenía el rubí de Senthil Khan...

—De todos modos, tu madre dijo que encontraron ese cuaderno en el *haveli* de las bailarinas, no aquí. Es posible, por supuesto, que los Brandeth hubieran descubierto este fenómeno luminoso, pero no se atrevieron a quedarse después del atardecer. Por eso se concentraron en el *haveli*, encontrando tal vez el pasadizo del que nos habló mi maestro.

Mientras decía esto, Arshad había deslizado los dedos hacia la parte del suelo por la que se movía la estrella luminosa, tan débil a esas alturas que apenas podíamos verla.

—Y esta puede ser la razón. —Dio unos golpecitos en el enlosado y me apresuré a apoyarme sobre los codos para mirarlo de cerca. Él siguió con el índice el contorno de algo que, cuando por fin pude verlo, me hizo taparme la boca: una losa cuadrada mucho mayor que las demás—. Fíjate en el hueco que hay entre esta piedra y las que

la rodean...

—Alguien la ha apartado hace poco, y no por primera vez. ¡De haber sido así, todo ese espacio se encontraría infestado por las malas hierbas que hay en las demás juntas!

No hizo falta que nos pusiéramos de acuerdo: de inmediato nos incorporamos para intentar apartar la losa. Era bastante más pesada de lo que habíamos imaginado, tanto que no conseguimos moverla ni un milímetro hasta que Arshad, que había dejado en el suelo el cuchillo, deslizó la punta por la rendija para hacer palanca con él. Por un momento temí que el acero pudiera ceder, pero finalmente se las ingenió para alzarla unos centímetros y entonces, empujando los dos a la vez, logramos echarla a un lado.

Unos escalones se hundían en la roca, aunque no había manera de adivinar a dónde conducían: el sol había acabado de ponerse tras nosotros, matando la estrella. Él me miró un momento por encima del agujero antes de ponerse en pie para empezar a bajar los peldaños, y yo me apresuré a seguirle mientras sacaba la pistola de mi madre.

—Esto confirma mis sospechas: tiene que haber sido el camino por el que entraron mis padres —dije, estirando el cuello para mirar por encima de su hombro, aunque no atisbé más que sombras—. O por el que les hicieron entrar los hombres de McAllary.

—Seguramente Fielding se encuentre también con ellos —contestó Arshad—. Lo que no comprendo es por qué no obligaron a Damayanti a acompañarles en ese momento...

La escalera torció de repente a la derecha, y no pude evitar echar un último vistazo al agujero, por entonces un cuadrado casi imperceptible, que habíamos dejado abierto en el suelo de la habitación. Si la gente de McAllary nos seguía hasta el palacio y se topaba con aquello, no les cabría la menor duda sobre lo que habíamos hecho Arshad y yo; pero cerrarlo equivaldría probablemente a quedarnos atrapados allí.

—Deberíamos haber traído una linterna con nosotros —susurré tras unos segundos más de descenso, en los que me dio tiempo a golpearme la cabeza con un saliente que Arshad había esquivado y a perder casi el equilibrio en un escalón ruinoso—. Dentro de un momento estaremos a oscuras y no sabemos lo que nos espera abajo...

—No te preocupes por eso. Me parece que este lugar no está precisamente desierto.

Tardé un momento en darme cuenta de que la pared de la izquierda, cuyo tacto me recordaba al de una caverna, se había teñido unos metros más adelante de un resplandor anaranjado y, cuando doblamos una nueva esquina, entendimos por qué. Se me escapó un pequeño grito al observar la hilera de antorchas que había a ambos lados del camino.

—¿Qué crees que significa esto? —pregunté, deteniéndome cuando Arshad estiró un brazo ante mí—. ¿Que habrán entrado con mis padres algunos de los hombres de McAllary?

—Me cuesta creerlo... teniendo en cuenta lo que nos contaste sobre la conmoción que les produjeron las apariciones de la otra noche —respondió con el ceño fruncido—. Lo único que se me ocurre es que aquí haya otras personas que no tengan nada que ver con el Administrador General ni con tus padres. Porque los muertos no encienden antorchas.

Eso me hizo tragar saliva, con los ojos clavados en el extremo del corredor al que conducían los peldaños. La escalera terminaba allí abajo, pero el techo no permitía saber si había alguien unos metros más adelante o seguíamos estando solos. No se oía nada más que el rumor de nuestras respiraciones, y estaba a punto de preguntarle si no sería efectivamente más sensato regresar con Narendra y nuestros refuerzos cuando algo metálico, tan frío como una esquirla de hielo, se deslizó por mi hombro hasta mi cuello.

—Yo de usted procuraría no moverme mucho —me susurró una voz a milímetros de mi oreja derecha—. No me gustaría descubrir demasiado tarde que mi pulso es inestable.

—¡Ar...! —conseguí decir antes de que otra mano se cerrara sobre mi boca. Arshad se volvió de inmediato y, aunque su primera reacción fue abalanzarse hacia nosotros con el *kukri*, se detuvo al ver cómo ese desconocido apretaba más su arma contra mi garganta.

—No creo que eso sea una buena idea —le advirtió este, sin amedrentarse por su colérica mirada. Un segundo hombre se detuvo a su lado, aunque no fui capaz de girarme hacia ellos; la punta afilada del cuchillo me había dejado paralizada.

—Si esto les hace sentirse más tranquilos, les aseguro que no tenemos intención de hacerles daño. No obstante, puede que no nos quede más remedio si nos lo ponen difícil.

—Ustedes no son ingleses —les espetó Arshad mientras sacaba el segundo *kukri* —, pero no se parecen tampoco a nuestros enemigos. Podrían empezar diciéndonos de quiénes se trata.

—Creo que eso no nos corresponde a nosotros. Pero, si tanto les interesa, hay una manera muy sencilla de hacérselo saber. —Tras quitarme la pistola que seguía sujetando, el segundo hombre se la guardó entre la ropa y alargó la otra mano hacia Arshad—. Denos eso ahora mismo para que los saquemos de aquí. No tienen más opciones, en realidad...

—Ya les hemos dicho que no vamos a hacerles nada por ahora —repitió el que estaba inmovilizándome—. Si se portan bien, puede que se lo devolvamos todo esta misma noche.

Aunque casi no podía mover ni un músculo, asentí nerviosamente con la cabeza y Arshad, tras unos segundos de vacilación, le entregó sus cuchillos al hombre con

expresión recelosa. Entonces lo agarraron también para hacerle avanzar a mi lado por el corredor iluminado por las antorchas, aunque no se molestaron en usar ninguna cuerda para atarnos las manos.

No es que me hiciera sentir muy tranquila estar con unos hombres de los que no sabíamos nada, pero Arshad estaba en lo cierto: saltaba a la vista que no tenían nada que ver con Sanjay y sus compinches. Aunque su aspecto no era muy distinto, ni tampoco los remiendos de sus descoloridas túnicas y bombachos, las amenazas que mis anteriores secuestradores me habían dirigido en la torre distaban de parecerse al trato que ahora nos estaban brindando. «Si no fuera una locura, diría que mis padres y nosotros no somos los primeros a los que encuentran aquí abajo —pensé mientras nos hacían doblar una esquina y después otra—. Casi se los ve acostumbrados a hacer esto...».

Finalmente, los corredores acabaron perdiendo su aspecto cavernoso y empezaron a tornarse en una auténtica vivienda subterránea. Allí había más señales de vida que en las ruinas del palacio; pude observar unas cuantas esterillas en el suelo, unos nichos en la pared donde alguien había dejado unos diminutos incensarios y hasta una tosca pintura de una diosa hindú en una de las esquinas. ¿Sería la Lakshmí que había otorgado a Bhangarh sus riquezas antes de castigar a su último rey por la muerte de las bayaderas?

Mis pensamientos se vieron interrumpidos por un correteo. Una niña muy pequeña acababa de desembocar en el pasillo y, cuando nos vio a Arshad y a mí, soltó un grito alborozado. «*Nae bhaiyon*»!, le oí exclamar antes de marcharse por donde había venido.

—¿*Nae bhaiyon*? —le pregunté a Arshad sin dejar de caminar—. ¿Qué significa eso?

—«Nuevos hermanos» —me susurró él—. Esto no me gusta nada... —Pero antes de que pudiera añadir nada más, nuestros guías nos hicieron entrar en la habitación a la que se había dirigido la niña y que resultó estar atestada de personas, más de un centenar de almas que se volvieron a la vez para observarnos. No esperaba encontrarme con tanta gente de golpe, y el escrutinio de todos esos ojos me resultó tan agobiante que tardé unos instantes en poder prestar atención a la estancia.

Era tan enorme que recordaba a una catedral. Una docena de cadenas de hierro colgaban de la bóveda semiesférica, sosteniendo unas rudimentarias lámparas que lo inundaban todo con una bruma anaranjada. La mezcla de esa tenue luz con el aroma a incienso que flotaba alrededor me hizo sentir como si caminara en sueños, pero aun así reparé en algo desconcertante: las paredes de la estancia estaban recubiertas de relieves, tantos que no parecía haber ni un centímetro cuadrado desnudo.

—¿Qué se supone que son esas estatuas? —le susurré a Arshad mientras nos hacían avanzar hacia el centro de la habitación. También había rostros de piedra esculpidos en la bóveda, observándonos desde las alturas con unas sonrisas que casi helaban la sangre.

—Representaciones de los dioses —me contestó él en el mismo tono—. Lo curioso es que ya las había visto antes... Esos relieves de ahí enfrente se parecen mucho a los del templo de Baitala Deula, y los que hay justo encima —hizo un gesto hacia unas parejas esculpidas en actitudes tan explícitas que me hicieron ponerme roja— son idénticos a los del templo de Khajuraho. Pero no entiendo qué hacen aquí, en una ciudad subterránea...

Me disponía a contestarle cuando vi algo que me dejó sin habla. Al lado de los amantes abrazados había un relieve de mayor tamaño cuya presencia resultaba aún más desconcertante, porque se trataba de algo que había visto en Inglaterra... «¿Esa es la fachada de la abadía de Westminster?». La sorpresa que me produjo encontrar allí abajo unas tracerías góticas casi me hizo olvidar la aprensión por lo que pudiera pasarnos; era como si me hubiera topado con un tigre mientras paseaba tranquilamente por Piccadilly.

—Eso es inglés —le dije a Arshad, sin poder disimular mi incredulidad—. Es la entrada de una iglesia de Londres, pero no tiene ningún sentido que... —Entonces me detuve al observar algo esculpido al otro lado—. ¡Eso otro es la cúpula de la catedral de San Pablo!

—Una mezcla extraña, desde luego —me contestó una voz impregnada de un fuerte acento indio—. Tanto como para dejar perplejos a todos los que nos visitan últimamente.

Abstraídos en la contemplación de los relieves, no nos habíamos dado cuenta de que la muchedumbre que abarrotaba la sala se había apartado a ambos lados para dejar paso a una mujer envuelta en un deslustrado sari. Era una anciana tan pequeña que casi le sacaba una cabeza, con el pelo recogido en un moño en el que, y aquello me extrañó tanto como la decoración de la sala, aún se percibían algunos mechones de un castaño claro que no podían casar menos con su piel morena y apergaminada. Mis pensamientos debieron de aparecer escritos en mi rostro, porque la anciana esbozó una media sonrisa.

—No deja de ser sorprendente que le llame tanto la atención. —Y supe que se refería tanto a ella como a los relieves—. A juzgar por la diferencia de color entre las pieles de sus padres, debe de haber tanta mezcla de Occidente y Oriente en sus venas como aquí.

—También han conseguido atraparlos a ellos, al parecer —repliqué, aunque no pude evitar preguntar a continuación—: ¿Cómo demonios ha adivinado que yo soy hija suya?

—Sería imposible no hacerlo. —La mujer enarcó una ceja—. Es idéntica a su madre.

Nada de lo que pudiera haberme dicho me habría sorprendido más que eso. Era la primera vez que me relacionaban con ella por su aspecto; hasta entonces, todo el mundo se había limitado a hacer comentarios como «la chica es la viva imagen de su padre» y «seguro que acabáis pareciéndoos más cuando crezca, Dora». Porque ella

siempre había sido arrebatadora, con un magnetismo del que yo carecía por completo...

—Me parece increíble que ni siquiera se moleste en negarlo —le espetó Arshad antes de que pudiera salir de mi asombro—. ¿A qué cree que están jugando sus amigos y usted?

—Juraría que deberíamos ser nosotros quienes les hiciésemos esa pregunta —repuso la mujer—. ¿Qué otra cosa podrían esperar quienes se atreven a invadir un hogar ajeno?

—Para su información, si existiera realmente un propietario de Bhangarh, tanto de lo construido sobre la tierra como de lo subterráneo, no sería más que yo. —Arshad se giró como pudo para recorrer con los ojos a la silenciosa multitud—. ¡Me llamo Arshad Singh y soy el *thakur* de Jaipur, hijo del difunto marajá Jaswant Singh y hermano de Devraj Singh! ¡Exijo que nos suelten de inmediato, que hagan lo mismo con los Lennox y...!

Pero se quedó callado al comprender que nadie parecía dispuesto a moverse. Los hombres más cercanos a nosotros cruzaron una mirada de escepticismo, algo que supuse que jamás se habría atrevido a hacer uno de sus criados. No era solo que no creyeran lo que Arshad decía; estaba segura de que no habrían hecho nada incluso de haber sido así.

—No parece tener una gran capacidad de convocatoria —comentó la mujer—. Aunque sería más correcto decir que lo que no tiene es poder. No al que usted está acostumbrado.

—Acabo de explicarles que... —insistió Arshad con expresión estupefacta.

—Sí, ya lo hemos escuchado todos, pero sentimos no estar impresionados. No dudo de que sus títulos resulten de lo más admirables en su ciudad natal, pero hace demasiado tiempo que esas cosas han dejado de interesarnos. Digamos que, cuando uno está bajo tierra, no cuenta con suficiente luz para diferenciar si la sangre es de color rojo o azul.

—Pero eso significaría que... —Miré de nuevo los relieves de las paredes, sintiendo cómo un escalofrío me recorría la espina dorsal—. Ahora lo entiendo. Los dos ejércitos que se enfrentaron en Bhangarh no desaparecieron. No se los tragó la ciudad ni tampoco a sus habitantes. Simplemente se escondieron en las profundidades... y desde entonces no han abandonado este lugar, como tampoco sus descendientes. Ni quienes se atrevieron a entrar de noche en el palacio, como el hermano de Haithani o los Brandeth.

—Ustedes... ¿ustedes proceden de los supervivientes de la batalla? —El estupor de Arshad no hacía más que aumentar—. Pero ¿qué clase de dementes harían algo semejante?

«Unos demasiado aterrorizados para exponerse a la cólera de Lakshmí —me dije para mis adentros—, aunque los indios no fueron los únicos. Este lugar se convirtió en la morada de los hombres de Ravenshaw... y, seguramente, también del propio

Ravenshaw».

Por eso las paredes se habían convertido en el reflejo de dos mundos, los templos hindúes al lado de las iglesias de Londres. «Debe de haber tanta mezcla de Occidente y Oriente en sus venas como aquí», me había dicho la anciana, y al observar los rostros que nos rodeaban comprendí que era verdad: había semblantes morenos y otros más pálidos, cabelleras tan negras como la de Arshad al lado de trenzas castañas, ojos tan oscuros como los míos junto a otros tan claros como los de él. Vi incluso, a los pies de una mujer muy joven, a un niño que jugueteaba con una condecoración de guerra del ejército inglés con tanta despreocupación como si no fuera más que una baratija de feria.

—Si realmente es un *thakur* en su mundo, supongo que profesará el hinduismo —le dijo a Arshad un hombre que se había detenido al lado de la anciana—. ¿Cómo se atreve a juzgar a unas personas que lo único que hacen es cumplir los mandatos de una diosa?

—¿Creen que porque un trueno sacudiera la ciudad Lakshmí les estaba ordenando sepultarse en vida aquí abajo? —exclamó Arshad—. ¡Ni el más supersticioso de los indios lo habría considerado una orden suya, ni siquiera después de que Senthil Khan asesinara a esas pobres chicas!

Un silencio sepulcral siguió a estas palabras. De repente, el murmullo que invadía la inmensa sala se había apagado, como si todo el mundo hubiera enmudecido a la vez.

—Veo que están más informados acerca de lo que pasó que los demás —contestó al cabo de unos segundos la anciana—. Quién sabe, puede que eso suponga una ventaja... Si están al corriente de todo, no será tan duro para ustedes hacerse a la idea cuanto antes.

—¿Hacernos a...? Un momento —dije en un hilo de voz—, ¿en qué están pensando?

—En lo único que tiene sentido en esta situación. Antes nos han llamado dementes a nosotros y a nuestros antepasados, pero deberían saber que no es sensato considerar que alguien está loco si no se ha estado nunca en sus circunstancias. —Y se volvió hacia los hombres que se nos habían acercado—. Lleváoslos de aquí. Cuando se hayan calmado un poco, los haremos subir de nuevo para continuar con nuestra pequeña charla. Aún hay muchas cosas que ignoran sobre nuestro hogar... o, mejor dicho, sobre su nuevo hogar.

Capítulo 25

Nada más decir esto, nos vimos nuevamente inmovilizados y arrastrados hacia la puerta por la que nos habían hecho entrar. Yo seguía estando tan confundida que no me esforcé mucho por soltarme, pero Arshad se revolvió de tal modo que, cuando giré la cabeza hacia atrás, observé que habían tenido que echársele otros dos hombres encima.

—¡Arshad, para ahora mismo! —exclamé alarmada—. ¡No nos servirá de nada pelear!

—¿Y qué pretendes que hagamos, entonces? —me gritó por encima del hombro de otro indio casi tan corpulento como él—. ¿Que nos resignemos a pasar la vida aquí abajo?

—¡Claro que no, pero no puedes enfrentarte tú solo a una ciudad entera! Ya habrá ocasión de cambiar las tornas, pero tendrá que ser más adelante. Te necesito vivo. —Tras un segundo de vacilación, añadí en voz más baja—: Y no solo para escapar de aquí.

Esto logró apaciguarlo un poco, aunque la expresión con la que siguió mirando a nuestros captores mientras nos guiaban hacia la puerta, dejando atrás a la congregación silenciosa, ponía la piel de gallina. Con mis pies descalzos enredándose todo el tiempo con el borde del sari, dejé que me condujeran por una ramificación más sombría del corredor por el que habíamos entrado y unas escaleras que descendían, tras cambiar tantas veces de sentido que casi me mareé, hacia un nivel todavía más inferior.

Una vez allí, atravesamos una nueva serie de corredores cuyo olor resultaba mucho más desagradable, una mezcla de aroma a cerrado y barro húmedo que me hizo suponer que esa era una zona mucho menos transitada. Mis sospechas demostraron ser ciertas cuando los indios, después de hacernos caminar durante más de un cuarto de hora, nos empujaron dentro de una estancia envuelta en la penumbra. Lo único que la alumbraba era el resplandor de las teas del corredor, arrancando destellos metálicos a unos hierros colocados en sentido vertical que, al comprender lo que eran, me encogieron el corazón.

—Otra vez en prisión —murmuré mientras me hacían entrar sin contemplaciones en una pequeña celda—. En la India estoy pasando más tiempo encerrada que en libertad...

—Ya no te parecen tan descabellados mis intentos por soltarme, ¿verdad? —replicó Arshad cuando nuestros captores cerraron la reja tras nosotros con tres vueltas de llave.

Ninguno abrió la boca, ni para amenazarnos ni para tranquilizarnos. Regresaron al corredor sin dirigirnos una mirada más y, cuando por fin nos quedamos a solas, me di

la vuelta para examinar el cubículo en el que nos encontrábamos. No era muy distinto del que había ocupado en la torre de vigilancia: también había una esterilla en el suelo, en un estado aún más deplorable, y los restos de un plato hecho añicos Dios sabía cuándo.

—¿Crees que podría tratarse de los antiguos calabozos subterráneos de Bhangarh?

—Lo dudo mucho —dijo Arshad. Deslizó una mano por la pared, que desprendía un olor a humedad aún mayor—. Recuerda el aspecto que presentaba la sala a la que nos han conducido. De la Bhangarh auténtica no queda nada; todo esto ha sido excavado después.

—Tal vez tengas razón —contesté. Aferré los barrotes con ambas manos para darles una buena sacudida—. En ese caso, con un poco de suerte, podría ser fácil arrancar esto...

Pero, por mucho que lo intentamos, no conseguimos nada: esas malditas barras estaban firmemente clavadas en la roca. Arshad acabó apartándose de la reja para seguir inspeccionando el calabozo y estaba a punto de acompañarle, con un suspiro mezcla de rabia y de impaciencia, cuando me pareció oír un «¿Helena?» que me hizo dar un salto.

Estaba tan oscuro que los rincones del calabozo apenas se distinguían, pero aun así me percaté de que había una mujer en otra celda situada unos metros a la derecha...

—¿Mamá...? —Me aferré a los barrotes—. ¿Estaba segura de que os habrían traído aquí también a vosotros! ¿Dónde...? —Entonces me di cuenta de que mi madre se encontraba inclinada sobre una segunda silueta sentada en el suelo—. ¿Está papá contigo?

—En la salud y en la enfermedad, como prometimos —le oí rezongar—. Nunca me he alegrado tanto de que tu madre decidiera alistarse como enfermera en la guerra...

Hasta que entorné los ojos no entendí a qué se refería: había una herida sangrante en su antebrazo que mi madre estaba acabando de envolver con su pañuelo de seda violeta.

—Tu señor padre —comentó ella—, en uno de sus habituales alardes de sentido común, creyó que sería buena idea plantar cara solo a la mitad de los indios que asaltaron el *mahal* de Alwar. Es un auténtico milagro que no le hicieran picadillo.

—No estaba solo —protestó él mientras alzaba los puños—. Tenía a estos dos amigos.

—Que te sirvieron de mucho contra unos tipos armados con pistolas. Si no hubiera logrado sacarte la bala, nuestros captores se habrían topado mañana con un cadáver. —Con un último tirón, mi madre acabó de ajustarle la venda y la ató con un lazo—. Pero supongo —añadió con ironía— que me casé contigo por esta clase de cosas.

—Parece que les ha ocurrido lo mismo que a nosotros, aunque en nuestro caso nos metimos voluntariamente en la boca del lobo —comentó Arshad—. ¿Cómo acabaron aquí?

—Bueno, esos malditos indios... no os ofendáis... se nos echaron encima en Alwar, nos maniataron y nos sacaron de la ciudad en una especie de carromato cubierto —dijo mi padre, examinando con una ceja enarcada el lazo de su venda—. Dora cree que es lo que les hizo caer sobre el palacio, aunque en un principio pensáramos que eran bandidos...

—Según eso, nosotros seríamos los responsables de unas cuantas muertes —observó mi madre en voz más baja—. Incluida la de una de las esposas de vuestro hermano pequeño.

Arshad se limitó a sacudir la cabeza y no me costó entender por qué: la situación empezaba a ser demasiado demencial para continuar adjudicándonos responsabilidades.

—Nos trajeron de inmediato a Bhangarh, junto con el señor Fielding. —Mi madre señaló el interior de la celda y entonces nos sorprendió comprobar que había una tercera persona con ellos. Fielding nos dedicó un cabezazo cariacontecido—. Según nos dijo el que aparentaba estar al frente, ese chico con la cara quemada del que nos hablasteis, había llegado el momento de «hacer lo que se esperaba de nosotros». Querían que localizáramos la entrada secreta a los subterráneos que hemos estado buscando durante estos días.

—¿Y la encontrasteis? —quise saber—. O más bien... ¿os encontró alguien a vosotros?

—Unos habitantes de la ciudad subterránea acababan de salir apartando una losa del suelo —contestó mi padre—. De nada sirvió que tratáramos de plantarles cara: nos maniataron aprovechando que no estábamos armados y nos hicieron descender a una estancia circular en la que nos recibió la dirigente de esta comunidad de alienados.

—Exactamente igual que a nosotros —gruñó Arshad, dándose la vuelta para observar el interior de la celda—. Seguro que hacen lo mismo desde hace más de un siglo: salen de su refugio al atardecer, para conseguir víveres, estirar las piernas o respirar aire puro, y cuando alguien se acerca a las ruinas del palacio le hacen creer que se trata de almas en pena. Nunca ha habido un solo fantasma en Bhangarh; las *saphed bhoot* eran ellos.

Aquello tenía tanto sentido que no entendía cómo no lo había adivinado antes. Ni cómo no lo habían hecho Sanjay y sus compañeros cuando se hallaban tan cerca del palacio.

—Supongo, señor Fielding, que no habrá sabido nada de Miles estando aquí abajo...

—Nada en absoluto —se lamentó el anciano—. Debería estar en algún edificio de los alrededores, quizás en esa torre de vigilancia... pero no nos han dado la

oportunidad de examinar nada más que el palacio. Lo cual me recuerda, alteza — Arshad dejó de darle la espalda a los barrotes—, que vuestra esposa está... está también en paradero desconocido.

—Damayanti se encuentra bien —contestó él en voz queda—. Helena y yo nos tropezamos con ella antes de entrar en el palacio. La hemos dejado con mi hermano y sus hombres, y es de suponer que a estas alturas haya llegado el resto de los refuerzos.

—Como si eso fuera a servirnos de algo —murmuró una voz desconocida desde otro de los calabozos—. Si nada ha cambiado en estos meses, no tiene por qué hacerlo ahora.

Su timbre me resultaba vagamente familiar, pero no comprendí por qué hasta que los ocupantes de la siguiente celda se inclinaron hacia los barrotes. Eran dos hombres de aspecto occidental, uno de unos cincuenta años y otro más anciano de cabello canoso...

—¿Son... son ustedes los Brandeth? —exclamé sin dar crédito.

El mayor suspiró.

—Eso creemos, aunque llevamos tanto tiempo en este agujero que casi empezamos a dudar de cómo acabamos en él. Por desgracia, a sus padres y a usted no parece haberles ido mejor. —Tras limpiarse las gafas en su polvoriento chaleco, James Brandeth me miró con atención desde el otro lado del pasillo—. Es increíble cómo ha crecido. La última vez que la vi, seguía siendo una chiquilla que escamoteaba amuletos del despacho de Kenyon.

—Hay cosas que nunca cambiarán —murmuró mi madre mientras mi padre se reía.

—Me imagino que a ustedes los atraparon cuando consiguieron acceder a la ciudad subterránea —dije yo—. Mis padres encontraron su cuaderno en el *haveli* de las bailarinas. Gracias a él conseguimos dar con la losa iluminada por la estrella de Lakshmi.

—Y yo esforzándome por ser lo más críptico posible —replicó Henry Brandeth, y se inclinó para mirar a mi padre—. Parece que habéis hecho un buen trabajo con ella, Lennox.

—Si llevan tanto tiempo encerrados aquí, tienen que estar al corriente de lo que se traen entre manos esos alucinados —dijo Arshad antes de que mi padre pudiera jactarse de mi esmeradísima educación—. ¿No les han explicado por qué se empeñan en retenerles?

—Oh, lo hicieron nada más atraparnos —contestó James Brandeth—, pero no hemos conseguido hacerles entrar en razón. Lo único que quieren es que nos convirtamos a su causa o, por decirlo de otra manera, que aceptemos pasar aquí lo que nos queda de vida. Porque nadie que entra en Bhangarh puede abandonarla; esa es la auténtica maldición.

—Aún está por ver —contestó Arshad en un tono que casi me dio escalofríos.

Nadie pronunció palabra después de esto; los Brandeth regresaron a su esterilla, mi madre se acomodó al lado de mi padre, recostando la cabeza sobre su hombro sano, y Fielding hundió la cara entre las manos con la expresión de un hombre superado por la realidad.

Al estar sumidos en la oscuridad, no había modo de saber qué hora era ni cuánto tiempo había pasado desde que nos condujeron a la prisión. Lo único que interrumpía la monotonía era el lejano eco de unas pisadas por encima de nuestras cabezas y algo que se parecía demasiado al correteo de unas ratas en el pasillo donde seguían reluciendo las antorchas. En dos ocasiones, unos indios bajaron a echar un vistazo, pero no sirvió de nada que me empeñara en hablarles; lo único que hicieron fue examinar las celdas una a una antes de regresar por donde habían venido, arrastrando sus vestimentas remendadas.

Y las horas siguieron pasando, y acabé adivinando que debíamos de estar cerca de la medianoche. Cuando fue evidente que nadie tenía intención de ir a buscarnos, Arshad optó por sentarse con la espalda apoyada en la pared, adoptando una postura propia de un faquir que me hizo adivinar que estaba tratando de alcanzar aquel estado conocido como *samadhi*. Verlo de esa manera, tan regio e inalterable como un ídolo, me hizo sentirme avergonzada de la impaciencia con la que recorría la celda como una leona enloquecida.

—Si no dejas de dar vueltas, acabarás mareándote —me advirtió él sin abrir los ojos.

—Ese sería el menor de mis problemas —le dije mientras soltaba a regañadientes los barrotes que había estado zarandeando por enésima vez—. Hay algo que no logro entender: ¿por qué no dejarán a un celador aquí abajo para vigilarnos en todo momento?

—Porque no querrán correr el riesgo de que inundemos sus cerebros con historias tentadoras sobre el mundo exterior. Estos hombres deben de tener la edad de tus padres, así que han nacido en Bhangarh. No saben nada sobre lo que hay más allá.

Aquello tenía mucho sentido, aunque no era precisamente tranquilizador. Con un resoplido de rabia, me aparté de los barrotes para reunirme con él sobre la esterilla, pero a medio camino estuve a punto de caerme de bruces al tropezar con el borde de mi sari.

—No pasa nada, estoy bien —farfullé cuando Arshad abrió los ojos—, pero no creo que pueda decirse lo mismo de esta cosa. —Agarré la primorosa seda azul turquesa, convertida para entonces en un pingajo embarrado—. Si salimos de esta, Damayanti me va a matar...

—Creo que tendrá más motivos para matarme a mí —se resignó Arshad mientras se ponía en pie—. Deja que te eche una mano con eso; debe de pesar más de lo que parece.

Se detuvo a mi espalda para forcejear con el prendedor que mantenía sujeto el sari sobre mi hombro izquierdo. Era un broche de plata apenas mayor que mi meñique,

pero me hizo preguntarme si en caso de apuro podría serme tan útil como la horquilla del pelo.

—Esto es lo más incómodo que he llevado nunca. Me gustaría decirle unas cuantas cosas a quien llegó a la conclusión de que las pobres indias se sentirían a gusto con una prenda así.

—Y me lo dice una inglesa. Dudo que un sari sea más molesto que esos ridículos armatostes de hierro que se ponían vuestras abuelas sobre las caderas.

—No veo gran diferencia, la verdad. Las dos cosas han servido para inmovilizarnos y maniatarnos. —Dejé escapar un suspiro de alivio cuando mi brazo quedó libre—. Pero, por supuesto, lo inglés siempre te parecerá muchísimo peor, sin importar de qué se trate...

Sacudiendo la cabeza, él me dio la vuelta para soltar el segundo prendedor que las mujeres de Narendra me habían colocado en la cintura. Sentí cómo se me erizaba la piel cuando me rozó suavemente con los dedos, una caricia tan fugaz que me habría pasado desapercibida en otras circunstancias, pero que en ese momento me aceleró el corazón.

No sé si fue mi pulso lo que le hizo detenerse o la inesperada reacción de mi piel al contacto de sus dedos. Solo recuerdo que nos quedamos mirándonos unos segundos en completo silencio hasta que conseguí articular, sin darme mucha cuenta de lo que decía:

—Me cuesta creer, señor Singh, que no haya en toda Inglaterra nada que le seduzca, por insignificante que sea. No sé, tal vez nuestros bombones de menta, o el Earl Grey...

—El Earl Grey es más oriental que yo. —Para mi sorpresa, Arshad esbozó un amago de sonrisa sin dejar de mirarme; aún no había apartado los dedos de mi cintura—. Supongo que sí, muy en el fondo... aunque, cuanto más lo miro, menos insignificante me parece.

Aquello casi hizo que mis mejillas entraran en combustión. El corazón me latía aún más rápido que antes, aunque no tardé en percatarme de que una sensación nueva, algo que no recordaba haber experimentado hasta entonces, se instalaba en mi estómago como hierro fundido. «Esto está mal. Está... está peor que mal. —Era la culpabilidad, y su sabor era lo más amargo que había probado en la vida—. Él ya tiene una mujer, una que es encantadora, que le quiere, y yo... yo no hago más que estropear una relación que, de no haber venido a la India, podría haber sido perfecta para los dos. Todavía se merece serlo».

Me costó lo indecible cogerle la mano para apartarla de mi cintura, aunque no fui capaz de soltar sus dedos. Puede que para los príncipes acostumbrados a contar con un harén de esposas y concubinas no hubiera nada inmoral en ello, pero sabía que me odiaría a mí misma si no daba un paso atrás. En esa senda no me aguardaba nada más que dolor.

—... un rosbif o uno de tus pasteles de carne, o una pierna asada de esas que

suele preparar los domingos la cocinera de Oliver —oímos lamentarse a mi padre de repente, y los dos nos volvimos hacia allí—. Esas serán mis únicas inquietudes cuando salga de aquí.

—Chocolate —mi madre suspiró—, seguido por un buen baño. O mejor aún: a la vez.

—Por raro que os parezca, escuchar esas cosas no nos hace sentir mejor —les echó en cara Henry Brandeth desde su celda—. Ah, creo que estamos de suerte. Aquí viene la cena.

Entonces nos dimos cuenta de que otro indio acababa de entrar en la prisión. Era un hombre de unos cincuenta años, con una barba negra veteada de canas primerizas, y traía una bandeja con siete toscos cuencos de barro rellenos de lo que parecía ser arroz.

—En comparación con lo que habéis mencionado, esto será un aperitivo de lo más deprimente —dije mientras me guardaba el prendedor en la cintura de la falda—. Y me imagino que será mucho pedir que este caballero acceda a dirigirnos la palabra, ¿verdad?

No me sorprendió que me ignorara tanto como sus compañeros, pero sí que dejara la bandeja en el suelo en vez de repartirnos la comida. Después se acercó poco a poco a la celda en la que estábamos Arshad y yo, mirándonos con una atención desconcertante.

—¿Qué pasa ahora? —pregunté, más inquieta de lo que me gustaría admitir—. ¿Es que no ha bajado hasta aquí para darnos de cenar? ¿Le han ordenado que acabe con noso...?

—Baje la voz —susurró él de pronto—, o será a mí a quien maten si nos descubren.

Su respuesta me sorprendió tanto que me callé de inmediato. Arshad se acercó a los barrotes con el ceño fruncido y hasta mi padre estiró el cuello para prestar atención.

—¿Quién es usted? —inquirió Arshad—. ¿Qué pretende? ¿Le ha enviado alguien?

—Me he ofrecido voluntario para traerles la comida, pero no por los motivos que los míos piensan —siguió diciendo el hombre. Hablaba tan mal en inglés que me costaba entenderle—. Si quieren salir de aquí, más vale que no hagan preguntas. Sobre todo a mí.

Dicho esto, sacó de una de las mangas de su túnica un manojo de llaves cubiertas de herrumbre. El ruido hizo que mi madre, que se había adormecido sobre el hombro de mi padre, enderezara poco a poco la cabeza, soltando a continuación un grito ahogado.

—Usted va... ¿usted va a soltarnos? —Me costaba creer que fuera tan sencillo; tenía que tratarse de una trampa—. ¿Por qué ha decidido ayudarnos a espaldas de sus amigos?

—¿Se da cuenta de que podrían considerarlo una traición? —añadió Arshad a media voz.

Pero el hombre no nos respondió. Simplemente fue probando las llaves hasta que dio con la que abría nuestra celda, empujando la pesada verja para que pudiésemos salir.

—No hay tiempo para las explicaciones, pero escuchen: existe un pasadizo por el que pueden escapar al exterior —dijo mientras abría la siguiente celda. Mis padres y Fielding también se apresuraron a salir, y los dos Brandeth, que no debían de haber podido estirar mucho las piernas en todo ese tiempo, hicieron lo propio tambaleándose—. Conduce al *haveli* de las bailarinas, situado al sur del palacio real. En un cuarto de hora estarán allí.

—Ese es el acceso por el que entramos nosotros hace cuatro meses —contestó Henry Brandeth sin poder disimular su nerviosismo—. ¿Está seguro de que no sospecharán nada?

—Es imposible que lo hagan. No les he dado nunca el menor motivo de inquietud.

—Y, aun así, está exponiéndose a la cólera de los suyos para ayudar a unos completos desconocidos —dijo Arshad sin dejar de mirarle—. ¿Por qué está haciendo esto?

Suspirando, el indio abrió una bolsa que llevaba al hombro para sacar algo que me dejó aún más perpleja: los *kukris* que le habían quitado a Arshad, seguidos de mi pistola.

—Puede que seamos desconocidos, pero existe algo que nos une y que nunca ha dejado de ser importante para mí. Una mujer llamada Haithani.

—No me lo puedo creer —murmuré—. ¿Usted es Aamir... su hermano desaparecido?

También mi padre parecía estupefacto y mi madre se había quedado boquiabierta.

—No sé qué relación tienen con ella —continuó el hombre, sacudiendo la cabeza — ni entiendo por qué les ha hablado de mí, pero si son importantes para Haithani no puedo consentir que se queden aquí. No merecen pasar por lo mismo que yo. —Y tras dudar un segundo, preguntó como si no se creyera con derecho a saberlo—: ¿Ella es... feliz ahora?

—Sí —susurró mi madre, conmovida a su pesar—, sí, enormemente. Vive en Londres con su familia: un esposo que la adora y dos hijos por los que daría su vida sin dudarlo.

—Dos hijos a los que les debo unas buenas bofetadas, no voy a mentirle —comenté.

—Una familia mestiza —dijo Aamir tras un instante de silencio—. Con la sangre tan mezclada como casi todos los habitantes de Bhangarh. Parece una jugarreta del destino.

Y sacudiendo la cabeza, vació el contenido de los cuencos dentro de mi celda, en

la que no había quedado más que el sari de Damayanti, y los volvió a colocar en la bandeja para regresar al piso superior. Arshad y yo lo seguimos empuñando nuestras armas, y los demás se apelotonaron detrás de nosotros con James Brandeth apoyándose en mi madre.

—Es por ahí —Aamir señaló el extremo opuesto del corredor por el que nos habían conducido unas horas antes—, doblando a la derecha al alcanzar ese arco y continuando por una pendiente hasta que se encuentren debajo de una trampilla como la del palacio.

—Será más fácil distinguirla desde dentro del *haveli* —asintió Henry Brandeth—. Creo que lo mejor será que vayas delante, Lennox, mientras sostengo una de esas antorchas...

—Me parece que alguien se ha ablandado un poco desde que abandonamos nuestra querida trinchera —bufó mi padre. Miró a Aamir—. ¿No piensa acompañarnos?

Pero este se limitó a encogerse de hombros, esbozando por primera vez una sonrisa.

—Por extraño que les parezca, Haithani no ha sido la única que ha conseguido crear su propia familia. La mía también tiene la sangre mezclada y esta ciudad es su hogar...

—¡Pero sus hijos no tienen por qué pasarse la vida aquí abajo! —dijo mi madre—. ¡No conocen el mundo real, no deben de saber siquiera que existe uno más allá de Bhangarh!

—Puede que en algún momento nos marchemos, pero no sería sensato hacerlo a la vez que ustedes. Ya se lo he explicado: no puedo dejar que descubran lo que he hecho. —Y tras un silencio aún mayor, murmuró un «buena suerte» antes de apartarse de nosotros.

—En fin, tendremos que hacerle caso si queremos contarle —suspiró mi padre. Nos hizo un gesto para que le siguiéramos—. No podemos desperdiciar nuestra buena estrella.

—¿Y qué pasa con Miles? —me adelanté a Fielding, que debía de haber abierto la boca para decir lo mismo—. ¿Pretendéis que nos marchemos abandonándole a su suerte?

—Helena, ¡no tenemos pruebas de que tu amigo esté aquí! ¡Ya te hemos dicho que nuestros secuestradores de Alwar solo nos hicieron entrar en el palacio a nosotros tres!

—Pero si hubiera una posibilidad de que hubiesen obligado a Miles horas antes a...

—La señorita Lennox tiene razón —repuso Fielding, que seguía muy pálido—, y están muy equivocados si creen que voy a acompañarles. ¡No pienso irme de aquí sin mi hijo!

—Claro que lo hará, y por las buenas —dijo Arshad—, si no quiere que lo

maniatemos para que deje de protestar. Yo me ocuparé de buscar una última vez a Miles.

—Y no lo harás solo, porque yo me quedaré contigo —afirmé en el acto—. Echaremos un último vistazo a los subterráneos y, si dentro de una hora no hemos dado con él, nos iremos detrás de vosotros. No, no es negociable —añadí cuando él arrugó la frente.

Como era de esperar, a mis padres no les hizo la menor gracia mi decisión: «Esta sí que es buena», «no sé cómo puedes pensar que te dejaremos», «de eso nada, mocosa»...

—¡Callaos de una vez! —acabé estallando, y bajé enseguida la voz—. ¡Cada minuto que pasamos discutiendo aquí abajo es un minuto perdido! ¿Queréis que nos quedemos esperando de brazos cruzados a que envíen a algún otro indio para echarnos un vistazo?

—Esto es una completa majadería —resopló mi padre, pasándose una mano por los cabellos revueltos. Después se giró hacia Arshad—. ¿Una hora? ¿Os comprometéis a ello?

—Una hora —contestó él, para mi inmenso alivio—. Le prometí esta mañana que a su hija no le pasaría nada malo estando conmigo, y respondo de ello con mi vida otra vez.

—Bueno, en ese caso... —acabó accediendo mi padre, aunque la manera en que mi madre chasqueó la lengua me hizo adivinar que la cosa no iba a quedar ahí, ni mucho menos—. Supongo que mientras tanto podríamos pedirles a los hombres de vuestro hermano que nos acompañaran hasta aquí abajo. Pero más vale que no os apartéis de ella, ¿me oís?

Arshad se llevó una mano al pecho en señal de asentimiento, pero no hubo tiempo para añadir nada: mi padre agarró a mi madre para alejarla de nosotros, Henry Brandeth se hizo con una antorcha y James Brandeth y Fielding cerraron la extraña comitiva, cuyo silencio recordaba al que podría esperarse de un cortejo fúnebre.

Capítulo 26

Cuando por fin los perdimos de vista, el corredor se quedó tan silencioso y desierto como si fuésemos los primeros seres humanos que lo pisaban en siglos. Arshad me hizo un gesto para que le siguiera en la dirección contraria y nos pusimos en camino entre unas paredes que parecían cobrar vida con cada movimiento de las mortecinas antorchas.

—Enseguida estarán en el exterior —me dijo al ver que estaba mirando por encima de mi hombro—. No debemos de estar a demasiada profundidad, y conocen el terreno lo bastante bien para poder orientarse en cuanto aparezcan en el *haveli*.

—Al menos me queda el consuelo de que Narendra y su gente estén esperándonos ahí fuera —comenté—. Tienen que estar volviéndose locos por nuestra culpa, pero seguro que ninguno se ha atrevido a seguirnos hasta el palacio después de que se pusiera el sol.

Arshad cabeceó en señal de asentimiento. Una rata cruzó el corredor unos metros más adelante, procedente de una ramificación un poco más ancha por la que seguimos avanzando sin dejar de mirar a nuestro alrededor. Ante nosotros se extendía una sucesión de arcos apuntados de los que, como serpentinatas descoloridas, colgaban unas telarañas que se balanceaban en silencio cuando pasábamos por debajo. Aquello me recordó a las que los lascars habían usado para decorar el *Saraswati* y cómo nos habíamos divertido Miles y yo la Noche de Arabia. «¿Dónde estás ahora, Miles? —pensé, observando aún las telarañas—. ¿Habrá decidido McAllary que ya no le sirves de nada?».

La idea no podía ser más angustiosa, pero, cuando estaba a punto de preguntarle a Arshad si creía que mi amigo seguiría con vida, caí en la cuenta de que había algo más en la bóveda. Algo parecido a unas cañerías herrumbrosas que la recorrían de un extremo a otro, sujetas al techo mediante unos enganches que apenas podían verse.

—Arshad —le llamé en voz baja, y él se volvió hacia mí—. Mira eso. —Señalé con un dedo los extraños conductos—. Acabo de darme cuenta de que están por todo el corredor.

—¿Tuberías? —preguntó él después de seguir mi mirada—. ¿Podría ser una especie de canalización que permitiera distribuir el agua de la lluvia por las estancias subterráneas?

—O un modo de evacuar los residuos... aunque no me fijé en si también había cosas como estas en la sala del nivel superior. El techo se encontraba situado a demasiada altura.

Me acerqué a una de las paredes para agarrar una antorcha, levantándola hacia la bóveda del corredor. La tremolante luz reveló media docena de conductos más, unidos a los de mayor grosor mediante unas arterias tan delgadas que casi pasaban

inadvertidas.

—Supongo que no es el mejor momento para investigarlo —comenté, devolviendo la antorcha a su argolla—. Ahora será mejor darnos prisa si queremos encontrar a Miles...

—Quieta —dijo Arshad de improviso. Alzó el brazo izquierdo tan bruscamente que me choqué con él—. Escóndete detrás de mí, ahora mismo. Estoy oyendo acercarse a alguien.

Hasta pasados unos segundos yo no conseguí captar nada, pero al hacerlo se me secó la garganta. En efecto, un eco de pasos había empezado a sonar en el extremo más alejado del corredor, mezclado con un rumor que me recordó al susurro de una capa.

Tan silenciosos como un par de ratas, ambos desenfundamos nuestras armas antes de escondernos detrás de un pilar. Fue imposible no acordarme de las historias sobre las *shaped bhoot*; aquel sonido se parecía demasiado al de un sudario arrastrado por el suelo.

—Es una mujer —le susurré a Arshad cuando una silueta apareció poco a poco entre las sombras. La vimos dar un par de pasos en nuestra dirección, detenerse un momento después y retroceder, arrastrando el reluciente borde de un sari—. ¿Crees que se trata de alguna chica a la que han enviado a la prisión para saber qué estamos haciendo?

—No —contestó él—. No tiene más idea que nosotros del lugar en el que está. Puede que sea la primera vez que baja aquí o quizá se... —Pero entonces se quedó callado y, al observar de nuevo a la mujer, que se había acercado más a nosotros, comprendí por qué.

No era precisamente una desconocida. Aunque las antorchas del corredor estaban a punto de consumirse, reconocí su rostro en forma de corazón, con una expresión tan angustiada como resuelta, y sus grandes ojos negros capaces de enamorar a un príncipe.

—¿Damayanti? —dejó escapar él. La muchacha se volvió en el acto y, al reparar en los *kukris* que Arshad acababa de desenfundar, soltó un grito. No obstante, cuando se dio cuenta de quién se trataba, echó a correr hacia él para rodearle el cuello con los brazos.

—*Arshad! Pichhale par main tumhen mil gaya, Arshad! Main bahut chintit tha...!*

Él no pudo devolverle el abrazo, y no solo por tener las manos ocupadas. La mirada que me dirigió por encima de la cabeza de Damayanti era de absoluta perplejidad.

—Pero esto es... es imposible —consiguió decir cuando la muchacha se apartó un poco para mirarle y se rio entre lágrimas por su expresión—. ¿Qué estás haciendo tú aquí?

—Cuando desapareciste en el palacio, tuve miedo de no volver a verte... ¡Había oído tantas cosas sobre esta ciudad en Kapurthala, tantas historias horribles...!

—¿Nos seguiste hasta los subterráneos? —exclamó él, y Damayanti sacudió la cabeza en silencio—. No me lo puedo creer... ¡Pensaba que Narendra y los demás cuidarían de ti!

—Por favor, no se lo reproches a ellos. Sé que he hecho mal escapándome, pero lo único en lo que podía pensar era en la posibilidad de que te ocurriera algo espantoso.

—Pero ¿es que no te das cuenta de lo que podría haberte pasado a ti? ¡Si la gente que consiguió atraparnos te hubiera descubierto, habrías acabado tú también en prisión!

Ella se limitó a sonreír, como si aquello fuera un detalle menor. Aun en medio de mi estupefacción, no pudo dejar de sorprenderme lo valiente que estaba demostrando ser y lo enamorada que debía de estar de Arshad para hacer algo semejante después de que él le hubiera vuelto la espalda. Esa acabó siendo la confirmación que necesitaba, la prueba definitiva de que lo que había decidido hacer era lo correcto. «Es la clase de compañera que Arshad merece: alguien tan fuerte como él, un miembro de la casta de los *chatrias*. Con antepasados tan nobles como los suyos y un corazón igual de grande».

Pero estar convencida de ello no hacía que me doliera menos. Recordándome a mí misma que iba a dejarlo en las mejores manos, me alejé unos pasos para que pudieran tener algo más de intimidad. Vi cómo la sombra de él enfundaba de nuevo los cuchillos.

—Esto es un completo disparate. No entiendo cómo has podido pasar desapercibida durante todo este tiempo, pero no estoy dispuesto a que sigas exponiéndote así. Ahora mismo vas a acompañarme hasta el pasadizo por el que se han marchado los Lennox y...

—No pienso separarme de ti —le interrumpió ella, aferrándose a sus manos—. Eres mi esposo y mi deber es seguirte allá donde vayas, incluso si ese camino nos conduce a los dos a la muerte. Nuestros corazones están unidos como el agua, ¿recuerdas? —Me di la vuelta para ver cómo Damayanti le besaba los dedos—. Para siempre, pase lo que pase.

—Deja que se quede, Arshad —dije antes de que pudiera negarse. Los dos se volvieron hacia mí—. Me parece que se ha ganado de sobra el derecho a acompañarnos.

—Lo que me faltaba por escuchar —resopló él—. Estáis completamente locas, las dos.

—Ya sé que esto no es una excursión por el campo, pero será menos peligroso tenerla con nosotros que enviarla sola por ese pasadizo. Mis padres ya deben de haber alcanzado el *haveli* a estas alturas; no habría nadie que se encargara de protegerla.

Me quedé callada cuando Damayanti me dirigió una sonrisa radiante, haciéndome sentir aún más avergonzada. Era como si no me guardara el menor rencor, como si le pareciera lo más normal del mundo que otra mujer pudiera sentir por Arshad lo

mismo que ella. ¿Habría sido eso lo que hizo que Chandrika y Aarti se quisieran como hermanas?

—Estoy seguro de que acabaré arrepintiéndome de esto —murmuró él, pero aun así agarró a Damayanti para que le siguiera—. Está bien, puedes venir, pero no se te ocurra apartarte de mi lado. Ya tenemos suficientes problemas con Miles Fielding desaparecido.

—¿El hijo del *sahib* Fielding también está en este lugar? —se asombró la muchacha.

—Es lo que estamos tratando de averiguar —contesté mientras me ponía a la cabeza de la comitiva—, pero más vale que nos demos prisa si queremos contarlo. No tenemos ni idea de dónde pueden haberlo encerrado. —Acababa de decir esto cuando reparé en que a nuestra derecha se distinguía la oscura entrada de otro corredor—. ¿Por ahí has bajado tú?

—Creo que sí —contestó ella, no muy segura—. Aunque todos los pasillos me parecen iguales, y había tan poca luz que tenía que avanzar con una mano apoyada en la pared.

—Ese camino queda descartado, por si acaso —declaró su marido—. Lo más estúpido que podríamos hacer sería regresar al nivel superior para reunirnos con nuestros captores.

Unos metros más adelante, un corredor similar se abría en la dirección contraria y se perdía en la penumbra anaranjada de las antorchas. Me encaminé hacia allí, seguida por Arshad y Damayanti, y me detuve al cabo de un minuto al darme cuenta de que había una pequeña puerta entre dos pilares, sobreolada por los mismos conductos misteriosos.

—Vacía —anuncié cuando se reunieron conmigo para examinar la habitación. Lo único que se atisbaba desde allí era un montón de paja en una esquina y los restos de unas cajas tirados en el suelo—. Parece que la gente no suele acercarse mucho por aquí.

—Es posible que esta parte de la ciudad se destine a almacenes y dependencias por el estilo —coincidió Arshad—. Nuestra prisión parecía haber sido construida a toda prisa.

—Bueno, de alguna manera tendrán que mantener a raya a los ciudadanos que se atrevan a propasarse con los demás. —Eché un vistazo a la siguiente estancia, tan lúgubre como la anterior—. Tú no crees que hayan traído a Miles a esta parte de Bhangarh, ¿no?

—No tengo la menor idea de cómo funciona la mente de estos tipos, Helena. Si han perdido tanto el juicio como para querer quedarse aquí, los creo capaces de cualquier cosa.

—¿Son muchos? —preguntó Damayanti, mirando inquieta por encima de su hombro.

—Más que los criados que tengo en mi *mahal*. La desnutrición y la carencia de

medicinas tienen que estar diezmándolos, pero no parecen dispuestos a marcharse por su propio pie. Cuando salgamos de aquí, no les quedará más remedio que hacerlo, por supuesto... —Iba a añadir algo más cuando se detuvo de repente—. ¡Dioses...!

—¿Qué pasa? —exclamé alarmada mientras corría hacia él. Se había quedado paralizado en el umbral de la siguiente habitación—. ¿Hay algo extraño ahí dentro? Yo no veo nada.

—Yo tampoco —aseguró Damayanti, cada vez más nerviosa. Sin decir nada, Arshad agarró una antorcha y se aventuró con ella en la estancia, encendiendo unos pebeteros que había a ambos lados del arco puntiagudo que servía de acceso. Al principio no supe qué pretendía con aquello, pero cuando las llamas se elevaron me costó ahogar un grito.

No se trataba solo de que aquella sala fuera mucho mayor, casi tanto como la del nivel superior. No había muebles ni colgaduras, ni nada que indicara que los habitantes de Bhangarh solían visitarla; lo único que alcanzábamos a distinguir eran unos promontorios resplandecientes que evocaban las dunas de un desierto.

—Eso es... —Casi no me salía la voz de estupor—. ¿Eso es oro? ¿Montañas de oro...?

—Los antiguos tesoros de Bhangarh —susurró Arshad—. Lo que provocó que su último rey perdiera el juicio y su pueblo acabara condenado a esconderse en las profundidades.

Damayanti se tapó los labios rojos con una mano. Ninguna de las dos pudo pronunciar palabra mientras Arshad daba unos pasos hacia el centro de la habitación. Más allá había media docena de pebeteros colocados en círculo y, cuando los encendió uno a uno, creí estar a punto de marearme. Un océano de monedas de oro, collares de perlas y diamantes y copas resplandecientes se materializó poco a poco en torno a nosotros, tan centelleante que casi hacía daño a la vista. «*Asambhav*», oí decir a Damayanti mientras me atrevía a dar un paso adelante, una palabra cuyo significado sí conocía: «Imposible».

Cuando alcé la mirada, vi que la oscura bóveda de la estancia también se encontraba surcada por los mismos conductos. Fui siguiéndolos con los ojos hasta descubrir que desembocaban en unas cajas metálicas adheridas a la parte superior de las columnas, tan altas que apenas se podían distinguir desde donde me encontraba.

—Con lo que hay aquí dentro, cualquiera de esos hombres podría presumir de ser más rico que Devraj —dijo Arshad mientras se detenía a mi lado, haciendo tintinear unas monedas tiradas de cualquier manera en el suelo. No pude resistir la tentación de coger una para mirarla de cerca; brillaba tanto como si la hubieran acuñado días antes.

—Pero no parece que estén interesados en hacerlo. —Al darle vueltas, me fijé en que no mostraban la efigie de la reina Victoria, sino unos caracteres orientales—. Es como si hubieran decidido olvidarse de que esto les perteneció en el pasado... ¿Cómo es posible?

—Supongo que creen que, de no haber sido por esto, Francis Ravenshaw nunca se habría interesado por Bhangarh y la batalla no habría tenido lugar. Esto ya no debe de tener ningún valor para ellos, por eso ni siquiera han colocado una puerta. — Arshad miró también hacia lo alto, entornando los ojos—. El oro no sirve de nada estando bajo tierra.

—Arshad —le dijo Damayanti de repente, y al mirarla nos sorprendió que acabara de ponerse del color de la cal. Señaló algo situado al fondo de la habitación—. ¿Eso no es...?

Cuando me volví hacia donde nos indicaba, no entendí a qué se refería. Había un montículo especialmente grande coronado por lo que me parecieron unos fragmentos sueltos de mármol. Un par de columnas resquebrajadas descansaban a sus pies, junto a una pieza de mayor tamaño que recordaba a un dosel...

Aquello fue lo que me hizo atar cabos por fin. Había visto un dibujo en *Misterios y leyendas de las civilizaciones actuales* en el que aparecían esas mismas piezas, aunque dispuestas de un modo muy distinto. Arshad, a mi izquierda, debió de pensar lo mismo.

—El trono del emperador —susurró mientras me acercaba al montículo, con un raro nudo en el estómago. Tragué saliva antes de apoyar un pie sobre la montaña de objetos, que casi me hicieron perder el equilibrio—. De modo que esa historia sí decía la verdad...

—El que mandó construir Madho Singh I —dijo Damayanti a su vez. Me extrañó que la voz le temblara tanto, aunque estaba demasiado pendiente de mis movimientos para prestarle atención. Acababa de distinguir algo que me había hecho contener el aliento, en el centro de una pieza erizada de perlas: un enorme rubí con la forma de una estrella.

«La Estrella de Bhangarh». Era como si me hubiese perdido en un cuento de hadas más real a cada minuto. Arshad no había exagerado en el palacio de Narendra: aquella gema era gigantesca, tanto que a duras penas me habría cabido en el puño. Solo cuando estuve en lo alto del montículo me atreví a extender los dedos, y me costó contener un suspiro al acariciar la piedra. Era de un rojo tan intenso que casi sorprendía su frialdad.

«Eres real. Pese a las supersticiones, a los relatos de fantasmas, tú sí eres real». Su forma era idéntica a la que Henry Brandeth había dibujado en su cuaderno: dos cuadrados superpuestos. Me acordé entonces del sueño que había tenido en la torre de vigilancia, de mis manos tratando de arrancar una piedra preciosa similar del pecho de un ídolo...

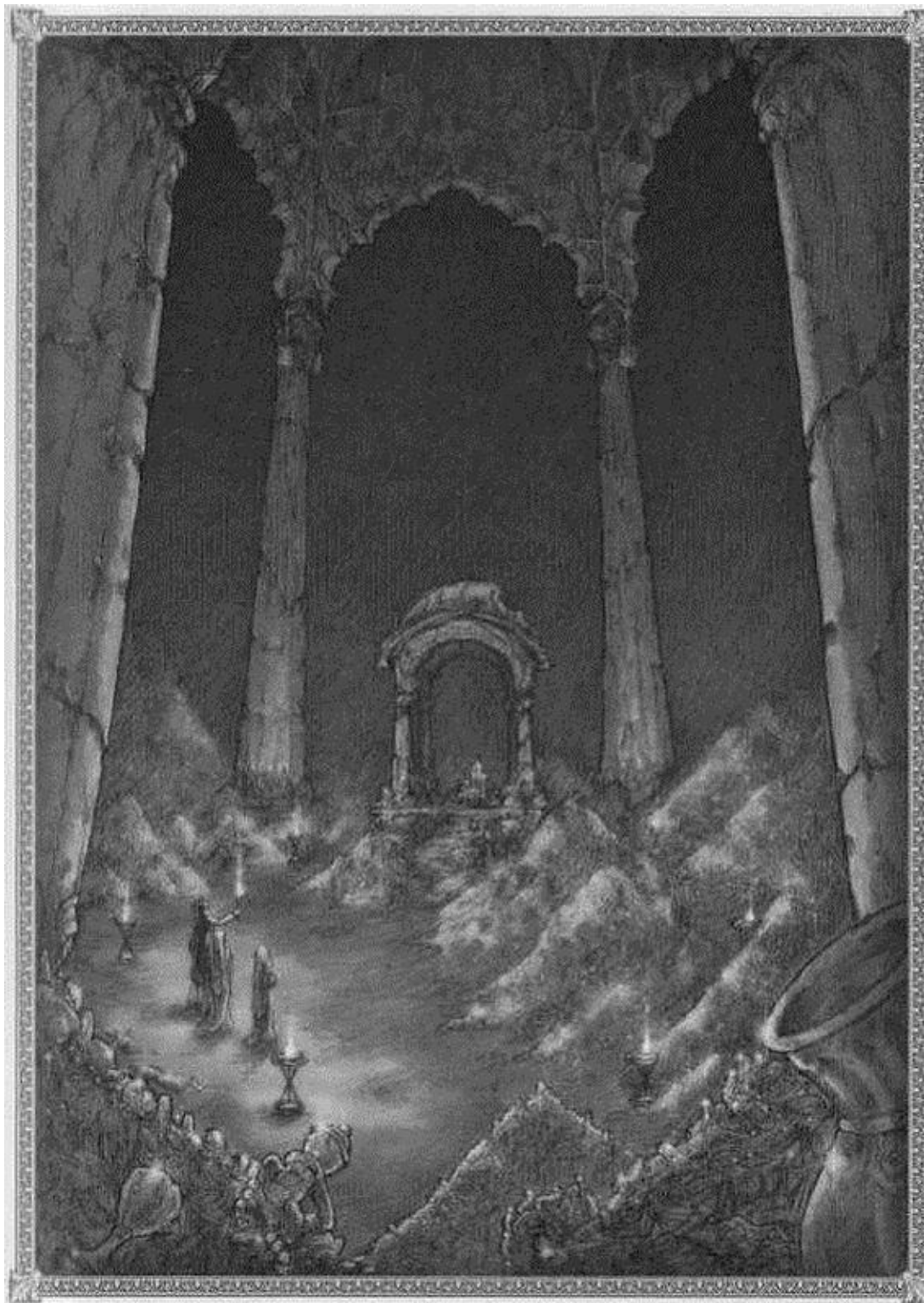
—Me imagino que Senthil Khan volvería a colocar la piedra en su trono después de acabar con las bayaderas, aunque los suyos se empeñaran en abandonarlo aquí abajo —oí susurrar a Arshad en el mismo tono que había empleado en el templo. Desde donde se encontraban Damayanti y él, no podían ver lo que hacía, lo cual era todo un alivio—. Una cosa era acabar con el poder real y otra muy distinta, insultar a

la propietaria de la piedra.

—He oído decir que se trataba de una ofrenda a Lakshmi —contestó Damayanti—. Que se la ofrecieron para que convirtiera Bhangarh en la ciudad más poderosa de la India.

—Lo cual acabó haciéndose realidad, por lo menos durante un tiempo. Los primeros emperadores, por suerte, murieron sin sospechar lo que sucedería con este lugar.

—Entonces será mejor que su último descendiente se reúna con ellos cuanto antes.



Estaba tan pendiente de la Estrella que no reaccioné al escuchar esto, no hasta que algo cayó pesadamente al suelo acompañado por un grito de Arshad. Me di la vuelta de inmediato, tan rápido que casi volví a perder el equilibrio, y me quedé mirando boquiabierto cómo Damayanti, que le había empujado para que cayera de rodillas, tiraba de sus *kukris* para sacarlos de las fundas antes de cruzarlos delante de la garganta de él.

—Pero ¿qué demonios estás...? —La estupefacción casi me había dejado sin voz. Me agarré a uno de los mármoles para no rodar montículo abajo—. Damayanti,

¿qué...?

—Ha sido una auténtica suerte que os encontrara justo en ese corredor, aunque no pienso quejarme después de haber esperado tanto —me contestó ella. Su voz ahora sonaba distinta, mucho más irónica—. No hay duda de que habéis sido de gran ayuda, los dos.

Cuando Arshad, pasado el primer momento de parálisis, hizo un movimiento para apartarse de ella. El joven apretó aún más los cuchillos contra su garganta. La visión del hilo de sangre que comenzó a empapar el cuello de su túnica me hizo soltar un gemido.

—Si tuvieras una pizca de sentido común, esposo mío, dejarías de hacer eso. Siento decirte que tu destino está escrito desde mucho antes de que nacieras, pero puede que antes me apetezca divertirme un poco con esta chica de la que tanto te has encariñado.

—¡No puedes estar hablando en serio! —grité mientras sacaba temblorosamente la pistola de mi madre. Damayanti se rio entre dientes cuando le apunté a la cara con ella.

—¿Vas a atreverte a disparar, Helena Lennox? ¿Vas a hacer algo tan estúpido como eso para tratar de proteger a tu hombre? Bueno, no hay duda de que tienes agallas, pero me pregunto qué les explicarás a los Singh cuando descubran que el *thakur* ha muerto.

—Helena... —intentó decirme Arshad, aunque los cuchillos apenas le dejaban hablar.

—Siempre podrías decir que lo hirieron durante una refriega, que se sacrificó para que escaparas o algo por el estilo. Tiene sentido tratándose de nuestro Arshad, ¿verdad?

La sangre también empezaba a mancharle el sari de color salmón, pero no parecía darse cuenta de nada. Había una chispa de locura en su mirada que hizo que la pistola me temblara aún más al alzarla ante mi rostro. Arshad también me estaba observando, y el casi imperceptible cabeceo que me dedicó fue lo que me hizo decidirme por fin. Cerré los ojos y apreté el gatillo, rezando para que le diera tiempo a apartarse de la muchacha.

Pero no ocurrió nada. Disparé una vez más, y otra, y entonces me di cuenta, con un horror cada vez mayor, de que me había quedado sin balas. Esto hizo que Damayanti se riera de nuevo, arrancando un inquietante eco a la bóveda de la estancia.

—¿Demasiados tiros contra los hombres del Administrador General en el templo de Garh Ganesha? Es una pena que no te acordaras de recargar el arma en Alwar, ¿verdad?

—¿Cómo diantres te has enterado de eso? —conseguí articular—. Arshad no se lo dijo a Narendra ni a ninguno de los suyos... ¿También estás involucrada en ese asunto?

—Deberías haber atado cabos con solo mirarnos a la cara, *gori* —intervino de repente alguien situado detrás de mí—. Aunque no es algo que tu raza haga demasiado a menudo.

Me volví tan precipitadamente que provoqué un nuevo alud de monedas. Dejé de apuntar a Damayanti, que acababa de esbozar una sonrisa, para hacer lo propio con el hombre que se había puesto en pie detrás de los fragmentos del trono. Los puñetazos de mi padre le habían hinchado el labio, pero su rostro medio quemado era inconfundible.

Un rostro que, ahora me daba cuenta, se parecía mucho al de ella. Ambos tenían la misma nariz suavemente curvada, la misma forma de los párpados y hasta la estatura...

—Sanjay —fue lo único que pude farfullar antes de que me arrancara la pistola. Si antes me había mirado con desdén, lo que en ese momento había en sus ojos era auténtico odio.

—Volvemos a encontrarnos —dijo, arrojando el arma inservible sobre unas bandejas de oro—, aunque esta vez no parece contar con nadie dispuesto a ayudarte. Con excepción de este caballero, del que no puede esperarse mucho ahora mismo. —Miró con la cabeza ligeramente ladeada a Arshad—. Qué curioso, Madhari: siempre imaginé que los príncipes indios de hoy en día seguirían siendo tan imponentes como los de las leyendas.

—Reconozco que ha supuesto una pequeña decepción. —La muchacha sonrió—. Pero no te confíes mucho: si no fuera por estos *kukris*, habría saltado sobre ti como un tigre.

—¿Madhari? —Aquel nombre pareció arrancar a Arshad de su estupefacción. Trató de girar la cabeza para mirarla, pero ella le hizo regresar a la anterior posición apretando más el metal contra su piel—. ¿Qué significa eso? ¿No te llamas Damayanti?

—Es un nombre mucho más elegante, en eso estamos de acuerdo —asintió la joven mientras Sanjay resoplaba—. La verdad es que me alegrará poder usarlo a partir de ahora.

Hubo un repentino revuelo cerca de mí, pero estaba tan estupefacta que no me di cuenta de que acababa de aparecer una docena más de indios hasta que me sujetaron.

—¿Qué ha pasado con la auténtica Damayanti, entonces? —articuló Arshad mientras Sanjay recogía una cuerda para atarme las muñecas—. La hija del *thakur* de Kapurthala...

—No te preocupes, no estás perdiéndote nada inolvidable —le contestó la joven—. Ha sido una suerte que no os vierais desde que cumplió los dos años, y no solo porque eso me haya permitido hacerme pasar por ella. Debía de ser muy bonita de pequeña, pero te aseguro que se había puesto tan gorda como una vaca sagrada. ¿No es cierto, hermano?

—No, no puedo creer que... ¿Qué habéis hecho con ella, miserables? ¿Dónde

está?

—Debajo de unos arbustos en las afueras de Delhi, junto con los parientes y criados que la acompañaban a Jaipur. Sanjay y yo llegamos a un acuerdo con unos bandidos de las montañas, estos encantadores señores —señaló a un indio que se había agachado para atar también a Arshad—, para que se hicieran pasar por miembros de la comitiva nupcial.

—Lo cual ya supuso toda una recompensa —contestó él—. Fue un banquete delicioso.

Cuando se puso en pie, lo reconocí: era Kamal, el muchacho al que mi madre había disparado en un hombro. Parecían habérselo vendado a conciencia debajo de la túnica.

—En fin, es demasiado largo de contar y la verdad es que estoy deseando acabar de una dichosa vez con esto. —Damayanti se detuvo ante Arshad, al que habían tenido que inmovilizar entre cuatro hombres, y apoyó la punta de uno de sus cuchillos debajo de su barbilla—. Consuélate pensando que tu muerte servirá para que, después de más de cien años, Lakshmi perdona de una vez a esta ciudad. ¡Es lo mínimo que debería hacerse con el descendiente de Francis Ravenshaw, ese malnacido por cuya culpa lo perdimos todo!

—Espera, Madhari —dijo Sanjay entonces. Su hermana le lanzó una mirada aviesa por encima del hombro, aunque sin apartar el cuchillo—. ¿Qué crees que estás haciendo?

—Lo que juré hacer cuando era una niña. Lo que les prometí a nuestros mayores: que gracias a la sangre de los Ravenshaw conseguiríamos acabar por fin con la maldición.

—Pero te recuerdo que tenemos un trato con McAllary y aún no se ha reunido con nosotros aquí abajo —le advirtió el joven—. No podemos hacerlo sin escuchar sus planes.

—¿Planes? —Madhari casi gritó esa palabra—. ¿Qué más planes necesitamos a estas alturas? Fui yo quien lo ideó todo, quien contactó con nuestros aliados, quien mintió...

—Y fui yo quien hizo todo lo que tú habías ideado, y por eso no pienso mover un dedo hasta que lleguen los ingleses. Lo sabes de sobra: no habrá recompensa si no.

—Me hablas de recompensa cuando estamos por fin en este lugar, en el palacio que pertenecía a nuestra familia —dijo la muchacha, sacudiendo la cabeza con una mezcla de perplejidad y rencor—. ¿Tanto han conseguido domesticarte los ingleses en estos meses?

Su hermano no dijo nada y los demás indios tampoco, y en el silencio que siguió a esto me pareció que Bhangarh volvía a estar muerta. Pero, al cabo de un rato, Madhari se apartó de Arshad para ascender, guardándose los cuchillos dentro del sari, al lugar en el que se había detenido Sanjay. El oro tintineó cuando apoyó las manos en sus mejillas.

—Puedes tratar de mentirte a ti mismo, tanto como mientes a McAllary —le oí decir en voz muy queda—, pero en el fondo sabes que tengo razón. La mayor recompensa que podríamos obtener nunca sería que esto acabara como deseábamos. Nosotros dos juntos en Bhangarh, juntos para siempre... ¿No es lo que más quieres? —Deslizó los dedos con ternura por la mitad enrojecida de su cara—. ¿Lo que quieres desde que éramos pequeños?

Para entonces, los demás indios se habían puesto a recoger a puñados los collares y las monedas, de modo que fui la única que reparó en el esfuerzo atroz que le costaba a Sanjay resistirse a sus caricias. La miraba con algo más que devoción... Casi con hambre.

—No —consiguió decir pese a todo, apartando las manos de Madhari—. Esta vez no conseguirás manejar a tu antojo, por mucho que lo intentes. No he olvidado lo que le hemos prometido a McAllary ni lo que nos sucederá si no cumplimos con lo acordado.

La sonrisa con la que ella había estado observándole, la misma con la que se había acercado a Arshad en la boda, se apagó como si hubieran echado agua sobre una hoguera.

—Muy bien —se limitó a responder—. Perdóname por olvidar que sigo siendo una mujer, demasiado estúpida para poder comprender los intrincados planes de los varones.

Sanjay dejó escapar un suspiro de hastío, pero Madhari le dio la espalda y, pisando airadamente sobre unas alfombras, se acercó a mí para agarrarme de las muñecas atadas.

—Parece que esto irá para largo, así que me ocuparé mientras tanto de esta señorita que tantos problemas ha estado causándonos. Supongo que no pondrás objeciones a eso.

—En absoluto —replicó él—. Puedes ir practicando para cuando le toque a tu marido.

—Es justo lo que imaginaba que dirías. Al fin y al cabo —añadió mientras me empujaba hacia un lateral de la sala, sin prestar atención a mis rabiosos intentos por soltarme—, siempre solías pedirme que matara a los insectos con los que tú no te atrevías.

Capítulo 27

Había una pequeña puerta situada a la derecha, con un arco casi pulverizado por el paso de los años. Apenas me dio tiempo a cruzar con Arshad una mirada angustiada antes de que Madhari me arrastrara hasta allí, haciendo un gesto a uno de los bandidos para que nos siguiera. Cuando el indio encendió dos deslustrados pebeteros, con ayuda de una de las antorchas de la otra estancia, adiviné que aquello debía de haber sido en el pasado una especie de sala de guardia desde la cual se vigilaban día y noche los tesoros.

—Es bastante deprimente, lo reconozco —comentó Madhari después de ordenarle al bandido que nos dejara. Me dio un empujón y caí al suelo—. Por suerte, tus delicados ojos de extranjera no tendrán que soportar esta visión durante mucho tiempo.

—¿Vasa acabar conmigo por el simple placer de vengarte de Inglaterra? —le espeté sin dejar de pelearme rabiosamente con las ataduras—. ¿No tienes suficiente con Arshad?

—En realidad, debería haberlo hecho mucho antes y por motivos que no tienen nada que ver con la venganza. De hecho, estuve a punto de colarme anoche en tu alcoba para eliminarte de una vez, pero había asuntos más urgentes de los que tenía que ocuparme.

Se dio la vuelta para cerrar las puertas de bronce de la estancia, indiferente a mis furiosos forcejeos. Antes de que las empujara pude ver cómo los bandidos, que parecían haber perdido definitivamente el recato que les quedaba, se arrojaban monedas y piedras preciosas entre carcajadas mientras Sanjay aguardaba de brazos cruzados junto a Arshad.

Estaba a punto de escupir una respuesta cuando oí algo inesperado: el crujido de una hebra rompiéndose alrededor de mi mano derecha. Eso me hizo contener el aliento antes de sacudir de nuevo mis muñecas, comprobando que estaban un poco más sueltas que antes. «Sanjay recogió esta cuerda del suelo, al lado de los fragmentos del trono —recordé—. Si los habitantes de Bhangarh la usaron para arrastrar los mármoles hasta aquí, podría tener más de cien años... y de ser así, con algo de tiempo y paciencia...».

Era lo único que necesitaba: postergar unos minutos mi condena a muerte. Tenía que distraer como fuera a aquella desequilibrada hasta haberme librado de mis ataduras.

—Eres la hija de un intocable que trabajaba a orillas del Ganges —dije de repente. Eso la hizo girarse hacia mí con la primera expresión de auténtica sorpresa que había visto en su rostro—. Sé quiénes eran tus antepasados y lo que les pasó tras la caída de Bhangarh.

—Tampoco habría que ser muy avispada para deducir eso —replicó ella—. Bastaría con haber atado cabos después de escuchar la conversación que hemos mantenido con Arshad.

—Tu padre trabajaba en los *ghats* de Manikarnika, incinerando cientos de cadáveres cada día. Cadáveres de personas que deberían haberle rendido pleitesía como a un rey si el hijo de Senthil Khan no hubiera tenido que huir de la ciudad por culpa de Ravenshaw.

Ahora su sorpresa se había convertido en estupefacción; no entendía cómo yo me encontraba al corriente de esas cosas. Decidí aprovechar aquella pequeña ventaja.

—Supongo que fue allí donde tu hermano sufrió esas espantosas quemaduras. Era bastante habitual que obligaran a los niños a hacerse cargo de tareas tan macabras, ¿no?

—¿Dónde has escuchado...? —empezó a decirme ella, entornando sus oscuros ojos.

—No eres la única que ha estado averiguando cosas sobre sus enemigos. ¿También tú creciste entre las hogueras, aspirando día tras día ese delicioso olor a carne quemada?

Madhari abrió la boca, pero no pudo articular palabra. Lo que estaba resucitando para ella debía de resultarle tan inesperado, tan doloroso, que no se percató de cómo me frotaba más las muñecas. Otras dos hebras cedieron, esta vez en la otra mano.

—No —acabó respondiendo—. A las mujeres no se nos permite acercarnos a las piras funerarias. Dicen que somos tan impuras que nuestras lágrimas enturbiarían los rituales.

—Una intocable entre los intocables, entonces —me atreví a añadir—. ¿Y en serio crees que derramando nuestra sangre conseguirás acabar para siempre con esos recuerdos?

Supe de inmediato que había ido demasiado lejos. El golpe que me asestó en una sien me hizo caer de lado, sintiendo una punzada tan aguda en el oído izquierdo que di por hecho que no tardaría en sangrar. Aun así, experimenté una profunda satisfacción al darme cuenta de que estaba consiguiendo salirme con la mía. «Si no puedes derribar una estructura por ser demasiado resistente, remueve el terreno sobre el que se asienta —me había explicado mi madre mientras excavábamos en Egipto—. Caerá por su propio peso».

—Debe de ser pintoresco para los ingleses descubrir esas cosas, como si la India no fuera más que una inmensa atracción de feria —dijo en un tono mucho más desgarrado que antes—. Me imagino que la violencia sobre los miembros de las castas inferiores os parecerá un espectáculo tan exótico como las visitas a los templos o los paseos en elefante.

—Es curioso que te refieras a todos nosotros como «los ingleses» —repuse mientras trataba de apoyarme en un codo—. No me quiero ni imaginar cuánto habrás tenido que manipular a Sanjay para hacerle creer que todos somos idénticos a Francis

Ravenshaw.

—Como si tuviera la menor posibilidad de pensar por sí mismo —bufó ella—. Soy lo único con lo que cuenta desde que perdimos a nuestros padres. La única persona con la que ha podido hablar de nuestros orígenes, la única mujer a la que ha podido acariciar desde que se abrasó en el *ghat*. La única que sigue teniendo la sangre tan azul como él.

—Has conseguido someterlo por completo a tus caprichos. Pero lo que le permitas hacerte no cambia el hecho de que seguís siendo hermanos, hijos de los mismos padres...

—¿Tanto te escandaliza eso, Helena Lennox? ¿Cómo crees que nuestros parientes lograron conservar el color de su piel habiendo pasado a formar parte de los intocables?

Mientras decía esto, levantó las manos enjovadas y comprendí por qué Arshad no había sospechado nada cuando la conoció. Su tez era más clara que la de la mayoría de indios que había visto por la calle; era el cutis que uno esperaría de la hija de un *thakur*.

—Convenciste a Sanjay para que te ayudara a recuperar la ciudad, pese a no saber todavía cómo entrar en los subterráneos. Y por eso... —Guardé silencio un momento, aún con un zumbido en el oído—. Por eso necesitabais a alguien que se encargara de estudiar las ruinas de Bhangarh por vosotros. Un experto en esa clase de labores: un arqueólogo.

—Supongo que fue una suerte que el Administrador General estuviera tan interesado como nosotros en este lugar, aunque por motivos distintos —replicó la muchacha—. A ese zorro inglés solo le interesa el tesoro; nosotros, en cambio, lo que queremos es la ciudad.

—Para eso hizo venir a los Brandeth de Inglaterra, pero los dos desaparecieron... y luego mis padres metieron la nariz donde no debían y McAllary y tu hermano tuvieron que esconderse en la torre de vigilancia hasta estar seguros de que habían dado con algo.

«Y se llevaron con ellos a un puñado de bandidos mientras los demás acudían a la ceremonia nupcial con Madhari —pensé sintiendo, con un vuelco en el estómago, cómo se deshacía por fin el nudo. Sacudí con disimulo las manos para que la cuerda cayera a mis espaldas—. Seguían estando aquí cuando Arshad y yo entramos hace unas horas en el palacio; solo tuvo que colarles para que buscaran el tesoro por su cuenta».

Mientras hablábamos, la luz de la estancia se había atenuado un tanto y Madhari se dirigió a uno de los pebeteros para avivar el fuego, sirviéndose de uno de los *kukris*.

—Debo admitir que eres más aguda de lo que creíamos —dijo con desdén, echando hacia atrás el velo que le envolvía un brazo—. Es una auténtica lástima que te empeñaras en inmiscuirte en este asunto; habría sido mucho más sencillo para

todos que tus padres y tú desapareciérais después de que Arshad os salvara con el coche. Y la verdad es que no estoy segura de que McAllary apruebe lo que voy a hacer ahora que aún no está en...

La voz la abandonó cuando se dio la vuelta. Me había puesto en pie en silencio y había corrido pegada a la pared para esconderme detrás de una columna, pero no había nada más en la habitación que pudiera servirme de cobijo. Madhari guardó silencio durante unos segundos, observando la cuerda hecha pedazos en el suelo.

—Ya veo... Parece que Sanjay tenía razón al decir que había que atarte en corto. Te apetece jugar un poco más antes de acabar con esto, ¿no? ¿Aún no has tenido suficiente?

Dio unos pasos hacia el centro de la sala, momento que aproveché para retirarme, con la espalda contra la pared, hacia el rincón más alejado. Los pebeteros no conseguían iluminar del todo esa parte de la estancia, pero en cualquier momento Madhari giraría sobre sus talones y me vería... Y lo único que tenía en mi poder, como constaté con otro vuelco en el estómago, era el prendedor que me había guardado dentro de la falda. ¿Qué demonios se suponía que podía hacer eso contra alguien armado con dos cuchillos?

—No tiene sentido que sigas fingiendo conmigo —prosiguió mientras continuaba con su cautelosa inspección—. Estabas deseando tener una excusa para que midiéramos nuestras fuerzas, y no precisamente por los tesoros de Bhangarh. Debe de ser doloroso perder la cabeza por un hombre el mismo día que contrae matrimonio con otra persona, ¿verdad?

Tuve que respirar hondo para que mi furia no me delatara. Sabía que lo único que pretendía era sacarme de mis casillas. Provocarme como yo había hecho antes con ella.

—¿Te parte el corazón pensar en lo que ocurrió anoche en Alwar? Me imagino que habrías dado una mano a cambio de estar en mi lugar. Claro que, en cierta manera, fue como si lo estuvieras. —Dejó escapar un suspiro de resignación—. No imaginas lo distraído que se encontraba Arshad al tumbarse a mi lado, lo increíblemente alejado que parecía estar de la realidad. Casi me hizo pensar que no era capaz de verme porque tenía a una mujer muy distinta entre ceja y ceja, clavada en la mente como un alfiler...

Aproveché que acababa de girar hacia la derecha para desplazarme sin hacer ruido hasta la siguiente columna. Las manos me temblaban de rabia al apoyarlas en la piedra.

—Al final acabó haciendo lo que se esperaba de él, por supuesto... Aún no ha nacido el hombre capaz de resistirse a ciertos estímulos, ni siquiera tu adorado Arshad. Por muy íntegro que se considere a sí mismo, sigue siendo como los demás. —Y la oí soltar una pequeña risa, acercándose poco a poco a mi columna—. Sigue siendo igual que Sanjay...

Su carcajada se convirtió en un alarido cuando abandoné de repente mi escondite

y me arrojé como una fiera contra ella. Le rodeé el cuello con un brazo para echarla hacia atrás; Madhari se agarró a mis dedos para tratar de apartarse de mí, pero antes de que pudiera conseguirlo le clavé el prendedor de Aarti en la cara con todas mis fuerzas.

Noté cómo se hundía en algo gelatinoso, y entonces me di cuenta, con una mezcla de sorpresa y asco, de que la había alcanzado en el ojo derecho. Cuando la solté, el prendedor continuó balanceándose dentro de su cuenca mientras Madhari chillaba y agitaba los brazos sin parar, cegada por la sangre que se le derramaba por la cara y el sari.

—Una historia conmovedora, pero siento no poder prometerte lo mismo —espeté antes de arrancarle los *kukris*—. Nunca estarás en nuestra cama como yo lo estuve en la vuestra.

Esto la hizo girarse ciegamente hacia mí, pero no fue capaz de tocarme. Mientras seguía gritando, eché a correr hacia la puerta de la habitación, cerré de golpe las pesadas puertas de bronce y, tras mirar dubitativamente a mi alrededor, las atranqué con un *kukri*.

Acababa de hacerlo cuando algo golpeó pesadamente contra ellas: Madhari me había seguido hasta allí. Me quedé mirando con el corazón en un puño cómo las hojas retumbaban con sus puñetazos, pero el cuchillo no se movió ni un milímetro. «De ahí no vas a salir en un buen rato», pensé mientras me dirigía a la sala del tesoro, limpiándome las manos pegajosas de sangre en el choli. Una parte mía sabía que lo más sensato habría sido acabar con ella, pero no creía que me correspondiera a mí hacer eso.

Por suerte, seguía habiendo tanto ruido en la sala del tesoro que nadie parecía haber oído lo ocurrido. Me acurruqué detrás de los mármoles del trono, aprovechando que los bandidos se habían trasladado a una parte de la estancia repleta de collares relucientes, y estaba preguntándome qué podía hacer cuando advertí algo que me congeló la sangre.

McAllary también se encontraba allí. Hablaba en voz baja con Sanjay sin apartar los ojos de Arshad, al que seguían manteniendo arrodillado, y tenía la mano derecha tan vendada como la de una momia. No obstante, antes de que pudiera tomar una decisión sentí que alguien apoyaba una mano en mi hombro mientras me llamaba por mi nombre.

—¿Qué...? —Mi primer pensamiento fue que Madhari había logrado escapar, pero lo que observé al volverme me dejó sin aliento—. ¿Miles? —conseguí susurrar—. Pero ¿cómo...?

—Siento haber tardado tanto —sonrió él—. Es algo realmente inaceptable en un inglés.

Tenía las gafas tan salpicadas de tierra como el cabello, pero por lo demás parecía encontrarse sano y salvo. Tuve que contenerme para no dejar escapar un grito de alivio.

—¡Miles, no me lo puedo creer! Oh, Dios, ¡no sabes cómo me alegro de verte! — No pude resistir el impulso de abrazarle con todas mis fuerzas—. ¡Creía que habías muerto...!

—Durante unas horas, yo creí lo mismo de ti. —Cuando me aparté un poco, vi que se había quedado mirando a Arshad por encima del trono—. ¿También el *thakur* está aquí?

—Sí, sé que todo esto es... Bueno, han sucedido muchas cosas en las últimas horas, pero lo importante es que hemos conseguido reunirnos. ¿Cómo has llegado aquí abajo?

—Digamos que mis secuestradores han tenido demasiadas cosas de las que ocuparse mientras estabas fuera. —Vi cómo alzaba las cejas al reconocer al hombre que se hallaba junto a Arshad con los brazos cruzados—. Un momento, ¿ese de ahí es Arthur McAllary?

—Ah, cierto, tú aún no lo sabes... Resulta que el Administrador General era quien estaba detrás de todo este asunto. Ha estado moviéndonos como si fuéramos marionetas.

—Ya veo. —Ambos guardamos silencio unos segundos más, y estaba a punto de hablar cuando él se volvió hacia mí—. Helena, espero que seas capaz de perdonarme.

—Pero ¿no te das cuenta de que tendría que ser yo quien te dijera eso? De no haber hecho caso a mis padres ayer por la tarde, podríamos haber vuelto a la torre a por ti y...

—No, no lo entiendes. Y no espero que puedas entenderlo en bastante tiempo, pero ten presente que no se trata de nada personal. La verdad, no me quedaban más opciones.

Y sin darme tiempo a preguntarle qué quería decir, me agarró de un codo para que me incorporara y me arrebató el cuchillo mientras me forzaba a abandonar nuestro escondite.

—*Shubharaatri*, compañeros —anunció en voz alta—. Lamento haberles hecho esperar.

—¿Qué...? —El grito de perplejidad que solté fue acallado por la exclamación con la que McAllary se volvió hacia nosotros. No podía creer lo que estaba pasando; tenía que haberme quedado dormida en la celda de la prisión—. Miles, ¿qué diablos estás haciendo?

—Vaya, señor Fielding, se ha hecho de rogar —contestó McAllary, acercándose con su fría sonrisa—. Pero la verdad es que nadie le hace sombra a la hora de entrar en escena.

A una señal suya, un indio que también aguardaba en pie junto a Arshad corrió a sujetarme las manos a la espalda. Ni siquiera pude resistirme; el estupor me había dejado sin capacidad de reacción. De todas las traiciones que podrían haberme sorprendido, esa se llevaba la palma y, a juzgar por la expresión de Arshad, estaba tan perplejo como yo.

—Tenía entendido que la señorita Lennox se encontraba ahora mismo en compañía de Madhari Khan —continuó McAllary—. ¿Cómo se las ha ingeniado para escapar de ella?

—Mi hermana nunca la habría dejado ir —exclamó Sanjay—. ¿Qué le has hecho, *gori*?

—Puedes comprobarlo por ti mismo, si tanto te preocupa —dije sin dejar de forcejear para soltarme—. Pero no estaría de más que supieras que te considera un completo inútil.

Por un instante, los ojos le brillaron de tal modo que pensé que me golpearía, pero la aprensión pudo más que su odio. Mientras se alejaba a todo correr, McAllary comentó:

—Lo cierto es que a mí también me interesa saber por qué sigue con vida. Apenas he podido hablar con la señorita Khan, pero no me pareció una pusilánime.

—Dudo que la chica suponga un estorbo real, McAllary —se apresuró a decir Miles antes de que yo pudiera contestar—. ¿Merece la pena perder tanto tiempo por su culpa? Ya tenemos lo que estábamos buscando, ¿por qué no nos olvidamos de ella?

—Espero que no esté tratando de decirme que ha acabado cogiéndole cariño. Solo le falta anunciarnos que ha decidido llevársela a Argentina con usted y su parte del tesoro.

—Por supuesto que no. —Aunque el tono de Miles no pudo ser más seco, me percaté de cómo le tembló la nuez al tragar saliva—. Pero estoy seguro de que permitir que esos muertos de hambre ajusten cuentas con ella no es el único modo de comprar su silencio.

—No hay testigo más silencioso que el muerto —le recordó McAllary antes de darnos la espalda—. Es curioso que tenga que ser yo quien se lo recuerde a un abogado.

Se alejó en pos de Sanjay, dejándonos en manos de tres de sus secuaces. Durante los segundos que siguieron a esto, nadie dijo una palabra; Miles, que parecía incapaz de sostenerme la mirada, se volvió cada vez más incómodo hacia Arshad, aunque el modo en que este le estaba observando debió de desasosegarle aún más. Sus ojos recordaban a los de un depredador que estuviera aguardando con calma el momento de saltarle al cuello.

—Miles, ¿cómo has podido? —Sacudí la cabeza—. ¿Cómo has podido hacer algo así?

—Ya te lo he dicho antes, Helena: no me quedaba más remedio. Te doy mi palabra de que me he esforzado por dejarte fuera de esto, pero te habías inmiscuido demasiado...

—¡Porque tú me obligaste a hacerlo! ¡Decidiste traerme a Bhangarh al escuchar mi nombre en el puerto y comprender que podría seros útil tenerme con vosotros!

—¿Qué más tengo que decir para que me perdones? Nunca pensé que las cosas se

pudieran torcer tanto, por lo menos hasta que ocurrió lo de la serpiente... Pero, aunque lamente enormemente todo esto, no podría actuar de otra manera si volviera atrás. Ya te dije que el *thakur* y sus partidarios serían capaces de cualquier cosa con tal de conquistar su libertad. —Señaló a Arshad con el mentón—. ¿Por qué su causa te parece más admirable?

—Porque sé que él daría su vida por cualquiera de los suyos, mientras que tú no eres más que un cobarde y un egoísta —declaré sin dejar de mirarle a los ojos—. Santo Dios, y yo que pensaba que eras un buen hombre, que se podía confiar en ti... ¡Hasta tu padre, el que supuestamente no te aprecia lo suficiente, cree que eres la honestidad en persona!

Esto le hizo sonrojarse, aunque no pareció saber qué responder. «No nos ha vendido por un puñado de oro —pensé mientras lo veía agacharse para recoger un broche cargado de filigranas—. Lo ha hecho por esa libertad de la que habla. Porque no podrá tener la vida con la que sueña mientras siga dependiendo del dinero de Fielding».

—Siento no estar a la altura de tu héroe —contestó al final—, pero nunca me enseñaron a representar ese papel. Mi padre se aseguró de que no fuera más que un secundario en mi propia obra, tal como ha estado haciendo tu madre contigo durante toda la vida.

Tal vez he sido un idiota por creer que tú, precisamente tú, comprenderías cómo me siento.

—No tienes idea de lo que estás diciendo —contesté—. Dudo que haya en el mundo una persona más cabezota que mi madre. Tampoco más autoritaria ni más perfeccionista...

—Yo diría que son unas cualidades con las que estoy familiarizado. Pero no acabo de entender cómo alguien tan fuerte como tú sigue empeñado en continuar a su sombra.

—Porque es mi madre, Miles, y la quiero con toda mi alma. He tardado en darme cuenta de lo mucho que nos parecemos, pero, en el fondo, nuestras sombras son idénticas.

Me sorprendió que esto hiciera aparecer en sus ojos un chispazo mezcla de tristeza y de decepción, pero ni siquiera tuvo oportunidad de contestarme. Antes de que pudiera abrir la boca, un estruendo resonó en la estancia, acallando a todos los bandidos a la vez y haciendo que McAllary, alarmado, se volviera en la dirección de la que procedía el ruido.

Cuando lo imité, me quedé paralizada: una pequeña catarata de polvo había empezado a desprenderse en lo alto de la pared situada tras el trono. Kamal, que se había detenido al lado, retrocedió tan precipitadamente que tropezó con un montón de copas.

—¿Qué está pasando ahí arriba? —McAllary se dirigió al extremo opuesto de la sala, derribando pilas de monedas—. ¿Qué le habéis hecho a esa pared, pedazo de

inútiles?

—¡Nada, *sahib*, nada en absoluto! —exclamó Kamal—. ¡Ni siquiera la hemos tocado!

—Pues parece que hay unas cuantas piedras a punto de desprenderse, y me cuesta creer que hayan escogido precisamente este momento para resquebrajarse. ¿Dónde se ha metido Sanjay? —Miró a su alrededor—. ¿Dónde está ese mastuerzo cuando se le necesita?

—*Saavadhaan rahe, sahib!* —le advirtió otro indio segundos antes de que una parte entera de la pared se viniera abajo. Todos gritamos al mismo tiempo; McAllary se apartó lo más deprisa que pudo levantando un brazo para impedir que las piedras cayeran sobre su cabeza, pero, cuando entendió lo que estaba sucediendo, se quedó sin palabras.

La última embestida contra el muro (porque en ese momento comprendí que las estaba produciendo alguien situado en el exterior del complejo) había abierto una grieta de casi dos metros de ancho, muy por encima de las cabezas de los bandidos. Me llevé una sorpresa al darme cuenta de que esa parte de la estancia estaba situada sobre el nivel del suelo, pero mi sorpresa se convirtió en perplejidad cuando dos siluetas se asomaron con precaución por el agujero. Lina llevaba el uniforme del ejército británico y la otra...

—Exactamente como usted decía, lord Silverstone —oí decir al soldado—. Lamento no haberle hecho caso en un primer momento, pero parece que sabe de lo que hablaba.

—¿Tío Oliver? —exclamé estupefacta. Esto hizo que mi tío se volviera hacia mí y, al distinguirme al otro lado de la estancia, la cara se le iluminó con un inconfundible alivio.

Me parece recordar que abrió la boca para contestarme, pero en ese momento su acompañante dio una voz que hizo que dos docenas de soldados comenzaran a invadir la habitación, cayendo sobre los bandidos. En medio del tumulto que se desencadenó, solo pude percatarme de que Arshad, aprovechando la momentánea parálisis de sus captores, había conseguido quitarse de encima a uno antes de derribarle al suelo de un cabezazo.

Esto me hizo reaccionar de manera instintiva. El indio que me agarraba soltó un grito cuando le clavé un codo entre las costillas; después me giré para darle un empujón que le hizo perder el equilibrio mientras le arrancaba el cuchillo que llevaba a la cintura.

—¡Arshad, aquí! —le llamé a pleno pulmón. Él comprendió enseguida lo que quería hacer y se reunió conmigo para que cortara de un tajo la cuerda de sus muñecas. Antes de que pudiera decir nada más, se precipitó sobre Miles para recuperar su *kukri* antes de derribarle de un puñetazo—. ¡Ten cuidado! —seguí gritando—. ¡Son más que nosotros y...!

Fui acallada por otro hombre que me tiró al suelo. Mi primer pensamiento fue que

se trataba de McAllary, pero la costra enrojecida de su rostro me sacó del error.

—Esto también ha sido cosa tuya, ¿verdad? —rugió Sanjay, hundiéndome un puño en el estómago. Abrí la boca sin poder articular palabra, muda de dolor—. ¿Es lo que habéis estado haciendo el *thakur* y tú? ¿Reunir un ejército con el que enfrentaros a McAllary?

Reconocí los pies de Arshad cerca de mí; seguía golpeando tan furiosamente a Miles que no había visto lo que ocurría. «No puede haberle dado tiempo a abrir la puerta de Madhari —pensé mientras trataba con todas mis fuerzas de quitarme a aquel hombre de encima, aunque pesaba demasiado—. De haberlo hecho, traería el otro *kukri*».

—¡Sucios y asquerosos traidores! —Otro puñetazo, esta vez en el pecho. Estaba tan enloquecido que supe que no le importaría morir si lo hacía matándome—. ¡Habéis vendido Bhangarh a los ingleses a cambio de salvar el pellejo! ¡Lo habéis arruinado todo, todo...!

—Todo no —logré decir, casi en un jadeo—. Al menos, esto no. Esto solo lo haré yo.

Y mordiéndome los labios, volví a empuñar el cuchillo que había escapado de mi mano para hundírselo a Sanjay en el estómago. Aún hoy puedo acordarme de cómo me sorprendió la facilidad con la que se deslizó dentro de su cuerpo, como si solo fuera una aguja con la que hubiera atravesado una tela, y del asombro con el que él se me quedó mirando mientras la sangre empezaba a manar de la herida y resbalaba entre mis dedos.

Fue aquello lo que hizo darme cuenta de lo que había hecho. De que por muchos años que viviera, por muchas cosas que me sucedieran, nunca me olvidaría de ese instante ni de esa mirada de perplejidad. Mis dedos soltaron el cuchillo como si quemara y, durante unos segundos, él siguió inmóvil hasta que acabó cayendo a mi lado.

Solo entonces pude cerrar los ojos, con la mano derecha empapada de una sangre que no era mía. Quise alzar la voz para llamar a Arshad, pero al inclinar la cabeza hacia un lado observé algo que primero me extrañó y, después, me hizo abrir mucho los ojos.

En la puerta de la sala del tesoro, entre los disparos, las cuchilladas y los alaridos en hindi e inglés, vi a una mujer morena de cabello entrecano que miraba a su alrededor con una expresión indescifrable. Era la anciana que nos había recibido en la estancia circular, la que nos había advertido que nunca abandonaríamos Bhangarh. Al cabo de unos segundos, su mirada se encontró con la mía, pero lo único que hizo fue darse la vuelta para desaparecer, con su sari ondeando tras ella, por el desierto corredor.

Supe en ese momento lo que estaba a punto de ocurrir. Lo supe como si lo hubiera leído en su rostro, como si hubiera estado esperándolo desde que descubrí con Arshad los extraños conductos que recorrían las bóvedas de la ciudad subterránea. Cuando

alcé la cabeza con esfuerzo y vi estallar las cajas metálicas adheridas a la parte superior de las columnas con un estruendo que acalló con cualquier otro sonido, comprendí que no había escapatoria posible para nosotros: Bhangarh estaba destinada a ser nuestra tumba.

También los bandidos debieron de pensarlo, así como los ingleses; de repente, un infierno aún mayor se desató en la sala. Los que hasta entonces habían estado luchando se precipitaron al mismo tiempo hacia la grieta abierta en la pared y, un segundo después, unos brazos que reconocí inmediatamente como los de Arshad me levantaron del suelo.

—La ciudad se está viniendo abajo. —¿Cómo era posible que casi no se le oyera, si lo estaba diciendo a gritos?—. ¡Tenemos que salir ahora mismo de aquí! ¡En cualquier...!

Fue silenciado por el estrépito con el que la parte superior de una columna se hizo añicos a nuestro lado, aplastando el cuerpo sin vida de Sanjay. Arshad me cogió de la mano para correr también hacia la grieta, esquivando los fragmentos de bóveda que se estrellaban a nuestro alrededor conforme el estallido se iba propagando por cada uno de los conductos de la habitación. Vimos desaparecer a otros dos indios, a un soldado...

—¡No se trataba de tuberías ni de desagües! —conseguí gritar. Él tiró de mí cuando se tambaleó una segunda columna, derrumbándose hacia el otro lado de la estancia con una polvareda que nos hizo toser antes de seguir corriendo casi a ciegas hacia el fondo.

—Tendríamos que haberlo imaginado —contestó Arshad a voces—. ¡No los instalaron para ayudar a que Bhangarh sobreviviera, sino para destruirla algún día si era necesario!

Alguien gritó mi nombre por encima del estrépito; Miles debía de encontrarse muy cerca de nosotros, aunque el polvo empezaba a irritarme tanto los ojos que no veía nada. Cubriéndonos con ambos brazos como había hecho McAllary, nos detuvimos al pie de la grieta para empezar a trepar hacia ella, aunque no me dio tiempo a hacerlo.

De pronto, algo pesado impactó contra mí, haciéndome caer al suelo antes de poder avisar a Arshad de lo que estaba ocurriendo, y Bhangarh y sus tesoros se perdieron en la noche.

Capítulo 28

Estuve vagando durante lo que me parecieron siglos por una dimensión en la que no había más que bruma, en la que ni siquiera podía distinguir mi propio cuerpo. Como una pluma a la deriva, flotaba mecida por unas corrientes de aire que arrastraban hasta mí un coro de voces apenas inteligibles, como si fuera el viento quien me hablara.

—... peor... Todas esas personas... Un auténtico desastre, y en cuestión de segundos...

—... mucha suerte, dentro de lo que cabe. No me quiero ni imaginar lo que podría...

Poco a poco, los susurros empezaron a volverse más coherentes, aunque aún no estaba segura de si eran las voces de unos fantasmas o los fantasmas de unas voces.

—... imposible acercarse a ese lugar, por lo menos durante un tiempo. Antes parecía un auténtico descampado, pero con esto se ha convertido en una trinchera del Somme...

Ahora las voces comenzaban a ser reconocibles. Me pareció escuchar a mi padre a una distancia aún menor, tan cerca que casi podría alcanzarle... pero ¿dónde estábamos?

—No tengo ni idea de cómo piensan explicarlo, pero necesitarán una buena cortina de humo para evitar que la verdad salga a la luz. Kenyon no dará crédito cuando lo sepa.

—Sinceramente, Lionel, a estas alturas no puede importarme menos lo que suceda con la condenada ciudad. —Esa era mi madre—. Y dudo que el Museo Británico consiga encontrar a más arqueólogos interesados en Bhangarh ahora que no queda nada en pie.

—Yo diría que, cuando se sepa lo ocurrido con los Brandeth, no habrá muchos a los que aún les queden ganas de seguir vuestros pasos. —¿La voz de tío Oliver? Pero no tenía sentido, nosotros estábamos en la India... y mi tío en Inglaterra, a diez mil kilómetros de...

Abrí los ojos poco a poco. Al principio no percibí más que una especie de nebulosa grisácea; después hubo un grito entrecortado y alguien me agarró una mano.

—¡Acaba de despertarse! Gracias a Dios, por fin... Helena, cariño, ¿cómo te encuentras?

—Tío Oliver... —contesté con voz estrangulada, pero antes de que pudiera continuar la silueta de mi tío, que empezaba a perfilarse ante mis ojos, desapareció cuando alguien lo empujó tan bruscamente que casi lo hizo caer de la cama en la que me habían tendido.

—Helena, Helena... —Mi padre se sentó a mi lado, estrechándome en un abrazo

tan fuerte que no pude contener un gemido. Me sentía tremendamente mareada, tanto que tuve que cerrar los ojos de nuevo—. No tienes ni idea del miedo que he pasado, mi niña...

—¡Lionel, vas a ahogarla! —le recriminó mi madre. Cuando me volví hacia ella, me sorprendió descubrir que tenía los ojos húmedos; aún me sorprendió más que me cogiera la cara y me besara como loca—. Será mejor que te tumbes otra vez... y que no te muevas hasta que el médico te haya vuelto a examinar. Oliver, por favor, ¿puedes ir a buscarle?

—¿El médico? —conseguí decir. Quise incorporarme sobre un codo, pero mi madre no dejó de insistir hasta que me tumbé en la cama. Al estirar una mano, supe que conocía aquel tacto: eran los bordados de los almohadones que cubrían mi cama de Jaipur, el lecho del *mahal* de Arshad en el que había descansado días antes.

Aquello consiguió tranquilizarme un poco. Mis últimos recuerdos de Bhangarh, que no hacían más que girar a mi alrededor como en un caleidoscopio enloquecido, se fueron reordenando de manera progresiva. «Hemos escapado —pensé, cerrando los ojos con un alivio cada vez mayor—. Hemos conseguido sobrevivir al derrumbe, milagrosamente...».

—Ah, *bhalaee*, parece que vuelve a estar con nosotros —oí decir al cabo de un rato a alguien que acababa de entrar con mi tío. Al levantar un poco la cabeza (una repentina punzada me hizo gemir otra vez), distinguí a un indio de edad avanzada con unas gruesas gafas—. No, no hace falta que se marchen. No tardaré demasiado en reconocerla.

Tomó asiento a mi lado, donde antes había estado sentado tío Oliver, y sacó de un maletín que llevaba consigo un estetoscopio con el que procedió a auscultarme el pecho. Después me midió la presión arterial y examinó mis pupilas, sirviéndose de un aparato luminoso que me hizo parpadear, y al final les aseguró a mis padres que estaba fuera de peligro.

—La única secuela que le queda es este chichón, y en unos días habrá desaparecido por completo —explicó, señalándome la nuca. Al rebuscar entre mis rizos, lo noté: había una pequeña protuberancia que parecía latir al contacto con mis dedos—. Les aseguro que a su hija le ha sonreído la fortuna; debe de tener la cabeza más dura de lo que piensan.

—Ni se lo imagina —dijo mi madre con una sonrisa resignada—. Es igual que su padre.

—¿Qué le recomienda, entonces? —preguntó tío Oliver—. ¿Tendrá que guardar cama?

—Solo durante unos días, hasta que se sienta lo bastante fuerte para levantarse. Que tenga la cabeza elevada, a poder ser con un poco de hielo; y si les parece que lo necesita para guardar reposo, denle una dosis de Veronal que la ayude a dormir sin pesadillas.

—Lo que me faltaba: recuperar la consciencia para volver a perderla —rezongué

una vez se hubo marchado—. No pienso tomarme ningún mejunje de esos, estáis avisados...

—Al menos bebe un poco de té —dijo mi madre, cogiendo una taza que había en la mesilla de plata repujada—. Hace tiempo que se ha quedado frío, pero te vendrá bien tomar algo.

Hasta que me lo acercó a los labios no me di cuenta de que tenía la boca tan seca como el papel de lija. Mientras lo apuraba a regañadientes, mi padre estuvo agarrándome una mano, y fue entonces cuando noté que, además de la herida que mi madre le había vendado en el calabozo, tenía los brazos cubiertos de arañazos recientes. ¿Habría sido él quien consiguió rescatarnos a Arshad y a mí de entre los escombros de la ciudad?

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde el derrumbe de Bhangarh? —pregunté después.

—Veinticuatro horas —dijo mi madre—. Tardamos casi tres en dar contigo, entre los restos de esa sala del tesoro que ha quedado destrozada. Tu padre y yo acabábamos de salir por el pasadizo del *haveli* cuando sentimos los primeros temblores.

—La policía creía que sería mejor trasladarte al hospital de Alwar, pero por suerte tu estado no era tan alarmante como el de los demás heridos —continuó diciendo mi tío.

—¿Y qué estabas haciendo tú allí? De todas las personas que habría esperado ver...

—Digamos que no me costó imaginar lo que tenías en mente cuando Chloë y yo descubrimos que te habías marchado. —Aunque mi tío trató de arrugar el ceño, lo delató la sombra de una sonrisa—. Zarpé detrás de ti lo más pronto que pude, en el primer vapor que conseguí contratar para seguir el rumbo del *Saraswati*. Cuando por fin llegué a la India y descubrí lo que acababa de ocurrir en Alwar, supe que este asunto tenía que ser aún más turbio de lo que me advirtió Haithani. Así que me serví de un par de contactos en el consulado para partir hacia Bhangarh con un regimiento de caballería británico...

Entonces siguió contándome que aquella sala no era lo único que había quedado reducido a escombros: había sucedido lo mismo con casi toda la Bhangarh subterránea después de que sus habitantes accionaran el dispositivo de autodestrucción. En opinión de mi tío, era probable que se hubieran servido de pólvora para conseguir detonarlo todo. Pasarían meses, tal vez años, hasta que el tesoro de Senthil Khan pudiera ser recuperado.

—Ese tal Amir, el hermano desaparecido de Haithani, fue uno de los pocos que se las ingenió para salir a la superficie —me explicó—. Lo hizo justo antes de que comenzara el derrumbe, con su esposa y sus seis hijos. Todos están bien; han tenido mucha suerte.

—Probablemente se imaginaba lo que podría pasar —comentó mi madre,

apartando unos rizos que me caían por la cara. Casi sonreí al pensar en que incluso en ese momento, cuando estaba hecha una auténtica piltrafa humana, seguía estando pendiente de que presentara buen aspecto—. ¡Haithani va a llevarse una alegría inmensa al saberlo!

—¿Y qué va a suceder con el Administrador General? —seguí preguntando—. Ahora que todo el asunto ha salido a la luz, tendrá que responder por haberme secuestrado, ¿no?

—Me temo que nunca podremos ajustar cuentas con él —gruñó mi padre—. Su cuerpo es uno de los últimos que han conseguido encontrar, debajo del tambor de una columna.

—Lo mismo ha sucedido con ese muchacho de la cara quemada que nos dijiste que estaba ayudándole —continuó mi madre—, aunque por lo visto recibió lo suyo antes de que la sala se viniera abajo: tenía una puñalada espantosa en el estómago. En cuanto a ese amigo tuyo, Miles Fielding... tampoco ha conseguido salvarse. Murió hace unas horas en el hospital de Alwar, a causa de los daños pulmonares provocados por el derrumbe...

La compasión con la que los tres me miraron me hizo saber que nadie les había hablado de lo que se traía entre manos. Pese a ser una completa estupidez, no pude evitar sentir una punzada de dolor por el Miles que había creído conocer, el que se había reído conmigo en el *Saraswati*, me había acompañado en *tonga* por Jaipur y, durante todo ese tiempo, había estado sabiendo que McAllary quería usarme como un rehén con el que chantajear a mis padres. Pero ¿realmente no había llegado a apreciarme nunca?

«Trató de convencer a McAllary de que no me hiciera nada —recordé de repente—, y su voz fue lo último que oí antes de perder el conocimiento. —¿Hasta qué punto tenía que sentirse atrapado un muchacho que lo había tenido todo para dejarse enredar en un asunto así?—. En cambio, Sanjay no tenía nada. Los míos le arrebataron hasta la dignidad».

Un desagradable peso se instaló en mi estómago al recordar cómo le había hundido el cuchillo debajo de las costillas. Sabía que Sanjay no era el único que había muerto en ese instante; la Helena Lennox que acabó con él había desaparecido al mismo tiempo, siendo sustituida por una impostora con su rostro y con su nombre a la que no le quedaría más remedio que aprender a vivir con esa sombra pegada a los talones.

«He matado a un hombre. —Traté de tragarme mi desazón con otro sorbo de té—. Por pura supervivencia, pero lo he hecho». Al menos me quedaba el consuelo de que a mi familia no se le hubiera pasado por la cabeza que yo pudiera estar detrás de aquello. Con un poco de suerte, no detectarían nunca la sangre invisible que manchaba mis dedos.

—¿Y la hermana del muchacho de la cara quemada... la otra aliada de McAllary...?

—¿Una mujer? —se extrañó mi padre—. No recuerdo que la policía nos haya contado que han localizado a otra mujer... Tú eras la única que se encontraba en esa habitación.

—No estaba con nosotros en la sala del tesoro, sino en una estancia más pequeña situada al lado... Se llamaba Madhari, pero mamá y yo la conocimos como Damayanti.

—¿Y qué se supone que estaba haciendo esa muchacha ahí abajo? —se asombró ella.

—Eso no importa ahora, ¡lo que quiero es saber si ha muerto como los demás! ¿La han encontrado también entre las ruinas? ¿Ha sido trasladada a Alwar con los heridos?

Pero mi padre negó con la cabeza, sujetando aún mi mano derecha entre las suyas.

—Te digo que no había más mujeres en esa parte de la ciudad, Helena. La policía ha dado con otras en los pisos superiores, pero estaban demasiado alejadas de allí. No sé qué habrá sido de ella, pero a nosotros no nos consta que haya fallecido en el derrumbe.

Aquello me dejó tan perpleja que ni siquiera atiné a contestar. Recordé cómo había atrancado las puertas de la sala de guardia con un *kukri* y cómo Madhari las había estado golpeando con furia, atrapada como una mosca en un tarro. «También ella ha sido capaz de escapar —me dije mientras el alivio que me había embargado disminuía un tanto—. No hemos conseguido acabar con el escorpión. Solo lo hemos vuelto más peligroso y letal».

—Bueno, dado que tiene muchas cosas que ocultar, no creo que se deje ver por aquí en una buena temporada —acabé diciendo. Me llevé una mano al oído en el que Madhari me había golpeado, manchándome los dedos de restos de sangre seca—. Estoy segura de que Arshad pondrá a medio Jaipur a buscarla, pero dudo que consigan dar con su pista.

Estaba a punto de preguntar por qué aún no había ido a verme cuando reparé en la mirada que mi madre intercambió con mi padre. Me incorporé un poco más, extrañada.

—¿Qué pasa ahora? ¿Hay algo más que no me habéis contado? —Como ninguno me respondió, me volví haciendo un esfuerzo hacia tío Oliver—. ¿Qué me estáis ocultando?

—Helena —me contestó él en voz baja, sentándose al otro lado de la cama con una de mis manos entre las suyas—, sé que esto te va a resultar... bueno, tus padres y yo nos imaginamos que no será fácil de asumir. Es cierto que todo sucedió en un momento y aún hay cosas que no tenemos claras, pero cuando estabas a unos metros de la grieta...

—¿Quién está hablando ahora de esa maldita grieta? ¿Dónde se ha metido Arshad?

Para entonces, el corazón me latía tan fuerte que me parecía un milagro que no lo estuvieran oyendo. Había abierto los ojos de par en par, mirándolos alternativamente a los tres mientras el horror de lo que había pasado, el horror al que no me atrevía a poner nombre, se enroscaba poco a poco alrededor de mi cerebro como lo haría una serpiente.

Me parece recordar que murmuré algo (¿una maldición?, ¿el nombre de Arshad?) mientras me levantaba de la cama, tan bruscamente que casi me mareé. Mi madre trató de retenerme («Helena, vuelve aquí, ¡aún estás muy débil!») pero otra persona, quizá mi padre, la sujetó para que me dejara salir de la alcoba («Cuanto antes lo vea, mejor»).

Mis pies parecían tener vida propia, haciéndome avanzar a trompicones por el mismo corredor que había atravesado la primera noche que pasé en el *mahal*. Tuve que apoyar las manos en las paredes para no derrumbarme, más por el pánico que estaba estallando en mi interior que por mi debilidad, mientras caminaba sin parar de una sala a otra. Pero por mucho que lo llamé en voz alta, por mucho que lo busqué, no conseguí dar con él.

«Arshad. —Me ardía su nombre en la garganta, atenazada por el miedo—. Arshad, por favor, no... No puede haber sucedido, eso no...». Finalmente acabé desembocando en una estancia del palacio en la que no había estado hasta entonces y que se hallaba abarrotada de criados, tantos que tuve que detenerme en el umbral. Al reconocerme, el silencio descendió sobre ellos como si les hubieran tapado la boca a la vez, pero al cabo de unos instantes de espantosa inmovilidad se acabaron apartando para abrirme camino.

Ninguna distancia me ha vuelto a parecer más imposible de superar que los diez metros que me separaban del arco situado al fondo de la sala. Al acercarme poco a poco a él, sin dejar de temblar, supe que daba acceso a la alcoba del *thakur*. Vislumbré unos muebles parecidos a los de mi dormitorio, aunque bastante más austeros, una ventana...

—*Memsahib*. —Era Raza, al que parecía haber atraído el repentino silencio. Tenía los ojos tan inundados como dos charcos negros—. Sabía que acabaría viniendo, *memsahib*...

—¿Dónde está? —fue lo único que pude decir—. ¿Qué habéis hecho con él? ¿Qué...?

La voz me abandonó al reparar en el lecho situado contra la pared del fondo. Una silueta enorme, mucho más alta que yo, yacía sobre la colcha bordada, aunque casi no pude distinguir sus rasgos; tenía cubierta de vendas toda la parte superior de la cabeza.

Muda de espanto, me quedé mirándolo mientras el anciano se detenía a mi lado.

—Está... —traté de preguntarle, aunque no lo conseguí—. ¿Está...? ¿Arshad está...?

—Mi señor duerme —me contestó Raza. Esto me hizo girarme hacia él con los

ojos desencajados—. Duerme... pero no sabemos por cuánto tiempo. Ni tampoco si despertará.

Tuvo que agarrarme cuando las piernas amenazaron con dejar de sostenerme. Me llevó de la mano hasta la cama, soltándome con cuidado cuando apoyé los dedos sobre el borde. Un gemido ascendió por mi garganta al observar cómo el pecho de Arshad subía y bajaba con su respiración, aunque eso fuera lo único que indicaba que seguía vivo. También habían tenido que vendarle el hombro derecho y un tobillo, pese a que la herida más aparatosa, a juzgar por la poca piel que se le veía, fuera la de la frente.

—Tu tío nos contó que pudo verlo todo, unos segundos antes de que Bhangarh se convirtiera en escombros. —¿Cuándo había entrado mi madre en la alcoba y por qué no me había dado cuenta de que se encontraba a mis espaldas?—. Las columnas se estaban haciendo añicos, caían fragmentos enteros de la bóveda... y entonces, el *thakur Singh*...

—Estabas justo al lado de uno de los soportes —siguió diciendo tío Oliver—. Por un momento, pensé que te perderíamos, pero el *thakur* reaccionó a tiempo. Dio un salto para empujarte antes de que te aplastaran las piedras, protegiéndote con su propio cuerpo...

No fue necesario que dijera nada más; el rompecabezas de mis últimos momentos en Bhangarh acababa de completarse. Sin poder contener un grito, caí de rodillas al lado de la cama mientras me aferraba a una de las manos de Arshad, tan helada que por un momento temí que Raza se hubiera equivocado y le hubiéramos perdido.

Fue en ese instante, sollozando contra sus dedos, cuando me asaltó el recuerdo de lo que me había contado en el Cadillac sobre la muerte de su madre, y fue como si me hundieran uno de sus *kukris* en el corazón: «Ese día comprendí qué es lo que define el amor, el amor supremo: ser capaz de entregar tu vida por la persona que más te importa».

Capítulo 29

Cuando Arshad contrajo matrimonio con la falsa Damayanti, me pareció que aquel acontecimiento acabaría eclipsando cualquier otra cosa que pudiera ocurrir en Jaipur durante unos cuantos años. Sin embargo, la noticia del repentino derrumbe de Bhangarh y el triste estado en que se encontraba el *thakur* por culpa del incidente corrió como la pólvora por la ciudad, hasta el punto de que Raza tuvo que ordenar a dos docenas de criados montar guardia permanentemente ante el palacio para contener a la muchedumbre.

Como los dos sospechábamos, la conmoción provocada por el coma de Arshad no tardó en dar paso a una perplejidad absoluta cuando se supo lo que había sucedido con el Administrador General. La indignación de los indios de Jaipur, en especial de los que habían estado del lado de Arshad cada vez que estallaba un nuevo conflicto contra los ingleses, podría haber conducido a una auténtica revuelta de no ser porque Narendra se ocupó personalmente de calmar los ánimos. Pese a que seguía estando devastado por la pérdida de Chandrika (¿por qué yo había dado por hecho que tener dos mujeres no le permitía quererlas a ambas con toda su alma?), sacó fuerzas de flaqueza para recordarles a los suyos que aquello no era lo que su hermano habría deseado. Durante los siguientes días, los Singh siguieron sin tenerlas todas consigo, pero poco a poco las protestas fueron apaciguándose hasta que, dado el silencio sepulcral con el que los funcionarios ingleses recibieron la noticia, Jaipur acabó convenciéndose de que lo que Arthur McAllary había tratado de perpetrar no era un plan orquestado por el Imperio para acabar con el *thakur*.

En aquel escenario tan confuso y cambiante, mis padres, mi tío y yo no podíamos estar menos seguros del terreno que pisábamos. Tardé unos cuantos días en enterarme de que los Brandeth ni siquiera habían esperado a estar recuperados de las secuelas de su encierro para marcharse de la India. Abandonaron el *mahal* casi con lo puesto y compraron dos pasajes para el primer barco que partiera de Bombay, con la obvia intención de no volver a pisar una ciudad fantasma aunque les fuera la vida en ello.

En cuanto a Fielding, también se alojó con nosotros hasta que el superintendente de la policía de Jaipur le dio permiso para recuperar el cuerpo de Miles. El engaño de su hijo le había afectado casi tanto como su muerte, y al despedirme de él en el vestíbulo del palacio me dio la sensación de que había envejecido diez años en apenas unos días.

—Todavía me cuesta creer que sea verdad —me confesó en un hilo de voz, apretando tanto el sombrero en una mano que casi parecía un trapo—. Pensar que durante meses mi propio hijo había estado intrigando con McAllary sin que yo pudiera sospechar nada...

—Cuando veníamos hacia la India, me contó, durante la escala en Puerto Said,

que el sueño de su vida era ser actor —dije con tristeza—. Ahora veo que en realidad no renunció a ello en ningún momento, como trató de hacerme creer... Era un actor realmente bueno.

—Tanto como para engañarnos a todos, incluso a mí —murmuró él—. Parece que no supe entender hasta qué punto deseaba seguir su propio camino, y quizás sea eso lo que le hizo echarse a perder. Es demoledor darte cuenta de que no conocías a tu propio hijo.

Su aspecto era tan desolado que estuve a punto de abrazarle, pero antes de que lo hiciera susurró un «espero que a usted le vaya mejor a partir de ahora, señorita Lennox» y se dirigió hacia su *tonga*, desapareciendo entre el bullicio de las bicicletas y automóviles.

Sin embargo, había algo sobre lo que Miles no me había mentado: lo enormemente unidas que estaban las familias indias tanto en los momentos de adversidad como en los de bonanza. Durante los siguientes días, hubo un trasiego continuo de parientes Singh en el palacio angustiados por el estado de salud de Arshad, haciéndome abandonar su alcoba cada vez que Raza me avisaba de que alguien iba a visitarle y escondiéndome tras las celosías de mi propia habitación para observarles a hurtadillas. Fue así como conocí en la distancia a siete de sus miles de hermanos, además de reconocer a otros a los que ya había visto como Devraj Singh. El marajá, de hecho, se presentó acompañado por cuatro de sus consejeros, aunque su expresión me pareció más impaciente que apesadumbrada.

—Ha dejado caer que es un auténtico contratiempo que esto haya sucedido después de la boda —me explicó Narendra cuando se hubo marchado—. Es curioso que de repente le preocupen tanto las arcas de Jaipur, cuando hasta ahora no había reparado en gastos...

—Puede que lo que le parezca lamentable sea la pérdida de una esposa hermosa —le contesté con apatía, sentada en el borde de la cama de Arshad—. Me extraña que no se haya ofrecido a cederle alguna de sus mujeres en cuanto abra los ojos.

—Ya lo hizo conmigo al enterarse de lo de Chandrika —susurró Narendra—. Empiezo a pensar que Arshad tenía razón: compartir la misma sangre no te hace igual a alguien.

Tuve que morderme los labios para no gritarle que no volviera a decir eso. Se me hacía añicos el corazón cada vez que escuchaba hablar de él en pasado; era como si en el fondo todos asumieran que era cuestión de tiempo que se apagara como una vela.

—He oído decir que a veces, cuando una persona en su situación consigue salir de su letargo, conserva algunos recuerdos de lo que sucedía mientras tanto a su alrededor —me aseguró Narendra otro día, tras sorprenderme con las mejillas húmedas—. Quién sabe, tal vez resultara beneficioso que le hablara. Estoy seguro de que se le ocurrirá qué contarle.

La verdad era que albergaba serias dudas de que aquello sirviera de algo, pero

dado que me pasaba el día en su habitación, supuse que no perdía nada por intentarlo. Acurrucada a su lado entre los cojines, le conté cosas que hasta entonces no había compartido con nadie, ni siquiera con la propia Chloë. Le hablé durante días de mis aventuras en Egipto, de cómo las estrellas que alumbraban el Valle de los Reyes recordaban a collares de diamantes y de la euforia que solía embargarme cada vez que salía a cabalgar por la orilla del Nilo. Sorprendiéndome a mí misma, llegué a confesarle una tarde, con nuestros dedos entrelazados sobre la colcha, que desde hacía poco me había dado por pensar en lo mucho que me gustaría aprender a pilotar, aunque hasta que se lo conté a Arshad no me había parecido más que una locura. Las horas se convertían en segundos a su lado (él siempre estaba igual de inerte, como atrapado en una cárcel de hielo), y cuando quería darme cuenta me había quedado dormida y mi padre acudía para llevarme en brazos, procurando no despertarme, hasta mi propia cama.

Pero a diferencia de Arshad, el mundo que había más allá de esa cárcel no estaba suspendido en el tiempo. Dos semanas después del derrumbe, cuando estaba contemplando cómo Raza le cambiaba las vendas de la cabeza, mis padres se presentaron en la alcoba.

—Helena. —Creo que supe lo que querían decirme antes de que mi padre empezara a hablar. En el fondo llevaba días sabiéndolo, aunque me negara a pensar en ello—. Hemos tratando de postergarlo todo lo posible, pero no podemos quedarnos aquí para siempre.

Al oír esto, Raza alzó la mirada hacia ellos, pero yo seguí sin apartar los ojos de la frente de Arshad. Todavía se me encogía el corazón al ver la cicatriz que la atravesaba, una hendidura sanguinolenta que descendía casi hasta su párpado derecho.

—Tu madre y yo lo hemos estado hablando largo y tendido, y creemos que no tiene sentido continuar abusando de la hospitalidad de los Singh. Sabemos que esto será muy duro para ti, pero no hay nada más que puedas hacer por el *thakur* en estos momentos.

—El médico no descartó del todo la posibilidad de que saliera del coma —contesté con un hilo de voz—. Podría despertarse en cualquier momento. Tengo que estar con él.

—Pero podría suceder dentro de un mes o de dos... O quizá podría... —No tuve que girarme para adivinar que mi madre le había apretado una mano para que no lo dijera. Mi padre aguardó unos segundos antes de añadir—: Hija, entiendo que su recuperación sea ahora mismo lo más importante para ti, pero tú tienes tu propia vida. Y está en Inglaterra.

—Estoy segura de que el *thakur* lo comprendería —terció mi madre mientras apoyaba una mano en mi hombro—. No se sacrificó por ti para que te pasaras el resto de tus días encerrada, sino para que fueras libre. Ahora tienes que serlo doblemente, por ti y por él.

Estaba esforzándome tanto por contener las lágrimas que casi me dolía la garganta. Miré a Raza por encima del cuerpo de Arshad y, aunque no pronunció palabra (no se habría atrevido a dar su opinión, aunque se la hubiera pedido), supe que comprendía lo devastada que aquello me hacía sentir. Si me apartaba de su lado, no lo haría durante unas semanas o unos meses; era posible que no regresara nunca más a la India.



La tarde de nuestra partida, poco antes de que el sol comenzara a ponerse detrás de los magnolios, dejé mi maleta en manos de tío Oliver y les pedí a mis padres y a él que me dieran unos minutos más antes de abandonar el *mahal*. Sabía que el tren para Bombay saldría en menos de una hora y que no tenía mucho tiempo, pero necesitaba hablar con Arshad de nuevo... «por última vez», como se empeñaba en recordarme una vocecita en mi cabeza que por entonces estaba demasiado extenuada para poder acallar.

Nada había cambiado en su aspecto; no movió ni un músculo cuando me acerqué poco a poco a la cama, con mi sombrero de campana puesto y sujetando el bolso en el que mi pasaporte parecía arder como hierro al rojo vivo. Había tantas cosas que quería decirle que no sabía por dónde empezar, de modo que al final me limité a susurrar:

—Supongo que... si de verdad has estado escuchándonos todo este tiempo, te habrás enterado de que nos marchamos esta tarde a Inglaterra. —Hubo unos segundos de silencio en los que lo único que se oyó en la alcoba fue el piar de unos pájaros—. Yo querría quedarme más tiempo, en serio... hasta que despertaras, hasta que supiera que te encontrabas a salvo... —Tragué saliva con esfuerzo—. De no haber sido por ti, ahora estaría muerta. Pero lo que más me duele es saber que si no te tengo a mi lado, si esta es la última vez que nos vemos, me sentiré a partir de ahora como si lo estuviera.

Meforcé por controlar el temblor de mi voz; no quería que ese fuera el último recuerdo que le quedara de mí. Aparté a un lado unos cojines para sentarme en la cama.

—Vas a vivir, Arshad. Vas a vivir y a caminar de nuevo, y vas a empuñar tus *kukris* para seguir defendiendo a los tuyos, y a ser otra vez el príncipe testarudo e insufrible que nunca inclinará la cabeza ante los imperialistas. Algún día la India será libre por fin y tú estarás celebrándolo como los demás, porque alguien tan necesario y querido por quienes de veras han llegado a conocerle no puede marcharse tan pronto.

La brisa que se colaba por la ventana le había revuelto el pelo, y alargué una mano para apartar los oscuros mechones que caían sobre su venda. Dolía pensar que un hombre tan fuerte como él se hubiera vuelto tan vulnerable, casi como si volviera

a ser un niño.

—Es posible que nunca te acuerdes de esto, si es que puedes oírme, pero quiero que sepas que eres la persona más increíble que he conocido y que espero que tengas una vida maravillosa a partir de ahora, aunque yo no pueda formar parte de ella.

¿En qué momento había dejado de contener las lágrimas y por qué demonios no era capaz de articular una sola palabra sin ahogarme? Mis dedos temblaron al rozar una de sus mejillas, tan fría como la de una escultura, segundos antes de inclinarme sobre él.

Aún sigo sin saber qué fue lo que me hizo detenerme antes de besarle. Quizás el hecho de que había deseado tanto que aquello sucediera que no podía dejar que fuera de ese modo. Sabía perfectamente que no habría más oportunidades, pero aun así me asaltó el absurdo convencimiento de que, si ese era nuestro primer beso, no habría ninguno más.

Era más que absurdo, era ridículo, pero era lo único a lo que podía aferrarme. Con la garganta atenazada por el llanto, me obligué a ponerme en pie sujetando aún su mano.

—Esto no es un adiós —fue lo único que pude decir—. No dejaré que lo sea. Da igual que estemos a medio mundo de distancia; seguiré esperando desde allí a que despiertes.

Soltar de una vez sus dedos me supuso un esfuerzo físico atroz, pero conseguí hacerlo antes de retroceder poco a poco, sin apartar los ojos de su rostro, hasta el corredor en el que mi familia me estaba esperando con el equipaje. Raza también se encontraba allí, mirándome con tristeza. «Cuidaremos de él, *memsahib*, se lo prometo —me susurró cuando traté de despedirme, aunque seguía sin salirme la voz—. Lo haremos entre todos, y lo haremos por usted. Mi señor todavía tiene muchas batallas que librar».



Una vez que hube abandonado el *mahal* con mis padres y tío Oliver, todo lo que me rodeaba pareció volverse tan irreal que ni siquiera me daba cuenta de a dónde trataban de llevarme a cada momento. Recuerdo los siguientes dos días como una nebulosa en la que lo único que alcanzaba mis oídos era el traqueteo del tren, anunciándome como un segundero implacable que la distancia que nos separaba no hacía más que crecer. Para cuando por fin nos encontramos en el puerto de Bombay, me sentía tan agotada por los esfuerzos que había tenido que hacer para disimular mi congoja delante de los demás que no me quedaban fuerzas ni para despedirme de la ciudad. ¿De verdad había sido ese mismo puerto el que me había recibido con los brazos abiertos menos de un mes antes?

—Y ahora, tres semanas de encierro en alta mar —se lamentó mi padre después

de dejar nuestras cosas en los camarotes del barco de la P&O que nos llevaría a casa. Habíamos salido a la popa con el resto de los viajeros en cuanto el navío comenzó a abrirse camino entre las olas, que se rompían en cristales rojos y dorados bajo el sol agonizante—. Por lo menos me queda el consuelo de que estés aquí, Oliver. No creo que pudiera soportar un segundo viaje riéndoles las gracias a los papanatas que Dora se empeñe en presentarme.

—A estas alturas, los Brandeth deben de estar ya en el Mediterráneo —dijo mi madre sin darse por aludida—. Es una ventaja que podamos contar con ellos como avanzadilla, la verdad... Con un poco de suerte, cuando desembarquemos en Londres les habrá dado tiempo a contarles lo ocurrido a Kenyon y los demás mandamases del Museo Británico.

—No cantes victoria tan pronto —le advirtió ominosamente mi padre—. Dudo que se den por satisfechos con lo que ellos les expliquen. Seguramente nos retengan una semana entera en el museo hasta estar convencidos de que no nos hemos guardado ningún detalle.

—¿Por qué no me extrañaría que desconfiaran de vosotros? —comentó mi tío. Unos lascars con los uniformes de la P&O se nos acercaron cargando unos pesados baúles y mis padres y él se apartaron para permitirles pasar—. En cualquier caso, el hecho es que los Brandeth siguen vivos gracias a los Lennox, así que no puede decirse que no hayáis cumplido con el museo. ¿Qué vais a pedirles a cambio de esto? ¿Otro *firman* para seguir excavando en el Valle de los Reyes, para investigar las ruinas de Petra o de Angkor...?

—Una tumbona en Hyde Park y un buen *whisky* escocés. Por lo menos, hasta que Kenyon haya bajado la guardia y tengamos vía libre para volver a hacer de las nuestras.

—Y la próxima vez, con Helena desde el principio —aseguró mi madre, volviéndose hacia mí con una sonrisa resignada—. Después de lo sucedido en Bhangarh, me ha quedado claro que será más necesaria a nuestro lado que en el castillo de Mont-Choisi.

Su sonrisa se acabó apagando al darse cuenta de que no pensaba decir nada. Había cruzado los brazos sobre la barandilla mientras nos alejábamos poco a poco del puerto, demasiado deprimida para poder hacer otra cosa que contemplar cómo las mansiones de los potentados ingleses, más insulsas e impersonales de lo que recordaba, se tornaban cada vez más diminutas, rodeadas por unas casuchas indias que amenazaban con ahogarlas.

Mientras mi padre y tío Oliver seguían charlando, mi madre se acodó junto a mí.

—Sé que es pronto para pedirte algo así, pero deberías intentar ver el lado bueno de lo que ha ocurrido. Porque todo lo tiene, Helena, incluso esto... aunque aún no lo creas.

—Ha sido culpa mía —murmuré. De nuevo había cuervos volando alrededor de las chimeneas del barco, aunque no me habían parecido tan siniestros cuando me

disponía a desembarcar del *Saraswati*—. Todo lo que le ha sucedido a Arshad ha sido culpa mía. Si yo no hubiera venido a la India, no estaría debatiéndose ahora entre la vida y la muerte.

—Por supuesto que no, porque estaría muerto. —Mi madre habló tan tajantemente que me hizo girarme sorprendida hacia ella—. Madhari y los suyos le habrían tendido la trampa que habían estado planeando durante años para derramar su sangre en Bhangarh.

—Nunca le habrían convencido de ir allí —declaré—. Arshad no tenía ningún motivo para interesarse por la ciudad, ni siquiera después de descubrir la verdad sobre su linaje.

—No puedes estar segura de eso, Helena. No podemos estarlo de nada, en realidad, pero te diré una cosa: por muy doloroso que te parezca lo que le ha sucedido al *thakur*, la situación sería mucho peor si no hubieras intervenido. Aún hay esperanzas de que pueda despertarse; de no haber sido por ti, probablemente habría cerrado los ojos para siempre.

—En ese caso, estuve bastante inspirada al escaparme de casa. —Y tras un instante de silencio por parte de ambas, pregunté—: ¿Significa eso que me has levantado el castigo?

—Ya veremos. —Mi madre sonrió antes de atraerme hacia sí. Para mi sorpresa, nunca me había parecido tan reconfortante uno de sus abrazos, ni tan cálido el hueco que había entre su hombro y su cuello—. Deja de torturarte por lo que ha pasado —dijo mientras me besaba en la frente—. Algo me dice que volveremos a saber muy pronto del señor Singh.

Entonces mi padre le preguntó en voz alta qué le parecía algo que tío Oliver había dicho y ella, apretándome los hombros una última vez, se alejó dejándome sola en la popa. Tardé un rato en darme cuenta de que hablar con ella había aflojado un poco el nudo que me oprimía el estómago. Me volví hacia la costa, envuelta en un sari de fuego por el sol que se ponía a nuestras espaldas, y me pregunté cómo era posible que siguiera sintiendo tan cerca a Arshad sin tener nada suyo a lo que aferrarme.

Bien pensado, sí que tenía algo, aunque hasta entonces apenas le había dedicado un pensamiento. Eché un vistazo nuevamente por encima de mi hombro antes de meter la mano en uno de los compartimentos de mi bolso. Cuando volví a sacarla, el sol hizo relucir tanto el enorme rubí que tuve que entornar los ojos, deslumbrada por el resplandor.

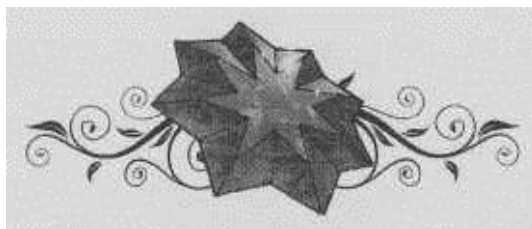
Cuando arranqué la Estrella de Bhangarh de los restos del trono, aprovechando que ni Madhari ni Arshad veían lo que hacía, no me había parecido tan pesada; tal vez se había contagiado de mi melancolía. La sopesé en la mano, como había hecho cuando hablé por última vez con Raza antes de abandonar el *mahal*. Todavía me parecía estar viendo su expresión perpleja al enseñarle lo que me había llevado de la ciudad en ruinas. «No lo entiendo, *memsahib* —había dicho, sacudiendo la cabeza—, ¿por qué quiere que sepa que la piedra está en su poder si no piensa devolvérsela a mi

señor?».».

«Porque quiero que sea tu señor quien venga a buscarla», le había respondido yo, y la lenta sonrisa que apareció en sus labios me hizo saber que lo había entendido. Era una sonrisa muy parecida a la que reflejaba en esos momentos la brillante superficie de la piedra, la primera que recordaba haber esbozado desde la destrucción de Bhangarh.

Supuse que en el fondo mi tío tenía razón: era una digna hija de mis padres. De pie ante el océano incendiado, lancé la Estrella hacia lo alto y la volví a atrapar, con los ojos clavados en las luces que empezaban a encenderse en el puerto. Era lo último que vería de aquella tierra tan salvaje y hermosa en la que una parte de mi alma se había quedado atrapada sin remedio, una parte que quizás algún día, de ser cierta la corazonada de mi madre, acabaría recuperando.

«Ahora mueves tú, Arshad Singh. No me hagas esperar».



Agradecimientos

Este viaje ha sido una aventura tanto para Helena como para mí, así que no puedo dejar de dar las gracias a aquellas personas que nos ayudaron a llegar a buen puerto. Mi eterno reconocimiento y cariño tanto a mis padres como a Guillermo, que no dudaron en animarme a la hora de embarcarme en este proyecto; gracias por el apoyo, los buenos consejos y la paciencia con la que escucharon durante más de tres años todos mis «acabo de descubrir que en la India...», sobre todo los pronunciados a las horas más indecentes.

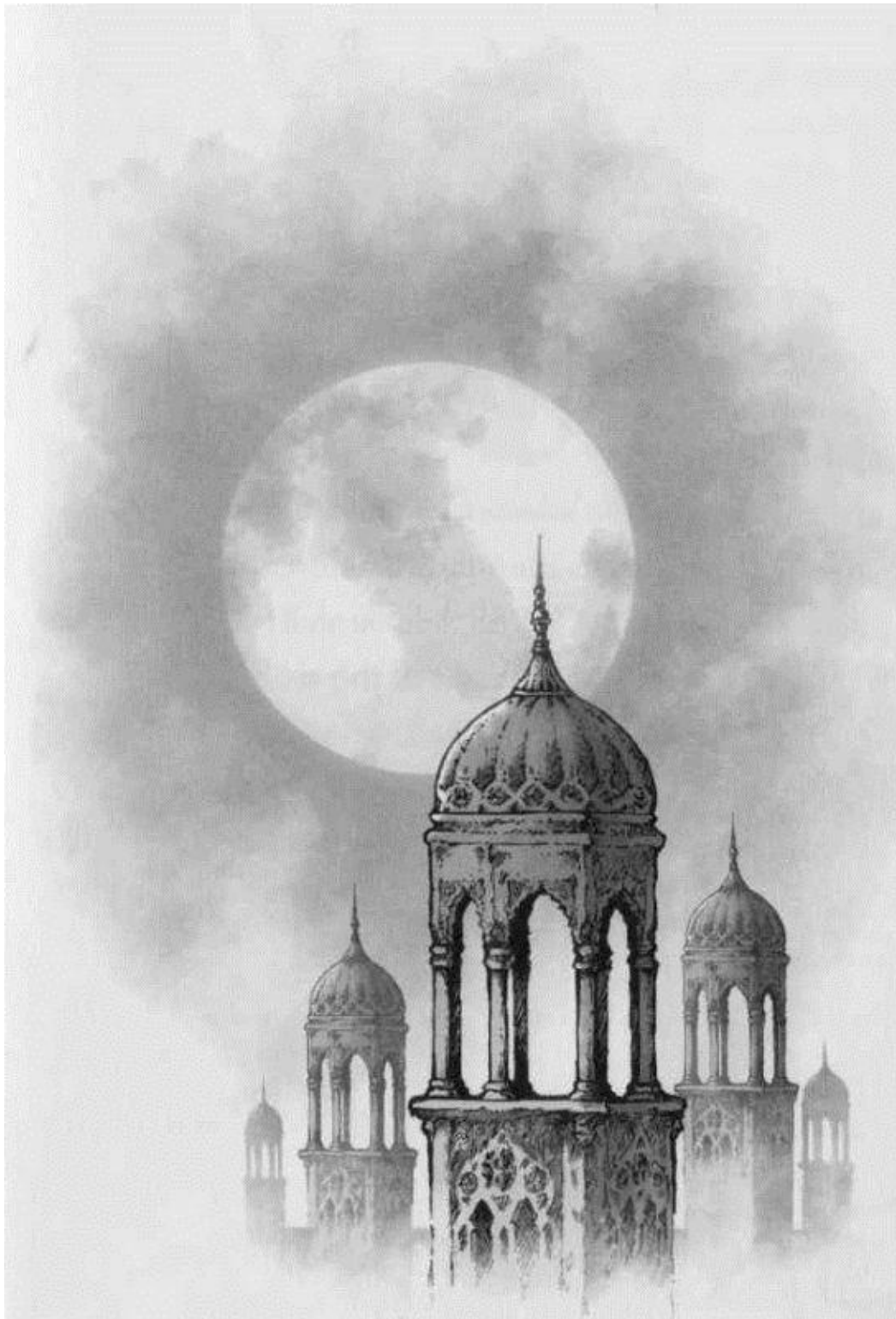
En relación con esto, me gustaría mencionar los estudios que me resultaron más útiles para recrear el Jaipur de los años veinte: *La sociedad de castas: religión y política en la India* de Agustín Pániker (Kairós, 2014), *Las religiones en la India y en Extremo Oriente* editado por Henry Puech (Siglo XXI, 1993), *Building Jaipur: The Making of an Indian City* de Vibhuti Sachdev y Giles Tillotson (Reaktion Books, 2002), *Royal Umbrellas of Stone: Memory, Politics, and Public Identity in Rajput Funerary Art* de Melia Belli Rose (Brill, 2015) y *The Most Mysterious Places on Earth* de Nick Redfern (Rosen Publishing, 2014). Igualmente provechosa resultó la consulta de algunas páginas web como *The Old Peninsular & Oriental Steam Navigation Company* de Nicholas Messenger, un auténtico manantial de información acerca de la compañía naviera P&O.

También estoy en deuda con mis eternas asesoras, Ana Roux y Clara Largo, sin las cuales habría tardado siglos en encontrar la información que necesitaba en cuanto a medicina y farmacología (por no hablar de gastronomía india; gracias por ayudarme con la parte más deliciosa de la documentación). A Celia Largo, Verónica García y Alexandra Gutiérrez, por brindarme su entusiasmo durante los procesos de escritura y publicación.

Gracias de corazón a la que ya considero mi familia literaria: a Clara Cortés por ser la mejor hermana pequeña que podría pedir, a Iria G. Parente y Selene M. Pascual por aconsejarme cuando más lo necesitaba y a Andrea Izquierdo y Gema Bonnín por las noches en vela barajando posibles títulos para esta historia. Los viajes siempre son emocionantes, pero, con compañeras como vosotras, se convierten en algo inolvidable.

Finalmente, gracias al equipo de Nocturna, en especial a Irina C. Salabert y Paula

González, así como a nuestra maravillosa ilustradora, Lehanan Aida, por el entusiasmo incondicional que mostró por este proyecto desde el primer día, haciéndome reparar en todos aquellos detalles que había pasado por alto para que nuestra historia pudiera brillar con luz propia. Ahora sé que nadie podría haber cuidado de mis personajes tan bien como vosotros; realmente sois los mejores cuidado de mis personajes tan bien como vosotros; realmente sois los mejores.



FIN DEL PRIMER LIBRO



VICTORIA ÁLVAREZ (Salamanca, 1986). A los nueve años ya sabía que era escritora, vocación que comparte con su abuelo, escritor y poeta, y con su padre, escritor de novela histórica. Desde entonces no ha dejado de crear nuevas historias y personajes.

Ha ganado varios concursos literarios entre los que destacan el certamen Torrente Ballester, el organizado por la Asociación Ludere Aude de la Universidad de Salamanca y el del Colegio de Médicos de Salamanca. Además de dominar cuatro idiomas, es licenciada en Historia del Arte por la Universidad de Salamanca, en la que actualmente se encuentra realizando su tesis doctoral sobre la literatura artística del siglo XIX, que la ha llevado a vivir los dos últimos años entre Salamanca, París y Roma. Compagina su investigación con la redacción de sus novelas.

Pertenece a la asociación Friends of Highgate Cemetery (FOHC), responsable de velar por el cuidado y la conservación de este enclave, elemental a la hora de documentarse para *Hojas de dedalera*, su primera novela publicada.